

La hermana, la extranjera

Audre Lorde

Artículos y conferencias



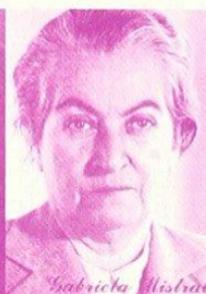
Naomi al-Saidani



Carmen Burgos



Sylvia Plath



Gabriela Mistral



Alice Walker



Clarice Lispector



Audre Lorde



Emily Dickinson



Virginia Woolf



James de Beauvoir



Ujain Iru Kollontai



Toni Morrison



María Zambrano



Clara Campoamor



Adrienne Rich



AUDRE LORDE

LA HERMANA, LA EXTRANJERA

artículos y conferencias

Titulo original: Sister Outsider

"La presente obra ha sido editada mediante ayuda del Instituto de la Mujer (Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales)".

© 1984. Audre Lorde.

Publicado por acuerdo con Lennart Sane Agency AB

© 2003, de esta edición: horas y HORAS, la editorial.

San Cristóbal 17, Madrid 28012.

www.unapalabraotra.org/horasyhoras.html

Traducción: María Corniero

Revisado por Alba V. Lasheras y Miren Elordui Cadiz

Ideas, notaciones, divagues y diseño: las moiras.

Permitido el plagio parcial de esta obra siempre que se haga con gracia, placer y astucia femenina, es decir citando la procedencia.

Producción y realización: JC Producción Gráfica

I.S.B.N.:84-87715-93-1

Depósito Legal:M-48247-2003

ÍNDICE

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA	5
INTRODUCCIÓN	7
LA POESÍA NO ES UN LUJO.....	13
LA TRANSFORMACIÓN DEL SILENCIO EN LENGUAJE Y ACCIÓN	19
ARAÑANDO LA SUPERFICIE: APUNTES SOBRE LAS DIFICULTADES DEL AMOR ENTRE MUJERES	25
USOS DE LO ERÓTICO: LO ERÓTICO COMO PODER	37
SEXISMO: UNA ENFERMEDAD NORTEAMERICANA CON ROSTRO NEGRO	47
CARTA ABIERTA A MARY DALY	57
EL HOMBRE NIÑO: RESPUESTA FEMINISTA DE UNA MADRE NEGRA Y LESBIANA.....	65
ENTREVISTA: AUDRE LORDE Y ADRIENNE RICH	77
LAS HERRAMIENTAS DEL AMO NUNCA DESMONTAN LA CASA DEL AMO	115

EDAD, RAZA, CLASE Y SEXO: LAS MUJERES REDEFINEN LA DIFERENCIA	121
USOS DE LA IRA: LAS MUJERES RESPONDEN AL RACISMO	137
APRENDER DE LOS SESENTA.....	151
MIRÁNDONOS A LOS OJOS: MUJERES NEGRAS, IRA Y ODIO	167
RETORNO A GRANADA: UN INFORME PROVISIONAL	211
APUNTES DE UN VIAJE A RUSIA	231

Nota a la edición española

La traducción del título original de este libro, *Sister outsider*, nos sumergió en un mar de dudas por la multitud de posibilidades: *Hermana rebelde*, *hermana fuera de orden*, *hermana de la otra orilla*, *hermana de los márgenes*... Como en tantas otras ocasiones, acudimos a la red de mujeres que rodea y apoya a la editorial. Así apareció el título ideal, sugerido por la historiadora M^a Milagros Rivera, no sólo porque respeta la idea del título en inglés sino porque recoge el espíritu libre, rotundo, insustituible, de los textos que componen este libro.

La hermana, la extranjera es el título de la obra de otra poeta, María-Mercé Marçal, publicado en 1985 por El mall en su Barcelona natal y reeditado en 1995 por Edicions 62, con el título original *La germana, la estrangera*.

Otro de los cuidados que ha recibido esta edición es una revisión completa, intentando recoger todo lo aprendido de lecturas y debates con mujeres que han iluminado una y otra vez nuestras mentes y corazones.

La intensa actualidad que mantiene el pensamiento de Audre Lorde lo merecía y sabiendo que este libro ilumina-

rá mentes y corazones, no nos queda más que agradecer a todas las mujeres que han contribuido a la publicación de este libro y celebrar esta obra con sus primeras líneas:

La calidad de la luz con la que observamos nuestras vidas tiene un efecto directo sobre la manera en que vivimos y sobre los cambios que pretendemos lograr con nuestro vivir.

Introducción



Leer a Audre Lorde es descubrir asombradas a la otra que todas llevamos dentro y que es fuente a la vez de dolor y de fortalecimiento.

Mi primer contacto con Audre Lorde fue la lectura de su ensayo "La poesía no es un lujo", incluido en la presente obra. Me impresionó su honestidad y su fe en la poesía como terapia, como iluminación de los recovecos del yo, de la pluralidad de identidades. Como casi todos las y los poetas, Lorde quiere nombrar lo que todavía es una masa informe de sentimientos y experiencias. La palabra poética va más allá del placer estético y puede surgir donde otros lenguajes se callan: en esos lugares íntimos del yo donde se forman los temores, silencios y esperanzas y que constituyen para Lorde reservas de creatividad y poder. La palabra poética puede destilarlas y, a partir de ahí, convertirlas en ideas y en acción, porque para Lorde, la poesía puede cambiar las vidas y, sobre todo, las vidas de aquellas que siempre han estado marginadas. Lorde escribe para todo el mundo, pero se dirige con especial atención a las mujeres negras, pues, como mujer negra que es, nuestra autora

desea mejorar las situaciones de opresión en la que muchas viven su existencia en todo el mundo.

Lorde nos hace sentir que no podemos vivir nuestras vidas renunciando a la exploración de nuestros sentimientos más profundos porque eso supondría andar mutiladas y de espaldas a lo que, según Lorde, es nuestra reserva de creatividad, de conocimiento profundo, y que puede convertirse en motor de nuestras acciones. Lo que no se explora, permanece oculto y no puede ser ni utilizado, ni contrastado, ni comprendido. Por eso, la poesía es una necesidad, no un lujo, siempre que parta de una honesta exploración de los sentimientos. Honesta, porque no se trata de articular un yo visionario sino de poder enfrentarnos y compartir tanto nuestros miedos como nuestras esperanzas.

Audre Lorde es una completa desconocida para el gran público en España, sin embargo, en su país natal sí ha alcanzado un merecido reconocimiento, como prueban los premios recibidos a lo largo de su vida y la publicación de sus poemarios en editoriales comerciales como Norton. La traducción al español y la publicación de la presente colección de ensayos *La hermana, la extranjera (Sister Outsider, 1984)* constituye un paso fundamental para la difusión de las obras de Audre Lorde en España. Hija de inmigrantes caribeños, Audre Lorde nació en Nueva York en febrero de 1932. Creció y se educó en Harlem y en 1959 se licenció en Hunter College, Nueva York, donde posteriormente impartiría clases. El año 1968 fue fundamental para Lorde porque, tras disfrutar de una beca en Tougaloo College (Mississippi), decidió orientar su vida hacia el activismo social, la enseñanza y la escritura. Ese mismo año se publicó su primer libro de poemas, *The First Cities*, al que seguirían entre otros *From a Land Where Other People Live* (1973), *The Black Unicorn* (1978), *Our Dead Behind*

Us (1986) y *The Marvelous Arithmetics of Distance* (1993, póstumo). Aunque Lorde se considera fundamentalmente poeta, también escribió obras en prosa como la autobiografía *Zami: A New Spelling of My Name* (1982). Uno de los hechos más dolorosos de su vida fue la aparición de un cáncer de mama en 1978. Su lucha contra dicho mal y sus reflexiones sobre la influencia de esta enfermedad en su identidad y vida diaria quedaron reflejados en *The Cancer Journals* (1980). Audre Lorde viajó por todo el mundo dando conferencias, participando en veladas poéticas e impartiendo clases. Desde 1987, la autora pasaba la mayor parte de su tiempo en las Islas Vírgenes (E.E.UU.), en cuya capital, St. Croix, falleció en noviembre de 1992.

La obra que la lectora tiene entre las manos, *La hermana, la extranjera*, se publicó en 1984. Se trata de una colección de ensayos, discursos, fragmentos de los diarios de la autora y una entrevista, abarcando un período que va desde 1976 hasta 1983. Las distintas piezas en prosa aquí reunidas presentan aspectos relevantes en la trayectoria de Lorde como poeta y como mujer activista, lesbiana, negra y madre de dos hijos. La autora reelabora temas que ya habían aparecido en su poesía, como el concepto de la diferencia y la opresión ("Arañando la superficie: apuntes sobre las dificultades del amor entre mujeres", "Edad, raza, clase y sexo: las mujeres redefinen la diferencia"), la necesidad de la propia definición y de romper el silencio e invisibilidad en todo lo referente a sí misma y su preocupación por la represión como medio de control ("La transformación del silencio en lenguaje y acción", "Usos de lo erótico: lo erótico como poder"). Otros ensayos hacen referencia a viajes ("Apuntes de un viaje a Rusia", "Retorno a Granada: un informe provisional") y la entrevista con Adrienne Rich muestra los estrechos vínculos personales y profesionales entre ambas.

Esta obra es un ejemplo más del miedo que Lorde tenía al silencio. Prefería ser malinterpretada, criticada e incluso vilipendiada a callar, ella, que era lesbiana en una sociedad que mira con recelo a la homosexualidad y negra en una sociedad racista. Podía haber decidido vivir su vida sin llamar la atención, sin compartir sus sentimientos y sus reflexiones. Sin embargo, en su juventud, Lorde no encontraba consuelo ni en el arte ni en la literatura, pues por ningún sitio veía reflejadas las situaciones de discriminación y opresión sufridas ni el dolor que le causó la ausencia de diálogo familiar en torno a la raza. Para salir de esta pesadilla, decidió escribir sus propios poemas. La poesía le ayudó a adquirir un compromiso consigo misma y su propia integridad mental y personal. *La hermana, la extranjera* nace del mismo lugar que sus poemas: de una mirada introspectiva que se proyecta de dentro hacia fuera y que ansía el intercambio, el roce, la dialéctica, la incomodidad, la sinceridad por dura que sea, todo menos el silencio cómplice con la opresión y sinónimo de la muerte en vida.

Lorde comprendió pronto que el silencio no protege y este entendimiento fue dolorosamente confirmado cuando se le diagnosticó un cáncer de mama. La muerte, el silencio final, le acechaba. Como nos cuenta en "La transformación del silencio en lenguaje y acción", Lorde realizó una travesía en el desierto tras serle diagnosticada la enfermedad. Se vio forzada a revisar toda su vida, sus expectativas, sus miedos. Más que nunca, la autora se dio cuenta de que el silencio sobre su enfermedad no la iba a salvar, al contrario, el compartir sus propias vivencias sobre el cáncer podría convertirse en una terapia al tender puentes con otras personas en la misma situación. No obstante, hacer visible la enfermedad suscita sentimientos de miedo al qué dirán, a la censura, a haber roto el decoro por hablar de temas desagradables. Lorde sintió el miedo y la vulne-

rabilidad, pero concluye que ocultar su experiencia para minimizarlos no la libra de ellos. Su articulación, sin embargo, conduce a la fortaleza, no a la mera supervivencia.

La hermana, la extranjera ejemplifica esta filosofía de Audre Lorde de romper el silencio y los tabúes sobre muchos aspectos de su propia vida, sobre la experiencia vital de las mujeres, y en especial, de las mujeres negras. Esta obra respira vitalidad, valentía y también humanidad a raudales. No estamos ante una heroína, sino ante una persona que a base de honestidad y coraje se ha aceptado a sí misma como mujer negra y lesbiana y que desea no sólo sobrevivir sino ser feliz. Podría Lorde haber permanecido en su parcela privada, sin complicaciones, disfrutando de su pareja y de sus hijos, sin embargo, estos ensayos muestran que la autora cree que lo personal es político y lo pone en práctica. Para ella, pues, la necesidad de cambios sociales y colectivos nace de la experiencia de esa misma necesidad en el ámbito de lo privado y personal.

La mayoría de estos ensayos son conferencias y, por lo tanto, interpelan directamente al público que se encontraba escuchándolas. Como lectoras, podemos sentir ese interés de Lorde por ir del yo al nosotras. No se trata de sesudas reflexiones escritas para un público imaginario, al contrario, Lorde nos convence de que ha pensado en mí, en ti, en nosotras al escribir sus palabras. No cree poseer la exclusiva del dolor, de la opresión, del sentimiento, de la fortaleza, ella siempre intenta compartir y conectar. Tanto en sus crónicas de viajes como en sus entrevistas y charlas, Lorde saca todo lo que lleva dentro en ese momento, por desagradable o escabroso que sea. Para ella, esa es la única manera de aceptar nuestra riqueza interior como personas, nuestras diferencias y conflictos interiores y las de las demás. Lorde nos obliga a enfrentarnos a nosotras mismas

en toda plenitud, a lo bueno y lo malo. Al igual que hemos aprendido a trabajar cuando estamos cansadas, también hemos de aprender a articular nuestro dolor, miedo y recelos. Lo contrario sería un silencio interior que termina por acallar también lo mejor que llevamos dentro. Según Lorde, todo se puede utilizar para luchar contra la opresión, el racismo o la discriminación y, como ella sabe bien, se puede ser fuerte si se sabe lo que es la vulnerabilidad o valiente si se ha sentido miedo.

¿Por qué leer a Audre Lorde? Su prosa muestra las relaciones entre escritura, vida e identidad y sus reflexiones sobre las mujeres, y las mujeres negras en particular, revelan algunas de las complejidades de la identidad femenina contemporánea. Las opiniones de Lorde sobre la diferencia y la opresión siguen siendo válidas en una época como la nuestra, en la que la inmigración nos obliga a revisar nuestras relaciones con esas "otras" que antes considerábamos lejanas y ajenas. La dimensión colectiva de esta obra, esa voz que habla desde el "yo" al "nosotras" resulta primordial porque, si el fortalecimiento individual es necesario, sólo la actuación colectiva puede generar cambios sociales, políticos y económicos duraderos.

La poesía no es un lujo'

 La calidad de la luz con la que observamos nuestras vidas tiene un efecto directo sobre la manera en que vivimos y sobre los cambios que pretendemos lograr con nuestro vivir. En esta luz concebimos las ideas mediante las que tratamos de descubrir nuestro mundo mágico y hacerlo realidad. Y esto es la poesía entendida como iluminación, puesto que a través de la poesía damos nombre a las ideas que, hasta que surge el poema, no tienen nombre ni forma, ideas aún por nacer pero ya intuitidas. La destilación de la experiencia de la que brota la auténtica poesía da a luz al pensamiento tal como los sueños dan a luz a los conceptos, o como los sentimientos dan a luz a las ideas y el conocimiento da a luz (precede) al entendimiento.

A medida que aprendemos a soportar la intimidad con esa observación constante y a florecer en ella, a medida que aprendemos a utilizar los resultados del escrutinio para fortalecer nuestra existencia, los miedos que rigen nuestras vidas y conforman nuestros silencios comienzan a perder el dominio sobre nosotras.

Todas y cada una de nosotras, las mujeres, poseemos en nuestro interior un lugar oscuro donde nuestro auténtico espíritu oculto crece y se alza, "hermoso/ y sólido como un castaño/ puntal contra (v)nuestra pesadilla de debilidad"² e impotencia.

Estos ámbitos internos de potencialidad son oscuros porque son antiguos y recónditos; han sobrevivido y han cobrado fuerza en la oscuridad. En estos profundos lugares, todas albergamos una reserva increíble de creatividad y fuerza, de emociones y sentimientos que no hemos analizado y de los que no somos conscientes. El ámbito de poder que cada mujer posee en su interior no es blanco ni superficial; es oscuro, vetusto y profundo.

Cuando concebimos el modo de vida europeo como un mero problema a resolver, pretendemos alcanzar la libertad basándonos tan sólo en nuestras ideas, porque los padres blancos nos dijeron que lo valioso son las ideas.

Pero a medida que ahondamos en el contacto con nuestra conciencia ancestral y no europea, que ve la vida como una situación que debe experimentarse y con la que hay que interactuar, vamos aprendiendo a valorar nuestros sentimientos y a respetar las fuentes ocultas del poder de donde emana el verdadero conocimiento y, por tanto, la acción duradera.

Estoy convencida de que, en nuestros tiempos, las mujeres llevamos dentro la posibilidad de fusionar estas dos perspectivas, tan necesarias ambas para la supervivencia, y de que es en la poesía donde más nos acercamos a esa combinación. Me refiero a la poesía entendida como reveladora destilación de la experiencia y no al estéril juego de palabras que, tantas veces, los padres blancos han querido hacer pasar por poesía en un intento de camuflar el desesperado deseo de imaginar sin llegar a discernir.

Para las mujeres, la poesía no es un lujo. Es una necesidad vital. Ella define la calidad de la luz bajo la cual formulamos nuestras esperanzas y sueños de supervivencia y cambio, que se plasman primero en palabras, después en ideas y, por fin, en una acción más tangible. La poesía es el instrumento mediante el que nombramos lo que no tiene nombre para convertirlo en objeto del pensamiento. Los más amplios horizontes de nuestras esperanzas y miedos están empedrados con nuestros poemas, labrados en la roca de las experiencias cotidianas.

A medida que los vamos conociendo y aceptando, nuestros sentimientos, y la honesta indagación sobre ellos, se convierten en refugio y semillero de ideas radicales y atrevidas. Se convierten en baluarte de esa diferencia tan necesaria para el cambio y la conceptualización de cualquier acción fructífera. Ahora mismo podría enumerar cuando menos diez ideas que me habrían parecido intolerables, incomprensibles y pavorosas si no hubieran surgido tras un sueño o un poema. No estoy hablando de vanas fantasías, sino de una atención disciplinada al verdadero significado de la frase "me hace sentir bien". Podemos entrenarnos para respetar nuestros sentimientos y traducirlos a palabras que nos permitan compartirlos. Y cuando las palabras necesarias aún no existen, la poesía nos ayuda a concebirlas. La poesía no sólo se compone de sueños y visiones; es la estructura que sustenta nuestras vidas. Es ella la que pone los cimientos de un futuro diferente, la que tiende un puente desde el miedo a lo que nunca ha existido.

Las posibilidades no son eternas ni tampoco instantáneas. No es fácil mantener la confianza en su eficacia. En algunas ocasiones, tras largos y denodados esfuerzos por construir la base de la auténtica resistencia contra las muertes que nos tocará vivir, esa base se viene abajo o se tam-

balea por culpa de las falacias que nos enseñaron a temer o por la pérdida de los apoyos en los que nos enseñaron a fundar nuestra seguridad. Las mujeres nos sentimos disminuidas y debilitadas por la acusación, falsamente benévola, de que somos infantiles, particularistas, volubles y sensuales. Habría que preguntarse: ¿Estoy modificando tu aura, tus ideas, tus sueños, o simplemente te estoy impulsando a tener una reacción temporal? Esta tarea, que no es sencilla, ha de entenderse en el contexto de la necesidad de un cambio auténtico en los fundamentos de nuestras vidas.

Los padres blancos nos dijeron: "Pienso, luego existo". La madre Negra que todas llevamos dentro, la poeta, nos susurra en nuestros sueños: "Siento, luego puedo ser libre". La poesía acuña el lenguaje con el que expresar e impulsar esta exigencia revolucionaria, la puesta en práctica de la libertad.

Ahora bien, la experiencia nos ha enseñado que, además, siempre es necesaria la acción en el momento presente. Nuestros hijos no pueden soñar si no viven, no pueden vivir si no los alimentamos, y ¿quién sino podrá proporcionarles ese auténtico alimento sin el cual sus sueños no podrán ser distintos de los nuestros? "Si queréis que algún día lleguemos a cambiar el mundo, ¡por lo menos tendréis que concedernos el tiempo necesario para que nos hagamos mayores!", grita el niño.

A veces nos drogamos a base de soñar nuevas ideas. El pensamiento nos salvará. El cerebro nos liberará. Pero lo cierto es que no tenemos en reserva ideas nuevas que puedan rescatarnos como mujeres, como seres humanos. Tan sólo existen las ideas viejas y olvidadas; una vez que las reconozcamos en nuestro interior, podremos realizar con ellas nuevas combinaciones, nuevas extrapolaciones, y hacer acopio de valor para ponerlas en práctica. Y en todo momento hemos de infundirnos ánimo a nosotras mismas

y unas a otras para poner a prueba esas acciones heréticas que están implícitas en nuestros sueños y desacreditadas por nuestra forma de pensar tradicional. Sólo la poesía, desde la vanguardia de la lucha por el cambio, insinúa las posibilidades que pueden hacerse realidad. Nuestros poemas formulan las implicaciones nacidas de nuestro ser, lo que sentimos profundamente y nos atrevemos a plasmar en la realidad (al actuar en consonancia), nuestros miedos, nuestras esperanzas, nuestros más íntimos terrores.

Nuestros sentimientos no estaban llamados a sobrevivir en una estructura de vida definida por el beneficio, por el poder lineal, por la deshumanización institucionalizada. Los sentimientos se han conservado como adornos inevitables o como agradables pasatiempos, con la esperanza de que se doblegaran ante el pensamiento tal y como se esperaba que las mujeres se doblegaran ante los hombres. Pero las mujeres han sobrevivido. Y también los poetas. Y no hay nuevos dolores. Ya los hemos sentido todos. Los hemos escondido en el mismo lugar donde tenemos oculto nuestro poder. Ambos afloran en los sueños, y los sueños nos señalan el camino de la libertad. Podemos plasmar los sueños en nuestros poemas pues éstos nos dan la fortaleza y el valor de ver, de sentir, de hablar y de ser audaces.

Si desdeñamos lo que necesitamos para soñar, para mover nuestro espíritu profundamente, a través de la promesa y hacia ella, si lo consideramos un lujo, estamos renunciando a la esencia, a los fundamentos de nuestro poder, de nuestra condición de mujeres; estamos renunciando al futuro de nuestro mundo.

Porque no existen ideas nuevas. Tan sólo existen nuevos medios de sentirías, de examinar cómo se sienten esas ideas viviéndolas un domingo a las siete de la mañana, después del desayuno, en pleno frenesí amoroso, hacien-

do la guerra, dando a luz o llorando a nuestros muertos... mientras sufrimos por los viejos anhelos, batallamos contra las viejas advertencias y los miedos a estar en silencio, impotentes, solas, mientras saboreamos las nuevas posibilidades y nuestra nueva fortaleza.

La transformación del silencio en lenguaje y acción³



Cada vez estoy más convencida de que es necesario expresar aquello que para mí es más importante, es necesario verbalizarlo y compartirlo, aun a riesgo de que se interprete mal o se tergiversar. Creo que, por encima de todo, hablar me beneficia. Estoy aquí en calidad de poeta Negra y lesbiana, y la importancia de mi presencia radica en el hecho de que aún estoy viva y podría no estarlo. Hace menos de dos meses un par de médicos, una mujer y un hombre, me dijeron que debía extirparme un tumor del pecho y que había entre un 60 y un 80 por ciento de posibilidades de que fuera maligno. Entre el momento en que me enteré y la operación pasé tres semanas sumida en la agonía de una involuntaria reorganización de mi vida. Concluida con éxito la operación, el tumor resultó ser benigno.

Pero durante esas tres semanas me vi obligada a examinarme a mí misma y a examinar mi vida con una claridad dura y acuciante que me ha dejado muy afectada y, a la vez, muy fortalecida. Es una situación a la que se enfrentan muchas mujeres, incluidas algunas de las que hoy

estáis aquí. Parte de las experiencias vividas durante ese período me han ayudado a poner en claro mi perspectiva sobre la transformación del silencio en lenguaje y acción.

Al tomar una conciencia obligada y esencial de mi mortalidad, de lo que deseaba y le pedía a la vida, por breve que fuera, mis prioridades y omisiones se perfilaron con cruel precisión, y fue de mis silencios de lo que más me arrepentí. ¿De qué he sentido miedo alguna vez? De preguntar o de hablar por creer que iba a hacer daño, o a provocar una muerte. Pero siempre nos estamos haciendo daño de una manera u otra, y el dolor termina por transformarse o por cesar. La muerte es, por otra parte, el silencio definitivo. Y puede presentarse en cualquier momento, ahora mismo, tanto si he dicho lo que era necesario decir como si me he traicionado incurriendo en pequeños silencios a la vez que planeaba llegar a hablar algún día, o esperaba a que me llegaran palabras prestadas. Con todo esto, empecé a vislumbrar una fuente interna de poder que deriva de saber que, si bien lo más deseable es no sentir miedo, también se puede obtener una gran fortaleza aprendiendo a analizar el miedo.

Yo iba a morir, más tarde o más temprano, tanto si había dicho lo que quería decir como si me había callado. Mis silencios no me habían protegido. Vuestros silencios no os protegerán. Pero con cada palabra real que he pronunciado, con cada intento realizado de decir las verdades que aún ando buscando, he entablado contacto con otras mujeres que buscan conmigo esas palabras que puedan encajar en el mundo en el que todas creemos, y gracias a ello hemos reducido nuestras diferencias. Gracias al interés y al cariño que me demostraron esas mujeres conseguí la fortaleza necesaria para profundizar los aspectos básicos de mi vida.

Las mujeres que me apoyaron durante esta etapa eran Negras y blancas, mayores y jóvenes, lesbianas, bisexuales

y heterosexuales, y todas estábamos unidas en la guerra contra la tiranía del silencio. Ellas me proporcionaron una atención y una fortaleza sin las que no habría logrado sobrevivir indemne. En el transcurso de aquellas semanas de intenso miedo fue emergiendo la conciencia de que, en la guerra que todas libramos contra las fuerzas de la muerte, a veces conscientemente y otras no, a veces sutilmente y otras no, no sólo soy una víctima, sino también una guerrera.

¿Qué palabras son ésas que todavía no poseéis? ¿Qué necesitáis decir? ¿A qué tiranías os sometéis día tras día, tratando de hacerlas vuestras, hasta que por su culpa enfermáis y morís, todavía en silencio? Puede que para algunas de las aquí presentes, yo sea el rostro de uno de vuestros miedos. Porque soy mujer, porque soy Negra, porque soy lesbiana, porque soy yo misma... una mujer Negra, poeta y guerrera dedicada a su trabajo, que ha venido a preguntaros, ¿os dedicáis vosotras al vuestro?

Ni qué decir tiene que tengo miedo, porque la transformación del silencio en palabras y obras es un proceso de autorrevelación y, como tal, siempre parece plagado de peligros. Cuando le expliqué el tema que íbamos a tratar en este encuentro, mi hija me dijo: "Háblales de por qué nunca se llega a ser por completo una persona cuando se guarda silencio, porque en tu fuero interno siempre hay una parte de ti que quiere hacerse oír y, cuando te empeñas en no prestarle atención, se va acalorando más y más, se va enfureciendo, y si no le das salida, llegará un momento en que se rebelará y te pegará un puñetazo en la boca desde dentro".

Los motivos del silencio están teñidos con los miedos de cada cual; miedo al desprecio, a la censura, a la crítica, o al reconocimiento, al reto, a la aniquilación. Mas, por

encima de todo, creo que tememos esa visibilidad sin la cual no es posible vivir de veras. En este país, donde las diferencias raciales crean una distorsión permanente, aunque no reconocida, de la visión, las mujeres Negras siempre han sido muy visibles pero, a la vez, se las volvía invisibles mediante la despersonalización del racismo. Hemos tenido que luchar, y seguimos luchando, incluso dentro del movimiento de mujeres, para alcanzar esa visibilidad que, por otro lado, es nuestra mayor vulnerabilidad: nuestra Negritud. Para sobrevivir en las fauces de este dragón al que llamamos Estados Unidos, la lección primera y primordial que hemos debido aprender es que nunca se ha pretendido que sobreviviéramos. Que sobreviviéramos como seres humanos. Tampoco se ha pretendido que sobreviviérais la mayoría de las que hoy estáis aquí, Negras o no. Y que la visibilidad que nos hace vulnerables es también nuestra principal fuente de poder. Porque la maquinaria tratará de trituraros en cualquier caso, tanto si habláis como si calláis. Podemos permanecer eternamente mudas en un rincón mientras nuestras hermanas y nosotras mismas nos consumimos, mientras se deforma y destruye a nuestros hijos, mientras se envenena nuestra tierra; podemos quedarnos en nuestro protegido rincón, mudas como muebles, y no por ello sentiremos menos miedo.

Este año, en mi casa, hemos celebrado Kwanza, la festividad afroamericana de la cosecha, que comienza el día siguiente a Navidad y dura una semana. En Kwanza se conmemoran siete principios, uno cada día. El primero es Umoja, que significa unidad, la decisión de luchar por la unidad del ser y de la comunidad y mantenerla. El principio que correspondía al día de ayer, el segundo, era Kujichagulia, la autodeterminación, la decisión de definirnos, de nombrarnos y de hablar en nombre propio en lugar de

permitir que otros nos definan y hablen en nuestro nombre. Hoy es el tercer día de Kwanza y el principio correspondiente es Ujima, trabajo y responsabilidad colectivos, la decisión de cooperar en la construcción de nuestro ser y de nuestra comunidad, y de identificar y resolver los problemas entre todos.

Quienes nos encontramos aquí reunidas compartimos en alguna medida el compromiso con la palabra y con el poder de la palabra, y pretendemos recuperar un lenguaje que se ha vuelto contra nosotras. Para transformar el silencio en palabras y obras es imprescindible que todas las aquí presentes definamos y analicemos qué función nos toca desempeñar en esa transformación, y que comprendamos que nuestro papel es de vital importancia.

Quienes escribimos debemos analizar la verdad de lo que decimos, pero también la verdad del lenguaje con el que hablamos. A quienes no escriben les corresponde compartir y difundir las palabras que consideramos importantes. Pero lo esencial es que todas enseñemos, mediante la vida y la palabra, las verdades en las que creemos y que conocemos más allá de la razón. Pues sólo así, participando en un permanente proceso vital de creación, en un proceso de crecimiento, nos será posible sobrevivir.

Y es algo que no se hace sin miedo... miedo a la visibilidad, a la cruel luz del escrutinio y tal vez a la crítica, al dolor, a la muerte. Mas por todo eso ya hemos pasado, en silencio, por todo salvo por la muerte. Yo no ceso de recordarme que si hubiese sido muda de nacimiento, o si, para protegerme, hubiera mantenido un voto de silencio a lo largo de toda mi vida, aun así habría sufrido, aun así me llegaría el momento de morir. Este recordatorio es excelente para poner las cosas en su sitio.

Y cuando las palabras de las mujeres se dicen a voces para que sean escuchadas, es responsabilidad de cada una

de nosotras hacer lo posible por escucharlas, por leerlas y compartirlas y analizarlas para ver cómo atañen a nuestras vidas. Es nuestra responsabilidad no refugiarnos tras las parodias de la segregación que nos han impuesto y que a menudo hemos aceptado como propias. Por ejemplo: "¿Cómo voy a enseñar a escribir a mujeres Negras... si su experiencia es totalmente distinta de la mía?" Y, sin embargo, ¿cuántos años lleváis enseñando las obras de Platón, Shakespeare o Proust? O, por ejemplo, "Pero si es una mujer blanca, ¿qué me va a decir?" O "Es lesbiana, ¿qué diría mi marido, o mi jefe?". O "Esta mujer escribe sobre sus hijos y yo no tengo hijos". Y así interminablemente, son tantas y tantas las maneras en que nos separan de nosotras mismas y de las demás.

Podemos aprender a trabajar y a hablar aun teniendo miedo tal como hemos aprendido a trabajar y a hablar cuando estamos cansadas. Nuestra educación nos ha enseñado a tener mayor respeto al miedo que a nuestra propia necesidad de hablar y definirnos, y mientras aguardamos en silencio a que al fin se nos conceda el lujo de perder el miedo, el peso del silencio nos va ahogando.

El hecho es que estamos aquí y que pronunciamos estas palabras en un intento de romper el silencio y de reducir nuestras diferencias, pues no son las diferencias las que nos inmovilizan sino el silencio. Y hay multitud de silencios que deben romperse.

Arañando la superficie: apuntes sobre las dificultades del amor entre mujeres⁴

Racismo: Creencia en la superioridad inherente de una raza con respecto a las demás y, por tanto, en su derecho a dominar.

Sexismo: Creencia en la superioridad inherente de un sexo y, por tanto, en su derecho a dominar.

Heterosexismo: Creencia en la superioridad inherente de un modelo de amor y, por tanto, en su derecho a dominar.

Homofobia: Miedo a los sentimientos de amor inspirados por las personas de nuestro propio sexo y, por tanto, odio a esos sentimientos manifestados en los demás.

 Los cuatro tipos de ceguera definidos más arriba derivan de la misma raíz: la incapacidad para reconocer el concepto de diferencia en cuanto fuerza humana dinámica, que lejos de amenazar la definición del propio ser contribuye a enriquecerla siempre que existan objetivos compartidos.

La comunidad Negra ha superado en gran medida, cuando menos verbalmente, el concepto de relaciones sexuales que refleja la expresión "dos pasos por detrás del hombre" y que en los años sesenta se defendía a veces como deseable. Eran tiempos en que las fuerzas racistas presentaban el mito del matriarcado Negro como una enfermedad social para tratar de desviar nuestra atención de las verdaderas fuentes de la opresión de la población Negra.

Para las mujeres Negras, así como para los hombres Negros, es un axioma que si no nos definimos a nosotros mismos, otros nos definirán en beneficio suyo y detrimento nuestro. La aparición de mujeres Negras definidas por sí mismas, dispuestas a analizar nuestro poder e intereses y a luchar por ellos en el seno de nuestras comunidades, es un componente esencial de la lucha por la liberación de la población Negra. La imagen de la mujer angoleña que lleva a un niño de la mano y empuña un fusil con la otra no es romántica ni fantasiosa. El hecho de que las mujeres Negras de este país se unan para examinar las fuentes de nuestro poder y de nuestros apoyos, así como para reconocer nuestros intereses comunes en lo social, lo cultural, lo emocional y lo político, constituye un avance que no puede sino contribuir a reforzar el poder de la comunidad Negra en su conjunto. Ciertamente, nunca lo mermará. Pues sólo de la unión de individuos realizados, mujeres y hombres, pueden surgir auténticos progresos. Las antiguas relaciones sexuales jerarquizadas, basadas en el modelo de dominio y subordinación entre partes desiguales, no han valido de nada a nuestro pueblo ni a las personas que lo componen.

Las mujeres Negras que nos definimos a nosotras mismas y definimos nuestros objetivos más allá de la esfera de las relaciones sexuales estamos capacitadas para aportar a

cualquier empeño el impulso propio de las personas realizadas y, por tanto, poderosas. Las mujeres Negras y los hombres Negros que reconocen que el desarrollo de sus capacidades e intereses particulares no redunda en una pérdida para el otro sexo, no malgastan energías batallando para dominarse unos a otros. Podemos concentrarnos en luchar contra las fuerzas económicas, políticas y sociales que, desde el núcleo de la sociedad, actúan para desgarrarnos y desgarrar a nuestros hijos y nuestro mundo.

Pese a la oposición que ello suscita, las mujeres Negras se empeñan cada vez más en unirse para analizar y modificar las manifestaciones de la sociedad que nos hacen sufrir una opresión distinta de la que sufren los hombres Negros. Y esto no constituye una amenaza para los hombres Negros. Sólo la consideran una amenaza aquellos hombres Negros que optan por personificar las manifestaciones de la opresión a la mujer. Por ejemplo, ningún hombre Negro se ha visto nunca obligado a tener un hijo no deseado o al que no pudiera mantener. La esterilización obligatoria y la falta de medios para abortar son armas de la opresión de la mujer Negra, tal como lo es la violación. Sólo aquellos hombres Negros que están inseguros en cuanto a los medios para autodefinirse ven como una señal amenazadora a la unión mediante la que las mujeres Negras pretenden realizarse y protegerse.

Los ataques contra el lesbianismo se están empleando hoy día en la comunidad Negra con objeto de ocultar el verdadero rostro del racismo/sexismo. Las mujeres Negras que están unidas entre sí por fuertes vínculos, ya sean políticos o emocionales, no son enemigas de los hombres Negros. Sin embargo, con harta frecuencia, algunos hombres Negros tratan de dominar por el miedo a esas mujeres Negras que, en realidad, no son sus enemigas sino sus aliadas. Esta táctica se materializa en amenazas de rechazo

emocional: "Su poesía no estaba del todo mal, pero no había quien aguantara a esa panda de tortilleras". Al hablar así, el hombre Negro está advirtiendo veladamente a toda mujer Negra presente e interesada en tener una relación con un hombre (como lo está la mayoría) que: 1) si desea que él tome en consideración lo que hace debe evitar toda alianza que no sea la que tiene con él; y que 2) cualquier mujer que aspire a conservar su amistad y/o su apoyo, hará bien en no dejarse "corromper" por los intereses específicos de las mujeres.

Si la amenaza de estigmatizarlas, vilipendiarlas y/o aislarlas emocionalmente no basta para que las mujeres Negras vuelvan dócilmente al redil, o para persuadirlas de que eludan su mutuo trato en los ámbitos político y emocional, entonces el dominio del terror puede expresarse físicamente, tal como ocurrió en la universidad del Estado de Nueva York a finales de la década de 1970, cuando las mujeres Negras trataron de unirse para luchar por los intereses que les concernían. Aquéllas que se atrevieron a indagar en las posibilidades de establecer una conexión feminista con las mujeres no Negras recibieron llamadas telefónicas amenazadoras. Intimidadas por tales amenazas de violencia y por la retirada del apoyo de los hombres Negros, algunas de estas mujeres se volvieron en contra de sus hermanas. Pero cuando, pese a las amenazas, surgió una coalición feminista, la oleada de histeria que recorrió el campus dejó un saldo de varias mujeres Negras apaleadas y violadas. Tanto si fueron las amenazas de los hombres Negros las que provocaron directamente dichas agresiones como si sólo sirvieron para inflamar el clima de hostilidad en que se produjeron, el resultado fue el mismo para las mujeres víctimas de los ataques.

La guerra, la cárcel y "la calle" han diezmando las filas de los hombres Negros en edad casadera. La furia que

muchas mujeres Negras heterosexuales dirigen contra las mujeres blancas que salen con hombres Negros tiene sus raíces en esta ecuación sexual desequilibrada propia de la comunidad Negra: todo lo que amenaza con intensificar aún más el desequilibrio despierta profundos y activos resentimientos. Mas se trata de un resentimiento anticonstrutivo dado que sólo actúa en sentido horizontal. De él nunca podrá derivarse una auténtica mejora del problema, pues no pone en tela de juicio las líneas verticales de poder y autoridad, ni tampoco los supuestos sexistas que establecen las reglas del juego de la competición. El racismo de las mujeres blancas cuando está menos enturbiado por su propia opresión sexual resulta más fácil de abordar el problema del racismo. En estos casos, la situación no depende tanto de la mujer no Negra como del hombre Negro que escapa de sí mismo dándoles las espaldas a sus hermanas o que, haciendo suyo el miedo de los hombres blancos, ve la fortaleza de la mujer como un desafío en lugar de como un valor positivo.

A menudo el rotundo mensaje que los hombres Negros transmiten a las mujeres Negras es: "Soy el único trofeo que merece la pena ganar, un bien escaso, y no vayas a olvidarte de que tengo otros recursos. De manera que si aspiras a estar conmigo, ya puedes quedarte quietecita en tu sitio, es decir, separada de tus amigas, si no te llamaré 'lesbiana' y no querré saber nada de ti". Las mujeres Negras estamos programadas para definirnos en función de las exigencias de los hombres y para competir entre nosotras en lugar de identificar nuestros intereses y centrarnos en ellos.

La táctica de fomentar la hostilidad horizontal con el objeto de ocultar otros problemas más acuciantes de la opresión dista mucho de ser novedosa y no se emplea solamente para minar las relaciones entre las mujeres. Esa

misma táctica sirve para promover la segregación de las mujeres y los hombres de la comunidad Negra. Así, por ejemplo, cuando se debate la contratación y el despido de personal docente Negro en las universidades suele alegarse que las mujeres Negras tienen mayores facilidades para ser contratadas que los hombres. Y, por ese motivo, se resta importancia a la problemática de los ascensos y los cargos de las mujeres Negras, pues se considera que, al fin y al cabo, "están arrebatándoles puestos a los hombres Negros". De esta forma desperdiciamos energías en enfrentarnos entre nosotros por las migajas que nos echan en lugar de concentrar nuestras energías en sumar fuerzas y luchar por que haya una proporción más realista de profesores Negros. Ésta sería una batalla vertical contra la política racista de la estructura académica, una batalla que podría dar lugar a auténticos cambios de poder. Y es la alta jerarquía del sistema establecido la que aspira al inmovilismo y se beneficia de estas mezquinas guerras domésticas, aparentemente interminables.

En la comunidad Negra se están desperdiciando hoy día muchísimas energías en la histeria antilesbiana, que desvía nuestra atención de las verdaderas necesidades. Lo cierto es que en todas nuestras comunidades han existido desde hace largo tiempo mujeres que se identificaban con otras mujeres, que buscaban un destino propio y trataban de llevarlo a la práctica sin apoyo de los hombres. Tal como señaló Yvonne Flowers, del York College, en un debate reciente, en muchas de nuestras infancias fue figura habitual esa tía soltera, sin hijos o con ellos, cuya casa y recursos eran un socorrido refugio para distintos miembros de la familia. Y en las familias de las comunidades Negras actuales no es la lesbiana Negra quien maltrata o viola a las niñas pequeñas para descargar su frustración enfermiza.

Los ataques contra las lesbianas Negras han arreciado tanto por parte de los hombres Negros como de las mujeres Negras heterosexuales. Pero así como la existencia de mujeres Negras que se definen a sí mismas no constituye una amenaza para los hombres Negros que también lo hacen, las lesbianas Negras sólo representan una amenaza emocional para aquellas mujeres Negras que viven como un problema sus sentimientos de camaradería y amor hacia sus hermanas. Llevamos demasiado tiempo sometidas a presiones encaminadas a que nos veamos mutuamente con desconfianza, como eternas rivales, o bien como el rostro visible del rechazo a nuestro propio ser.

Y, sin embargo, las mujeres Negras siempre se han unido para ayudarse mutuamente, aun cuando lo hicieran con inquietud y enfrentándose a otras alianzas que militaban en contra de esa unión. Nos hemos unido para mejorar nuestros conocimientos, fortalecernos y lograr apoyos, y lo hemos logrado aun cuando nuestra unión giraba en torno a un hombre. Basta examinar las relaciones estrechas, aunque también complejas y comprometidas, de las mujeres africanas que compartían marido, o la historia de las guerreras amazonas del antiguo Dahomey, que constituían el principal y más aguerrido cuerpo de guardia del rey. Basta pensar en el prometedor poder que detentan hoy día las Asociaciones Mercantiles de Mujeres de África Occidental y en los gobiernos que han prosperado o se han hundido bajo su impulso.

Al narrar su vida, una mujer efik-ibíbio de Nigeria, de noventa y dos años, rememora el amor que sentía por otra mujer:

Tenía una amiga a la que revelaba mis secretos. Ella era muy dada a guardar los secretos. Éramos como marido y mujer. Éramos uña y carne y mi marido y el suyo conocían nuestra relación. En el pueblo nos apodaron

las gemelas. Cuando las cosas se torcían con mi marido, ella restablecía la paz. Muchas veces enviaba a mis hijos a trabajar para ella como muestra de gratitud por su bondad. Mi marido tuvo la suerte de conseguir más parcelas de terreno que el suyo, y le entregó algunas a ella, pese a que no éramos parientes⁵.

Los fon de Dahomey, de la costa occidental africana, siguen practicando doce tipos distintos de matrimonio. Uno de ellos se denomina "entregar la cabra al macho cabrío", y consiste en que una mujer con medios propios se casa con otra mujer, que luego podrá tener hijos o no tenerlos; si los tiene, se les considera miembros del linaje de la primera mujer. Los matrimonios de esta clase son a veces un medio de dotar de herederos a una mujer de medios propios que desea permanecer "libre" y, otras veces, son relaciones lesbianas. Este tipo de matrimonios se practican en lugares repartidos por toda África, entre diferentes pueblos⁶. Las mujeres que entablan estas relaciones son aceptadas como miembros de la comunidad con toda normalidad; se las juzga por el lugar que ocupan en la comunidad y no por su sexualidad.

Toda mujer Negra recuerda con una parte de su ser los antiguos usos practicados en otros lugares, los tiempos en que disfrutábamos de una hermandad de trabajo, juego y poder, pero otras partes menos funcionales de nosotras nos llevan a vernos con mutua suspicacia. En interés de la segregación, se nos ha enseñado a que veamos a nuestras hermanas como eternas sospechosas, despiadadas rivales en la competición por el bien escaso que son los hombres, ese trofeo fundamental sin el cual no podemos legitimar nuestra existencia. Esta deshumanizadora negación del propio ser no es menos letal que la deshumanización del racismo, a la que está estrechamente aliada.

Si los recientes ataques contra las lesbianas de la comunidad Negra se basan exclusivamente en la aversión a la idea del contacto sexual entre miembros del mismo sexo (contacto que siempre fue habitual en la mayoría de los espacios femeninos del continente africano), entonces ¿por qué la idea de que los hombres Negros tengan contacto sexual se acepta con mucha mayor facilidad o, al menos, no suscita tanta atención? ¿Será porque la supuesta amenaza no es otra que la existencia de mujeres Negras definidas y motivadas por sí mismas, que ni temen ni sufrirán el justo castigo de los dioses por no buscar necesariamente su rostro en los ojos de un hombre, aun cuando ese hombre les haya dado hijos? Las familias de la comunidad Negra al frente de las cuales hay mujeres no siempre constituyen una situación por defecto.

La distorsión de las relaciones que afirma "Estoy en desacuerdo contigo y, por tanto, debo destruirte" deja en manos del pueblo Negro victorias que no lo son, nos deja vencidos en cualquier lucha compartida. Esta psicología agresiva se basa en la falacia de que el hecho de que tú te reafirmes en tu ser es un ataque contra mí; o de que el hecho de que yo me defina a mí misma impedirá u obstaculizará tu propia definición. El supuesto de que un sexo necesita de la aquiescencia del otro para existir nos impide movernos juntos, en tanto que personas autodefinidas, hacia una meta común.

Este proceder es un error que prevalece en los pueblos oprimidos. Se funda en la falsa creencia de que la libertad es un bien limitado a dividir entre todos, y que la proporción más jugosa de libertad será el botín del vencedor o del más fuerte. Así pues, en lugar de luchar juntos por ampliar horizontes, nos peleamos entre nosotros para obtener el trozo más grande del pastel que se nos ofrece. Las mujeres

Negras luchamos entre nosotras por los hombres en lugar de tratar de descubrirnos y poner nuestro ser y nuestros recursos al servicio de un cambio duradero; las mujeres Negras y los hombres Negros nos peleamos entre nosotros por adquirir mayores derechos a la libertad, cuando en realidad deberíamos considerar que la lucha de unas y otros se encamina a los mismos y vitales objetivos comunes; las mujeres Negras y blancas se enfrentan para decidir quiénes están más oprimidas en lugar de centrarse en las áreas en las que nuestras causas coinciden. (Esta última segregación se ve agravada por el racismo in-transigente que, con excesiva frecuencia, las mujeres blancas no pueden o no quieren resolver en sí mismas.)

En un congreso de literatura Negra celebrado hace poco, una mujer Negra heterosexual afirmó que apoyar el lesbianismo era apoyar la muerte de nuestra raza. Postura que refleja o bien un intenso miedo, o bien un razonamiento defectuoso, dado que, una vez más, adscribe un falso poder a la diferencia. En opinión del racista, el pueblo Negro es tan poderoso que la presencia de uno solo de sus miembros basta para contaminar a todo un linaje; para el heterosexualista, las lesbianas son tan poderosas que la presencia de una sola de ellas tiene el potencial de contaminar a todo su sexo. Desde esta perspectiva, se supone que si no se erradica el lesbianismo de la comunidad Negra, todas las mujeres Negras se volverán lesbianas. Se supone, asimismo, que las lesbianas no tienen hijos. Pero dichas suposiciones son patentemente falsas.

Las mujeres Negras debemos tratar de resolver todas las realidades de nuestra vida que nos hacen correr riesgos por el hecho de ser mujeres Negras, ya sea homosexuales o heterosexuales. En 1977, en Detroit, Patricia Cowan, una joven actriz Negra, fue invitada a presentarse a una audición para una obra teatral titulada "Martillo", y después el

joven Negro autor de la obra la mató a martillazos. Patricia Cowan no fue asesinada por ser Negra. Fue asesinada por ser una mujer Negra y su causa es la de todas nosotras. No ha quedado registrado en la historia si Patricia Cowan era lesbiana o no lo era, tan sólo sabemos que tenía un hijo de cuatro años.

De los cuatro grupos de mujeres Negras y blancas, y hombres Negros y blancos, somos las mujeres Negras la que tenemos el peso específico más bajo. Lo que constituye una preocupación vital para todas nosotras, nos acostemos con quien nos acostemos.

En nuestra condición de mujeres Negras, tenemos el deber y la responsabilidad de definirnos a nosotras mismas y de buscar aliados para luchar por las causas comunes: con los hombres Negros en la lucha contra el racismo, y con las mujeres Negras y blancas en la lucha contra el sexismo. Mas, por encima de todo, en nuestra condición de mujeres Negras tenemos el derecho y la responsabilidad de reconocernos unas a otras sin miedo y de amar a nuestra manera. Las mujeres Negras lesbianas y heterosexuales compartimos toda una historia de unión y poder, y ni nuestra identidad sexual ni nuestras diferencias deben llevarnos a olvidarla.

Usos de lo erótico: lo erótico como poder⁷

xisten muchas clases de poder: los que se utilizan y los que no se utilizan, los reconocidos o los que apenas se reconocen. Lo erótico es un recurso que reside en el interior de todas nosotras, asentado en un plano profundamente femenino y espiritual, y firmemente enraizado en el poder de nuestros sentimientos inexpressados y aún por reconocer. Para perpetuarse, toda opresión debe corromper o distorsionar las fuentes de poder inherentes a la cultura de los oprimidos de las que puede surgir energía para el cambio. En el caso de las mujeres, esto se ha traducido en la supresión de lo erótico como fuente de poder e información en nuestras vidas.

En la sociedad occidental, se nos ha enseñado a desconfiar de este recurso, envilecido, falseado y devaluado. Por un lado, se han fomentado los aspectos superficiales de lo erótico como signo de la inferioridad femenina; y, por otro, se ha inducido a las mujeres a sufrir y a sentirse despreciables y sospechosas en virtud de la existencia de lo erótico.

De ahí sólo hay un paso a la falsa creencia de que las mujeres sólo podemos ser realmente fuertes si suprimimos lo erótico de nuestras vidas y conciencias. Pero esa fortaleza es ilusoria, ya que se concibe en el contexto de las pautas de poder masculinas.

Las mujeres hemos llegado a desconfiar de este poder, que surge de nuestro conocimiento más profundo y no racional. El mundo masculino nos ha prevenido contra él durante toda la vida; los hombres valoran los sentimientos profundos y desean que las mujeres los practiquen en beneficio suyo, pero al propio tiempo los temen y no se atreven a indagar en ellos personalmente. Así pues, a las mujeres se las mantiene en una posición distante/inferior para exprimir las y sacarles toda la sustancia, como si fueran esas colonias de pulgones que las hormigas ordeñan para alimentarse.

En realidad, lo erótico ofrece un manantial de fuerza inagotable y provocadora a la mujer que no teme descubrirlo, que no sucumbe a la creencia de que hay que conformarse con las sensaciones.

Los hombres han acostumbrado a definir erróneamente lo erótico y a emplearlo en contra de las mujeres. Lo han equiparado con una sensación confusa, trivial, psicótica y artificial. Por este motivo, muchas veces renunciamos a indagar en lo erótico y a considerarlo una fuente de poder e información, confundiéndolo con su antítesis, la pornografía. Ahora bien, la pornografía es la negación directa del poder del erotismo, ya que representa la supresión de los sentimientos verdaderos. La pornografía pone el énfasis en la sensación sin sentimiento.

Lo erótico es un espacio entre la incipiente conciencia del propio ser y el caos de los sentimientos más fuertes. Es una sensación de satisfacción interior que siempre aspiramos a recuperar una vez que la hemos experimentado. Puesto que habiendo vivido la plenitud de unos senti-

mientos tan profundos y habiendo experimentado su poder, por honestidad y respeto a nosotras mismas, ya no podemos exigirnos menos.

No es fácil exigirse rendir al máximo en nuestra vida, en nuestro trabajo. Aspirar a la excelencia supone superar la mediocridad fomentada por nuestra sociedad. Dejarse dominar por el miedo a sentir y a trabajar al límite de la propia capacidad es un lujo que sólo pueden permitirse quienes carecen de objetivos, quienes no desean guiar sus propios destinos.

Esta aspiración interna a la excelencia que aprendemos de lo erótico no debe llevarnos a exigir lo imposible de nosotras mismas ni de los demás. Una exigencia así sólo sirve para incapacitarnos. Porque lo erótico no sólo atañe a lo que hacemos, sino también a la intensidad y a la plenitud que sentimos al actuar. El descubrimiento de nuestra capacidad para sentir una satisfacción absoluta nos permite entender qué afanes vitales nos aproximan más a esa plenitud.

El objetivo de todo lo que hacemos es que nuestras vidas y las de nuestros hijos sean más ricas y menos problemáticas. Al disfrutar de lo erótico en todos nuestros actos, mi trabajo se convierte en una decisión consciente... en un lecho anhelado en el que me acuesto con gratitud y del que me levanto fortalecida.

Por supuesto, las mujeres con tanto poder son peligrosas. De ahí que se nos enseñe a eliminar la exigencia erótica de la mayoría de las áreas de nuestra vida, excepción hecha del sexo. Y la falta de atención a las satisfacciones y fundamentos eróticos de nuestro quehacer se traduce en el desafecto a gran parte de lo que hacemos. Por ejemplo, ¿cuántas veces amamos realmente nuestro trabajo cuando nos plantea dificultades?

Éste es el horror máximo de cualquier sistema que define lo bueno en función de los beneficios en lugar de las necesidades humanas, o que define las necesidades humanas excluyendo de ellas sus componentes psíquicos y emocionales; el principal horror de tal sistema es que priva a nuestro trabajo de su valor erótico, de su poder erótico, y a la vida de su atractivo y su plenitud. Un sistema así reduce el trabajo a una parodia de las necesidades, a un deber mediante el que nos ganamos el pan y la posibilidad de olvidarnos de nosotras mismas y de quienes amamos. Esto equivale a vender los ojos a una pintora y pedirle después que mejore su obra y que, además, disfrute al pintar. Lo cual no sólo es imposible, sino profundamente cruel.

Como mujeres, debemos examinar los medios para que nuestro mundo sea auténticamente diferente. Me refiero a la necesidad de reevaluar la calidad de todos los aspectos de nuestra vida y de nuestro quehacer, y también cómo nos movemos en ellos y hacia ellos.

El término *erótico* procede del vocablo griego *eros*, la personificación del amor en todos sus aspectos; nacido de Caos, Eros personifica el poder creativo y la armonía. Así pues, para mí lo erótico es una afirmación de la fuerza vital de las mujeres; de esa energía creativa y fortalecida, cuyo conocimiento y uso estamos reclamando ahora en nuestro lenguaje, nuestra historia, nuestra danza, nuestro amor, nuestro trabajo y nuestras vidas.

Se tiende a equiparar la pornografía con el erotismo, dos usos de lo sexual diametralmente opuestos. Como consecuencia de esta equiparación se ha puesto de moda separar lo espiritual (lo psíquico y emocional) de lo político, viéndolos como aspectos contradictorios o antitéticos. "¿Un revolucionario que es poeta? ¿Un traficante de armas místico? Eso no tiene ni pies ni cabeza." De la misma forma, hemos tratado de separar lo espiritual de lo erótico

y, así, hemos reducido lo espiritual a un mundo de afectos insípidos, al mundo del asceta que aspira a no sentir nada. Pero nada podría estar más lejos de la verdad. Porque la postura del asceta consiste en llevar el miedo y la inmovilidad a sus extremos. La obsesión que lo domina es la más severa abstinencia. Y no es una postura que se base en la autodisciplina, sino en la abnegación.

La dicotomía entre lo espiritual y lo político es asimismo falsa, ya que deriva de una falta de atención a nuestro conocimiento erótico. Pues el puente que conecta lo espiritual y lo político es precisamente lo erótico, lo sensual, aquellas expresiones físicas, emocionales y psicológicas de lo más profundo, poderoso y rico de nuestro interior, aquello que compartimos: la pasión del amor en su sentido más profundo.

Más allá de lo superficial, la expresión "me hace sentir bien" reconoce el poder de lo erótico como un conocimiento auténtico, pues el significado que encierra dicha expresión es la guía primera y más poderosa hacia el entendimiento. Y el entendimiento no es más que una sirviente que cuida del conocimiento nacido de lo más profundo. Y, a su vez, lo erótico es el ama de cría o la nodriza de nuestro conocimiento profundo.

A mi juicio, lo erótico actúa de diversas maneras, la primera de las cuales consiste en proporcionar el poder que deriva de compartir profundamente cualquier empeño con otra persona. Compartir el gozo, ya sea físico, emocional, psicológico o intelectual, tiende entre quienes lo comparten un puente que puede ser la base para entender mejor aquello que no se comparte y disminuir el miedo a la diferencia.

Otra función importante de la conexión erótica es que hace resaltar con sinceridad y valentía mi capacidad de

gozar. Así como mi cuerpo reacciona a la música relajándose y abriéndose a ella, atento a sus más profundos ritmos, todo aquello que siento me abre a la experiencia eróticamente satisfactoria, ya sea al bailar, al montar una estantería, al escribir un poema o al analizar una idea.

El hecho de poder compartir esa conexión íntima sirve de indicador del gozo del que me sé capaz de sentir, de recordatorio de mi capacidad de sentir. Y ese conocimiento profundo e irremplazable de mi capacidad para el gozo me plantea la exigencia de que viva toda la vida sabiendo que esa satisfacción es posible, y no hay por qué llamarla *matrimonio*, ni *dios*, ni *vida después de la vida*.

Éste es uno de los motivos por los que lo erótico despierta tantos miedos y a menudo se relega al dormitorio, si es que llega a reconocerse. Pues cuando comenzamos a sentirlo profundamente en todos los ámbitos de nuestra vida, también empezamos a exigir de nosotras mismas y de nuestros empeños vitales que aspiren al gozo que nos sabemos capaces de sentir. Nuestro conocimiento erótico nos fortalece, se convierte en una lente a través de la cual escudriñamos todos los aspectos de nuestra existencia, lo que nos obliga a evaluarlos honestamente y a adjudicarles el valor relativo que poseen en el conjunto de la vida. Y obrar así es una gran responsabilidad que surge de nuestro interior: la responsabilidad de no conformarnos con lo que es conveniente, falso, convencional o meramente seguro.

Durante la segunda guerra mundial comprábamos paquetitos de plástico herméticamente cerrados de margarina incolora, con una densa cápsula de colorante amarillo que pendía como un topacio sobre la margarina, bajo el envoltorio transparente. Dejábamos que el paquete se reblandeciera y luego pinchábamos la cápsula para que derramase su tinte amarillo sobre el pálido trozo de margarina. Luego amasábamos con cuidado el paquete, una y

otra vez, hasta que el color se mezclaba uniformemente con la libra de margarina.

Para mí, lo erótico es como una semilla que llevo dentro. Cuando se derrama fuera de la cápsula que lo mantiene comprimido, fluye y colorea mi vida con una energía que intensifica, sensibiliza y fortalece toda mi experiencia.

Nos han educado para que temamos el sí que llevamos dentro, nuestros más profundos anhelos. Pero cuando llegamos a identificarlos, aquellos que no mejoran nuestro futuro pierden su poder y pueden modificarse. Es el miedo a nuestros deseos el que los convierte en sospechosos y les dota de un poder indiscriminado, ya que cualquier verdad cobra una fuerza arrolladora al ser reprimida. El miedo a no ser capaces de superar las falacias que encontramos en nuestro interior nos mantiene dóciles, leales y obedientes, definidas desde fuera, y nos induce a aceptar muchos aspectos de la opresión que sufrimos las mujeres.

Cuando vivimos fuera de nosotras mismas o, lo que es lo mismo, siguiendo directrices externas en lugar de atenernos a nuestro conocimiento y necesidades internos, cuando vivimos de espaldas a esa guía erótica que hay en nuestro interior, nuestras vidas quedan limitadas por factores externos y ajenos y nos adaptamos a las imposiciones de una estructura que no se basa en las necesidades humanas, y mucho menos en las individuales. Mas, si comenzamos a vivir desde dentro hacia fuera, en contacto con el poder de lo erótico que hay en nosotras, y permitimos que ese poder informe e ilumine nuestra forma de actuar en relación con el mundo que nos rodea, entonces comenzamos a ser responsables de nosotras mismas en el sentido más profundo. Porque al reconocer nuestros sentimientos más hondos no podemos por menos de dejar de estar satisfechas con el sufrimiento y la autonegación, así

como con el embotamiento que nuestra sociedad suele presentar como única alternativa. Nuestros actos en contra de la opresión se integran con el ser, empiezan a estar motivados y alentados desde dentro.

Al estar en contacto con lo erótico, me rebelo contra la aceptación de la impotencia y de todos los estados de mi ser que no son naturales en mí, que se me han impuesto, tales como la resignación, la desesperación, la humillación, la depresión, la autonegación.

Sí, existe una jerarquía. No es lo mismo pintar la verja del jardín que escribir un poema, pero la diferencia sólo es cuantitativa. Y, para mí, no hay diferencia alguna entre escribir un buen poema o tenderme al sol junto al cuerpo de una mujer a la que amo.

Esto me lleva a una última consideración sobre lo erótico. Compartir el poder de los sentimientos con los demás no es lo mismo que emplear los sentimientos ajenos como si fueran un pañuelo de usar y tirar. Cuando no prestamos atención a nuestras experiencias, eróticas o de otro tipo, más que compartir estamos utilizando los sentimientos de quienes participan con nosotras en la experiencia. Y utilizar a alguien sin su consentimiento es un abuso.

Antes de utilizar los sentimientos eróticos es necesario reconocerlos. Compartir los sentimientos profundos es una necesidad humana. Pero, en el marco de la tradición europeo-norteamericana, esa necesidad se satisface mediante encuentros eróticos ilícitos. Estas ocasiones casi siempre se caracterizan por la recíproca falta de atención, por la pretensión de darles el nombre de lo que no son, ya sea religión, arrebató, violencia callejera o incluso jugar a médicos y enfermeras. Y al dar un nombre falso a la necesidad y al acto, surge una distorsión que conduce a la pornografía y a la obscenidad, al abuso de los sentimientos.

Cuando no prestamos atención a la importancia de lo erótico en el desarrollo y el mantenimiento de nuestro poder, o cuando no nos prestamos atención mientras satisfacemos nuestras necesidades eróticas interactuando con otros/as, nos usamos mutuamente como objetos de satisfacción en lugar de compartir nuestro gozo en la satisfacción y de establecer conexiones entre nuestras similitudes y diferencias. Negarse a ser consciente de lo que sentimos en cualquier momento, por muy cómodo que parezca, supone negar buena parte de la experiencia y reducirla a lo pornográfico, al abuso, al absurdo.

Lo erótico no se puede experimentar de segunda mano. En mi condición de feminista Negra y lesbiana, tengo unos sentimientos, un conocimiento y una comprensión determinados de aquellas hermanas con las que he bailado, he jugado o incluso me he peleado a fondo. Haber participado profundamente en una experiencia compartida ha sido muchas veces el precedente para realizar acciones conjuntas que de otro modo habrían sido imposibles.

Mas las mujeres que continúan actuando de acuerdo con la tradición europeo-norteamericana masculina no tienen facilidad para compartir esta carga erótica. Sé por experiencia que yo no alcanzaba a sentirla cuando estaba adaptando mi conciencia a este nuevo modo de vivir y sentir.

Ahora, al fin, voy encontrando más y más mujeres identificadas con las mujeres que tienen la valentía necesaria para compartir la carga eléctrica de lo erótico sin disimular y sin distorsionar la naturaleza tremendamente poderosa y creativa de esos intercambios. Reconocer el poder de lo erótico en nuestra vida puede proporcionarnos la energía necesaria para acometer cambios genuinos en nuestro mundo en lugar de contentarnos con un cam-

bio de papeles en el mismo y manido escenario de siempre.

Pues al reconocerlo nos ponemos en contacto con nuestra fuente más profundamente creativa y, a la vez, actuamos como mujeres y nos autoafirmamos ante una sociedad racista, patriarcal y antierótica.

Sexismo: una enfermedad norteamericana con rostro Negro*

 El feminismo Negro no es el feminismo blanco con rostro Negro. Los problemas que nos afectan son específicos y tratar de resolverlos no nos hace menos Negras. Tratar de establecer un diálogo entre las mujeres Negras y los hombres Negros atacando a las feministas Negras se me antoja una maniobra torpe y condenada al fracaso. Y eso es lo que ha hecho Robert Staples, un sociólogo Negro, en *The Black Scholar*.

Pese a los recientes logros en el terreno económico, las mujeres Negras continuamos siendo el grupo peor remunerado del país en la clasificación por razas y sexos. Lo que sirve para formarse una idea del grado de desigualdad del que partimos originalmente. Según afirmó el propio Staples en 1979, "hasta el próximo siglo (...) no existirá la amenaza de que las mujeres Negras superen a los hombres Negros en las áreas de educación, empleo e ingresos". Dicho de otro modo, la desigualdad no necesita demostrarse; ahora bien, ¿cómo justificarla?

Las feministas Negras hablamos como mujeres porque somos mujeres y no necesitamos que nadie hable en nues-

tro nombre. A los hombres Negros les corresponde decirnos cómo y por qué su masculinidad ha llegado a verse tan amenazada como para que las mujeres Negras se conviertan en el objetivo fundamental de su justificada cólera. ¿Qué análisis concreto del dragón capitalista en que vivimos puede legitimar la violación de mujeres Negras por parte de hombres Negros?

Las feministas Negras y otras mujeres Negras cuando menos hemos iniciado este diálogo tan necesario, aunque nuestras palabras puedan ser amargas. Al menos no nos dedicamos a abatir a nuestros hermanos en la calle ni a matarlos a martillazos. De momento. Reconocemos la falacia que comportan las soluciones separatistas.

Staples defiende su causa alegando que el capitalismo ha dejado al hombre Negro con una "curiosa rabia" y su pene como único medio de realizarse. ¿Está más justificada esa cólera que la de las mujeres Negras? ¿Y por qué se supone que las mujeres Negras hemos de absorber en silencio la rabia de nuestros hermanos? ¿Por qué no se vuelve la rabia de los hombres en contra de los factores que limitan su realización, es decir, del capitalismo? Staples considera que en la obra de teatro *For Colored Girls*, de Ntozake Shange, hay "un apetito colectivo de sangre negra masculina". Y, sin embargo, son las niñas Negras y mis hermanas Negras las que se desangran en la calle a mi alrededor, víctimas de los apetitos de nuestros hermanos.

¿En qué análisis teórico encajaría Staples a Patricia Cowan? Patricia respondió a un anuncio donde se solicitaba una actriz Negra para una obra titulada *Hammer* (martillo) que se iba a representar en Detroit. Se presentó a la audición y, mientras interpretaba una escena, observada por el hermano del dramaturgo y por su propio hijo de cuatro años, el dramaturgo Negro empuñó un enorme

martillo y la mató a golpes. ¿Servirá la "compasión hacia los hombres negros descarriados" de que habla Staples para devolverle la vida a esta joven madre o para que su absurda muerte resulte más aceptable?

El desvalimiento de los hombres Negros, sus aflicciones y su miedo a la vulnerabilidad son cuestiones de las que debe hablarse, pero no somos las mujeres Negras a quienes corresponde realizar esa tarea a expensas de nuestra propia "curiosa rabia".

Si la sociedad adscribe a los hombres Negros papeles que luego no les permite desempeñar, ¿son las mujeres Negras quienes deben doblegarse y alterar sus vidas para compensar ese fallo?, ¿o es la sociedad la que debe cambiar? Además, ¿por qué los hombres Negros aceptan esos papeles en lugar de verlos como lo que son, una promesa narcotizante que favorece la aceptación de otras facetas de la opresión?

Uno de los recursos de la Gran-Duplicidad-del-Pensamiento-Estadounidense es culpar a la víctima de lo que le sucede: se dice que los Negros provocamos los linchamientos por sacar los pies del tiesto; que las mujeres Negras incitan a que se las viole, se las asesine o se abuse de ellas porque no son lo bastante dóciles, o porque son demasiado coquetas, o porque...

El "hecho" expuesto por Staples de que las mujeres Negras se sienten realizadas al tener hijos sólo es un hecho cuando así lo afirman los hombres Negros; cualquier persona Negra de este país que no tenga "frustraciones reprimidas a las que es necesario dar salida" (!) o es imbécil o está loca, aun cuando sea una mujer "felicemente casada". Estas palabras tienen ese tufillo propio de la patraña sexista más manida de todos los tiempos; a saber, que lo único que necesita una mujer para "estar tranquila" es un "buen hombre". Afirmación que se puede

archivar junto a esta otra: "Algunos de mis mejores amigos son Negros".

En lugar de iniciar el muy necesario diálogo entre los hombres Negros y las mujeres Negras, Staples se repliega hacia una posición defensiva que recuerda a la adoptada por los liberales blancos en los años sesenta, cuando se solía considerar que cualquier declaración o reafirmación del orgullo Negro era una amenaza instantánea contra la identidad de los blancos y un intento de acabar con ellos. Y he aquí un hombre Negro inteligente que cree —o al menos así lo dice— que cualquier llamamiento a que las mujeres Negras nos amemos a nosotras mismas (y en ningún momento se ha dicho sólo a nosotras mismas) constituye una negación de su identidad Negra masculina o una amenaza para la misma.

En este país las mujeres Negras siempre han sentido compasión de todos menos de sí mismas. Hemos cuidado a los blancos porque de ello dependía nuestro salario o nuestra posibilidad de sobrevivir; hemos cuidado a nuestros hijos, a nuestros padres, a nuestros hermanos y a nuestros amantes. La historia y la cultura popular, así como nuestras vidas personales, están plagadas de relatos sobre mujeres Negras que han mostrado "compasión hacia los hombres negros descarriados". Nuestras hermanas marcadas por cicatrices, apaleadas, destrozadas y muertas dan un mudo testimonio de esa realidad. Necesitamos aprender a cuidarnos a nosotras mismas y a inspirarnos compasión.

Por mucho que la puedan tergiversar los medios de comunicación blancos, esta exhortación es muy necesaria, y así lo demuestran los grandes sacrificios que las mujeres Negras suelen estar dispuestas a hacer por sus hijos y sus hombres. Este llamamiento a que nos valoremos y nos queramos nada tiene que ver con el narcisismo, como sin

duda lo comprenderá Staples. El narcisismo no deriva del amor a uno mismo, sino del odio a uno mismo.

Si los hombres Negros carecen de un punto de vista razonable y argumentado sobre estas cuestiones, eso no es culpa de las mujeres Negras. Basta ya de que se espere que lo seamos todo para todos y que defendamos el punto de vista de cualquiera salvo el nuestro. Los hombres Negros no son tan pasivos como para necesitar que las mujeres Negras hablen por ellos. Eso lo sabe hasta mi hijo de catorce años. Los hombres Negros deben examinar y expresar sus deseos y sus puntos de vista por sí mismos y, sobre esa base, atenerse a las conclusiones que extraigan. Un profesional Negro que se limita a gimotear porque en el trabajo de las mujeres Negras no se refleja su visión de las cosas no está haciendo nada positivo. Los opresores siempre esperan que los oprimidos los traten con una comprensión de la que ellos adolecen.

La sugerencia de Staples de que los hombres Negros abandonan a sus familias en son de protesta contra la toma de decisiones femenina que se ha impuesto en los hogares entra en directa contradicción con las observaciones que él mismo vertió en "El mito del matriarcado negro".

Con respecto a que algunos hombres Negros se casan con mujeres blancas porque piensan que ellas encajan mejor en el modelo de "feminidad" establecido en este país, tan sólo puedo opinar que sin duda es así. Pero Staples incurre en otro error de razonamiento al justificar este hecho en razón del motivo que lo causa, censurando de paso a las mujeres Negras; lo cual es como justificar al ratón de campo que sigue a sus compañeros cuando éstos saltan del borde de un acantilado hacia una muerte segura. Que algo suceda no significa que deba suceder, ni tampoco que sea funcional para el bienestar del individuo o del grupo.

El destino de los Estados Unidos Negros no es repetir los errores de los Estados Unidos blancos. Si confundimos las trampas del éxito que tiende una sociedad enferma con los signos de una vida con sentido, estaremos repitiendo esos errores. Y si, en lugar de escuchar sus propios deseos, los hombres Negros continúan aferrándose a la definición de "feminidad" planteada en arcaicos términos europeos, sólo conseguirán obstaculizar el intercambio de energía entre las mujeres Negras y los hombres Negros. Luchar por la libertad y el futuro de los Negros no pasa por la absorción de la enfermedad masculina blanca del sexismo.

Las mujeres y los hombres Negros no podemos aspirar a entablar un diálogo si comenzamos por negar el carácter opresivo de los privilegios masculinos. Y si los hombres Negros deciden hacer suyos esos privilegios con el propósito que sea —violar, maltratar y matar a sus hermanas—, pasar por alto estas manifestaciones de la opresión masculina Negra en el seno de nuestras comunidades tan sólo beneficiará a quienes nos destruyen. Una opresión no justifica la otra.

Se ha dicho que no se puede negar al hombre Negro el derecho a la elección personal de la mujer que satisfaga su necesidad de dominar. En tal caso, tampoco se nos puede negar a las mujeres Negras el derecho a la elección personal, y ésta se orienta cada vez más hacia soluciones que reafirman nuestra condición de mujeres.

Somos un pueblo y, como tal, es evidente que debemos trabajar unidos. Pensar que sólo los hombres Negros son culpables de las situaciones que aquí se han descrito sería vendarse los ojos ante el hecho de que esas situaciones ocurren en una sociedad dominada por los privilegios de los hombres blancos. Ahora bien, hay que despertar la conciencia de los hombres Negros para que comprendan que el sexismo y el odio a las mujeres son

actitudes absolutamente disfuncionales para su liberación en tanto en cuanto surgen de la misma constelación que engendra el racismo y la homofobia. Mientras no se despierte esa conciencia, los hombres Negros pensarán que la lucha contra el sexismo y la destrucción de las mujeres Negras no es más que un aspecto tangencial a la lucha por la liberación Negra y no que se encuentra en el mismo centro de esa lucha. Hasta que cambien las cosas en este sentido, no podremos embarcarnos en el diálogo entre mujeres y hombres Negros que es esencial para nuestra supervivencia como pueblo. La perpetuación de la ceguera beneficiará exclusivamente al sistema opresor en el que vivimos.

Los hombres desestiman las observaciones de las mujeres por considerarlas demasiado "visceral". Pero por mucho que se analicen las fuentes del odio a la mujer Negra, Patricia Cowan no volverá a la vida ni se aplacará el dolor de su familia. El dolor es muy visceral, sobre todo para quien lo sufre. Como dijo la poeta Mary McAnally: "El dolor nos enseña a retirar los dedos del maldito fuego"¹⁰.

La problemática de las mujeres Negras es consecuencia de la contradicción general entre capital y fuerza de trabajo, y también lo es el racismo; así pues, todos debemos batallar contra ambos. La estructura capitalista es un monstruo multicéfalo. Cabe añadir que en ninguno de los países socialistas que he visitado he visto que hubieran desaparecido el racismo ni el sexismo; así pues, la erradicación de ambas enfermedades parece exigir algo más que la abolición de la institución capitalista.

Ningún hombre Negro razonable puede sancionar la violación y el asesinato de mujeres Negras a manos de hombres Negros como respuesta adecuada a la opresión capitalista. Además, es evidente que la destrucción de las

mujeres Negras por los hombres Negros atraviesa las barreras de clase.

Sean cuales fueren los "soportes estructurales" (Staples) del sexismo de la comunidad Negra, quienes más sufren sus consecuencias somos a todas luces las mujeres Negras, por lo que suprimirlo es uno de nuestros mayores intereses. Invitamos a nuestros hermanos Negros a unirse a nosotras, puesto que, en definitiva, la abolición del sexismo nos beneficiará a todos. El sexismo también perjudica a los hombres Negros, en tanto en cuanto les arrebató la posibilidad de establecer vínculos significativos con las mujeres Negras y con nuestras luchas. Ahora bien, dado que somos las mujeres Negras quienes sufrimos el maltrato y que es nuestra sangre la que se está derramando, a nosotras nos toca decidir si el sexismo de la comunidad Negra es o no patológico. Y ese debate no lo emprendemos en el plano teórico. Las "relaciones creativas" que según Staples existen en la comunidad Negra son casi siempre las que funcionan en beneficio de los hombres Negros, dada la desproporción del número de hombres y mujeres, la consecuente situación de la oferta y la demanda, y el equilibrio de poder que de ella deriva. La poligamia se considera "creativa", pero no así las relaciones lesbianas. Sería lo mismo que hablar de "relaciones creativas" entre amos y esclavos, donde el beneficiado siempre es el amo.

El odio a la mujer en la comunidad Negra acarrea una serie de tragedias que perjudican a todo el pueblo Negro. Estos hechos deben entenderse en el contexto de la devaluación sistemática de las mujeres Negras en esta sociedad. Es en dicho contexto donde nos convertimos en objetivos aceptables y sancionados de la cólera Negra masculina, tan aceptables como para que un científico social Negro justifique el abuso despersonalizador y le dé el visto bueno.

Las mujeres Negras han dejado de considerar que dicho abuso sea aceptable en nombre de la solidaridad o de la liberación Negra. Y éste debe ser el punto de arranque de cualquier diálogo entre las mujeres y los hombres Negros, sean cuales sean sus futuras conclusiones.

Carta abierta a Mary Daly

nvié esta carta a Mary Daly, autora de *Gyn/Ecology*¹⁹, el 6 de mayo de 1979. Cuatro meses más tarde, al no haber recibido respuesta, decidí compartirla con la comunidad de mujeres.

Querida Mary:

Ahora que he encontrado un espacio de tiempo en esta salvaje y sanguinaria primavera¹⁹, quiero comunicarte los pensamientos que me has llevado a concebir. Confiaba en que nuestros caminos se cruzaran y tuviéramos ocasión de sentarnos a charlar, pero no ha sido así.

Te deseo fuerza y alegría en la victoria que sin duda conseguirás contra las fuerzas represivas de la Universidad de Boston. Me alegra mucho que tantas mujeres asistieran al mitin y confío en que esta demostración de fuerza genere mayores espacios para que podáis crecer y estableceros.

Gracias por hacerme llegar *Gyn/Ecology* (Gin/ecología). Es un libro lleno de ideas importantes, útiles, creativas y provocadoras. Muchos de tus análisis, como los de *Beyond God The Father*, me transmiten fuerza y ayuda. Así pues, te escribo ahora esta carta en compensación por lo que tú me has ofrecido a través de tus obras, con la esperanza de compartir contigo los beneficios de mis indagaciones tal como tú has compartido los tuyos conmigo.

Me sentía muy remisa a escribirte y he ido retrasando el momento de hacerlo, porque no es fácil ni sencillo enfrentarnos a lo que debo decir. La historia de las mujeres blancas incapaces de escuchar las palabras de las mujeres Negras, o de mantener un diálogo con nosotras, es larga y desalentadora. Ahora bien, para mí, la presunción de que no vas a escucharme no sólo está enraizada en la historia, sino también en un viejo modelo de relación, a veces provocador, otras disfuncional, un modelo que es mi esperanza que estemos destruyendo y superando en nuestra condición de mujeres que vamos modelando el futuro.

Creo que ves a todas las mujeres con buena fe, creo en tu visión de un futuro que nos permitirá florecer y también creo en tu compromiso con el duro y a menudo doloroso trabajo necesario para promover un cambio. Con este espíritu te invito a que cooperemos en el esclarecimiento de algunas de las diferencias que se alzan entre nosotras en tanto que mujeres Negras y blancas.

Al comenzar a leer *Gyn/Ecology* me emocionó la visión que respaldaba tus palabras, y asentía vigorosamente con la cabeza mientras tú hablabas, en el Primer Pasaje, del mito y la mistificación. Lo que decías sobre la naturaleza y la función de la Diosa, así como sobre los medios empleados para ocultar su verdadero rostro, coincidía con lo que yo había descubierto sobre el verdadero carácter

del antiguo poder femenino en el curso de mis indagaciones en los mitos/leyendas/religiones africanos.

Eso sí, me preguntaba por qué no habrías recurrido a Afrekete como ejemplo. ¿Por qué todas las imágenes de diosas a las que aludías eran blancas, europeo-occidentales, judeocristianas? ¿Dónde estaban Afrekete, Yemanje, Oyo y Mawulisa? ¿Dónde las diosas guerreras del Vodún, las Amazonas de Dahomey y las guerreras de Dan? En fin, pensé, Mary habrá tomado la decisión de restringir su punto de mira para ocuparse solamente de la ecología de las mujeres europeo-occidentales.

Luego llegué a los tres primeros capítulos de tu Segundo Pasaje, donde sí te ocupabas de las mujeres no europeas, pero sólo hablabas de ellas como víctimas o como mutuas agresoras. Comencé a sentir que la historia y los mitos que me respaldan quedaban distorsionados por la ausencia de imágenes de mis poderosas antepasadas. Me pareció muy acertado que te refirieras a la mutilación de los genitales femeninos practicada en África, ya que es un componente importante de cualquier consideración sobre la ecología femenina y apenas se le ha prestado atención. Ahora bien, dar a entender que todas las mujeres sufrimos la misma opresión por el simple motivo de que somos mujeres es perder de vista los múltiples y variados mecanismos de que se vale el patriarcado. Es pasar por alto el que las propias mujeres utilizamos sin querer esos mecanismos las unas contra las otras.

No prestar atención a nuestras antepasadas Negras bien podría ser olvidarse de cómo aprendieron a amar las mujeres europeas. Siendo como soy una mujer afroamericana que vive inmersa en el patriarcado blanco, estoy acostumbrada a que se distorsione y trivialice mi experiencia arquetípica, pero que lo haga una mujer a cuyo conocimiento me siento tan próxima resulta muy doloroso.

Ya sabes que cuando hablo de conocimiento me refiero a esa hondura oscura y auténtica a la cual el entendimiento sirve y atiende, volviéndola accesible para uno mismo y para los demás mediante el lenguaje. Es esa hondura que hay en nuestro interior la que alimenta toda visión.

Excluir todo lo que has excluido de *Gyn/Ecology* supone desdeñar mi herencia y la de las demás mujeres no europeas, así como negar los verdaderos vínculos que existen entre nosotras.

Salta a la vista que tu libro recoge una ingente labor. Pero sabido es que la perspectiva feminista radical de las mujeres blancas apenas se ocupa del poder y de los símbolos de las mujeres no blancas; por ello, cuando en tu obra ni siquiera comentas estos aspectos, estás negando la fuente de la fuerza y el poder de la mujer no europea que nutre nuestras visiones. Con esa decisión, has tomado una postura.

Al ver que las únicas citas de mujeres Negras que empleas son las que introducen el capítulo sobre la práctica de la ablación en África, me pregunté si no era superfluo que recurrieras a esas citas. Personalmente, siento que has utilizado mal mis palabras, pues con ellas me haces testificar contra mí misma como mujer de Color. Porque esas palabras que decidiste emplear no eran ni más ni menos ilustrativas del capítulo en cuestión de lo que podrían haberlo sido "La poesía no es un lujo" o muchos de mis poemas en otras partes del *Gyn/Ecology*.

Todo esto hace que se me plantee la pregunta: Mary, ¿lees alguna vez la obra de las mujeres Negras? ¿Has leído alguna vez mis palabras o te has limitado a hojear mis obras en busca de citas que en tu opinión pudieran respaldar convincentemente tu idea preconcebida de la relación distorsionada que desde hace largo tiempo existe entre nosotras? Y ésta no es una pregunta retórica.

En mi opinión, esto es un ejemplo más de cómo el conocimiento, la cronología y la obra de las mujeres de Color son marginados por las mujeres blancas que se mueven en el marco de referencia de nuestra cultura occidental patriarcal. Incluso esa frase tuya de la página 49 de *Gyn/Ecology*, "La fuerza que hallan las mujeres centradas en sí mismas al encontrarse con nuestros Orígenes es nuestra propia fuerza, una fuerza que de este modo recuperamos", adquiere unas resonancias distintas si recordamos las antiguas tradiciones de poder, fuerza y generación propias de las relaciones de las mujeres africanas. Es una realidad que está ahí, de la que pueden sacar provecho todas las mujeres que no teman la revelación de la conexión consigo mismas.

¿Has leído mi obra y la de otras mujeres Negras para tratar de aprender algo? ¿O te has limitado a buscar en ellas citas que pudieran legitimar ante las mujeres Negras el capítulo sobre la mutilación de los genitales femeninos en África? En ese caso, ¿por qué no has recurrido asimismo a nuestras palabras para legitimar o ilustrar otros aspectos donde nuestro ser y nuestro desarrollo también están conectados? Sí, por el contrario, lo que pretendías no era comunicarte con las mujeres Negras, ¿qué sentido tiene emplear nuestras palabras para respaldar tu punto de vista ante las mujeres blancas?

Mary, te pido que seas consciente de cómo este proceder fomenta las fuerzas destructivas del racismo y la segregación entre mujeres; pues parte del supuesto de que la historia y los mitos de las mujeres blancas son los únicos a los que deben acudir todas las mujeres en busca de poder y puntos de referencia, en tanto que las mujeres no blancas y nuestras historias quedan convertidas en motivos decorativos o en ejemplos de la victimización de las mujeres. Te pido que seas consciente de los efectos que tal des-

dén tiene en la comunidad de las mujeres Negras y demás mujeres de Color, y de cómo resta valor a tus propias palabras. Ese desdén no es en esencia diferente de la sistemática degradación a la que se somete a las mujeres Negras para convertirlas en objeto, pongamos por caso, de los asesinatos que ahora mismo están perpetrándose en tu ciudad. Cuando el patriarcado nos desprecia, promueve nuestro asesinato. Cuando la teoría feminista lesbiana y radical nos desprecia, promueve su propia extinción.

El desdén se alza como un tremendo obstáculo para nuestra comunicación. Obstáculo que hace mucho más fácil daros la espalda que tratar de comprender el pensamiento que alienta vuestra forma de proceder. ¿Será el siguiente paso la guerra declarada entre nosotras o la segregación? Ciertamente, la asimilación a una historia de mujeres exclusivamente europeo-occidental no es aceptable.

Mary, te pido que recuerdes esas fuerzas oscuras, antiguas y divinas que llevas dentro y que te ayudan a hablar. Todas estamos en los márgenes y nos necesitamos mutuamente para apoyarnos, unirnos y satisfacer las necesidades que entraña una existencia marginal. Pero antes de unirnos, hemos de aprender a reconocernos. Y puesto que tú no has logrado reconocermé en absoluto, me pregunto si no me habré equivocado con respecto a ti y en realidad ya no te reconozco.

Veo que celebras las diferencias que hay entre las mujeres blancas y las consideras una fuerza creativa que favorece el cambio y no un motivo de incomprensión y segregación. Ahora bien, lo que no reconoces es que esas diferencias nos exponen a todas las mujeres a diversos tipos y grados de opresión patriarcal, algunos de los cuales son comunes a todas mientras que otros no lo son. Por ejemplo, sin duda sabrás que la tasa de mortalidad provo-

cada por el cáncer de pecho asciende al 80 por ciento en el grupo de mujeres no blancas de este país; el número de vaciados ganglionares, histerectomías y esterilizaciones practicados innecesariamente a las mujeres de este grupo multiplica por tres el correspondiente a las mujeres blancas; y también es tres veces mayor en dicho grupo la probabilidad de ser violada, asesinada o agredida. Son datos estadísticos, no casualidades ni fantasías paranoicas.

Ambas pertenecemos a la comunidad de mujeres, pero el racismo es un factor que afecta a mi vida y no a la tuya. Las mujeres blancas encapuchadas que reparten panfletos del Ku-Klux-Klan en las calles de Ohio seguramente censurarán tus palabras, pero a mí me pegarán un tiro nada más verme. (Si tú y yo entrásemos juntas en un aula de mujeres en Dismal Gulch, Alabama, y quienes estuvieran allí sólo supieran de nosotras que ambas somos Feministas/Lesbianas/Radicales, enseguida comprenderías lo que quiero decir.)

La opresión de las mujeres no conoce fronteras étnicas ni raciales, es cierto, pero eso no significa que sea idéntica para todas. Tampoco las fuentes de nuestro poder originario conocen fronteras. Aludir a una sin ocuparse de las otras equivale a distorsionar tanto lo que tenemos en común como lo que nos diferencia.

Pues el racismo sigue existiendo pese a la hermandad entre las mujeres.

Tú y yo nos conocimos en el encuentro de la Modern Language Association, "La transformación del silencio en lenguaje y acción". Esta carta pretende romper un silencio que me había impuesto a mí misma poco antes de conocernos. Había decidido que no volvería a hablar sobre el racismo con ninguna mujer blanca. Los sentimientos de culpa y las actitudes defensivas que se despiertan al hablar de este tema me llevaron a considerar que abordarlo era

una pérdida de energía y, además, pensaba que todo que yo pudiera decir podrían sin duda decirse entre sí las mujeres blancas con mucho menor coste emocional encontrando una oyente mejor dispuesta. Pero no quise borrarte de mi conciencia, ni verme obligada a hacerlo. Como hermana Bruja te pido que hables a mis percepciones.

Lo hagas o no, Mary, una vez más te doy las gracias por lo que he aprendido de ti.

Con esta carta quiero devolverte el favor.

Desde las manos de Afreke
Audre Lor

El hombre niño: respuesta feminista de una madre Negra y lesbiana¹³

 Este artículo no es un análisis teórico sobre las Madres Lesbianas y sus Hijos, ni tampoco un breve manual práctico. Es un intento de analizar y compartir algunos fragmentos de la historia común de mi hijo y mía. Tengo dos hijos: Beth, una chica de quince años y medio, y Jonathan, un chaval de catorce años. Lo que voy a contar es cómo han sido y son las cosas entre Jonathan y yo, y dejaré la teoría para otro momento y para otra persona. Ésta es una historia personal.

No puedo ofrecer a las madres lesbianas ninguna fórmula mágica para la educación de los hijos varones, ni tampoco poseo un secreto con el que convertir vuestras preguntas en certidumbres. Sólo cuento con mi propia manera de reformular esas preguntas, con la esperanza de que todas lleguemos a hablar de los interrogantes y de los fragmentos de nuestras vidas que necesitamos compartir. Somos mujeres que nos ponemos en contacto a través de un medio limitado como es la página impresa, decididas a sacar provecho de nuestro conocimiento compartido.

Las directrices auténticas proceden de nuestro interior. Para otorgar fuerza a mis hijos, debo estar dispuesta a asomarme a mi interior y a ser franca con ellos con respecto a lo que allí encuentro, sin esperar que tengan una reacción distinta de la que corresponde a su edad. De esta forma, mis hijos comienzan a aprender a ver más allá de sus miedos.

Nuestros hijos son exploradores que se dirigen a un reinado todavía por conquistar.

El desarrollo de la sexualidad de mi hijo adolescente es una dinámica consciente entre Jonathan y yo. Comentar aquí la sexualidad de Jonathan no sería pertinente por mi parte, pero sí puedo expresar mi convencimiento de que, sea quien fuere la persona con quien él decida explorar ese ámbito, sus decisiones serán libres, gozosas y profundamente sentidas, serán un ámbito de crecimiento.

A la hora de escribir este artículo, he tenido, entre otras, una dificultad coyuntural; éste es el verano en que Jonathan se está convirtiendo en hombre, en el aspecto físico. Nuestros hijos deben hacerse hombres, esa clase de hombres entre los que confiamos que nuestras hijas, nacidas o por nacer, vivan a gusto. Nuestros hijos no se convertirán en mujeres. Su camino es más complicado que el de nuestras hijas, ya que deben recorrerlo lejos de nosotras, sin nosotras. Es de esperar que cuenten con lo que han aprendido de nosotras y con un método para forjar ese conocimiento a su propia imagen y semejanza.

Nuestras hijas nos tienen a nosotras, ya sea para compararse, para rebelarse, para modelarse o para soñar; pero los hijos de lesbianas deben realizar su propia definición del ser masculino. Ello les hace fuertes y a la vez vulnerables. Los hijos varones de lesbianas han recibido de nosotras un programa de acción para la supervivencia y eso es una ventaja, pero a ellos les corresponde la tarea de trasla-

dar esos conocimientos al ámbito de su masculinidad. Ojalá la diosa sea amable con mi hijo Jonathan.

En los últimos tiempos he conocido a jóvenes Negros cuyo futuro y cuya visión, así como sus preocupaciones presentes, están, por fortuna, más cerca de los de Jonathan que de los míos. He intercambiado con ellos ideas y estrategias coyunturales para la supervivencia, y estoy agradecida porque hayamos tenido a nuestra disposición espacios a compartir. A algunos los conocí en el Primer Congreso Anual de Lesbianas y Gays del Tercer Mundo, celebrado en Washington D.C. en octubre de 1979. A otros los he conocido en lugares diversos y no sé cómo se identifican sexualmente. Hay quienes están educando a sus hijos sin ayuda. Otros han adoptado hijos. Son hombres Negros que sueñan y actúan y tienen sentimientos propios, y son críticos. Es alentador saber que nuestros hijos no habrán de caminar solos.

Cuando me enfado mucho con Jonathan siempre digo que se me ha disparado la testosterona. Con eso quiero decir que en ese momento Jonathan representa una parte de mi ser femenino que me siento remisa a reconocer o a explorar. Por ejemplo, ¿qué quiere decir "actuar como un hombre"? Desde mi punto de vista, ¿qué rechazo? Desde el punto de vista de Jonathan, ¿qué está tratando de redefinir?

Educar a niños Negros —de uno u otro sexo— en las fauces de un dragón racista, sexista y suicida es arriesgado y expuesto. Si no son capaces de amar y resistir a la vez, probablemente no sobrevivirán. Y para sobrevivir tienen que relajarse. Esto es lo que enseñan las madres: el amor, la supervivencia, o, lo que es lo mismo, cómo autodefinirse y cómo relajarse. Para todo ello, es de extrema importancia tener unos sentimientos profundos y reconocerlos: la manera de sentir el amor, la manera de no darle la espalda

al miedo y tampoco dejarse abrumar por él, la manera de disfrutar a fondo de los sentimientos.

Deseo educar a un hombre Negro que no se deje destruir ni tampoco acepte esas corrupciones denominadas poder por los padres blancos, pues éstos aspiran a destruir a mi hijo en la misma medida en que quieren destruirme a mí. Deseo educar a un hombre Negro que comprenda que el objeto legítimo de su hostilidad no son las mujeres sino los entresijos de una estructura que lo programa para temer y despreciar a las mujeres y a sí mismo por el hecho de ser Negro.

Para mí, esta tarea comienza por enseñar a mi hijo que mi función en la vida no es sentir por él.

Los hombres que tienen miedo a los sentimientos necesitan que haya mujeres a su alrededor para que sientan por ellos y, al propio tiempo, desprecian a las mujeres por la supuesta "inferioridad" que representa la capacidad de sentir profundamente. Pero, de esta forma, los hombres renuncian a su humanidad esencial y quedan atrapados en la dependencia y el miedo.

En mi condición de mujer Negra comprometida con un futuro que se pueda vivir, y de madre amante que está educando a un hijo que se hará hombre, es mi deber analizar todas las posibilidades de existir dentro de este sistema destructivo.

Jonathan tenía tres años y medio cuando conocí a Frances, mi amante; tenía siete cuando empezamos a vivir todos juntos de manera estable. Desde el principio, Frances y yo nos empeñamos en que en nuestra casa no hubiera secretos con respecto a que éramos lesbianas, y eso ha sido una fuente de problemas y de fortaleza para los dos niños. Adoptamos esa actitud porque sabíamos que todo lo que ocultáramos por miedo podría ser usado en contra de los niños o en contra nuestra; es una justificación de la

franqueza imperfecta pero práctica. Conocer el miedo nos ayuda a ser libres.

*para quien se atrinchera
no hay lugar que no pueda ser
o no sea
un hogar¹⁴.*

Los niños Negros de Estados Unidos deben ser educados como guerreros si han de sobrevivir. Asimismo, para que sobrevivan, habrá que enseñarles a reconocer los múltiples rostros del enemigo. Los hijos de parejas lesbianas poseen la ventaja de aprender desde muy pronto que la opresión se presenta bajo distintas formas, ninguna de las cuales tiene nada que ver con su auténtica valía.

Para poner las cosas en su sitio, siempre recuerdo que, durante muchos años, cuando se pasaba lista en la clase de mi hijo, sus compañeros le gritaban: "¡Tu madre es Negra!" en lugar de gritarle: "¡Tu madre es lesbiana!".

Cuando Jonathan tenía ocho años y estaba en tercer grado nos mudamos, y él empezó a asistir a otro colegio donde le hacían la vida imposible por ser novato. A Jonathan no le gustaban los juegos violentos. No le gustaba pelearse. No le gustaba tirarles piedras a los perros. Y todo esto lo convirtió enseguida en una víctima fácil.

Una tarde en que mi hijo llegó a casa llorando, mi hija Beth me explicó que los gamberros del barrio siempre obligaban a Jonathan a volver a casa corriendo cuando ella no estaba presente para defenderlo. Y cuando me enteré de que el jefe de la banda era un niño de la clase de Jonathan y de su tamaño, me sucedió algo curioso y muy inquietante.

La rabia inspirada por mi impotencia de antaño y el dolor de ver el sufrimiento de mi hijo me hicieron olvidar todo lo que sabía de la violencia y el miedo, y empecé a

culpar a la víctima, echándole la bronca al lloroso Jonathan. "La próxima vez que vengas aquí llorando...", de pronto me interrumpí horrorizada.

Así es como permitimos que empiece a obrar la destrucción de nuestros hijos; con la justificación de que queremos protegerlos y aliviar nuestro dolor. ¿Cómo voy a dejar que peguen a mi hijo? Estuve a punto de exigirle a Jonathan que aprendiera esa primera lección sobre la corrupción del poder: que el más fuerte es quien tiene la razón. Me oí comenzando a perpetuar la vieja falacia relativa a la fuerza y la valentía supuestamente verdaderas.

Pero no, Jonathan no tenía por qué pelearse contra su voluntad, aunque sí debía aprender a sentirse mejor eludiendo la pelea. Me atenazó el antiguo terror de la niña gordita que escapaba corriendo, temerosa de que se le rompieran las gafas.

Fue entonces cuando una mujer muy sabia me dijo: "¿Le has contado alguna vez a Jonathan que tú también pasabas miedo a su edad?".

En aquel momento esa idea me pareció absurda, pero la siguiente vez que Jonathan llegó a casa lloroso y empapado en sudor después de hacer todo el trayecto a la carrera, me di cuenta de que se sentía avergonzado por haberme fallado, o por haberle fallado a la imagen de madre/mujer que entre él y yo habíamos creado en su pensamiento. La imagen de la mujer capaz de salir adelante en cualquier circunstancia se sustentaba en el hecho de que Jonathan vivía con una familia formada por tres mujeres fuertes, sus madres lesbianas y una hermana mayor echada para delante. Jonathan veía en casa que el poder era claramente femenino.

Y como nuestra sociedad nos enseña a pensar en términos mutuamente excluyentes, esto o lo otro, matar o

morir, dominar o ser dominado. Jonathan pensaba que su única alternativa era superarnos o estar en inferioridad. Las implicaciones de ese tipo de razonamiento eran evidentes. Pensemos en los dos modelos míticos de la relación madre-hijo que ofrece la cultura occidental: Yocasta y Edipo, el hijo que tiene relaciones sexuales con su madre; y Clitemnestra y Orestes, el hijo que mata a su madre.

Todo ello tenía relación conmigo.

Tomé asiento en los peldaños de la entrada, senté a Jonathan en mis rodillas y le enjuagué las lágrimas. "¿Te he contado alguna vez que a tu edad yo solía pasar mucho miedo?"

Nunca olvidaré la expresión que puso mi hijito mientras le hablaba de mis gafas y de mis peleas al salir de clase. Era una expresión en la que se mezclaban el alivio y la absoluta incredulidad.

A nuestros hijos les cuesta acostumbrarse a la idea de que sus padres no somos omnipotentes, y a los padres también nos resulta difícil aceptarlo. Sin embargo, esa toma de conciencia es el primer paso necesario para reevaluar el poder en términos diferentes a la fuerza, la edad, el privilegio o la falta de miedo. Es un paso importante para un chico, pues su destrucción social comienza cuando se le obliga a creer que sólo puede ser fuerte si no siente o si vence.

Un año después rememoré estas cosas cuando una periodista les preguntó a Beth y a Jonathan, que a la sazón tenían diez y nueve años, respectivamente, cómo creían que les había afectado ser hijos de una feminista.

Jonathan dijo que, a su juicio, el feminismo no ofrecía gran cosa a los chicos, aunque desde luego estaba bien llorar si tenías ganas o no jugar al fútbol si no te apetecía. Ahora me vienen esas palabras a la memoria cuando le

veo entrenarse para obtener el cinturón marrón de taekwondo.

La lección más poderosa que puedo enseñar a mi hijo es la misma que enseñé a mi hija: cómo ser quien desea ser. Y el mejor método para enseñársela es ser yo misma y confiar en que él aprenda no a ser como yo, lo cual es imposible, sino a ser él mismo. Para ello tendrá que prestar atención a su voz interior en lugar de a las voces exteriores, estridentes, persuasivas, amenazadoras, que le presionan para que sea lo que el mundo quiere que sea.

Lo cual es de por sí una tarea bastante ardua.

Jonathan está aprendiendo a encontrar en sí mismo los diversos rostros del valor y de la fuerza, o como quiera que él los llame. Cuando Jonathan tenía doce años y estaba en el séptimo grado, uno de sus amigos del colegio que había estado de visita en casa se empeñó en llamar a Frances "la criada". Jonathan, que tenía entonces doce años, lo corrigió, y el chico empezó a llamarla "la mujer de la limpieza". Al final, Jonathan le dijo claramente: "Frances no es la mujer de la limpieza, es la amante de mi madre". No deja de ser curioso que sean los profesores de su colegio quienes aún no han logrado digerir la franqueza de mi hijo.

Frances y yo estábamos pensando en asistir a un congreso de feminismo y lesbianismo este verano, pero nos comunicaron que no se permitía la asistencia de niños varones mayores de diez años., lo cual nos planteaba problemas filosóficos a la par que logísticos; así pues, enviamos la siguiente carta:

Hermanas:

Diez años de convivencia como pareja lesbiana interracial nos han enseñado los peligros que entraña una perspectiva excesivamente simplista sobre el carácter y las

soluciones de cualquier tipo de opresión, así como el peligro inherente a toda visión incompleta.

Nuestro hijo de trece años representa una esperanza tan grande para el mundo futuro como nuestra hija de quince años, y no estamos dispuestas a abandonarlo en las calles asesinas de Nueva York mientras viajamos al oeste para contribuir a crear una visión feminista-lesbiana de un mundo futuro en el que todos podamos sobrevivir y florecer. Confío en tener la oportunidad de proseguir este diálogo en un futuro próximo, pues lo considero importante para nuestra visión y para nuestra supervivencia.

El problema de la segregación dista mucho de ser sencillo. Estoy agradecida por tener un hijo varón, ya que eso me ayuda a mantener una actitud honesta. Cada una de las líneas que escribo proclama que no hay soluciones fáciles.

Yo me eduqué en entornos básicamente femeninos y soy consciente de lo importante que eso ha sido para mi desarrollo. Muchas veces quiero y necesito estar exclusivamente en compañía de mujeres. Sé que estar en nuestros espacios es esencial para que podamos evolucionar y reponer energías.

En mi condición de mujer Negra, también siento a veces la necesidad de recogerme en compañía de grupos exclusivamente Negros, y los motivos son los mismos: las diferencias en el grado de evolución y en el grado de interacción. Cuando hablo con hombres o mujeres blancas, caigo una y otra vez en la cuenta de lo difícil y fatigoso que resulta tener que volver a inventar el lápiz cada vez que se quiere enviar un mensaje.

Pero esto no significa que la responsabilidad de educar a mi hijo dejara de existir a partir del momento en que cumplió diez años, como tampoco dejó de existir con res-

pecto a mi hija. Ahora bien, en ambos casos esa responsabilidad va disminuyendo a medida que ellos se van haciendo más mujer y más hombre.

Tanto Beth como Jonathan tienen que aprender qué pueden compartir y qué no pueden compartir, en qué están unidos y en qué no lo están. Y Frances y yo, como mujeres adultas y lesbianas con un poder propio creciente, tenemos que reaprender la realidad de que las diferencias no son necesariamente amenazadoras.

Cuando contemplo el futuro, pienso en el mundo que anhelo crear para mis hijas e hijos. Eso es pensar en la supervivencia de la especie, pensar en la vida.

Lo más probable es que siempre haya mujeres que se muevan con mujeres, mujeres que vivan con hombres, hombres que escojan por compañía otros hombres. Yo trabajo por un futuro en el que las mujeres que estén con mujeres, las mujeres que estén con hombres, los hombres que estén con hombres, compartan los quehaceres de un mundo que no venda el pan ni el ser a cambio de obediencia, belleza o amor. Y será ese mundo en el que educaremos a nuestros hijos con la libertad de escoger lo que estimen mejor para su realización. Pues todos somos corresponsables de cuidar y educar a los jóvenes, dado que, al fin y a la postre, su educación es responsabilidad de la especie.

En el marco de este modelo tripartito de existencia/relación, la educación de los jóvenes será la responsabilidad compartida de los adultos que decidan convivir con niños. Es evidente que los niños educados en cada uno de estos tres tipos de relación serán diferentes, lo cual enriquecerá la eterna investigación sobre cuál es la mejor manera de vivir la vida.

Jonathan tenía tres años y medio cuando Frances y yo nos conocimos. Ahora tiene catorce años. Mi impresión es

que la perspectiva de la vida que ha adquirido Jonathan al vivir en una familia de lesbianas es una aportación valiosa a su sensibilidad humana.

Jonathan ha gozado de la ventaja de crecer en el seno de una relación no sexista, en la que se ponen en cuestión las seudonaturales premisas sociales sobre el dominante y el dominado. Y esto no se debe a que Frances y yo seamos lesbianas, ya que, por desgracia, hay lesbianas que siguen atrapadas en el modelo patriarcal de las relaciones desiguales de poder.

Frances y yo ponemos en cuestión las premisas de las relaciones de poder mediante nuestros continuos esfuerzos, a menudo dolorosos y no siempre fructíferos, de evaluar y analizar nuestros sentimientos relativos al poder, tanto propio como ajeno. Indagamos meticulosamente en las áreas relacionadas con el uso y la expresión del poder entre nosotras y en nuestra relación con los niños, tanto en sus aspectos explícitos como implícitos. Y buena parte de las reuniones familiares que celebramos dos veces por semana se consagran a esa indagación.

Frances y yo le hemos dado a Jonathan nuestro amor, nuestra franqueza y nuestros sueños para ayudarle a crear sus propias visiones. Y, lo que es más importante, siendo hijo de lesbianas, Jonathan ha tenido un modelo muy valioso no sólo de un tipo de relación, sino de la manera de relacionarse con los demás.

Jonathan tiene ahora catorce años. Cuando le enseñé este artículo y le pedí permiso para hacer públicos algunos fragmentos de su vida, le pregunté cuáles eran, en su opinión, los aspectos más negativos y más positivos de haber crecido en una familia lesbiana.

Jonathan dijo que la mayor ventaja que había obtenido era que conocía a la gente mejor que la mayoría de los chicos de su edad, y también que tenía menos problemas

emocionales relativos a los hombres y a las mujeres que los otros chicos.

El aspecto más negativo era, para él, cómo lo ridiculizaban algunos hijos de padres heterosexuales.

"¿Te refieres a tus amigos?", le pregunté.

"No, qué va", se apresuró a responderme, "mis amigos son demasiado inteligentes para caer en eso. Me refiero a otros chicos."

Entrevista: Audre Lorde y Adrienne Rich¹⁵

 *Adrienne:* ¿A qué te refieres cuando dices que dos de tus ensayos breves, "La poesía no es un lujo" y "Usos del erotismo", en realidad son secuencias?

Audre: Me refiero a que forman parte de algo que está inconcluso. No sé cómo será lo que falta, pero son claramente secuencias de la tentativa de ir plasmando algo relacionado con el primer texto en prosa que escribí en mi vida. Uno de los hilos conductores de mi existencia es la batalla por preservar mis percepciones, tanto si son agradables como desagradables, dolorosas o lo que fuere...

Adrienne: De preservarlas por mucho que te las nieguen.

Audre: Y por muy dolorosas que sean. La verdad es que siempre me he expuesto al castigo, me he lanzado a él de cabeza: "Si es la única manera en que puedes tratar conmigo, adelante, trata conmigo de esta manera".

Adrienne: ¿Te refieres a tu infancia?

Audre: Me refiero a toda mi vida. Siempre me he mantenido gracias a los sentimientos. He vivido por ellos. A un

nivel tan subterráneo que no sabía cómo expresarme en palabras. Me dedicaba a experimentar otros medios de comunicar y recibir información y todo lo que fuera posible, porque el lenguaje no era el medio adecuado. A mi alrededor, la gente hablaba sin cesar... y nadie solía recibir ni ofrecer casi nada realmente valioso, ni para ellos ni para mí.

Adrienne: Y tampoco escuchaban lo que tú querías decir, en los momentos en que te lanzabas a hablar.

Audre: Cuando me preguntaste cómo empecé a escribir, te conté cómo utilicé la poesía desde que era muy joven. Si alguien me decía: "¿Cómo te encuentras?", o "¿Qué piensas?", o me hacía alguna otra pregunta directa, yo recitaba un poema, y el sentimiento, el fragmento vital de información, estaba en algún lugar del poema. A veces era un verso. Otras una imagen. El poema era mi respuesta.

Adrienne: Era una especie de traducción a ese poema, ya existente, de algo que tú sabías de una manera preverbal. ¿La poesía se convirtió en tu lenguaje?

Audre: Sí. Me recuerdo leyendo en la sala infantil de la biblioteca, debía de estar en segundo o tercer grado, no más, pero recuerdo el libro. Era una edición ilustrada de un libro de poesía de Arthur Rackham. Siempre eran libros viejos; a la biblioteca de Harlem iban a parar los libros más viejos, en las peores condiciones. "Los oyentes", de Walter de la Mare... ese poema no lo olvidaré nunca.

Adrienne: ¿Es ése en el que un viajero llega a caballo hasta la puerta de una casa abandonada?

Audre: Sí. Llama a la puerta y nadie le responde. "¿Hay alguien?", dijo." Ese poema se me quedó grabado. Al final, el viajero aporrea la puerta y siguen sin responderle, pero él tiene la sensación de que en la casa hay alguien. Luego hace girar a su caballo y dice: "Diles que he venido y nadie

respondió. Que he cumplido mi palabra." Solía recitarme ese poema una y otra vez. Era uno de mis preferidos. Si me hubieses preguntado: "¿De qué trata?", creo que no habría sabido responder. Y, precisamente, ése fue el motivo principal de que me pusiera a escribir, la necesidad de decir cosas que no lograba decir de otra manera y que tampoco estaban expresadas en poemas ya escritos que yo conociera.

Adrienne: Así que tuviste que crear tus propios poemas.

Audre: Había muchísimas emociones complejas que no estaban reflejadas en poemas. Tuve que descubrir un medio secreto para expresar mis sentimientos. Solía memorizar mis poemas. Solía recitarlos en voz alta; casi nunca los escribía. Tenía una reserva enorme de poesía en mi cabeza. Y recuerdo que, ya en el instituto, trataba de pensar de una manera no poética. Veía cómo pensaban los demás, y me dejaba asombrada... pensaban paso a paso, no en burbujas salidas de un caos que era necesario anclar con palabras... creo que esto lo aprendí de mi madre.

Adrienne: ¿Qué es lo que aprendiste de tu madre?

Audre: La importancia de la comunicación no verbal, por debajo del lenguaje. Expandí mi vida gracias a ella. Al propio tiempo, como vivía en este mundo, no quería emplear el lenguaje igual que mi madre. Ella tenía una relación curiosa con las palabras: cuando una palabra no le servía o no poseía la fuerza suficiente, sencillamente inventaba otra, y esas palabras inventadas pasaban a formar parte del lenguaje familiar, y ay de aquel que las olvidara. Pero creo que mi madre me enseñó algo más... que había un poderoso mundo de comunicación y contacto no verbal entre las personas, un mundo que era absolutamente esencial y había que aprender a descifrar y a emple-

ar. Uno de los motivos de que me costara tanto hacerme mayor fue que mis padres, y en particular mi madre, siempre esperaban que supiera lo que sentían, mi madre esperaba que lo supiera sin necesidad de decírmelo. Y a mí me parecía natural. Mi madre esperaba que lo supiera todo, aunque no se lo hubiera oído decir...

Adrienne: La ignorancia de la ley no era un eximente.

Audre: Exactamente. Resultaba desconcertante. Pero, con el tiempo, aprendí a adquirir información vital y protectora sin necesidad de que mediaran las palabras. Mi madre tenía por costumbre decirme: "No te limites a escuchar como una boba lo que la gente dice con la boca". Y luego me decía algo que no me gustaba. De la observación siempre se aprende. Hay que percibir el lenguaje no verbal, porque la gente nunca te va a decir lo que se supone que debes saber. Todo lo necesario para la supervivencia debes aprenderlo por tu cuenta. Y si cometes un error, sufres un castigo, pero eso poco importa. Te vuelves fuerte al hacer las cosas para las cuales necesitas fortalecerte. Es así como opera el verdadero aprendizaje. Es una manera muy difícil de vivir, pero a mí siempre me ha servido. Ha sido tanto una ventaja como un obstáculo. Al comenzar a asistir al instituto, descubrí que, en verdad, la gente pensaba de maneras diferentes... percibía cosas, las desentrañaba, adquiría información verbalmente. Fue una época muy dura. Nunca estudié; en realidad intuía a mis profesores. Por eso era tan importante para mí que me tocara un profesor que me gustara, porque nunca estudiaba, nunca leía los libros de texto; fui adquiriendo muchas cosas al percibir lo que los profesores sentían, lo que sabían... pero también perdí muchas cosas, buena parte de mis aptitudes originales.

Adrienne: Cuando dices que nunca leías, te refieres sólo a los libros de texto, pero sí leías, ¿verdad?

Audre: Cuando leía las lecciones, no las leía de la manera en que se suponía que había que leerlas. Las leía como si fueran poemas, con distintas curvas, diferentes niveles. Por eso siempre tenía la impresión de que mi manera de asimilar las cosas era diferente de la de los demás. Y hacía prácticas para tratar de pensar.

Adrienne: Para hacer lo que se suponía que hacían los demás. ¿Recuerdas lo que sentías al intentarlo?

Audre: Sí. Tenía la imagen de estar tratando de dar alcance a algo que estaba a la vuelta de una esquina, que me eludía. La imagen se desvanecía constantemente. En México, cuando me mudé a Cuernavaca, tuve una experiencia...

Adrienne: ¿Qué edad tenías entonces, más o menos?

Audre: Tenía diecinueve años. Me desplazaba todos los días a Ciudad de México para asistir a clase. Para llegar a la primera clase, tenía que coger el autobús de las seis de la mañana en la plaza del pueblo. Salía de casa antes de que amaneciera. Ya sabes que allí hay dos volcanes, el Popocatepetl y el Ixtacuatl. La primera vez que los vi por la ventana de casa pensé que eran nubes. Cuando salía aún estaba oscuro, alcanzaba a ver la cima nevada de las montañas, y luego el sol elevándose en el cielo. Y cuando el sol llegaba a cierto punto, los pájaros rompían a cantar. Como estábamos en el valle, parecía que aún era de noche. Pero la nieve despedía luz. Y luego se oía el increíble crescendo de los pájaros. Una mañana subí a la montaña y sentí cómo se desprendían los aromas verdes, húmedos, de la tierra. Y luego los pájaros, hasta entonces nunca me había fijado en sus cantos, nunca los había escuchado. Descendí la ladera en éxtasis. Era muy hermoso. Desde mi llegada a México no había escrito nada. Para mí las palabras eran poesía, eran muy importantes... En aquella montaña sentí el primer indicio de que podría unir

ambas cosas. De que podría infundir mis sentimientos en las palabras. No era necesario crear el mundo sobre el que escribía. Comprendí que las palabras podían expresar los sentimientos. Que las frases cargadas de emoción eran una realidad. Hasta entonces creaba estructuras en cuyo interior se escondía una pepita de oro, como en un pastel chino, en algún lugar había un trocito de alimento, aquello que yo necesitaba realmente, lo que tenía que crear. En aquella montaña me sentí impregnada de aromas, de sentimientos, de imágenes, impregnada de una belleza a la que no daba crédito... era algo sobre lo que hasta entonces siempre había fantaseado y nada más. Antes imaginaba los árboles y soñaba con los bosques. Hasta que me pusieron gafas a los cuatro años, siempre creí que los árboles eran nubes verdes. Cuando leía a Shakespeare en el instituto, me paseaba por sus jardines, entre los musgos y las rosas españolas, y las rejas tras las que reposaban hermosas mujeres, y el sol que relumbraba en los ladrillos rojos. En México descubrí que esto podía ser una realidad. Y aquel día en la montaña aprendí que las palabras podían ponerse a la altura de esa realidad, recrearla.

Adrienne: ¿Crees que en México viste una realidad tan extraordinaria, tan vívida y sensual como antes sólo la habías visto en tus fantasías?

Audre: Eso creo. Antes pensaba que sólo podía crearla en la imaginación, inventarla. En México aprendí que nada se puede inventar si no existe o no puede llegar a existir. No sé cuándo empezó a existir para mí por primera vez; sí recuerdo historias que me contaba mi madre sobre Granada, la isla caribeña donde nació... Pero aquella mañana, en México, me di cuenta de que no tendría que pasar el resto de mi vida inventando la belleza. Recuerdo que traté de explicarle a Eudora aquel milagro, y que no tenía palabras para expresarlo. Y recuerdo que ella me dijo: "Escribe un

poema". Al tratar de escribir un poema sobre cómo me había sentido aquella mañana, no lo conseguí, sólo recordaba que tenía que haber una manera. Y eso era de una importancia capital. Sé que regresé de México muy cambiada, y ese cambio se debió en buena parte a lo que aprendí de Eudora. Pero, por encima de eso, fue como si hubiera dado rienda suelta a mi obra, a mí misma.

Adrienne: Luego regresaste al Lower East Side. ¿no es así?

Audre: Sí, volví a vivir con mi amiga Ruth, y empecé a buscar trabajo. Había pasado un año en la universidad, pero ese mundo me era ajeno. Se me ocurrió hacerme enfermera. Estaba teniendo muchísimas dificultades para encontrar cualquier tipo de trabajo. Así que pensé, me saco un diploma de Enfermería y luego vuelvo a México...

Adrienne: Ya con un oficio.

Audre: Pero eso tampoco fue posible. No tenía dinero y a las mujeres Negras no se les concedían becas para estudiar Enfermería. En aquel entonces no lo comprendí, porque lo que alegaban era que tenía mal la vista. Lo primero que hice al regresar fue escribir una obra en prosa sobre México, la titulé "La Llorona". La Llorona es una leyenda de esa región de México, de la zona de Cuernavaca. ¿Conoces Cuernavaca? ¿Conoces las grandes barrancas? Cuando llueve en las montañas, las rocas se precipitan por los enormes despeñaderos. El sonido, la agitación, comienza uno o dos días antes de que lleguen las lluvias. El sonido conjunto de las rocas que ruedan compone una voz, y los ecos resuenan y parece un llanto, con las aguas de fondo. Modesta, una mujer que vivía en mi casa, me contó la leyenda de la Llorona. Una mujer que tenía tres hijos descubrió un día a su marido en la cama con otra —es la historia de Medea—, y ahogó a sus hijos en las barrancas. Y todos los años, por estas fechas, regresa a llorar su muerte.

Basándome en esta historia y combinándola con una serie de cosas que sentía por entonces, escribí un relato titulado "La Llorona". En esencia, trata sobre la relación con tu madre. Más o menos, cogí a mi madre y la puse en aquella situación: he aquí una mujer que mata, que quiere algo, una mujer que devora a sus hijos, que pide demasiado, pero no lo pide porque sea mala sino porque aspira a tener una vida propia, pero su vida ya está demasiado distorsionada... Era un relato muy extraño, sin final, pero la dinámica...

Adrienne: Se diría que tratabas de combinar dos fragmentos de tu vida, tu relación con tu madre y lo que habías aprendido en México.

Audre: Sí. En fin, no me enfrenté al gran peso que tenía mi madre dentro de mí, y lo tenía, ni tampoco a lo mucho que eso me afectaba. Pero es una historia hermosa. Algunos fragmentos están en mi cabeza, allá donde tengo una reserva de poesía, expresiones, cosas así. Hasta entonces nunca había escrito prosa, y no he vuelto a escribirla hasta ahora mismo. Publiqué "La Llorona" con el seudónimo de Rey Domini, en una revista...

Adrienne: ¿Por qué utilizaste un seudónimo?

Audre: Porque no escribo relatos. Escribo poesía. A lo que tuve que firmar con otro nombre.

Adrienne: ¿Porque correspondía a una parte diferente de ti misma?

Audre: Justamente. Yo sólo escribo poesía y de pronto aparece un relato. Pero usé el nombre de Rey Domini, que es la traducción al latín de "Audre Lorde".

Adrienne: ¿De verdad no volviste a escribir prosa desde aquel entonces hasta hace un par de años, cuando escribiste "La poesía no es un lujo"?

Audre: No podía. No sé por qué, pero lo cierto es que cuanto más poesía escribía, más imposible me resultaba

escribir prosa. A veces me pedían una reseña de un libro, o, cuando trabajaba en la biblioteca, que resumiera los libros... y no es que no tuviera capacidad para hacerlo. Por entonces ya sabía bastante de las frases. Sabía construir un párrafo. Pero comunicar sentimientos profundos a través de bloques impresos sólidos, lineales, me parecía un misterio, era un método que estaba más allá de mi entendimiento.

Adrienne: Pero sí escribías cartas a la velocidad del relámpago, ¿no es así?

Audre: No eran cartas en sentido estricto. Ponía por escrito el flujo de conciencia, lo cual bastaba para comunicarme con las personas que me conocían bien. Mis amigos me devolvieron las cartas que les escribí desde México... es curioso, ésas eran las más acabadas. Recuerdo que sentía que no me podía centrar en un pensamiento el tiempo necesario para llevarlo desde su inicio hasta su conclusión, pero en cambio podía pasarme días y días meditando en un poema, acampada en su mundo.

Adrienne: ¿Lo atribuyes quizá a que seguías creyendo que el pensamiento era un proceso misterioso al que se dedicaban otras personas y en el que todavía te faltaba práctica? ¿Algo que tú no hacías?

Audre: Para mí era un proceso misterioso. Un proceso del que llegué a desconfiar después de ver que se cometían tantos errores en su nombre, un proceso por el que ya no sentía respeto. Y, al propio tiempo, me inspiraba miedo porque había llegado a conclusiones y convicciones irrenunciables sobre mi vida, sobre mis sentimientos, que desafiaban el pensamiento. Y no iba a prescindir de ellas. No iba a renunciar a ellas. Las tenía en demasiada estima. Para mí eran la vida misma. Pero no podía analizarlas ni comprenderlas porque no alcanzaban a tener el sentido que, según me habían enseñado, derivaba del entendi-

miento. Eran cosas que sabía y no podía decir. Ni podía comprender.

Adrienne: ¿En el sentido de que no podías explicarlas, analizarlas, defenderlas?

Audre: ... no podía escribir en prosa sobre ellas. Eso es. Muchos de los poemas por los que me conociste, los recogidos en *The First Cities*¹⁶, los escribí en los remotos tiempos del instituto. Si me hubieras pedido que hablara de cualquiera de esos poemas, no habría dicho más que banalidades. Lo único que tenía por seguro era que debía conservar esos sentimientos y airearlos de alguna forma.

Adrienne: Pero a la vez los estabas transformando en palabras.

Audre: Es cierto. Cuando escribía unas palabras que al fin lograban reflejarlos, las decía en voz alta y entonces cobraban vida, se volvían reales. Comenzaban a repetirse por sí solas y entonces sabía que era así como debía sonar el sentimiento, que aquello era verdad. Como si fuera una campana. Una campana que sonaba a verdad. Y allí estaban las palabras.

Adrienne: ¿Cómo se conectó para ti la enseñanza con la escritura?

Audre: Sé que la enseñanza es una técnica de supervivencia. Lo es para mí y creo que también lo es en general; es la única manera en que puede obrar el aprendizaje. Yo misma estaba aprendiendo algo que me era necesario para continuar viviendo. Lo analizaba y lo enseñaba a la vez que lo aprendía. Era como darme clases a mí misma en voz alta. Todo comenzó en el taller de poesía de Tougaloo.

Adrienne: Cuando te llamaron para que fueras a Tougaloo, estabas enferma, ¿verdad?

Audre: Sí, me sentía... como si hubiera estado al borde de la muerte.

Adrienne: ¿Qué sucedió en aquella época?

Audre: Diane di Prima puso en marcha la editorial Poets Press, eso fue en el año 1967. Y me dijo: "Ya va siendo hora de que publiques un libro." Y yo le dije: "¿Ah, sí? ¿Y quién lo va a publicar?" Yo estaba a punto de archivar mis poemas porque, en lugar de escribir cosas nuevas, no paraba de revisarlos una y otra vez; fue así cómo descubrí, una vez más a través de la experiencia, que la poesía no es un juego de construcción. No se puede coger un poema y reformarlo continuamente. El poema existe en sí mismo, hay que saber en qué momento dejarlo como está, a no ser que quieras decir algo más, en cuyo caso, adelante. Pero yo no paraba de pulirlos y repulirlos, y Diane me dijo: "Tienes que publicar esto. Sácalos a la luz". Y Poets Press publicó *The First Cities*. En fin, trabajé en el libro, lo estructuré, y ya estaba a punto de ir a la imprenta... me habían enviado las galeras y yo había comenzado a retocarlas otra vez; entonces me di cuenta: ¡Aquello iba a ser un libro! Me iba a exponer. Perfectos desconocidos leerían aquellos poemas. ¿Qué iba a suceder?

Me sentía muy crítica, y estaba metida en un torbellino de actividad porque en casa teníamos problemas económicos. Salí a buscar trabajo; pasaba el día con los niños y de noche trabajaba en una biblioteca. Todas las noches, cuando me iba, Jonathan se echaba a llorar y yo oía sus alaridos mientras recorría el largo pasillo hasta el ascensor. De noche trabajaba, y además aprendí a hacer vidrieras con un artesano, y echaba una mano a mi madre en la oficina, y hacía tarjetas de Navidad para mis amigos, y me puse muy enferma... me pasé de la raya. Estaba tan débil que no tenía fuerzas ni para levantarme. fue Ed quien contestó a la llamada telefónica. Era Galen Williams, del Centro de Poesía; quería saber si me interesaría pasar una temporada como poeta residente en Tougaloo, una universidad para Negros de Mississippi. Me habían recomen-

dado para una beca. Fue Ed quien dijo: "Tienes que aceptar". Estaba tan baja de energías que me parecía imposible. Me asustaba mucho pensar que la gente iba a tratarme como si fuera una poeta. Cuando, por cierto, el libro aún no había salido a la calle, ¿comprendes?

Adrienne: Y, de pronto, ya había personas desconocidas que te tomaban en serio.

Audre: Exacto. En concreto, me pedían que me volviera una figura pública; que hablara *desde mi condición* y no que simplemente hablara a. En aquel entonces me sentía como si hubiera regresado de entre los muertos debía aprovechar cualquier oportunidad. Así que me dije bueno, por qué no, vamos a ver... no porque sintiera que estaba capacitada sino porque era algo nuevo y diferente. Me aterrizzaba la idea de ir al sur. También entraron en juego los ecos de un viejo sueño: años atrás, había querido ir a Tougaloo. Cuando, en 1961, íbamos a marcharnos a California para regresar a Nueva York, mi amiga Elaine y yo pensábamos unirnos a los Freedom Riders de Jackson pero la madre de Elaine se puso de rodillas allí en San Francisco y nos suplicó que no lo hiciéramos, que no matarían, así que renunciarnos a la idea. De manera que a Tougaloo, Jackson, era parte del mito...

Adrienne: Se diría que en aquel entonces veías con mayor romanticismo lo que significaba ir al sur; pero se años después, ya con dos hijos y después de todo lo que había sucedido en el sur entretanto...

Audre: Tenía miedo. Pero me dije: "Voy a ir". Fue la primera decisión que contrarrestaba la rabia y el dolor de dejar llorando a aquel niño pequeño todas las noches. Esa noche tras noche podía salir de casa, oyendo los gritos de mi hijo, para ir a trabajar a la biblioteca, por qué no iba hacer algo que al menos me interesaba. De manera que fui.

Adrienne: ¿Sentiste miedo en Tougaloo al tener que enfrentarte a tu primera experiencia de dar clases?

Audre: Sí, pero el ambiente era muy enriquecedor. Pasé allí dos semanas antes de comenzar a reunir alumnos para el taller. Ya había ocho estudiantes que estaban escribiendo poesía. Estar en Tougaloo fue todo un reto... comencé a aprender a ser valiente, comencé a aprender a hablar. Era un grupo pequeño y nos hicimos muy amigos. Aprendí mucho escuchando a los demás. Yo sólo me podía apoyar en la sinceridad y en la apertura, no tenía otra cosa. Y cuando empezamos a abrirnos los unos a los otros, aun estando aterrorizada, no tuve más remedio que decirles: "El padre de mis hijos es blanco". Y hay que comprender lo que eso significaba para aquellos jóvenes Negros en aquel momento; hablar de mí misma con sinceridad y afrontar su hostilidad, su desilusión, y superarlo, fue muy duro.

Adrienne: Debió de resultarte aún más duro porque ya sabías que tu matrimonio no tenía futuro. Es como tener que defender algo que no es defendible.

Audre: Lo que yo defendía era algo que era necesario defender. Era algo que iba más allá de: "Defiendo a Ed porque quiero vivir con él". Lo que defendía era una relación que teníamos derecho a analizar y a experimentar. Ahí estaba la poeta Negra del norte entablando contacto con unos jóvenes sureños Negros que no me decían: "Esto es para lo que te necesitamos", pero que me estaban indicando lo que necesitaban de mí al mostrarme quiénes eran. Buena parte de esto queda reflejado en el poema "Black Studies"⁷. Tougaloo puso los cimientos de ese poema, de ese fragmento de conocimiento que nació cinco años más tarde. Mis alumnos necesitaban de mis percepciones, aunque lo que yo percibía de sus necesidades no coincidía con lo que ellos me decían. En voz alta decían: "Estamos necesitados de personas Negras fuertes", pero a la vez estaban

diciendo que su concepción de la fortaleza la habían heredado de nuestros opresores y no concordaba en absoluto con sus sentimientos.

A través de la poesía comenzamos a ocuparnos de estos asuntos... formalmente. Yo no tenía ni idea de nada. Adrienne, ¿si en la vida había leído un libro sobre poesía! Un día cogí un libro de Karl Shapiro, un librito blanco y fino. Lo abrí y vi una frase que parecía razonable. "La poesía no sirve para vender Cadillacs". En Tougaloo tuve que hablar por primera vez del proceso de escribir; hasta entonces, siempre había sido una oyente... esa parte de mí que no se expresa, que es inescrutable; no comprendía las cosas en el plano verbal, y, aun cuando las comprendiera, me aterrorizaba hablar. Pero en Tougaloo hablé de la poesía. Y los primeros ejemplares de mi libro me llegaron mientras estaba allí.

Nunca había tenido esa clase de relación con personas Negras. Nunca. Sí había entablado un incómodo diálogo con la Asociación de Escritores de Harlem, donde sentía que me toleraban sin llegar a aceptarme de veras... pensando que estaba loca y era una excéntrica, pero que ya llegaría el día en que lo superaría. Johnny Clarke me adoptó porque me quería, es un hombre muy afectuoso. Él me enseñó cosas maravillosas sobre África. Y me dijo: "Eres poeta. Lo eres. No comprendo tu poesía, pero eres poeta, es un hecho". Recibía ese tipo de apoyos. "No estás haciendo lo que se supone que debes hacer, pero bueno, puedes llegar a hacerlo y tenemos plena confianza en que algún día lo harás. Eres una luz brillante, resplandeciente. Te has metido en muchos líos... las mujeres, el Village, tratos con los blancos, todas esas cosas, pero todavía eres joven. Ya encontrarás tu camino." Recibía ese tipo de mensajes ambiguos, que eran a la vez un refuerzo y un rechazo. Era una especie de réplica de mi familia. En mi familia me

decían: "Eres una Lorde y eso te convierte en una persona especial y superior a cualquier otra del mundo. Pero no eres una Lorde de nuestro estilo, a ver cuando vuelves al redil y empiezas a hacer las cosas como es debido".

Adrienne: ¿Tenías la impresión de que en la Asociación de Escritores de Harlem también existían unas leyes no escritas que debías descubrir para llegar a ponerte en regla?

Audre: Sí, llevaba poemas para leer en las reuniones. Y esperaba que me explicaran qué era lo que querían, pero nunca sucedía eso, no sabían o no querían explicármelo.

Adrienne: ¿Había otras mujeres en el grupo, mujeres mayores que tú?

Audre: Rosa Guy era mayor que yo, pero también era muy joven. Sólo recuerdo que hubiera otra mujer, Gertrude McBride. Pero sus apariciones en el taller eran tan fugaces que no llegué a conocerla. En general, el núcleo estaba constituido por hombres. Mi amiga Jeannie y yo participábamos desde una posición un tanto diferente; aún estábamos estudiando en el instituto.

Adrienne: Me estabas contando que trabajar con otros escritores Negros en Tougaloo representó una experiencia totalmente diferente.

Audre: Cuando fui a Tougaloo, no sabía qué ofrecer ni de dónde iba a sacar algo que ofrecer. Sabía que no estaba en mi mano darles a mis alumnos lo que solían dar los profesores normales de poesía, y tampoco quería dárselo, porque a mí nunca me había valido de nada. Tampoco podía darles lo que dan los profesores de inglés. Mi persona era lo único que podía ofrecerles. Y entablé una relación muy estrecha con aquellos jóvenes, los quería mucho. Conocía la vida sentimental de cada uno de ellos, porque me reunía con ellos y hablábamos de esas cosas, que se convirtieron en algo inseparable de su poesía. Cuando estábamos en

grupo, les hablaba de su poesía relacionándola con lo que sabía de su vida, insistiendo en que, aunque les hubieran enseñado lo contrario, ambas eran inseparables.

Me fui de Tougaloo sabiendo que necesitaba dedicarme a la enseñanza, que el trabajo de bibliotecaria no me bastaba, aunque por entonces ya fuera la directora de la biblioteca del colegio del barrio. Ese trabajo me había proporcionado muchas satisfacciones. Y gozar de una posición elevada era algo que nunca me había sucedido antes en el ámbito profesional. Pero desde que fui a Tougaloo y dirigí aquel taller, supe que además de ser poeta tenía que dedicarme a enseñar.

Casi todos los poemas de *Cables to Rage*⁸ los escribí en Tougaloo. Estuve allí seis semanas. Y regresé sabiendo que mi relación con Ed no me bastaba; tendríamos que modificarla o concluir-la. Pero no sabía cómo ponerle punto final porque para mí nunca había habido finales. Sin embargo, en Tougaloo había conocido a Frances y sabía que sería una presencia permanente en mi vida. Lo que no sabía era cómo podríamos resolverlo. En Tougaloo dejé un trocito de mi corazón, y no sólo por Frances, sino por todo lo que me habían enseñado mis alumnos.

Cuando regresé, mis alumnos, todos los cuales pertenecían al coro de Tougaloo, me llamaron y me dijeron que iban a venir a cantar en el Carnegie Hall de Nueva York, con Duke Ellington, el 4 de abril. Asistí al acto y publiqué una reseña en el *Clarion-Ledger*, de Jackson. Y, mientras estábamos allí, asesinaron a Martin Luther King.

Adrienne: ¿Aquella noche?

Audre: Lo asesinaron precisamente cuando estaba en el Carnegie Hall con el coro de Tougaloo. Estaban cantando: "Lo que ahora necesita el mundo es amor". Interrumpieron la actuación para comunicarnos que Martin Luther King había muerto.

Adrienne: ¿Cómo reaccionó la gente?

Audre: Duke Ellington se echó a llorar. Honeywell, el director del coro, dijo: "Ahora mismo, lo único que podemos hacer es concluir la actuación como un acto conmemorativo". Y volvieron a cantar: "Lo que ahora necesita el mundo es amor". Los chicos lloraban. El público lloraba. Y luego el coro se detuvo. Prescindieron del resto del programa. Pero cantaron aquella canción, cuyo eco quedó en el aire. Yo no sólo sentí dolor. Estaba impresionada por el horror y la trascendencia de lo sucedido. No sólo era la muerte de King sino lo que significaba. Siempre he tenido una impresión muy viva de Armagedón, y en aquellos tiempos mucho más, esa sensación de que vivimos al borde del caos. No sólo en lo personal, también en lo que se refiere al mundo. Estábamos muriendo y destruyendo el mundo, es una sensación que nunca me ha abandonado. Sentía que todo lo que hacía, todas nuestras obras creativas y correctas servían para evitar que nos despeñáramos por el abismo. Era cuanto podíamos hacer mientras íbamos construyendo un futuro más sensato. Pero el peligro estaba allí. Y de pronto se había hecho realidad. Algunos de mis poemas, como por ejemplo "Equinox"¹⁹, están inspirados en aquellos momentos. Fue entonces cuando supe que debía marcharme de la biblioteca. Y también fue en aquel entonces cuando Yolanda le llevó mi primer libro, *The First Cities*, a Mina Shaughnessy²⁰, que había sido profesora suya. Y creo que Yolanda le dijo a Mina: "¿Por qué no la contratas para que dé clases?"; ya sabes que Yolanda es así.

Adrienne: Y, además, Mina le hizo caso.

Audre: Yolanda se presentó en casa y me dijo: "La directora del programa SEEK²¹ quiere conocerte. A lo mejor consigues que te dé trabajo". Y yo pensé para mí que aquello era todo un reto. No era lo mismo que volver al sur para que me pegaran un tiro, pero cuando Mina

mencionó la palabra "profesora", me sentí tan amenazada como si de eso se tratara. "No sé cómo voy a hacerle pensaba, pero precisamente ésa era la batalla. Lo comencé con Frances, con quien había compartido la experiencia de Tougaloo; le dije: "Si pudiera ir a la guerra, si pudiera empuñar un rifle y defender aquello en lo que creo, sí, haría... pero ¿qué voy a hacer en un aula?" Y Frances me dijo: "Lo mismo que hiciste en Tougaloo". Lo primero que les dije a mis alumnos de SEEK fue: "Yo también estoy asustada".

Adrienne: Yo también estaba aterrorizada al empezar aquel trabajo. Para mí era un terror blanco; estás en punto de mira, pensaba, se te va a notar el racismo...

Audre: Para mí fue un terror Audre, un terror Negro. Me sentía responsable ante aquellos estudiantes. "¿Cómo voy a hablarles?", pensaba. "¿Cómo voy a explicarles que quiero de ellos?", literalmente era eso, ese tipo de terror. No sabía cómo despegar los labios y hacerlos comprender. Y Yolanda, mi comadre, que era alumna del programa SEEK, dijo: "Supongo que tendrás que hablarles tal y como me hablas a mí, porque yo soy una de ellas y conmigo consigues comunicarte". Clase a clase, lo aprendiendo todo. Cada una de las clases que daba era algo totalmente nuevo. Cada día, cada semana. Y precisamente eso era lo emocionante.

Adrienne: ¿Diste clases de Inglés 1? Era ese curso compartido entre dos profesores, uno se encargaba de la gramática y tú podías actuar como poeta, ser profesora-escritora. Si no hubiera sido por eso, yo tampoco me habría enfrentado a aquellas clases.

Audre: Aprendí a enseñar gramática. Y más adelante comprendí que ambas cosas no se pueden separar. Hay que enseñarlas al unísono porque forman un todo integrado. Fue entonces cuando aprendí que la gramática te

muchísima importancia, que es una parte del proceso de comprensión. Así fue cómo me enseñé a mí misma a escribir en prosa. Fue un aprendizaje continuo. Llegaba a clase y decía: "¿Sabéis lo que descubrí anoche? Los tiempos verbales son un método de ordenar el caos en torno al tiempo". Aprendí que la gramática no es arbitraria, que cumple un objetivo, que contribuye a estructurar nuestra forma de pensar, que puede ser tan liberadora como restrictiva. Y volví a experimentar el proceso mediante el que aprendemos esto de niños, y cómo funciona. Es como conducir un coche; cuando ya sabemos conducir, podemos elegir entre prescindir de los coches o utilizarlos, pero no se puede saber si son útiles o destructivos si no se sabe cómo manejarlos. Es como el miedo: una vez que lo afrontas, eres capaz de emplearlo o rechazarlo. En clase les contaba estas cosas a mis alumnos; también estaba trabajando sobre lo que sucedía entre Frances y yo, y sobre lo que me estaba ocurriendo con aquel hombre demente con el que vivía, que quería continuar fingiendo que se podía ver la vida de una forma y vivirla de otra. Y todo esto se canalizaba hacia las clases. En aquel entonces, mis hijos estaban aprendiendo a leer en el colegio, y observar su proceso de aprendizaje me ayudaba mucho. Luego las cosas se pusieron aún más difíciles cuando empecé a dar un curso sobre el racismo en la enseñanza, en Lehmann College; tenía que enseñar a alumnos blancos qué era el racismo, qué relación había entre su vida y aquella ira...

Adrienne: ¿Diste un curso sobre racismo en Lehmann?
¿A estudiantes blancos?

Audre: El Departamento de Educación acababa de poner en marcha un programa dirigido a chicos blancos que iban a dar clases en los colegios de la ciudad de Nueva York. Lehmann era una facultad con un 99 por ciento de alumnos blancos, y esos alumnos blancos tendrían que dar

clases a los niños negros de la ciudad. El curso se llamaba "Raza y situación urbana". Mis alumnos se preguntaba "¿Qué estamos haciendo? ¿Por qué nuestros estudiantes nos odian?". Me pareció increíble que no comprendiera los niveles más elementales de interacción. Yo les explicaba: "Cuando un niño blanco dice 'dos y dos son cuatro', decís 'eso es'. Pero si un niño Negro de la misma clase levanta y dice 'dos y dos son cuatro', le dais unas palmacitas en la espalda y le decís 'sí, fantástico'. Pero ¿qué mensaje estáis transmitiendo en realidad? ¿Qué sucede mientras camináis por la calle camino de clase? ¿Cuando entráis en clase? Vamos a verlo actuando un poco". Y entonces: desbordaba todo el miedo y el odio de aquellos jóvenes universitarios blancos; hasta entonces, nadie les había hecho enfrentarse a esos sentimientos.

Adrienne: Serían mayoritariamente mujeres, ¿verdad? ¿Del Departamento de Educación?

Audre: Sí, eran mujeres casi todas, que se sentían corréctas víctimas propiciatorias. Al terminar el segundo período lectivo, empecé a pensar que sería mejor que ese curso lo diera una persona blanca. Para mí tenía un coste emocional altísimo. En mi clase no había más que un par de alumnos Negros. Uno de ellos dejó de asistir al curso alegando que a él no le valía de nada; y yo pensé, ¿cómo que no? El racismo es una distorsión que no sólo afecta a los blancos. ¿Qué hay de nosotros? ¿Qué hay de los efectos del racismo blanco sobre la manera en que las personas Negras sobreviven unas a otras? ¿Del racismo interiorizado? ¿Y de los profesores Negros que dan clases en los colegios de los guetos? Comprendí que a un profesor Negro que va a trabajar a un colegio de la ciudad de Nueva York tras recibir una educación racista y sexista se le plantean problemas distintos e igual de graves.

Adrienne: ¿Problemas relativos a sus expectativas?

Audre: No sólo a las expectativas; también a la imagen que uno tiene de sí mismo, a la confusión de lealtades. A la identificación con el opresor. "¿Quién va a empezar a ocuparse de esas cosas?", pensaba. "¿Qué haces tú para resolverlo?" Era en eso en lo que quería emplear mis energías. Corría el año 1969, y, a la vez, yo me preguntaba, ¿qué papel juegas en todo esto? En clase había dos mujeres Negras, y traté de hablarles de nosotras, de las mujeres Negras, de la necesidad de unirnos. Las organizaciones Negras estaban acelerando los preparativos de las movilizaciones de primavera. Y aquellas mujeres me dijeron: "Estás loca. Nuestros hombres nos necesitan". Un rechazo absoluto. "No, no podemos unirnos con las mujeres. Somos Negras." Pero yo tenía que seguir intentando desenredar los hilos, porque sabía que en cuanto dejara de tratar de deshacer aquella maraña de mierda, desaparecería tragada por ella. Mi única esperanza era trabajar en ello, desenredar todos los hilos. Mi relación amorosa con Frances, Ed, los niños, las clases a estudiantes Negros, las mujeres.

Fue en 1969 cuando se produjo la ocupación Negra y puertorriqueña del City College. Los estudiantes Negros salieron a montar barricadas a la calle. Yolanda y yo íbamos a los encierros a llevarles sopa y mantas, y veíamos cómo se tiraban a las mujeres Negras sobre las mesas, bajo los pupitres. Tratábamos de apelar a ellas de mujer a mujer, pero lo único que nos respondían era: "Esto es una revolución, a ver si os enteráis". Ver cómo usaban a las mujeres Negras y abusaban de ellas resultaba doloroso... iba atando cabos. Me dije: "Quiero volver a dar clases a estudiantes Negros". Fui al John Jay College y presenté al decano la propuesta de un curso sobre racismo y situación urbana, y él me dijo: "Adelante. Da ese curso". Impartí dos cursos, ése y otro nuevo que presenté al Departamento de Inglés, que consistía en aproximarse a la escritura como terapia a

través de la escritura creativa. Era una enseñanza combativa.

Adrienne: John Jay era una facultad a la que asistían fundamentalmente policías, ¿no es así?

Audre: Había sido una escuela de la policía, pero yo empecé a dar clases en 1970, después de que se liberalizara la matrícula y John Jay se convirtiera en una facultad abierta a la que también asistían policías. En los departamentos de inglés y de historia no había ni un profesor Negro. La mayoría de los nuevos alumnos eran Negros y puertorriqueños. Mi comportamiento era muy poco amenazante.

Adrienne: Yo he visto cómo te comportabas en John Jay y no era precisamente así, aunque fue un poco después.

Audre: ... no hay que olvidar que era una mujer Negra. La cuestión es que puse en marcha aquel curso y salió muy bien. Se apuntaron muchos alumnos. Muchos policías Negros y blancos. Sus pistolas me aterrorizaban.

Adrienne: ¿Llevaban pistola?

Audre: Sí. Y desde que se liberalizó la matrícula y John Jay abrió sus puertas a todos los graduados de bachillerato, teníamos policías y chavales del barrio en la misma clase. En 1970 se estaba asesinando a los Panteras Negras en Chicago. Pero en nuestras clases se mezclaban los policías Negros y blancos, y los chavales Negros y blancos del barrio. La mayoría de las mujeres eran jóvenes Negras que sabían lo que querían y hasta entonces no habían tenido la oportunidad de asistir a la universidad. Algunas procedían del programa SEEK, pero no todas, y era la primera vez que se les presentaba una oportunidad así. Muchas tenían ya sus añitos. Se habían curtido mucho en la calle, pero habían trabajado muy poco sobre su condición de mujeres Negras. Sólo habían trabajado en relación a o en contra de

las blancas. El enemigo siempre era algo externo. Impartí ese curso como todos los demás, es decir, aprendiendo sobre la marcha, planteando preguntas duras, sin saber qué pasaría a continuación. Ojalá hubiera grabado algunos momentos de las clases. Como aquel en que un policía blanco dijo: "Claro, pero todo el mundo necesita a alguien a quien despreciar. ¿o no?" Con el tiempo aprendí cómo tenía que hablar. No eran palabras concisas ni refinadas, pero mis alumnos captaron buena parte del mensaje; a partir de ahí debían ponerse en marcha sus propios procesos. Comprendí que en un solo período lectivo no se puede aspirar a más. Quizá haya personas capaces de transmitir bloques de información, pero no era eso lo que yo pretendía. El proceso de aprendizaje tan sólo se puede incitar, literalmente, tal como se incita a la rebelión. Y luego, posiblemente, si hay suerte, llegará a su destino, o continuará adelante.

En aquella época se había desatado en John Jay una batalla en torno al Departamento de Estudios del pueblo Negro. Y una vez más tuve la oportunidad de ver cómo se usaba y abusaba de las mujeres del pueblo Negro, cómo la universidad utilizaba con enorme cinismo los estudios Negros. Un año después, volví a incorporarme al Departamento de Inglés. Había hecho unos cuantos enemigos. Uno de los métodos a los que recurrían para desacreditarme ante los estudiantes Negros consistía en decirles que era lesbiana. En aquel entonces ya me consideraba una lesbiana declarada, pero en John Jay nunca había hablado de mi poesía ni de mi sexualidad. Sabía, como siempre lo había sabido, que la única manera de evitar que la gente te ataque por ser lo que eres consiste en adelantarte a ellos y ser sincera y abierta, en hablar de ti misma antes de que ellos hablen de ti. Ni siquiera era cuestión de valentía. Hablar claro era para mí un mecanismo de protección; tal

como lo fue publicar "Love Poem" en la revista Ms. en 1971 y llevarlo a John Jay para colgarlo en la pared del Departamento de Inglés.

Adrienne: Recuerdo que te oí leer "Love Poem" en el Upper West Side, en un café de la calle 72. Fue la primera vez que te oí leerlo. Y creo que fue en aquella época, a comienzos de los setenta. Lo leíste. Fue increíble. Un acto de desafío. Fue glorioso.

Audre: Me sentía así, contra las cuerdas, porque aunque ahora la situación siga siendo mala, en aquel entonces, la idea de que en la comunidad Negra existiera el lesbianismo declarado era simplemente espantosa; hemos avanzado muchísimo en poco tiempo. Mi editor me llamó y me dijo literalmente que no comprendía el texto de "Love Poem". Me dijo: "¿Pero de qué trata esto? ¿Hay que suponer que eres un hombre?" ¡Y eso que era poeta! Yo le respondí: "No, soy una mujer que ama".

Adrienne: No me vayas a decir que tu editor nunca había oído hablar de las lesbianas.

Audre: Claro que sí, pero la idea de que yo hubiera escrito un poema...

Adrienne: ...Que una de sus poetas de la serie Broadside...

Audre: Eso mismo. Y era un hombre sensible. Era poeta.

Adrienne: Y publicó tu obra.

Audre: Sí, la publicó. Pero al principio no publicó aquel poema. "Love Poem" debería haber formado parte de *From a Land Where Other People Live*.

Adrienne: ¿Y no lo publicaron en ese libro? ¿Lo retiraste?

Audre: Sí. Pero cuando me oíste leer "Love Poem", yo ya había decidido no preocuparme más por quién supiera o dejara de saber que siempre había amado a las mujeres. Hubo algo de lo que siempre saqué fuerzas, y no se puede

llamar valentía ni coraje, a no ser que esto sea el material del que están hechos la valentía y el coraje; me refiero a la sensación de que puesto que soy vulnerable en muchísimos aspectos y no puedo dejar de serlo, al menos no voy a aumentar mi vulnerabilidad poniendo en manos de mis enemigos las armas del silencio. En la comunidad Negra no es fácil ser lesbiana declarada, pero permanecer oculta en el armario es aún más duro.

Cuando un pueblo comparte una opresión común, desarrolla determinadas habilidades y defensas conjuntas. Y si una sobrevive, es gracias a que esas habilidades y defensas han funcionado. Pero al entrar en conflicto con otras diferencias, surge una vulnerabilidad muy profunda y crítica entre los miembros del mismo pueblo. Y eso es lo que les sucede a los hombres y mujeres Negros, porque poseemos determinadas armas que hemos perfeccionado entre todos y que las mujeres y hombres blancos no comparten con nosotros. Al comentarle esta idea a una mujer, ella opinó muy acertadamente que en la comunidad judía sucede lo mismo, entre las mujeres y los hombres judíos. Creo que la opresión que sufren es distinta, pero el mecanismo de la vulnerabilidad es el mismo. Cuando se comparte la misma opresión, se llegan a poseer determinadas armas adicionales que se han forjado en secreto contra el enemigo común y pueden emplearse contra tu propio pueblo. Yo todavía no me he liberado de ese miedo, y lo recuerdo constantemente cuando trato con otras mujeres negras: es el miedo a la ex compañera de lucha.

Adrienne: En "La poesía no es un lujo" decías: "Los padres blancos nos dijeron: 'Pienso, luego existo'. La madre Negra que todas llevamos dentro, la poeta, nos susurra en nuestros sueños: 'Siento, luego puedo ser libre'". He oído comentar que con esto lo único que hacías era for-

mular de otro modo los viejos estereotipos del hombre blanco racional y la mujer oscura emocional. Pero yo creo que estabas diciendo algo muy distinto. ¿podrías hablar un poco sobre esto?

Audre: He oído esa acusación de que estoy reforzando los estereotipos, de que estoy afirmando que la inteligencia y la racionalidad son parcelas que pertenecen al hombre blanco. Pero la cuestión es que cuando se viaja por un camino que no comienza ni termina en ninguna parte ¿qué más da a quién pertenece el camino? Si el camino no arranca de ningún lado ni conduce a ningún lugar en términos geográficos, si carece de objetivo, la existencia de camino pierde todo su sentido. Atribuir la racionalidad a hombre blanco es como darle un trozo de ese camino sin principio ni fin. Cuando hablo de la madre Negra que llevamos dentro, de la poeta, no me refiero a las madres Negras que llevamos dentro y a las que llamamos poetas me refiero a la madre Negra...

Adrienne: ¿Quién es la poeta?

Audre: La madre Negra poeta vive dentro de cada uno de nosotros. Cuando los pensadores varones o patriarcales (ya sean hombres o mujeres) rechazan esa combinación, lo que hacen es truncarnos. No es que la racionalidad no sea necesaria. Está al servicio del caos del conocimiento. Al servicio del sentimiento. Sirve para ir de un lugar a otro. Pero si no se concede valor a esos lugares, el camino no vale de nada. Y eso es lo que sucede muy a menudo con el culto a la racionalidad y con el pensamiento analítico, académico, circular. Aunque, en definitiva, yo no entiendo como una dicotomía el sentimiento y el pensamiento. Los entiendo como una elección de medios y combinaciones.

Adrienne: Un tipo de elección que estamos realizando continuamente. No se hace de una vez por todas. Hay que

renovarla a cada instante, una y otra vez, dependiendo de dónde nos encontremos.

Audre: Creo que nos han enseñado a pensar, a codificar la información, de una manera determinada y antigua, y también nos han enseñado a aprender y a comprender las cosas de esa manera. Las formas posibles de lo que nunca ha cobrado existencia sólo existen en ese lugar oculto donde guardamos los anhelos indómitos y sin nombre de algo diferente, algo que está más allá de lo que hoy se denomina posible, y hacia donde nuestro entendimiento puede ir abriendo caminos. Pero se nos ha enseñado a negar estas parcelas fértiles de nuestro ser. Personalmente creo que la madre Negra tiene una presencia mayor en las mujeres; ahora bien, es el nombre de una humanidad a la que los hombres tampoco son ajenos. Mas los hombres han tomado postura en contra de esa parte de su ser, es la postura que ha tomado el mundo a lo largo de la historia. Yo creo que estamos evolucionando, Adrienne, y esto ya te lo he dicho antes. Evolucionando como especie...

Adrienne: Las mujeres están evolucionando.

Audre: La especie humana está evolucionando a través de las mujeres. No es mera casualidad que cada vez haya más y más mujeres; suena raro, ¿verdad?; cada vez nacen más mujeres, sobreviven más mujeres... y, si no queremos repetir los mismos errores de siempre, hemos de tomarnos en serio esa promesa de un nuevo poder. Si no aprendemos la lección de la madre Negra que llevamos dentro, seamos Negros o no... Yo creo que es un poder que también está en los hombres, con la diferencia de que ellos optan por no abordarlo; decisión que, según he llegado a comprender, tienen derecho a adoptar. Es de esperar que se pueda influir sobre esa decisión, pero ¿quién sabe? No creo que el paso de la etapa en que se resuelven los problemas a la etapa en que se experimenta la vida sea un

cambio que vaya a operarse en una sola generación, ni de una vez por todas. El cambio es una nueva orientación que tratamos de poner en marcha y sobre la que procuramos influir. No estoy diciendo que las mujeres no piensen ni analicen. Ni que los blancos no sientan. Lo que digo es que nunca debemos cerrar los ojos ante el terror, ante el caos que es Negro que es creativo que es femenino que es oscuro que es rechazado que es confuso que es...

Adrienne: Siniestro...

Audre: Siniestro, apestoso, erótico, indefinido, molesto...

Adrienne: Creo que debemos reivindicar y utilizar un vocabulario que se ha empleado de manera negativa, peyorativa. Y supongo que ésa es la afirmación que encierra tu frase, una afirmación que repites una y otra vez en tu poesía. Y no se trata de algo tan simple como decir: "Lo Negro es hermoso".

Audre: Una máquina negra no tiene nada de hermoso. ¿Sabes una cosa, Adrienne?, cuando estaba en el instituto, el director de la revista que publicábamos allí me dijo para suavizar el hecho de que me había rechazado un poema: "A fin de cuentas, Audre, no te interesa ser una poeta sensualista".

Adrienne: A mí me decían que mi poesía no debía ser airada, no debía ser personal.

Audre: Cuando publiqué "Usos de lo erótico", una serie de lectoras me dijeron que era un ensayo antifeminista, que emplear lo erótico como directriz es...

Adrienne: ¿Antifeminista?

Audre: Es reducirnos una vez más a lo invisible, a lo inutilizable. Que con mis palabras nos colocaba de nuevo en el área de la intuición absoluta, ajena a la comprensión.

Adrienne: Y, sin embargo, en ese ensayo hablas del trabajo y del poder, las dos cosas más políticas que existen.

Audre: Sí, pero lo que ellas ven es... es una cuestión que abordo desde el principio: trato de explicar que lo erótico se ha empleado tan a menudo en contra nuestra, el vocablo mismo, que hemos aprendido a desconfiar de nuestro ser más profundo; y ése es el medio por el que aprendemos a testificar en contra de nosotras mismas, en contra de nuestros sentimientos. El conocimiento de lo erótico es algo que las mujeres pueden emplear creativamente en su vida, para su supervivencia. No es mediante tácticas policiales o técnicas de opresión como se logra que las personas testifiquen contra sí mismas. Es mediante el adoctrinamiento como se consigue que las personas lleguen a desconfiar de todo aquello que llevan dentro que no ha sido sancionado y rechacen de entrada la parte más creativa de sí mismas, de suerte que ya ni siquiera sea necesario erradicarla. Una mujer Negra que denigra la obra de otra mujer Negra. Las mujeres Negras que compraron unas tenacillas para el pelo y las metieron en mi taquilla en la biblioteca. Ni siquiera eran hombres Negros, eran mujeres Negras testimoniando en su propia contra. Es inquietante y destructivo que algunos de nuestros mejores cerebros, de nuestras mujeres más analíticas y creativas, den la espalda a lo erótico. Porque no se puede combatir contra el viejo poder sólo con sus armas. Sólo podemos combatirlo creando una estructura global que abarque todos los aspectos de la existencia, crearla a la vez que resistimos.

Adrienne: Como decías al hablar de los cursos, de los estudios sobre Negros y mujeres: no se trata de que se nos "permita" tener una historia, una literatura o una teoría propias, dentro del marco de poder de siempre. Lo importante es cada minuto de nuestras vidas, desde lo que soñamos al dormir, pasando por el momento de levantarse y lavarse los dientes, hasta que salimos para dar clases...

Audre: A las mujeres Negras y blancas se les presentan en la vida alternativas distintas, nos rodean peligros latentes diferentes debido a nuestras experiencias, a nuestro color. Los problemas que afrontamos no siempre son los mismos, pero, además, algunas de las trampas y de las armas utilizadas para neutralizarnos tampoco lo son.

Adrienne: Me gustaría que profundizásemos más en esto, con relación a ti y a mí, y también en general. Creo que es necesario hablar de esto, escribir sobre ello: las diferentes alternativas y posibilidades de elección que se ofrecen a las mujeres Negras y blancas. Se corre el peligro de verlo en términos de todo o nada. Y yo creo que el asunto es muy complejo. A las mujeres blancas se les ofrece continuamente la posibilidad de elegir o lo que parece la posibilidad de elegir. A veces es una posibilidad muy real. Y no siempre percibimos esa diferencia.

Audre: Adrienne, en mis diarios hay muchos fragmentos de conversaciones que mantengo mentalmente contigo. Tengo una conversación contigo y la anoto en mi diario porque es como un símbolo de las conversaciones que ocurren en el espacio que hay entre la mujer Negra y la mujer blanca, es algo que trasciende a Adrienne y Audre; es casi como si representáramos dos voces distintas.

Adrienne: ¿Te refieres a conversaciones que tienen lugar en tu cabeza o en tu diario, o a conversaciones que mantenemos en esta tierra?

Audre: Son conversaciones que tienen lugar en mi cabeza y que anoto en mi diario. Este fragmento pertenece a una de ellas... una charla sobre los distintos peligros ocultos. Nunca he olvidado la impaciencia que había en tu voz cuando me dijiste por teléfono: "No basta con que me digas que lo intuyes". ¿Lo recuerdas? Nunca lo olvidaré. Aunque comprendía lo que querías decir, sentí que estabas

echando por tierra mi manera de hacer, mi manera de percibir y formular.

Adrienne: Sí, pero no trataba de echar por tierra tu manera de hacer. Porque no creo que la mía no sea intuitiva, ¿entiendes? Y una de las cruces con las que he tenido que cargar toda la vida ha sido que me tachan de racional, lógica, fría... no soy fría, ni tampoco soy racional y lógica en ese sentido. Pero es cierto que, al tratar de traducir tu experiencia a la mía, de vez en cuando necesito que me expliquen las cosas con pelos y señales. Me da miedo deslizarme hacia ese: "Ah, claro, te comprendo". Recordarás que esa conversación telefónica giró en torno al ensayo sobre feminismo y racismo que yo estaba escribiendo. Lo que pretendía decirte era: "No dejemos que esto evolucione hacia: 'No me comprendes', o 'No puedo comprenderte', o 'Sí, claro, cómo no nos vamos a comprender si nos queremos'". Todo eso son sandeces. Si te pido documentación es porque me tomo en serio esos espacios creados por la diferencia, por el racismo, que nos separan. Hay momentos en los que no puedo dar por sentado que sé lo que tú sabes, a no ser que me lo expliques.

Audre: Es que yo tengo por costumbre considerar que si me piden documentación, es porque ponen en tela de juicio mis percepciones y están intentando devaluar lo que estoy en proceso de descubrir.

Adrienne: Pues no es así. Ayúdame a percibir lo que tú percibes. Eso es lo que trato de decirte.

Audre: Pero la documentación no ayuda a percibir. En el mejor de los casos, analiza la percepción. Y en el peor, proporciona una pantalla protectora contra la necesidad de concentrarse en la revelación clave y profundizar en ella para ver cómo nos hace sentir. Conocimiento y entendimiento, una vez más. Pueden funcionar en sintonía, pero

no sustituirse mutuamente. En todo caso, no rechazo necesidad de documentarte.

Adrienne: Y, de hecho, me has proporcionado documentación a través de tus poemas siempre; y más recientemente con un largo texto en prosa²² que has escrito, con las charlas que has dado. Ya no me parece que me falte documentación.

Audre: No olvides que soy bibliotecaria. Me hice bibliotecaria porque estaba convencida de que ese oficio me proporcionaría herramientas con las que ordenar y analizar la información. No podía conocer todo lo que existe en el mundo, pero me haría con herramientas para ir aprendiendo. Pero esas herramientas resultaron tener un valor limitado. Puedo explicarte cuál es el camino para ir a Abomey y no cabe duda de que sin esa información quizá no llegarías. Lo que tú dices es cierto, sí. Pero una vez que llegas allí, sólo tú sabes por qué has ido, sólo tú puedes buscar aquello que te movió a ir y que tal vez encontrarás.

En determinados momentos, la solicitud de documentación produce ceguera, pone en cuestión mis percepciones. En cierta ocasión me dijeron que no había apoyado con documentación a la diosa africana, ese vínculo femenino que recorre *The Black Unicorn*²³. Y no pude por menos que reírme. Soy poeta, no soy historiadora. He compartido mis conocimientos, o al menos en eso confío. Si quieres, ahora tú puedes documentarlos.

No sé cómo lo verás tú, Adrienne, pero a mí ya me resulta bastante difícil verbalizar mis percepciones, bonobos lo que hay en las profundidades, modelar un asidero y en esos momentos la documentación no vale de nada. La percepción precede al análisis tal como la visión precede la acción y al logro. Es como componer un poema...

Es lo único por lo que he tenido que luchar toda vida: preservar mis percepciones de cómo son las cosas

más adelante, aprender a aceptarlas y, a la vez, a corregirlas. Y he tenido que hacerlo enfrentándome a una oposición tremenda y a críticas crueles. Pasé largo tiempo poniendo en cuestión mis percepciones y mi conocimiento interior, sin llegar a abordarlos, tropezando con ellos.

Adrienne: El problema que hay entre nosotras tiene otra dimensión. Una dimensión que ciertamente estaba presente en aquella conversación telefónica en la que te pedí que me explicaras todo con pelos y señales. Algunas de tus percepciones creaban en mí grandes resistencias. Pueden resultarme muy dolorosas. Tus percepciones sobre lo que sucede entre nosotros, entre el pueblo Negro y el pueblo blanco, entre las mujeres Negras y blancas. No puedo aceptar tus percepciones sin inmutarme. Algunas me resultan muy duras. Pero tampoco quiero rechazarlas. No me lo puedo permitir. La solución es examinarlas bien y decir: "¿Me sirve esto de algo? ¿Qué puedo hacer con esto?". Tengo que intentar distanciarme y no sumergirme en lo que afirmas tan rotundamente. Hay una parte de mí que quiere oponer una resistencia total, y otra parte que desea la aceptación plena, y es entre ambas donde debo hallar mi terreno. Pero en ningún caso puedo permitirme anular tus percepciones o fingir que las comprendo cuando no las comprendo. Cuando se trata de algo relacionado con el racismo –entendido no sólo como la violencia declarada que se practica por ahí, sino también como las diferencias en nuestras formas de ver–, siempre hay que preguntarse: "¿De qué me vale esto? ¿Qué puedo hacer al respecto?"

Audre: "¿Hasta qué punto puedo soportar ver esta verdad/ y seguir viviendo/ sin volverme ciega?/ ¿Hasta qué punto puedo servirme/ de este dolor?"²⁴. No plantear esta pregunta clave, eludir este paso esencial, es el mayor para todos. ¿Recuerdas el artículo que escribí para *The Black*

*Scholar?*²⁵ Conseguí escribir algo útil pero limitado, porque no formulé la pregunta esencial. Y al no habérmela planteado a mí misma, al no comprender que la clave estaba en una pregunta, le resté mucha energía al artículo. Lo leía una y otra vez, y pensaba: "No es así como debería quedar". Pensaba que me estaba refrenando para que *The Black Scholar* no lo rechazara. Pero la cuestión no era ésa. Me estaba refrenando porque no me había preguntado: "¿Por qué los hombres Negros consideran tan amenazador el hecho de que las mujeres amen a otras mujeres si no es porque quieren asumir la postura del varón blanco?". La cuestión era hasta dónde llegaba mi capacidad de resistencia, y que no me había dado cuenta de que podía soportar más de lo que creía. Y además era importante usar esa percepción de una manera que no fuese airada ni destructiva.

Adrienne: Hablando de ira y destrucción, ¿qué pretendías decir con los cinco primeros versos de "Power"?²⁶

Audre: "La diferencia entre la poesía/ y la retórica/ es estar dispuesto/ a matarte a ti mismo/ en lugar de matar a tus hijos". ¿Qué sentí al escribirlos? Estaba muy afectada por algo que había sucedido...

Adrienne: El policía blanco que mató a un niño Negro de un tiro y fue absuelto. Por aquellas fechas, cuando escribiste el poema, comimos juntas un día y no paraste de hablar de eso.

Audre: Iba conduciendo cuando oí por la radio que habían absuelto al policía. Me puse mala de rabia, y decidí aparcar y tomar unas notas para de ese modo conseguir cruzar la ciudad sin tener un accidente, así de furiosa y de mal me sentía. Y escribí esos versos... fue algo automático, el poema surgió sin la menor elaboración. Probablemente por eso te hablé del asunto, porque no me parecía que fuera un verdadero poema. Pensaba que el asesino había

sido un alumno de John Jay, y que quizá le hubiera visto por los pasillos, y que podría volver a toparme con él. ¿Cuál sería su justo castigo? ¿Qué se podía hacer? En el jurado había una mujer Negra. Podría haber sido yo. Y yo estaba dando clases en John Jay College. ¿Tenía que matarlo? ¿Qué papel me tocaba desempeñar? ¿Mataría también a la mujer Negra del jurado? ¿Qué poder la asistía, o me habría asistido a mí, a la hora de tomar postura?

Adrienne: Contra once hombres blancos...

Audre: ... el miedo atávico a un poder estructurado con el que no estás de acuerdo. Ahí estaba el jurado, un poder masculino y blanco, una estructura masculina y blanca... ¿cómo podía tomar postura contra ellos? ¿Cómo abordar las diferencias amenazadoras sin matar ni que te maten? ¿Cómo emplear las propias creencias y vivirlas no como una teoría, ni siquiera como una emoción, sino en el frente de acción, donde se logran resultados y cambios? Todas estas cuestiones se colaron en ese poema. Pero en aquel momento no sentía ni comprendía las conexiones, sólo tenía claro que yo era aquella mujer. Y que arriesgarme para hacer lo que había que hacer en cada momento y lugar era extremadamente difícil y, a la vez, crucial, pues renunciar a hacerlo significaba la más espantosa de las muertes. Y arriesgarse es como matar una parte de ti, en el sentido de que al arriesgarte matas o destruyes algo conocido, cómodo, para que pueda nacer algo nuevo en nosotros, en nuestro mundo. El poema en cuestión surgió de la sensación de escribir al límite, con premura, no por elección sino por necesidad, por necesidad de sobrevivir, y también surgió del dolor por la muerte repetida una y otra vez de mi hijo espiritual. Vivir una parte de tu visión te expone a constantes ataques violentos. Por parte de las necesidades, de los horrores, pero también de los prodigios, de las potencialidades.

Adrienne: Es lo que te iba a decir, que hablastes de la otra cara.

Audre: Sufres un bombardeo permanente de portentos, de verdaderos prodigios, es como una lluvia de meteoritos, de continuas conexiones. Y después tratas de separar lo que es útil para la supervivencia de lo que está distorsionado y es destructivo para el ser.

Adrienne: Ésa es una labor ingente... rechazar las distorsiones, conservar lo que nos es útil. Hay que hacerla incluso con la obra creada por personas a quienes admiramos mucho.

Audre: Sí, es comprometerse a ser abierto selectivamente. Yo tuve que hacerlo para sobrevivir físicamente. ¿Cómo vivir con el cáncer y no sucumbir a una de las múltiples muertes que me amenazan? ¿Qué tengo que hacer? Cuando te enfrentas a esa labor, nadie puede explicarte cuáles son tus posibilidades. En el hospital no paraba de pensar, "veamos, debe de haber alguien en algún lugar, una feminista lesbiana y Negra con cáncer, ¿cómo lo sobrelleva?". Entonces lo comprendí. "cariño, si eres tú". Leí todos los libros que cayeron en mis manos y luego lo comprendí, nadie podía hacerlo por mí. Tenía que decidir yo misma, comprobar cómo me sentía bien. La determinación, la poesía... en fin, todo eso se refleja en mi obra.

Adrienne: Me estaba acordando de la época en que te hicieron la primera biopsia, en 1977, cuando las dos íbamos a participar en un encuentro en Chicago sobre "la transformación del silencio en lenguaje y acción". Lo organizaba la Modern Language Association, y tú dijiste que no pensabas ir de ninguna manera, ¿lo recuerdas? Que no podías participar, que no te hacía falta, que no te iba a aportar nada importante. Pero, al final, fuiste y dijiste lo que dijiste, y te aportó algo, y no sólo a ti.

Audre: Tú me dijiste: "¿Por qué no les hablas de la experiencia que acabas de vivir?". Y yo empecé a protestar: "Pero si no tiene nada que ver con el tema del encuentro". Pero, mientras lo decía, caí en la cuenta de que se iba a hablar de "silencio", de "transformación". Yo no había hablado de mi experiencia... Eso era silencio... ¿Podía transformarlo? ¿Podía establecer una conexión? Y, sobre todo, ¿cómo podía compartir mi experiencia? Y mientras redactaba la ponencia, las conexiones se fueron esclareciendo por sí solas. Esa ponencia²⁷ la escribí más o menos en la misma época que "Letanía por la supervivencia". Tenía la sensación, una sensación probablemente física, de que mi vida ya nunca sería como antes. Y que si no me enfrentaba entonces a una serie de cosas, de todas maneras llegaría el momento en que habría de plantarles cara. Si no por el cáncer, por otro motivo, pero tendría que examinar las condiciones y los medios, así como los porqués, de mi supervivencia... y examinarlos teniendo en cuenta que estaban cambiando. Buena parte del trabajo que hice en ese sentido lo realicé antes de saber conscientemente que tenía cáncer. En aquella ponencia traté de la muerte y del proceso de morir, de cómo abordar el poder y la fortaleza, de la sensación de "¿De qué me están pasando factura?", cuestiones todas ellas que se volverían cruciales para mí un año más tarde. "Usos de lo erótico" lo escribí cuatro semanas antes de saber que tenía cáncer de pecho, en 1978.

Adrienne: Esto conecta con lo que decías antes con respecto a escribir poemas que no existían y que tú necesitabas que existieran.

Audre: Aquella ponencia me sirvió para levantar el ánimo e ir a Houston y California; me animó a empezar a trabajar de nuevo. Si no hubiera dado con aquellas palabras, no sé cuándo habría sido capaz de volver a escribir. Y

ahora, como ves, hemos cerrado el círculo, porque es ahí donde se funden el conocimiento y el entendimiento. El entendimiento convierte el conocimiento en algo utilizable; y ahí radica la premura, el ímpetu, el impulso. No sé cómo he escrito el largo ensayo que acabo de concluir, pero sabía que tenía que escribirlo.

Adrienne: Para comprender lo que sabías y hacerlo comprensible para los demás.

Audre: Justamente. Ahora es un proceso ineludible. Pero, en mi caso, previamente necesitaba saber que lo sabía... necesitaba sentir.

Las herramientas del amor nunca desmontan la casa del amor²⁸

cepté participar en este congreso organizado por el Instituto de Humanidades de la Universidad de Nueva York hace un año. Conviniéndonos en que mi función sería comentar las ponencias que trataran sobre el papel de las diferencias en la vida de las mujeres estadounidenses: las diferencias de raza, de sexualidad, de clase y de edad. Cualquier debate feminista sobre cuestiones personales o políticas queda desvirtuado si no tiene en cuenta estas cuestiones.

En el ámbito académico se tiene la peculiar arrogancia de emprender debates sobre teoría feminista sin entrar a analizar nuestras numerosas diferencias y sin conceder espacio a las significativas aportaciones de las mujeres pobres, Negras, del tercer mundo y lesbianas. A pesar de todo, se me ha invitado a participar, en mi condición de feminista Negra y lesbiana, para comentar las ponencias de la única sesión de este congreso donde están representadas las feministas Negras y lesbianas. Es triste lo que esto nos dice sobre la visión del presente congreso, celebrado en un país donde el racismo, el sexismo y la homofobia

son inseparables. Al leer el programa del congreso no cabe sino deducir que las mujeres lesbianas y Negras no tienen nada que decir sobre el existencialismo, sobre el erotismo, sobre la cultura de las mujeres y el silencio, sobre el estado actual de la teoría feminista o sobre la heterosexualidad y el poder. ¿Y qué significa en el aspecto personal y político que las dos únicas mujeres Negras que hemos tenido voz en el Congreso hayamos sido convocadas a última hora? ¿Qué significa que las herramientas del patriarcado racista se empleen para examinar los frutos de dicho patriarcado? Significa que la amplitud del cambio posible y permitido es escasísima.

La exclusión de toda consideración sobre la conciencia lesbiana y la conciencia de las mujeres del Tercer Mundo representa una grave carencia de este congreso y de las ponencias aquí presentadas. Así, por ejemplo, en una ponencia sobre las relaciones materiales entre las mujeres se ha expuesto un modelo dicotómico de educación que no tenía en cuenta en absoluto mis conocimientos en cuanto lesbiana Negra. En dicha ponencia no se analizaba la reciprocidad entre las mujeres, ni los sistemas de apoyo mutuo, ni la interdependencia que existe entre las lesbianas y entre las mujeres identificadas con mujeres. Y, sin embargo, sólo es en el ámbito del modelo patriarcal de educación donde sucede que las mujeres “que tratan de emanciparse pagan un precio tal vez demasiado alto por los resultados que obtienen”, como se afirma en la mencionada ponencia.

Para las mujeres la necesidad y el deseo de apoyarse mutuamente no son patológicos sino redentores, y hay que partir de este conocimiento para redescubrir nuestro auténtico poder. Esta conexión real es la que despierta miedos en el mundo patriarcal. Pues la maternidad es la única fuente de poder social a disposición de las mujeres en el marco de la estructura patriarcal.

La interdependencia entre las mujeres es el camino hacia la libertad que permite que el Yo sea, no para ser utilizado, sino para ser creativo. Ésta es la diferencia entre un estar pasivo y un ser activo.

Promover la mera tolerancia de las diferencias entre las mujeres es incurrir en el más burdo de los reformismos. Supone negar por completo la función creativa que las diferencias desempeñan en nuestras vidas. Las diferencias no deben contemplarse con simple tolerancia; por el contrario, deben verse como la reserva de polaridades necesarias para que salte la chispa de nuestra creatividad mediante un proceso dialéctico. Sólo así deja de resultar amenazadora la necesidad de la interdependencia. Sólo en el marco de la interdependencia de diversas fuerzas, reconocidas en un plano de igualdad, pueden generarse el poder de buscar nuevas formas de ser en el mundo y el valor y el apoyo necesarios para actuar en un territorio todavía por conquistar.

Es en la interdependencia de las diferencias recíprocas (no dominantes) donde reside la seguridad que nos permite descender al caos del conocimiento y regresar de él con visiones auténticas de nuestro futuro, así como con el poder concomitante para efectuar los cambios que harán realidad ese futuro. Las diferencias son la potente materia prima a partir de la cual forjamos nuestro poder personal.

A las mujeres se nos ha enseñado a hacer caso omiso de nuestras diferencias, o a verlas como motivo de segregación y desconfianza en lugar de como potencialidades para el cambio. Sin una comunidad es imposible liberarse, como mucho se podrá establecer un armisticio frágil y temporal entre la persona y su opresión. Mas la construcción de una comunidad no pasa por la supresión de nuestras diferencias, ni tampoco por el patético simulacro de que no existen tales diferencias.

Quienes nos mantenemos firmes fuera del círculo de lo que esta sociedad define como mujeres aceptables; quienes nos hemos forjado en el crisol de las diferencias, o, lo que es lo mismo, quienes somos pobres, quienes somos lesbianas, quienes somos Negras, quienes somos viejas, sabemos que la *supervivencia no es una asignatura académica*. La supervivencia es aprender a mantenerse firme en la soledad, contra la impopularidad y quizá los insultos, y aprender a hacer causa común con otras que también están fuera del sistema y, entre todas, definir y luchar por un mundo en el que todas podamos florecer. La supervivencia es aprender a asimilar nuestras diferencias y a convertirlas en potencialidades. *Porque las herramientas de, amo nunca desmontan la casa del amo*. Quizá nos permitan obtener una victoria pasajera siguiendo sus reglas del juego, pero nunca nos valdrán para efectuar un auténtico cambio. Y esto sólo resulta amenazador para aquellas mujeres que siguen considerando que la casa del amo es su única fuente de apoyo.

Las mujeres pobres y las mujeres de Color saben que hay una diferencia entre las manifestaciones cotidianas de la esclavitud marital y la prostitución, porque son sus hijas las que pueblan las aceras de la Calle 42. Si la teoría feminista estadounidense no necesita explicar las diferencias que hay entre nosotras, ni de las resultantes diferencias en nuestra opresión, entonces ¿cómo explicais el hecho de que las mujeres que os limpian la casa y cuidan a vuestros hijos mientras vosotras asistís a congresos sobre teoría feminista sean, en su mayoría, mujeres pobres y mujeres de Color? ¿Qué teoría respalda el feminismo racista?

En un mundo de posibilidades para todas, nuestras visiones personales contribuyen a poner los cimientos de la acción política. Al no reconocer las diferencias como una fuerza fundamental, las feministas académicas no

consiguen superar la primera lección patriarcal. En nuestro mundo, divide y vencerás debe convertirse en defina-mos y cobremos fuerza.

¿Por qué no se ha buscado a otras mujeres de Color para que participaran en este congreso? ¿Por qué se ha considerado que se habían hecho suficientes consultas después de llamarme un par de veces por teléfono? ¿Soy acaso la única fuente posible de nombres de feministas Negras? Es cierto que las ponencias de las dos participan-tes Negras han generado una poderosa unión amorosa entre las mujeres, pero ¿dónde queda la cooperación inter-racial entre feministas que no se aman entre sí?

En los círculos feministas académicos, la respuesta que suele darse a estas preguntas es: "No sabíamos a quién recurrir". Esa elusión de responsabilidades, ese lavarse las manos, es asimismo el motivo de que se excluya el arte de las mujeres Negras de las exposiciones de mujeres, la obra de las mujeres Negras de la mayoría de las publicaciones feministas, excepción hecha del ocasional "Número espe-cial sobre las mujeres del Tercer Mundo" y los textos de mujeres Negras de las bibliografías. Tal como señaló Adrienne Rich en una charla reciente, si las feministas han mejorado tanto su educación en los últimos diez años, ¿cómo es posible que no hayáis mejorado asimismo vuestros conocimientos sobre las mujeres Negras y sobre las diferencias entre nosotras, blancas y Negras, cuando son un factor clave para la supervivencia de nuestro movi-miento?

A las mujeres de hoy día todavía se nos pide que nos esforcemos en salvar el abismo de la ignorancia masculina y eduquemos a los hombres para que aprendan a reconocer nuestra existencia y nuestras necesidades. Todos los opresores se han valido siempre de esta arma básica: man-tener ocupados a los oprimidos con las preocupaciones

del amo. Ahora se nos dice que corresponde a las mujeres de Color educar a las mujeres blancas, afrontando su tremenda resistencia, y enseñarles a reconocer nuestra existencia, nuestras diferencias y nuestros respectivos papeles en la lucha conjunta por la supervivencia. Lo cual es una manera de desviar nuestras energías y una lamentable repetición del pensamiento racista patriarcal.

Simone de Beauvoir dijo en una ocasión: "Debemos extraer la fuerza para vivir y las razones para actuar del conocimiento de nuestras auténticas condiciones de vida".

El racismo y la homofobia son condiciones reales de nuestra vida aquí y ahora. *Insto a cada una de las mujeres aquí presentes a que se sumerja en ese lugar profundo de conocimiento que lleva dentro y palpe el terror y el odio a la diferencia que allí habitan. Y a que vea el rostro que tienen. Es la condición para que lo personal y lo político puedan comenzar a iluminar nuestras decisiones.*

Edad, raza, clase y sexo:
las mujeres redefinen la diferencia²⁹

Buena parte de la historia europeo-occidental nos condiciona para que veamos las diferencias humanas como oposiciones simplistas: dominante/dominado, bueno/malo, arriba/abajo, superior/inferior. En una sociedad donde lo bueno se define en función de los beneficios y no de las necesidades humanas, siempre debe existir algún grupo de personas a quienes, mediante la opresión sistemática, se lleve a sentir como si estuvieran de más y a ocupar el lugar de los seres inferiores deshumanizados. En nuestra sociedad dicho grupo está compuesto por las personas Negras y del Tercer Mundo, por la gente de clase trabajadora, por las ancianas y por las mujeres.

En mi condición de feminista Negra, lesbiana y socialista de cuarenta y nueve años, madre de dos hijos, uno de ellos varón, y miembro de una pareja interracial, suelo encontrarme incluida en diversos grupos definidos como diferentes, desviados, inferiores o sencillamente malos. En la sociedad estadounidense siempre se ha pedido a los miembros de los grupos oprimidos y cosificados que se

esfuerzen por salvar el abismo que separa la realidad de nuestra vida de la conciencia de nuestro opresor. Porque con objeto de sobrevivir, aquellos para quienes la opresión es tan genuinamente norteamericana como la tarta de manzana, siempre nos hemos visto obligados a ser buenos observadores y a familiarizarnos con el lenguaje y las maneras del opresor, y a veces incluso a adoptarlos para lograr una ilusoria protección. Siempre que se plantea la necesidad de entablar una supuesta comunicación, quienes se benefician de nuestra opresión nos piden que compartamos con ellos nuestros conocimientos. Dicho de otro modo, enseñar a los opresores cuáles son sus errores es responsabilidad de los oprimidos. Yo soy la responsable de educar a los profesores que desprecian la cultura de mis hijos en el colegio. Las personas Negras y del Tercer Mundo son responsables de educar a la gente blanca para que reconozca nuestra humanidad. De las mujeres se espera que eduquen a los hombres. De las lesbianas y los gays que eduquen al mundo heterosexual. Los opresores conservan su posición y eluden la responsabilidad de sus propios actos. Y hay una sangría continua de energías a las que se podría dar mejor uso si se dirigieran a la redefinición de nuestro propio ser y a la planificación realista de los medios para modificar el presente y construir el futuro.

El rechazo institucionalizado de la diferencia es una necesidad básica para una economía del beneficio que necesita de la existencia de un excedente de personas marginales. Esa economía en la que vivimos nos ha programado a todos para que reaccionemos con miedo y odio ante las diferencias que hay entre nosotros y las manejemos de una de estas tres maneras: haciendo como si no existieran; si ello no es posible, imitándolas cuando pensamos que son dominantes; o destruyéndolas si las consideramos subordinadas. Pero no poseemos modelos

de relación igualitarios para afrontar las diferencias. En consecuencia, las diferencias reciben nombres falsos y se ponen al servicio de la segregación y la confusión.

Entre nosotros existen a todas luces diferencias muy reales en cuanto a la raza, la edad y el sexo. Mas no son esas diferencias las que nos separan. Lo que nos separa es, por el contrario, nuestra negativa a reconocer las diferencias y a analizar las distorsiones que derivan de darles nombres falsos tanto a ellas como a sus efectos en la conducta y las expectativas humanas.

Racismo, creencia en la superioridad inherente de una raza con respecto a las demás y, por tanto, en su derecho a dominar. Sexismo, creencia en la superioridad inherente de un sexo y, por tanto, en su derecho a dominar. Heterosexismo. Elitismo. Clasismo. Discriminación por la edad.

Debe ser objetivo permanente de cada una de nosotras eliminar estas distorsiones de nuestra vida y, al mismo tiempo, reconocer, reclamar y definir las diferencias que constituyen la base sobre la cual se nos imponen dichas distorsiones. Porque todas nos hemos educado en el seno de una sociedad donde dichas distorsiones eran endémicas en nuestro modo de vida. Con excesiva frecuencia canalizamos las energías necesarias para reconocer y analizar las diferencias hacia la tarea de fingir que las diferencias son barreras infranqueables o que sencillamente no existen. Y ello resulta en el aislamiento voluntario o en conexiones falsas, engañosas. En ambos casos, no desarrollamos los medios para utilizar las diferencias humanas como trampolín que nos empuje hacia el cambio creativo de nuestra vida. Y, en lugar de hablar de diferencias, hablamos de desviaciones.

En algún lugar, al filo de la conciencia, está eso que yo denomino *norma mítica*, una norma con la que en realidad sabemos que no nos identificamos. En Estados Unidos,

la definición de dicha norma suele ser: blanco, delgado, varón, joven, heterosexual, cristiano y con medios económicos. Es en esa norma mítica donde residen las trampas del poder de nuestra sociedad. Quienes nos mantenemos al margen del poder solemos identificarnos de una manera que nos hace diferentes y presuponemos que tal identificación es la causa básica de toda opresión, con lo que nos olvidamos de otras distorsiones relativas a la diferencia, algunas de las cuales tal vez practiquemos. En el movimiento de mujeres actual, lo habitual es que las mujeres blancas se centren en su opresión en tanto que mujeres y pasen por alto las diferencias de raza, preferencias sexuales, clase y edad. La palabra *hermandad* lleva implícita una supuesta homogeneidad de experiencias que en realidad no existe.

Las diferencias de clase no reconocidas privan a las mujeres de la energía y la visión creativa que podrían proporcionarse mutuamente. Hace poco tiempo, el colectivo de una revista de mujeres adoptó la decisión de publicar un número que incluyera sólo prosa, alegando que la poesía era una manifestación literaria menos "rigurosa" y menos "seria". Ahora bien, la manera en que se plasma nuestra creatividad viene muchas veces determinada por la clase social. La poesía es la más económica de todas las manifestaciones artísticas. Es la más oculta, la que requiere menor trabajo físico y menos materiales, y la que puede realizarse entre turnos de trabajo, en un rincón de la cocina del hospital o en el metro, utilizando cualquier trozo de papel. Estos últimos años, mientras escribía una novela y pasaba apuros económicos, llegué a comprender que hay una enorme diferencia entre las exigencias materiales de la poesía y las de la prosa. Ya que reclamamos una literatura propia, hay que decir que la poesía ha sido la voz principal de los pobres, de la clase obrera y de las mujeres

de Color. Puede que para escribir prosa sea necesario disponer de una habitación propia, pero además también hacen falta unas resmas de papel, una máquina de escribir y mucho tiempo. Los requisitos de la producción de las artes visuales también contribuyen a determinar en términos de clase a quién pertenece cada forma artística. En estos tiempos en que los materiales tienen unos precios abusivos, ¿quiénes son nuestros escultores, nuestros pintores y nuestros fotógrafos? Cuando hablamos de una cultura de mujeres de amplia base, hemos de ser conscientes de los efectos que tienen las diferencias económicas y de clase en la adquisición de los medios necesarios para producir arte.

Tratamos de crear una sociedad en la que todos podamos avanzar, pero la discriminación basada en la edad es otra distorsión de las relaciones que interfiere en nuestra visión. Al hacer caso omiso del pasado, favorecemos la repetición de los errores. El "abismo generacional" es un arma social importante para cualquier sociedad represora. Si las personas jóvenes de una comunidad consideran que los mayores son despreciables, sospechosos o superfluos, nunca serán capaces de sumar fuerzas con ellas para analizar la memoria viva de la comunidad, ni tampoco de preguntar "¿Por qué?". De ello se deriva una amnesia histórica que nos mantiene ocupados con la necesidad de inventar la rueda cada vez que salimos a comprar pan en la tienda de la esquina.

Nos vemos en la necesidad de repetir y volver a aprender las lecciones que ya sabían nuestras madres porque no transmitimos lo que aprendemos o porque somos incapaces de escuchar. ¿Cuántas veces se ha dicho lo que ahora estoy diciendo? Por otra parte, ¿quién podría haber imaginado que nuestras hijas permitirían que volvieran a atormentar y encorsetar sus cuerpos con fajas, tacones altos y faldas de tubo?

Hacer caso omiso a las diferencias de raza que hay entre las mujeres y las implicaciones que tienen representa la amenaza más seria para la movilización conjunta del poder de las mujeres.

Si las mujeres blancas olvidan los privilegios inherentes a su raza y definen a la *mujer* basándose exclusivamente en su propia experiencia, las mujeres de Color se convierten en las "otras", en extrañas cuya experiencia y tradición son demasiado "ajenas" para poder comprenderlas. Un ejemplo de esto es la notoria ausencia de la experiencia de las mujeres de Color en los cursos consagrados a las mujeres. La literatura de las mujeres de Color rara vez se incluye en los cursos de literatura de mujeres y prácticamente nunca en otros cursos de literatura o en los estudios generales sobre las mujeres. La excusa que se esgrime muy a menudo es que la literatura de las mujeres de Color sólo puede ser enseñada por mujeres de Color, o bien que es demasiado difícil de comprender, o que no se puede "desentrañar" en una clase porque procede de experiencias "demasiado diferentes". He oído esta argumentación en boca de mujeres por lo demás de preclara inteligencia, mujeres a quienes se diría que no plantea el menor problema enseñar y analizar la obra procedente de experiencias tan enormemente diversas como las de Shakespeare, Molière, Dostoievski o Aristófanes. Sin duda, debe de haber otra explicación.

Aunque la cuestión sea muy compleja, creo que uno de los motivos de la gran dificultad que, para las mujeres blancas, entraña la lectura de la obra de mujeres Negras, es que las mujeres blancas son remisas a verlas como mujeres y a la vez como diferentes. El análisis de la literatura de las mujeres Negras requiere, en efecto, que se nos vea como un grupo con todas nuestras complejidades —como individuos, como mujeres, como seres humanos—, en

lugar de sustituir la verdadera imagen de las mujeres Negras por los estereotipos problemáticos pero familiares que proporciona la sociedad. Y, en mi opinión, lo mismo puede decirse con respecto a la literatura de otras mujeres de Color.

La literatura de todas las mujeres de Color recrea la textura de nuestras vidas y muchas mujeres blancas están empeñadas en pasar por alto las auténticas diferencias. Pues si se considera que la inferioridad de una de las partes es consustancial a la diferencia, el reconocimiento de ésta puede acarrear sentimientos de culpa. Permitir que las mujeres de Color se quiten de encima los estereotipos provoca un sentimiento de culpa en la medida en que amenaza la cómoda situación de las mujeres que ven la opresión como una cuestión exclusivamente relacionada con el sexo.

Negarse a reconocer las diferencias impide ver los diversos problemas y peligros a los que nos enfrentamos las mujeres.

En la estructura de poder patriarcal, uno de cuyos puntales es el privilegio de tener la piel blanca, no se emplean los mismos engaños para neutralizar a las mujeres Negras y a las blancas. Así, por ejemplo, las estructuras de poder utilizan con facilidad a las mujeres Negras en contra de los hombres Negros, no porque sean hombres, sino porque son Negros. Es por ello que las mujeres Negras hemos de tener muy presente en todo momento que hay que separar las necesidades del opresor de los legítimos conflictos que hay en el seno de nuestras comunidades. Las mujeres blancas no tienen este problema. Las mujeres y los hombres Negros han compartido y siguen compartiendo la opresión racista, pero de distintas maneras. La opresión compartida nos ha hecho desarrollar defensas conjuntas y vulnerabilidades comunes que no tienen una réplica en la

comunidad blanca, excepción hecha de la relación entre las mujeres y los hombres judíos.

Por otra parte, a las mujeres blancas se les tiende la trampa de inducir las a unirse al opresor con el supuesto de compartir el poder. Posibilidad que les está vetada a las mujeres de Color. Las cuotas mínimas de participación que a veces se nos ofrecen no son una invitación a sumarnos al poder; la visible realidad de nuestra "otredad" racial así lo demuestra con palmaria claridad. Las mujeres blancas tienen a su disposición un abanico más amplio de supuestas alternativas y recompensas por identificarse con el poder patriarcal y sus armas.

En estos tiempos en que ERA se ha venido abajo, la economía pasa por estrecheces y el conservadurismo va en aumento, las mujeres blancas son más propensas que las mujeres Negras a caer en la peligrosa trampa de creer que si eres lo suficientemente buena, guapa y dulce, si enseñas a tus hijos buenos modales, detestas a quienes hay que detestar y te casas con un buen partido, se te permitirá coexistir en relativa paz con el patriarcado, al menos hasta que un hombre necesite tu puesto de trabajo o te cruces con el violador del barrio. Es cierto que, a no ser que se viva en las trincheras, resulta difícil recordar que la guerra contra la deshumanización nunca cesa.

Mas las mujeres Negras y nuestras hijas sabemos que la violencia y el odio forman parte inextricable de la trama de nuestras vidas y que no hay descanso posible. No sólo nos enfrentamos a ellos en las barricadas o en los oscuros callejones, ni en los lugares donde nos atrevemos a verbalizar nuestra resistencia. Para nosotras, la violencia está cada vez más entretejida con nuestro vivir cotidiano: la encontramos en el supermercado, en clase, en el ascensor, en el hospital o en el patio del colegio, en la relación con el fontanero, con el panadero, con la dependienta, con el

conductor del autobús, con el cajero del banco o con la camarera que se niega a servirnos.

Las mujeres compartimos algunos problemas y otros no. Vosotras teméis que vuestros hijos, al hacerse mayores, sumen fuerzas con el patriarcado y testifiquen en contra vuestra; nosotras tememos que saquen a rastras a nuestros hijos de un coche y les peguen un tiro en medio de la calle, y vosotras volveréis la espalda a los motivos por los que nuestros hijos hayan muerto.

La amenaza de la diferencia también ha cegado a las personas de Color. Quienes somos Negros debemos comprender que la realidad de nuestra vida y nuestra lucha no nos hace inmunes al error de hacer caso omiso a las diferencias o llamarlas con nombres erróneos. El racismo es una realidad viva en el seno de la comunidad Negra y muchas veces las diferencias que hay entre nosotros se consideran peligrosas o sospechosas. Muy a menudo, la necesidad de unidad se interpreta erróneamente como una necesidad de homogeneidad, y la visión feminista Negra se toma por una traición a nuestros intereses comunes como pueblo. La permanente batalla contra la aniquilación de la raza, librada en conjunto por las mujeres Negras y los hombres Negros, es la causante de que algunas mujeres Negras continúen negándose a reconocer que también estamos oprimidas como mujeres y que la hostilidad sexual contra las mujeres Negras no es patrimonio exclusivo de la sociedad racista blanca, pues también ocurre en las comunidades Negras. Es una enfermedad que golpea el corazón de la nación Negra y el silencio no la hará desaparecer. Exacerbada por el racismo y por las tensiones generadas por el desvalimiento, la violencia contra las mujeres y niñas Negras se convierte muchas veces en norma y medida de la virilidad en nuestras comunidades. Sin embargo, rara vez se alude a estos actos de odio con-

tra la mujer cuando se habla de los crímenes contra las mujeres Negras.

El grupo de mujeres de Color es el peor remunerado de la población activa de Estados Unidos. Somos asimismo el objetivo número uno del abuso del aborto y la esterilización, tanto aquí como en el extranjero. En algunas regiones de África, a las niñas pequeñas se les sigue cosiendo la vulva para mantenerlas dóciles y al servicio del placer de los hombres. Se denomina circuncisión femenina y no es una cuestión cultural, como se empeñaba en afirmar el difunto Jomo Kenyatta, sino un crimen contra las mujeres Negras.

La literatura de las mujeres Negras está impregnada del dolor causado por las frecuentes agresiones sufridas, no sólo a manos del patriarcado racista, sino también de los hombres Negros. Ahora bien, la lucha conjunta, que es una necesidad y un hecho histórico, nos ha hecho particularmente vulnerables a la falsa acusación de que ser antixista es ser antinegro. Entretanto, el odio a la mujer como recurso para descargar la frustración generada por el desvalimiento va restando fuerzas a nuestras comunidades Negras y a nuestras vidas. Cada vez hay más violaciones, denunciadas y no denunciadas, y la violación no es una forma agresiva de sexualidad sino una agresión sexualizada. Tal como señala el escritor Negro Kalamu ya Salaam: "Mientras exista la dominación masculina, también existirá la violación. Sólo la revuelta de las mujeres y la toma de conciencia de sus responsabilidades en la lucha contra el sexismo por parte de los hombres podrán acabar con las violaciones".

Las diferencias existentes entre las mujeres Negras también reciben nombres falsos y se emplean para separarnos a unas de otras. Siendo como soy una feminista lesbiana y Negra que se siente cómoda con los diversos y numerosos

ingredientes de su identidad, así como una mujer comprometida con la liberación racial y sexual, me encuentro una y otra vez en la situación de que se me pida que extraiga de mí misma uno de los aspectos de mi ser y lo presente como si fuera un todo, eclipsando y negando las demás partes que me componen. Pero vivir así es destructivo y fragmentario. Para concentrar mis energías necesito integrar todas las partes de lo que soy, sin ocultar nada, permitiendo que el poder que emana de las distintas fuentes de mi existencia fluya libremente entre mis distintos seres, sin el impedimento de una definición impuesta desde fuera. Sólo así puedo ponerme a mí misma, con todas mis energías, al servicio de las luchas a las que me entrego y que forman parte de mi vida.

El miedo a las lesbianas, o a ser tachada de lesbiana, ha llevado a muchas mujeres Negras a testimoniar en contra de sí mismas. A algunas nos ha llevado a entablar alianzas destructivas, a otras nos ha llevado a la desesperación y al aislamiento. En las comunidades de mujeres blancas, el heterosexismo es a veces el resultado de la identificación con el patriarcado blanco y constituye un rechazo de esa interdependencia de las mujeres identificadas con las mujeres que permite que sean ellas mismas en lugar de estar al servicio de los hombres. Otras veces refleja el empecinamiento en la creencia de que las relaciones heterosexuales sirven de protección, y aún otras en un reflejo del odio hacia nuestra propia persona que nos ha sido inculcado desde la cuna y contra el que debemos luchar.

Estas actitudes están presentes en alguna medida en todas las mujeres, mas es en las mujeres Negras donde se encuentran mayores resonancias del heterosexismo y de la homofobia. Pese a que los vínculos entre mujeres cuenten con una larga y honorable historia en las comunidades africanas y afroamericanas, y a pesar de los

logros y conocimientos demostrados por muchas mujeres Negras identificadas con las mujeres, fuertes y creativas, que han destacado en las esferas política, social y cultural, las mujeres Negras heterosexuales tienden a desdenar o a hacer caso omiso de la existencia y la obra de las lesbianas Negras. Esta actitud deriva en parte de un comprensible terror contra las represalias masculinas en el estrecho ámbito de la sociedad Negra, donde el castigo contra cualquier intento de autoafirmación por parte de la mujer sigue siendo que te acusen de lesbiana y, en consecuencia, de no merecer las atenciones ni el apoyo de los hombres Negros, que son un bien escaso. Mas la necesidad de estigmatizar o relegar al olvido a las lesbianas Negras también deriva de un miedo muy real a que las mujeres Negras identificadas con las mujeres, que han dejado de depender de los hombres para definirse a sí mismas, puedan llegar a reorganizar nuestro concepto de las relaciones sociales.

Las mujeres Negras que en su día insistían en que el lesbianismo era un problema de las mujeres blancas, se empeñan ahora en que las lesbianas Negras son una amenaza para la nación Negra, ya que son aliadas del enemigo y una negación de lo que es ser Negro. Estas acusaciones, lanzadas por las mujeres en las que precisamente buscamos una comprensión real y profunda, han inducido a muchas lesbianas Negras a mantenerse ocultas, atrapadas entre dos fuegos: el racismo de las mujeres blancas y la homofobia de sus hermanas. Su obra se suele desdeñar, trivializar o estigmatizar, como les ha sucedido a Angelina Grimké, Alice Dunbar-Nelson y Lorraine Hansberry. Y, sin embargo, las mujeres vinculadas a otras mujeres, ya fueran nuestras tías solteras o las Amazonas de Dhomey, siempre han contribuido a conformar el poder de las comunidades Negras.

Y, ciertamente, no son las lesbianas Negras quienes agreden a las mujeres y violan a las niñas y a las abuelas en las calles de nuestras comunidades.

En todo el país las lesbianas Negras están en la vanguardia de los movimientos contra la violencia sufrida por las mujeres Negras; lo estuvieron, por ejemplo, en las protestas que se desencadenaron en Boston en la primavera de 1979 tras el asesinato no resuelto de doce mujeres Negras.

¿Qué aspectos concretos de nuestras vidas debemos analizar y modificar con objeto de contribuir a que se produzca un cambio? ¿Cómo redefinimos las diferencias? No son nuestras diferencias las que nos separan, sino la renuencia a reconocer las diferencias y a desmontar las distorsiones derivadas de hacer caso omiso de las diferencias o de llamarlas por el nombre que no les corresponde.

Uno de los mecanismos de control social consiste en inducir a las mujeres a otorgar legitimidad a una sola área de las diferencias humanas, las que existen entre las mujeres y los hombres. Y todas hemos aprendido a enfrentarnos a esas diferencias con la premura que caracteriza la actitud de cualquier subordinado oprimido. Todas hemos tenido que aprender a trabajar y a coexistir con los hombres, empezando por nuestros padres. Hemos reconocido las diferencias y nos hemos adaptado a ellas, incluso cuando reconocerlas suponía perpetuar el viejo modelo de relaciones humanas dominante/dominado, según el cual el oprimido debe aceptar la diferencia del amo si quiere sobrevivir.

Pero nuestra supervivencia futura depende de nuestra capacidad para relacionarnos en un plano de igualdad. Si las mujeres deseamos lograr un cambio social que no se quede en los aspectos meramente superficiales, habremos

de arrancar de raíz los modelos de opresión que hemos interiorizado. Debemos reconocer las diferencias que nos distinguen de otras mujeres que son nuestras iguales, ni inferiores ni superiores, y diseñar los medios que nos permitan utilizar las diferencias para enriquecer nuestra visión y nuestras luchas comunes.

El futuro de la Tierra puede depender de la capacidad de las mujeres para identificar y desarrollar nuevas definiciones del poder y nuevos modelos de relación entre las diferencias. Las viejas definiciones no han sido beneficiosas para nosotras ni para la tierra que nos sustenta. Los viejos modelos, aun hábilmente retocados para imitar el progreso, siguen condenándonos a incurrir en una repetición camuflada de las relaciones de siempre, del sentimiento de culpa de siempre, del odio, la recriminación, los lamentos y la desconfianza.

Pues llevamos incorporadas las viejas pautas que nos marcan unas expectativas y unas formas de respuesta, las viejas estructuras de opresión, y todo esto tendremos que modificarlo a la vez que modificamos las condiciones de vida que son consecuencia de dichas estructuras. Pues las herramientas del amo nunca desmontan la casa del amo.

Tal como lo explica brillantemente Paulo Freire en *Pedagogía de los oprimidos*³¹, el verdadero objetivo del cambio revolucionario no es sólo la situación de opresión de la que pretendemos liberarnos, también lo es esa parte del opresor que nos ha sido implantada en nuestro interior y que sólo conoce las tácticas de los opresores y las relaciones de los opresores.

Todo cambio comporta un crecimiento y el crecimiento puede ser doloroso. Mas al mostrar nuestro ser mediante la lucha y el trabajo compartidos con aquéllas a quienes definimos como diferentes y a las que, no obstante, nos

unen unos objetivos comunes, vamos consiguiendo perfilar mejor la definición de nosotras mismas. Ésta puede ser la vía de la supervivencia para todas las mujeres, Negras o blancas, mayores o jóvenes, lesbianas o heterosexuales.

*Nos hemos escogido como compañeras
para compartir el filo de nuestras batallas
la guerra es sólo una
si la perdemos
llegará el día en que la sangre de las mujeres
cubrirá, reseca, un planeta muerto
si vencemos
ya sabéis que buscamos
más allá de la historia
una relación nueva y mejor².*

Usos de la ira: las mujeres responden al racismo³³

 **R**acismo. Creencia en la superioridad inherente de una raza con respecto a las demás y, por tanto, en su derecho a dominar, ya sea manifiesto o implícito.

Respuesta de las mujeres al racismo. Mi reacción ante el racismo es la ira. Una ira que me ha acompañado casi toda la vida, tanto si hacía caso omiso de ella como si me alimentaba de ella o aprendía a emplearla antes de que echara a perder mi visión. Antes, vivía la ira en silencio, asustada por sus consecuencias. Mi miedo a la ira no me aportó nada. Vuestro miedo a la ira tampoco os aportará nada.

La respuesta de las mujeres al racismo pasa por hacer explícita su ira; la ira provocada por la exclusión, por los privilegios establecidos, por las distorsiones raciales, por el silencio, el maltrato, la estereotipación, las actitudes defensivas, la estigmatización, la traición y las imposiciones.

Mi ira es una respuesta a las actitudes racistas y a los actos e ideas preconcebidas que derivan de ellas. Si vuestra relación con las demás mujeres refleja esas actitudes,

mi ira y vuestros miedos concomitantes son focos de luz de los que podemos valernos para crecer tal como yo me valí de la expresión de mi ira para crecer. No se trata de despertar sentimientos de culpa sino de practicar una cirugía que corrija los defectos. La culpabilidad y las actitudes defensivas son ladrillos de un muro contra el que todas chocamos; no tienen el menor valor para nuestro futuro.

Como no quiero que esto se convierta en un debate teórico, voy a ilustrar mis palabras con varios ejemplos tomados de las relaciones entre las mujeres. Seré breve porque no nos sobra el tiempo. Quiero que sepáis que hay muchos otros ejemplos.

En un foro académico doy expresión directa a la ira provocada por algo concreto, y una mujer blanca me dice: "Cuénteme cómo se siente, pero no lo cuente con tanta crudeza porque me impide escucharla". Y yo me pregunto: ¿Son mis modales lo que le impiden escucharme o es la amenaza de que mis palabras le digan que su vida puede cambiar?

El Programa de Estudios sobre las Mujeres de una universidad sureña invita a dar clases a una mujer Negra tras una semana de debates sobre las mujeres Negras y blancas. "¿De qué os ha valido esta semana?", pregunto. La mujer blanca que mejor se expresa de las presentes responde: "Creo que esta semana me ha valido de mucho. Tengo la sensación de que ahora las mujeres Negras me comprenden mucho mejor; se han formado una idea más correcta de mis orígenes". Como si comprenderla a ella fuera la clave del problema del racismo.

Tras quince años de existencia de un movimiento de mujeres comprometido con los problemas vitales de todas las mujeres y su posible futuro, sigo escuchando en una universidad tras otra: "¿Cómo vamos a abordar la problemática del racismo si nunca asiste ninguna mujer de

Color?". Y la otra variante: "En nuestro departamento no contamos con ninguna persona cualificada para enseñar la obra de las mujeres de Color". Dicho de otro modo, el racismo es un problema de las mujeres Negras, un problema de las mujeres de Color, y sólo nosotras podemos debatirlo.

Tras una lectura de algunos poemas de la serie "Poemas para mujeres airadas"³⁴, una mujer blanca me pregunta: "¿Va a hablarnos de cómo podemos enfrentarnos directamente a *nuestra ira*? A mí me parece muy importante". Y yo le digo: "¿Cómo ve usted su ira?". Luego desvió la vista de su mirada ausente antes de que me invite a participar en la aniquilación de sí misma. No es tarea mía sentir su ira en lugar de que la sienta ella.

Las mujeres blancas han empezado a analizar su relación con las mujeres Negras, pero me he dado cuenta de que muchas veces sólo están dispuestas a recordar a los vecinitos de color a los que conocieron en su infancia, a la amada niñera o a algún que otro compañero del instituto; a cultivar el tierno recuerdo de lo que en otros tiempos les parecía misterioso, intrigante o sencillamente neutro. Lo que no os interesa recordar a las mujeres blancas son las ideas que os formasteis en la infancia al oír las desabridas risotadas de Rastus y Alfalfa, aquellos actores blancos caracterizados como Negros, o el apremiante mensaje que os transmitía mamá al extender un pañuelo sobre el banco de donde yo acababa de levantarme, o los indelebles y deshumanizadores retratos de Amos y Andy, o los cuentos humorísticos que os contaba papá para que os durmierais.

En 1967, en Eastchester, recorro un supermercado con mi hija de dos años que va sentada en el carrito; una niña blanca pasa de largo sentada en un carro empujado por su madre y dice muy excitada: "Mira, mamá, ¡una criada bebé!". Tu madre te hace callar, pero no te corrige. Por eso,

quince años más tarde, en un congreso sobre el racismo, todavía encontráis graciosa esta anécdota. Pero oigo terror e incomodidad en vuestras risas.

Una estudiosa blanca celebra que se haya publicado una recopilación de obras de mujeres de Color no Negras³⁵. "Me permite ocuparme del racismo eludiendo la crudeza de las mujeres Negras", me explica.

En un encuentro cultural de mujeres de ámbito internacional, una afamada poeta estadounidense blanca interrumpe la lectura de la obra de las mujeres de Color para leer un poema suyo y luego se marcha corriendo a un "importante encuentro".

Si las mujeres del mundo académico realmente desean entablar un diálogo sobre el racismo, tendrán que prestar atención a las necesidades y a los contextos vitales de las demás mujeres. Cuando una mujer del mundo académico dice: "Eso no me lo puedo permitir", seguramente quiere decir que ha decidido gastarse el dinero en otra cosa. Pero cuando una mujer que vive del paro dice: "Eso no me lo puedo permitir", quiere decir que está sobreviviendo con un dinero que en 1972 apenas bastaba para subsistir y que muchas veces ni siquiera tiene bastante para comer. Y, sin embargo, la Asociación Nacional de Estudios de las Mujeres celebra ahora, en 1981, un congreso en el que se compromete a dar una respuesta al racismo y, a la vez, se niega a eximir del pago de la matrícula a las mujeres pobres y a las mujeres de Color que deseaban asistir y dirigir talleres. Decisión que ha impedido participar en este congreso a numerosas mujeres de Color; por ejemplo, a Wilmette Brown, de la Asociación Mujeres Negras por la Remuneración de las Labores de la Casa. ¿Se convertirá este foro en un mero ejemplo más de cómo el mundo académico analiza la vida dentro de los circuitos cerrados académicos?

Me dirijo ahora a las mujeres blancas aquí presentes que reconocen que dichas actitudes son frecuentes, pero sobre todo me dirijo a mis hermanas de Color que viven y sobreviven a millares de encuentros de este tipo, a mis hermanas de Color que como yo siguen conteniendo a duras penas la ira, o que a veces consideran que la expresión de la ira es inútil o contraproducente (son las dos críticas más habituales), a ellas quiero hablarles de la ira, de mi ira, y de lo que he aprendido en mis viajes por sus dominios.

Todo puede ser utilizado/ salvo lo que está de más/ (os vendrá bien recordarlo/ cuando os acusen de destrucción).³⁶

Toda mujer posee un nutrido arsenal de ira potencialmente útil en la lucha contra la opresión, personal e institucional, que está en la raíz de esa ira. Bien canalizada, la ira puede convertirse en una poderosa fuente de energía al servicio del progreso y del cambio. Y cuando hablo de cambio no me refiero al simple cambio de posición ni a la relajación pasajera de las tensiones, ni tampoco a la capacidad para sonreír o sentirse bien. Me refiero a la modificación profunda y radical de los supuestos en que se basa nuestra vida.

He presenciado situaciones en las que una mujer blanca oye un comentario racista que le sienta mal y se encoeriza, pero permanece en silencio porque tiene miedo. Esa ira sin expresar se aloja en su interior como una bomba sin estallar, y es muy probable que la lance contra a primera mujer de Color que hable de racismo.

Ahora bien, cuando la ira se expresa y se traduce en obras al servicio de nuestra visión y de nuestro futuro, se convierte en un acto de clarificación liberador y fortalecedor, pues el doloroso proceso de la traducción nos sirve para identificar a quienes son nuestros aliados, pese a las grandes diferencias que nos puedan separar de ellos, y a quienes son nuestros auténticos enemigos.

La ira está cargada de información y de energía. Cuando hablo de las mujeres de Color no me refiero exclusivamente a las mujeres Negras. La mujer de Color que no es Negra y que me acusa de volverla invisible al presuponer que su lucha contra el racismo es idéntica a la mía tiene muchas cosas que decirme y que yo debo escuchar, pues de otro modo ambas desperdiciaremos nuestras energías batallando entre nosotras por imponer nuestra verdad. Si yo participo, consciente o inconscientemente, en la opresión de mi hermana y ella me critica, responder a su ira con la mía sólo servirá para que nuestra comunicación se convierta en un intercambio de hostilidades. Será una pérdida de energías. Aunque, sí, es muy difícil permanecer inmóvil mientras se escucha la voz de otra mujer que va trazando una agonía que no es la mía, o que yo no he contribuido a crear.

Aquí reunidas, hablamos lejos de los más flagrantes recordatorios de nuestra necesidad de fortificarnos. Pero ello no debe hacernos olvidar las proporciones y la complejidad de las fuerzas que van acumulándose en contra nuestra y en contra de los aspectos más humanos de nuestro entorno. No somos un grupo de mujeres que se dedica a analizar el racismo en medio de un vacío político y social. Estamos en las fauces de un sistema para el cual el racismo y el sexismo son soportes básicos, establecidos y necesarios del beneficio. Que las mujeres den una respuesta al racismo resulta tan peligroso que, en su intento de desacreditar este congreso, los medios de comunicación locales han optado por una maniobra de despiste y han centrado su atención en el hecho de que se haya proporcionado alojamiento a las lesbianas; es como si el *Courant* de Hartford no osara mencionar el tema de nuestros debates, el racismo, por miedo a que se sepa que las mujeres estamos tratando de analizar y modificar todas las condiciones represivas de nuestra vida.

Los medios de comunicación dominantes no quieren que las mujeres, y en particular las mujeres blancas, reaccionen ante el racismo. Quieren que el racismo se acepte como un componente inmutable de vuestra existencia, tal como la hora de irse a dormir o los resfriados.

Trabajamos, pues, en un contexto de oposición y amenazas, y ciertamente el motivo no es la ira que nosotras podamos llevar dentro, sino el virulento odio que se lanza contra todas las mujeres, las personas de Color, las lesbianas y los gays, la gente pobre... contra todos aquellos que pretendemos analizar en profundidad nuestra vida a la vez que resistimos contra la opresión y avanzamos hacia la coalición y la acción eficiente.

Todo debate sobre el racismo mantenido entre mujeres debe dar cuenta de la existencia de la ira y de sus usos. Y puesto que este análisis es crucial, debemos abordarlo de una manera directa y creativa. No podemos permitir que nuestro miedo a la ira nos desvíe del duro objetivo de sacar a flote la verdad, ni nos haga conformarnos con objetivos menores; hemos de tomarnos muy en serio el asunto que hemos elegido y toda la ira que con él se entreteje porque, de eso no os quepa duda, nuestros oponentes se toman muy en serio el odio hacia nosotras y hacia lo que aquí pretendemos hacer.

Y mientras escudriñamos el rostro, a menudo doloroso, de nuestra ira, no olvidéis, por favor, que no es nuestra ira la que me lleva a advertiros que cerréis bien las puertas esta noche y que no paseéis solas por las calles de Hartford. El motivo de que os lo advierta es el odio que acecha en estas calles, el deseo de destruirnos si de verdad trabajamos por el cambio en lugar de darnos por satisfechas entreteniéndonos con la retórica académica.

Este odio y esta ira son muy distintos. El odio es la furia de aquéllos que no comparten nuestros objetivos, y

su fin es la muerte y la destrucción. La ira es el dolor motivado por las distorsiones que nos afectan a todas, y su objetivo es el cambio. Cada vez disponemos de menos tiempo. Se nos ha educado para que veamos todas las diferencias, salvo las sexuales, como motivo de destrucción, y el hecho de que las mujeres Negras y las mujeres blancas afronten sus mutuas iras sin rechazo, sin inmovilidad, sin silencio y sin culpa, es en sí misma una idea herética y generativa. Pues supone que nos reunimos como iguales sobre una base común para analizar las diferencias y para modificar las distorsiones que la historia ha ido creando en torno a ellas. Son estas distorsiones las que nos separan. Y lo que debemos preguntarnos es: ¿A quién beneficia todo esto?

Las mujeres de Color de Estados Unidos han crecido inmersas en una sinfonía de ira, la ira de quienes son silenciadas, de quienes son rechazadas, de quienes saben que cuando sobrevivimos, lo logramos a pesar de un mundo que da por sentada nuestra falta de humanidad y que detesta nuestra existencia misma cuando no está a su servicio. Y digo *sinfonía* en lugar de *cacofonía* porque hemos tenido que aprender a armonizar la rabia para que no nos destrozara. Hemos tenido que aprender a movernos en ella, a sacar de ella fortaleza, resistencia y comprensión para nuestra vida cotidiana. Aquéllas de nosotras que no aprendieron esta lección, no han sobrevivido. Y una parte de mi ira es siempre una ofrenda por mis hermanas caídas.

La ira es la reacción apropiada ante las actitudes racistas, tal como lo es la rabia cuando los hechos derivados de dichas actitudes no cambian. A las mujeres que temen más la ira de las mujeres de Color que sus propias actitudes racistas no analizadas, les pregunto: ¿Es más amenazadora la ira de las mujeres de Color que el odio a la mujer que tiñe todos los aspectos de nuestras vidas?

No es la ira de otras mujeres la que nos destruirá, sino nuestra negativa a permanecer quietas y escuchar sus ritmos, a aprender de ella, a profundizar en la apariencia que presenta y llegar a su sustancia, a aprovechar la ira como importante fuente de fortalecimiento.

Yo no puedo ocultar mi ira para evitaros el sentimiento de culpa, la susceptibilidad herida, la ira que desencadena en vosotras; ocultarla sería menospreciar y trivializar nuestros esfuerzos. El sentimiento de culpa no es una respuesta a la ira; es una respuesta a la propia manera de actuar o de no actuar. En la medida en que conduzca a un cambio puede ser útil, puesto que en ese caso deja de ser culpabilidad y se convierte en punto de arranque del conocimiento. Pero muchas veces el sentimiento de culpa no es más que el nombre que se le da a la impotencia, a la actitud defensiva que destruye la comunicación; entonces se convierte en instrumento para preservar la ignorancia y la continuidad de la situación, en instrumento fundamental para preservar el inmovilismo.

La mayoría de las mujeres no han desarrollado armas para afrontar la ira de manera constructiva. En otros tiempos hubo grupos de discusión formados fundamentalmente por mujeres blancas que trabajaban sobre la manera de expresar la ira, principalmente ante el mundo de los hombres. Dichos grupos estaban constituidos por mujeres blancas que compartían una misma opresión. Por lo general, apenas se intentaba examinar las auténticas diferencias que hay entre las mujeres, tales como las de raza, color, edad, clase e identidad sexual. En aquellos momentos no se sentía la necesidad de analizar las contradicciones del ser, de la mujer en el papel de opresora. Se trabajaba en la expresión de la ira, pero se olvidaba casi por completo la ira de unas mujeres contra otras. No se des-arrollaron armas para afrontar la ira de otras mujeres si no era para

evitarla, desviarla o huir de ella bajo un manto de culpabilidad.

Yo no conozco ningún uso creativo del sentimiento de culpa, ya sea vuestro o mío. El sentimiento de culpa no es más que otra manera de eludir la acción bien informada, de posponer la apremiante necesidad de tomar decisiones claras, de retrasar la llegada de la inminente tormenta que además de doblar los árboles, podrá alimentar la tierra. Si os hablo airadamente, al menos os habré hablado; no os habré puesto una pistola contra la cabeza para mataros en medio de la calle; no habré dicho mirando el cuerpo ensangrentado de vuestra hermana: "¿Qué habrá hecho para merecer esto?". Y ésta fue precisamente la reacción que tuvieron dos mujeres blancas cuando Mary Church Terrell les contó que habían linchado a una mujer Negra embarazada y luego le habían arrancado el niño de las entrañas. Eso sucedió en 1921, justo después de que Alice Paul se negara a apoyar públicamente la aplicación de la Enmienda Decimonovena a todas las mujeres porque no quería que en su ámbito se incluyera a las mujeres de Color, pese a que ellas también habían luchado para lograr la promulgación de la enmienda.

La ira de unas mujeres contra otras no nos matará si conseguimos expresarla con precisión, si al tratar de comprender a qué se debe ponemos al menos el mismo interés que ponemos en defendernos contra la manera en que se expresa. Cuando volvemos la espalda a la ira, también se las volvemos al conocimiento, pues con esa actitud estamos diciendo que sólo vamos a aceptar las ideas ya conocidas, las ideas cómodas y mortíferamente familiares. Yo he tratado de aprender para qué me sirve la ira, y también cuáles son sus limitaciones.

Para las mujeres educadas en el miedo, la ira entraña muchas veces una amenaza de aniquilación. En la estruc-

tura masculina hecha a base de fuerza bruta se nos enseñó que nuestras vidas dependían de la buena voluntad del poder patriarcal. Había que evitar a toda costa la ira de los demás porque tan sólo podía acarrearlos dolor y la acusación de que no habíamos sido niñas buenas, de que habíamos fallado, de que no habíamos actuado como es debido. Y si aceptamos nuestro desvalimiento, es evidente que la ira de cualquiera podrá destruirnos.

La fuerza de las mujeres reside en nuestra capacidad de reconocer que las diferencias que hay entre nosotras son creativas y de plantar cara a las distorsiones que hemos heredado sin quererlo y que ahora, ya que son nuestras, podemos modificar. Mediante la comprensión, la ira de las mujeres puede trocarse en poder. Porque la ira compartida entre iguales engendra cambios, no destrucción, y la incomodidad y el daño que a menudo causa no son señales mortíferas sino de crecimiento.

Mi respuesta al racismo es la ira. Y esa ira sólo ha resquebrajado mi vida cuando no la expresaba y no le valía de nada a nadie. La ira me ha sido útil en aulas carentes de luz y de toda enseñanza, donde la obra y la historia de las mujeres Negras eran menos que humo. Me ha servido a modo de fuego en las zonas heladas de la mirada incomprendiva de las mujeres blancas que tan sólo ven nuevos motivos de miedo y de culpabilidad en mi experiencia y en la experiencia de mi pueblo. Mi ira no es excusa para que no os enfrentéis a vuestra ceguera ni para que os lavéis las manos con respecto a los resultados de vuestro proceder.

Cuando las mujeres de Color damos voz a esa ira que salpica muchos de nuestros contactos con las mujeres blancas, se nos suele decir que estamos "creando un ambiente de desesperanza", "impidiendo que las mujeres blancas superen sus sentimientos de culpa" u "obstaculizando el camino de la comunicación y la acción basadas

en la confianza". Todas estas frases son citas textuales tomadas de cartas que me han enviado en los dos últimos años miembros de esta organización. Una mujer me decía: "Como eres Negra y Lesbiana, por lo visto hablas con la autoridad moral que concede el sufrimiento". Sí, soy Negra y Lesbiana, y lo que oís en mi voz es rabia, no sufrimiento. Ira, no autoridad moral. Es muy distinto.

Dar la espalda a la ira de las mujeres Negras con la excusa o el pretexto de que se está intimidada no es una manera de conceder poder a nadie... es simplemente otra forma de preservar la ceguera racial, el poder de los privilegios que, sin ser cuestionados ni destruidos, quedan intactos. El sentimiento de culpa no es más que otra manera de cosificar a quienes los inspiran. A los pueblos oprimidos siempre se les pide que se esfuercen un poco más para salvar el abismo entre la ceguera y la humanidad. De las mujeres Negras se espera que empleemos nuestra ira exclusivamente al servicio de la salvación y el aprendizaje de otros. Pero todo esto pertenece a una época pasada. Mi ira me ha causado dolor pero también me ha valido para sobrevivir, y antes de renunciar a ella quiero asegurarme de que hay algo, cuando menos tan poderoso como ella, que podrá reemplazarla en el camino hacia la claridad.

¿Cuál de las mujeres aquí presentes está tan enamorada de su propia opresión como para no ver la huella del pisotón que le ha dado a otra mujer en la cara? ¿Para qué mujer se han vuelto las condiciones de su opresión preciosas y necesarias en tanto en cuanto le permiten la entrada al redil de los justos, lejos de los fríos vientos del autoanálisis?

Soy una mujer lesbiana de Color cuyos hijos comen todos los días gracias a que trabajo en la universidad. Si el hecho de que mis hijos tengan el estómago bien lleno me impide reconocer mi afinidad con una mujer de Color

cuyos hijos no comen porque ella no encuentra trabajo, o que no tiene hijos porque sus entrañas han quedado destrozadas a causa de los abortos caseros o la esterilización; si no logro reconocer a la lesbiana que decide no tener hijos, a la mujer que permanece oculta en el armario porque su comunidad homofóbica es su único apoyo en la vida, a la mujer que escoge el silencio en lugar de otra muerte, a la mujer que está aterrorizada por la posibilidad de que mi ira haga estallar la suya; si no logro reconocerlas a todas ellas como rostros de mí misma, estaré contribuyendo a su opresión y también a la mía; así pues, la ira que se alza entre nosotras debe ser utilizada en pro de la claridad y el fortalecimiento mutuos y no para evadir las culpas y ahondar la separación. Yo no soy libre en tanto haya otra mujer que no lo sea, aun cuando sus grilletos sean muy diferentes de los míos. Y no soy libre mientras una persona de Color permanezca encadenada. Ni tampoco lo es ninguna de vosotras.

Estoy hablando aquí en mi condición de mujer de Color que no se compromete con la destrucción sino con la supervivencia. Ninguna mujer tiene la responsabilidad de modificar la psique de su opresor, aun cuando esa psique esté encarnada en otra mujer. Yo he mamado la ira de las fauces del lobo y la he utilizado para alimentar la iluminación, la risa, la protección, el fuego allá donde no había luz, ni comida, ni hermanas, ni refugio. No somos diosas ni matriarcas ni monumentos del divino perdón; no somos el enardecido dedo de la justicia ni instrumentos de flagelación; somos mujeres que siempre retomamos a la fuerza nuestro poder de mujer. Hemos aprendido a utilizar la ira tal como hemos aprendido a emplear la carne de los animales muertos y, magulladas, apaleadas y siempre cambiantes, hemos sobrevivido y hemos crecido y, en palabras de Angela Wilson, estamos avanzando. Con o sin

las mujeres que no son de Color. Empleamos todas las fuerzas conquistadas en la lucha, incluida la ira, para contribuir a definir y a configurar un mundo en el que todas nuestras hermanas puedan crecer, en el que nuestros hijos puedan amar y donde el poder de palpar y aceptar la diferencia y la magia de otra mujer llegue con el tiempo a superar la necesidad de destruir.

Pues no es la ira de las mujeres Negras la que va empapando la tierra como un líquido morboso. No es mi ira la que lanza naves espaciales, gasta más de sesenta mil dólares por segundo en misiles y otros instrumentos de guerra y muerte, asesina a los niños en las ciudades, almacena gases letales y bombas químicas, viola a nuestras hijas y nuestra tierra. No es la ira de las mujeres Negras la que se corroe y convierte en poder ciego y deshumanizador, en un poder que nos aniquilará a no ser que le plantemos cara con lo que tenemos, nuestro poder de analizar y redefinir las condiciones en las que viviremos y trabajaremos; nuestro poder de imaginar y reconstruir, pedrusco a pedrusco, ira sobre dolorosa ira, un futuro de diferencias generativas y una tierra que sustente nuestras decisiones.

Recibimos con los brazos abiertos a todas las mujeres que puedan unirse a nosotras, cara a cara, más allá de la cosificación y más allá del sentimiento de culpa.

Aprender de los sesenta³⁷

 Malcolm X es una figura destacada de una época decisiva de mi vida. Ahora me presento ante vosotros, en mi condición de Feminista, Negra y Lesbiana, como heredera de Malcolm y su tradición, como persona que hace el trabajo que le corresponde, y el espíritu de la voz de Malcolm os pregunta por mi boca a cada uno de los aquí reunidos: ¿Hacéis vosotros el trabajo que os corresponde?

No existen ideas nuevas, tan sólo nuevas formas de conceder poder y espacio en nuestras vidas a las ideas que apreciamos. En febrero de 1965 yo estaba educando a mis dos hijos y a mi marido en un piso de tres habitaciones de la calle 149 de Harlem. Conocía por mis lecturas a Malcolm X y a sus Musulmanes Negros. Mi interés por Malcolm X aumentó después de que abandonara la Nación del Islam, cuando Elijah Muhammad lo silenció a raíz de que comentara, tras el asesinato de Kennedy, que a quien escupe al cielo en la cara le cae. Hasta entonces, mi interés en la Nación del Islam había sido escaso debido a su actitud hacia las mujeres y a su postura no activista. Había leído la

autobiografía de Malcolm y me gustaba su estilo, tenía la sensación de que era una persona muy parecida a mi padre, pero he de decir que estuve entre aquéllos que no prestaron verdadera atención a la voz de Malcolm hasta que su muerte la amplificó.

Incurrí en una falta en la que todavía seguimos incurriendo a menudo: permitir que los medios de comunicación —y no sólo me refiero a los medios blancos— definan a los portadores de los mensajes más trascendentales para nuestra vida.

Al leer a Malcolm X con verdadera atención, descubrí a un hombre mucho más próximo a las complejidades del auténtico cambio que cualquier otro al que hubiera leído antes. Buena parte de lo que voy a decir hoy nació de sus palabras.

En su último año de vida, Malcolm X ensanchó su visión esencial de tal forma que resulta indudable que, de haber vivido, habría llegado a la ineludible confrontación con la cuestión de las diferencias entendidas como fuerzas creativas y necesarias para el cambio. Pues a medida que avanzaba desde una posición de resistencia contra al statu quo racial, y de análisis del mismo, hacia unos planteamientos más activos con respecto a la organización del cambio, Malcolm X comenzó a replantearse su postura anterior. Una de las habilidades básicas para la supervivencia con las que cuenta el pueblo Negro es la capacidad de cambiar, de metabolizar la experiencia, buena o mala, en algo que resulte útil, duradero, efectivo. Cuatrocientos años de supervivencia como especie en peligro han valido para que la mayoría de nosotros aprendiéramos que, si pretendemos vivir, no nos queda más remedio que aprender deprisa. Malcolm X lo sabía. No tenemos por qué repetir los mismos errores si los observamos, aprendemos de ellos y construimos sobre ellos.

Antes de que lo mataran, Malcolm había modificado y ampliado sus opiniones relativas al papel de la mujer en la sociedad y en la revolución. Comenzaba a hablar con creciente respeto de su relación con Martin Luther King, hijo, cuya política de no violencia era en apariencia opuesta a la suya. Y comenzaba a analizar las condiciones microsociales en las que deben realizarse las alianzas y coaliciones.

Malcolm X había empezado a examinar las cicatrices de la opresión que nos llevan a emprender la guerra entre nosotros en lugar de atacar a nuestros enemigos.

La lección que nosotros, el pueblo Negro, podemos extraer de los años sesenta es que todo movimiento hacia la liberación ha de ser infinitamente complejo. Pues no sólo hemos de movernos en contra de las fuerzas que nos deshumanizan desde fuera; también debemos ir en contra de los valores opresivos que nos han forzado a incorporar. Mediante el análisis combinado de nuestros triunfos y nuestros errores podemos examinar los peligros que entraña una visión incompleta. No para condenarla sino para modificarla, para construir modelos de futuros posibles y dirigir la rabia que nos impulsa a cambiar en contra de nuestros enemigos y no de nosotros mismos. En los años sesenta, la ira que se despertó en la comunidad Negra se expresaba muchas veces horizontalmente, en contra de quienes estaban próximos a nosotros y servían de espejo a nuestra impotencia, en lugar de expresarse verticalmente, en contra de las corrupciones del poder y de las verdaderas fuerzas que dominaban nuestras vidas.

Estábamos listos para atacar, pero no siempre en los lugares más efectivos. Cuando discrepábamos en la solución a un problema particular, muchas veces nos ensañábamos más entre nosotros que con quienes habían causado nuestro problema común. A lo largo de la historia, la diferencia se ha empleado con tanta crueldad en nuestra

contra que el pueblo Negro era remiso a tolerar cualquier divergencia de lo que se había definido externamente como Ser Negro. En los años sesenta lo políticamente correcto, en lugar de ser una directriz para la vida, se convirtió en un nuevo par de grilletes. Una parte de la comunidad Negra, que se hacía oír pese a ser pequeña, perdió de vista el hecho de que la unidad no significa unanimidad; que el pueblo Negro no es una cantidad homogénea y digerible. Para trabajar juntos no es necesario que nos volváramos una masa de partículas indiferenciadas semejante a un cubo de chocolate con leche. La unidad supone la reunión de una serie de elementos que son, ante todo, variados y diversos en sus naturalezas particulares. La persistencia en analizar las tensiones que hay dentro de la diversidad fomenta el avance hacia nuestro objetivo común. Muchas veces olvidamos el pasado o lo idealizamos y convertimos los motivos de la unidad en algo inservible o mítico. Olvidamos que el ingrediente necesario para conseguir que el pasado avance hacia el futuro es nuestra energía presente, consagrada a metabolizar el pasado para convertirlo en futuro. La continuidad no es algo que suceda de manera automática ni tampoco es un proceso pasivo.

Los años sesenta se caracterizaron por una impetuosa creencia en las soluciones instantáneas. Fueron los años cruciales del despertar, del orgullo, y también de los errores. Los movimientos en pro de los derechos civiles y del poder Negro volvieron a encender la llama de las posibilidades para los grupos desposeídos de esta nación. Luchábamos contra enemigos comunes, pero hubo ocasiones en que el engañoso atractivo de las soluciones individuales nos llevó a prestarnos escasa atención los unos a los otros. A veces no soportábamos el rostro de nuestras mutuas diferencias porque temíamos lo que podría decirnos sobre nosotros mismos. Daba la impresión de que era imposible ser suficiente-

mente Negro o blanco, o suficientemente hombre o mujer. Mas cualquier visión futura que nos abarque a todos será, por definición, compleja y expansiva, difícil de conseguir. La respuesta frente al frío es el calor, la respuesta frente al hambre es el alimento. Pero no existe una solución simple y monolítica para el racismo, ni para el sexismo, ni para la homofobia. La única solución es que todos los días de mi vida haga el esfuerzo consciente de avanzar en contra de ellos siempre que me encuentre con estas manifestaciones particulares de una misma enfermedad.

En los años sesenta, los Estados Unidos blancos –tan racistas como liberales– se sentían más que satisfechos de asistir al espectáculo de cómo los militantes Negros luchaban contra los Musulmanes Negros, los Nacionalistas Negros vilipendiaban a los no violentos, y a las mujeres Negras se les decía que la única postura útil para el Poder Negro que podían adoptar era la de decúbito supino. La existencia de lesbianas y gays Negros era algo impensable en los Estados Unidos Negros. Hoy día, en la década de los ochenta, los documentos que se han hecho públicos gracias a la Ley de Libertad de Información nos han desvelado que, en los años sesenta, el FBI y la CIA emplearon nuestra intolerancia a la diferencia para fomentar la confusión y la tragedia en un segmento tras otro de las comunidades Negras. Lo Negro era hermoso, pero seguía siendo sospechoso, y los foros de debate se convertían a menudo en escenario para representar el juego de quién-es-más-Negro o quién-es-más-pobre, juegos de los que nadie puede salir victorioso.

Para mí, los sesenta fueron una década de promesas y emociones, pero también de aislamiento y frustraciones. Muchas veces sentía que estaba trabajando y educando a mis hijos en el vacío, y que era culpa mía... si hubiera sido más Negra, todo habría ido mejor. Fueron tiempos de un

gran desperdicio de energía en los que a menudo lo pasaba muy mal. Si no negaba unos aspectos de mi identidad para optar por otros, mi obra y mi Negritud serían inaceptables. Siendo una madre lesbiana Negra y miembro de un matrimonio interracial, siempre había una parte de mí que ofendía los cómodos prejuicios de alguien sobre cómo debía ser mi persona. Fue así como aprendí que si yo no me definía a mí misma, las fantasías de los demás me triturarían y devorarían. Mi poesía, mi vida, mi trabajo, mis energías para la lucha no resultaban aceptables en tanto en cuanto no fingiera estar en concordancia con alguna norma ajena. Aprendí que no podía vencer en aquel juego y que, además, la energía que dedicara a esa mascarada sería energía perdida para mi trabajo. Y tenía unos hijos a los que educar, unos alumnos a los que enseñar. La guerra de Vietnam se recrudecía, nuestras ciudades estaban en llamas, el absentismo escolar de nuestros hijos era cada vez mayor, la basura se acumulaba en las calles. No era conformismo lo que requería la situación, sino un poder estructurado. Había otros trabajadores Negros y fuertes cuyas visiones se censuraban y silenciaban con arreglo a un imaginario e intolerante modelo de Ser Negro. Tampoco las mujeres Negras eran inmunes a estos ataques. En una reunión de ámbito nacional de mujeres Negras consagradas a la acción política, se ridiculizó y silenció a una joven activista de los derechos civiles, que pocos años antes había sido apaleada y encarcelada en Mississippi, sólo porque tenía un marido blanco. Algunos salimos adelante y otros se quedaron por el camino. Fue una época de grandes esperanzas y expectativas; y también de grandes pérdidas. Ahora ya es historia. No es necesario que repitamos los mismos errores en los años ochenta.

La energía bruta de la fuerza Negra que se liberó en los sesenta hizo posible que se produjeran cambios en la

conciencia, la imagen propia y las expectativas de la comunidad Negra. Esa energía todavía se hace sentir en los movimientos por el cambio de las mujeres, de otras gentes de Color, de los gays, de los discapacitados... de todos los parias de esta sociedad. Ése es el legado que los sesenta nos ha dejado a nosotros y a otros. Mas hemos de reconocer que muchas de nuestras elevadas expectativas con respecto a un rápido cambio revolucionario no llegaron a cumplirse. Y muchos de los avances logrados están siendo desmantelados en estos días. Lo cual no ha de ser motivo de desesperación ni de rechazo de aquellos importantes años. Pero sí hemos de afrontar con claridad y perspicacia las consecuencias de simplificar en exceso cualquier lucha por la toma de conciencia y la liberación; si no lo hacemos, no lograremos sumar las fuerzas necesarias para plantar cara a las amenazas multidimensionales que en los ochenta hacen peligrar nuestra supervivencia.

Las luchas unidimensionales no existen porque no vivimos vidas unidimensionales. Malcolm lo sabía. Martin Luther King, hijo, lo sabía. Las luchas de cada cual son particulares, pero no estamos solos. No somos perfectos, pero sí somos más fuertes y más sabios que la suma de nuestros errores. Antes que nosotros, han vivido otras personas Negras que han sobrevivido. Podemos ver sus vidas como señales indicadoras del camino y comprender, tal como dice agudamente Bernice Reagon, que todos y cada uno de nosotros estamos aquí porque alguien que nos precedió lo hizo posible. Aprender de sus errores no merma en absoluto la deuda que tenemos con ellos, ni tampoco el duro trabajo de llegar a ser lo que somos, y de serlo con eficacia.

Cuando *The New York Times*, el *Amsterdam News* o la revista *Time* no nos dan predigerida nuestra historia, la perdemos de vista con facilidad. Tal vez porque no presta-

mos oídos a nuestros poetas ni a nuestros locos, tal vez porque no escuchamos a nuestras madres en nuestro interior. Cuando escucho verdades profundas salidas de mis labios que suenan como lo que decía mi madre, aun recordando los enfrentamientos que tenía con ella, me veo obligada a reevaluar tanto nuestra relación como las fuentes de mi conocimiento. Lo que no significa que deba idealizar a mi madre con objeto de apreciar lo que me dio... mi ser de Mujer Negra. No es necesario que idealicemos el pasado para ser conscientes de que es la semilla del presente. No tenemos que sufrir esa amnesia que nos arrebatara las lecciones del pasado en lugar de permitirnos interpretarlas con orgullo y con honda comprensión.

Sabemos lo que supone que a uno le mientan y sabemos que es muy importante que no nos mintamos entre nosotros.

Somos poderosos porque hemos sobrevivido, y ahí está la clave, en la supervivencia y el crecimiento.

En nuestro fuero interno hay un fragmento de humanidad que sabe que la máquina que orquesta una crisis tras otra y tritura nuestro futuro no nos vale de nada. Si queremos evitar que las descomunales fuerzas que militan en nuestra contra establezcan una falsa jerarquía de la opresión, hemos de enseñarnos a reconocer que cualquier ataque contra los Negros, cualquier ataque contra las mujeres, es un ataque contra todos los que sabemos que los sistemas a los que apoyamos no sirven a nuestros intereses. Cada uno de los aquí presentes es un eslabón de la conexión entre la legislación contra los pobres, los tiroteos de gays, los incendios de sinagogas, el gamberrismo, las agresiones contra las mujeres y la violencia resurgente contra el pueblo Negro. Y yo me pregunto a la vez que os lo pregunto a cada uno de vosotros: ¿qué modificaciones concretas he de hacer en la trama de mi vida cotidiana para

luchar contra esa conexión? La supervivencia no es mera teoría. ¿Cómo contribuyo a subyugar a algunas de las personas que forman parte de lo que considero mi pueblo? El análisis debe iluminar los aspectos concretos de nuestra vida: ¿Quién trabaja para hacer el pan que desperdiciamos? ¿Quién genera la energía necesaria para fabricar venenos nucleares que no se biodegradarán en mil años? ¿Quién se queda ciego montando los microtransistores de nuestras calculadoras baratas?

Somos mujeres que tratamos de tejer un futuro en un país donde se rechazó la Enmienda de la Igualdad de Derechos por considerarla subversiva. Somos lesbianas y gays que, estando en el punto de mira de la Nueva Derecha, sufrimos la amenaza de la castración, el encarcelamiento o la muerte en la calle. Y sabemos que nuestra aniquilación pavimentará el camino para la aniquilación de otras gentes de Color, de los ancianos, de los pobres, de todos aquellos que no encajan en la mítica norma deshumanizadora.

¿Podemos permitirnos luchar entre nosotros?

Somos personas Negras a quienes les ha tocado vivir una época en la que se percibe por doquier el propósito de suprimirnos. La política de nuestro gobierno, tanto interior como exterior, demuestra que las gentes de Color son cada vez más prescindibles. Vivimos bajo el mandato de un gobierno dispuesto a repetir la tragedia de Vietnam en El Salvador y en Nicaragua, un gobierno que siempre se alinea con el bando incorrecto en todas las batallas por la liberación que tienen lugar en el planeta; un gobierno que ha invadido y conquistado (mientras repaso estas líneas) los 311 kilómetros cuadrados del estado soberano de Granada con el pretexto de que sus 110.000 habitantes constituían una amenaza para los Estados Unidos. Nuestros periódicos no cesan de expresar una supuesta preocupación por la situación de los derechos humanos en la Pol-

nia blanca y comunista y, a la vez, sancionamos y prestamos apoyo militar al genocidio sistemático llevado a cabo por el apartheid en Sudáfrica, a los asesinatos y torturas de Haití y El Salvador. Los equipos de asesores estadounidenses sustentan a los gobiernos represivos de toda América Central y Sudamérica, y al de Haití, y asesor no es más que un palabra cifrada que indica que a continuación llegará la ayuda militar.

Quienes deciden recortar las ayudas para los enfermos terminales, para los ancianos, para los niños sin recursos, los subsidios para alimentos o para comidas escolares, son hombres con el estómago lleno que viven en casas confortables, tienen dos coches y gozan de innumerables beneficios fiscales. Ninguno de ellos se va con hambre a la cama noche tras noche. Hace poco se ha llegado a proponer que se contrate a ciudadanos mayores para trabajar en las centrales nucleares dado que, en cualquier caso, no les queda mucho tiempo de vida.

¿Quién de los aquí presentes puede seguir permitiéndose creer que los esfuerzos para reclamar el futuro pueden ser privados o individuales? ¿Quién de los aquí presentes puede seguir permitiéndose creer que la lucha por la liberación incumbe exclusivamente a una raza concreta, o a un solo sexo, o a un único grupo de edad o a una sola confesión religiosa, o a un grupo sexual o a una única clase social?

La revolución no es algo que suceda de una vez por todas. La revolución es estar siempre al acecho de la menor oportunidad para efectuar auténticos cambios en las respuestas establecidas y caducas; y es, por ejemplo, aprender a afrontar con respeto a las mutuas diferencias.

Compartimos un interés común, la supervivencia, y es un interés por el que no podemos luchar aislándonos los unos de los otros simplemente porque nuestras diferencias

nos incomoden. Sabemos lo que supone que te mientan. Los años sesenta deben enseñarnos lo importante que es no mentarnos a nosotros mismos. A no creer que la revolución sucede de una vez por todas o tiene lugar a nuestro alrededor y no en nuestro interior. A no creer que la libertad puede pertenecer a uno de nuestros grupos mientras los demás no la tengan. Y qué importante es no permitir que sean otros los que nos definan o definan las fuentes de nuestro poder, ni siquiera cuando esas definiciones las hacen nuestros líderes.

Ninguna de las personas Negras aquí presentes se puede permitir esperar a que la conduzcan hacia una acción reivindicativa en pro de la supervivencia. Cada uno de nosotros debe examinar con claridad y profundidad las auténticas condiciones concretas de su vida y decidir qué acciones y qué energía le son necesarias y dónde puede emplearlas con mayor efectividad. El cambio es responsabilidad inmediata de todos, dondequiera y comoquiera que estemos y en cualquier escenario que escojamos para actuar. Pues mientras esperamos que otro Malcolm, otro Martin, otro líder Negro carismático valide nuestras luchas, los niños Negros son agredidos y asesinados en las calles, o se les practica la lobotomía retransmitiéndolo por televisión, y el porcentaje de familias Negras que viven en la miseria sigue en aumento desde 1963.

Si esperamos a poner nuestro futuro en manos de algún mesías, ¿qué sucederá cuando asesinen a ese líder, o lo desacrediten, o lo juzguen por asesinato, o lo llamen homosexual o le arrebaten el poder de alguna otra forma? ¿Vamos a hipotecar nuestro futuro? ¿Cuál es la barrera interiorizada y autodestructiva que nos impide avanzar, que nos impide unirnos?

Quienes somos Negros nos hallamos en un momento clave para tomar postura. Negarse a participar en la

configuración de nuestro futuro equivale a rendirse. No permitamos que una falsa seguridad (a mí no me afecta) o la desesperación (no podemos hacer nada) nos lleven a la pasividad. Cada uno de nosotros debe descubrir qué trabajo le corresponde, y después hacerlo. La militancia ya no significa un duelo de pistolas al mediodía, si es que alguna vez lo significó. La militancia supone trabajar activamente por el cambio, a veces sin ninguna seguridad de que el cambio vaya a operarse. Supone realizar el trabajo tedioso y prosaico que es necesario para forjar coaliciones con fundamento, y supone reconocer qué coaliciones son posibles y cuáles no lo son. Supone saber que la coalición, igual que la unidad, significa la reunión de seres humanos completos y realizados, seres humanos centrados y de firmes convicciones, y no de autómatas fragmentados que marchan al paso que se les marca. Supone luchar contra la desesperación.

Esto no es tarea sencilla en la universidad, pues, por el mero hecho de pertenecer a ella, se os ofrecerán múltiples oportunidades de poner os un nombre falso, de olvidar os de quiénes sois, de olvidar dónde residen vuestros auténticos intereses. No imaginéis que no os van a cortejar; y nada neutraliza la creatividad tan deprisa como que te ofrezcan un cargo de los reservados para las minorías, esa falsa sensación de seguridad alimentada por el mito de las soluciones individuales. Parafraseando a Malcolm: una fiscal Negra que conduce un Mercedes por la Avenida Z de Brooklyn sigue siendo una "zorra negra", expresión que nunca parece pasarse de moda.

Para que luchemos hombro con hombro no es necesario que tú te conviertas en mí. Ni yo tengo que convertirme en ti para darme cuenta de que nuestras guerras son una y la misma. Lo que debemos hacer es comprometernos con un futuro que abarque a todos y trabajar por él

con las fuerzas particulares que nos concede nuestra identidad individual. Y con objeto de lograrlo, debemos aceptar nuestras diferencias a la vez que reconocemos nuestras semejanzas.

Si algo nos ha enseñado la historia, ese algo es que la acción en pro del cambio que se dirige sólo contra las condiciones externas de nuestra opresión no basta. Una actitud globalizadora exige que reconozcamos la desesperación que la opresión siembra en nuestro interior, esa vocecilla persistente que nos dice que nuestros esfuerzos son inútiles, que nada va a cambiar, que para qué preocuparse, que es mejor aceptar las cosas como están. Hemos de batallar contra esa pieza de autodestrucción que nos han implantado, que vive y florece en nuestro interior, y que nos pasa inadvertida hasta que nos hace volvernos en contra de nosotros mismos y atacarnos unos a otros. Tenemos la posibilidad de examinar ese odio sepultado en las profundidades de nuestro ser y ver a quién nos inicia a detestar, y podemos restarle fuerza siendo conscientes de nuestros auténticos vínculos, aquéllos que tienden un puente entre las diferencias.

Confiemos en que los años sesenta nos enseñen que no podemos permitirnos ahorrarle el trabajo a nuestros enemigos destruyéndonos entre nosotros mismos.

¿Cómo se puede interpretar que un jugador de béisbol Negro insulte a un alborotador blanco en un momento de ira, pero a la hora de pegar un navajazo se lo pegue a un Negro? Esto sucedió en Illinois. ¿Qué mejor manera puede haber de mantener una vigilancia policial en las calles de una comunidad minoritaria que enfrentar entre sí a las distintas generaciones?

Con ocasión de la constitución de un club de estudiantes gays en la Universidad de Howard, el presidente de la asociación estudiantil dijo refiriéndose a las lesbianas y los

gays Negros: "La comunidad Negra no tiene nada que ver con esa escoria... tendremos que abandonar a esta gente" [itálica mía] ¿Abandonar? Nosotros mismos vamos absorbiendo, por lo general inconscientemente, la creencia racista de que las personas Negras son el blanco adecuado para que todo el mundo descargue su ira. Como estamos más cerca los unos de los otros que de nuestros enemigos, nos resulta más fácil dar rienda suelta a la ira entre nosotros en lugar de dirigirla contra ellos.

Claro está que la afirmación del joven de Howard era errónea desde el punto de vista histórico. Ese joven, en tanto en cuanto forma parte de la comunidad Negra, tiene mucho que ver con "nosotros". Algunos de nuestros mejores escritores, organizadores, artistas y estudiosos de la década de los sesenta y de la actual han sido y son lesbianas y gays, y la historia así lo demostrará.

En los años sesenta se me exigía una y otra vez que justificara mi existencia y mi trabajo porque era mujer, porque era lesbiana, porque no era separatista, porque alguna parte de mí resultaba inaceptable. Y el motivo no era mi trabajo sino mi identidad. Tuve que aprender a conservar todas las partes de mí misma que me servían, en contra de las presiones para que expresara tan sólo una de ellas y prescindiera de las demás. No sé qué le diría cara a cara al joven de la Universidad de Howard que afirma que soy una escoria porque considero que las mujeres son mi fuente básica de energía y apoyo; podría decirle, eso sí, que mi energía y la de otras mujeres muy semejantes a mí han contribuido a que él se encuentre donde ahora se encuentra. Creo, no obstante, que ese joven no repetiría esas palabras si me tuviera delante porque siempre resulta más fácil insultar desde lejos, en términos académicos. La pretensión de que la presencia de las lesbianas y gays se vuelva invisible en la intrincada trama de la existencia y la

supervivencia Negras contribuye a fragmentar y a debilitar a la comunidad Negra.

En los círculos académicos, como en la sociedad en general, se tiende a emplear cada vez más la estigmatización para mantener a raya a las jóvenes Negras. En cuanto una joven Negra empieza a comprender que está oprimida por ser mujer además de por ser Negra, enseguida se la tacha de lesbiana, sea cual sea su identidad sexual. "¿Qué es eso de que no quieres preparar el café, ni escribir a máquina, ni lavar los platos, ni acostarte conmigo? ¿Es que eres lesbiana o qué?" Y ante la amenaza de ese temido estigma, la joven suele volver al redil sumisamente, aun sin estar de acuerdo. Pero la palabra *lesbiana* sólo representa una amenaza para las mujeres Negras que están intimidadas por su sexualidad, o que permiten que se las defina externamente y en función de su sexualidad. Las mujeres Negras que batallamos fundándonos en una perspectiva personal, que hablamos en nuestro propio nombre y tenemos unos estrechos vínculos políticos y emocionales con otras mujeres, no somos enemigas de los hombres Negros. Somos mujeres Negras que buscamos una definición propia, que reconocemos con respeto la diversidad que hay entre nosotras. Somos una presencia permanente en nuestras comunidades desde hace tiempo y hemos desempeñado un papel básico para la supervivencia de dichas comunidades; así lo demuestra la existencia de Hat Shep Sut, Harriet Tubman, Daisy Bates, Fannie Lou Hamer, Lorraine Hansberry o la de vuestra tía Maydine, o la de más de una de las mujeres que estáis sentadas ahora mismo frente a mí.

En los años sesenta el pueblo Negro despilfarró muchas de sus fuerzas en luchas intestinas. No podemos permitirnos repetir ese error en los años ochenta, cuando Washington D.C. posee la tasa de mortalidad infantil más

elevada de los Estados Unidos, cuando el desempleo afecta al sesenta por ciento de los menores de veinte años de la comunidad Negra y va en aumento, cuando los linchamientos menudean y cuando menos de la mitad de los votantes Negros censados votaron en las últimas elecciones.

¿Cómo practicáis lo que predicáis, sea lo que sea, y quién os escucha? Tal como subrayó Malcolm, no somos responsables de nuestra opresión, pero sí debemos hacernos responsables de nuestra liberación. No será fácil, pero contamos con lo que hemos aprendido y con la parte útil de lo que se nos ha transmitido. Poseemos el poder que nos han otorgado quienes nos precedieron, el poder de llegar más allá de donde ellos llegaron. Tenemos árboles, agua, sol y a nuestros hijos. Malcolm X no vive en la letra impresa que recoge sus palabras; vive en la energía que generamos y empleamos para ir realizando esa visión que compartimos con él. Estamos construyendo el futuro a la vez que nos unimos para sobrevivir a las tremendas presiones del presente, y eso es lo que significa participar en la historia.

Mirándonos a los ojos: mujeres negras, ira y odio³⁸

¿Dónde va el dolor cuando se marcha?³⁹



Toda mujer Negra en Estados Unidos vive su vida en algún lugar a lo largo de una profunda curva de antiguas e inexpressadas iras.

Mi ira de mujer Negra es un pozo de magma que está en mi mismo centro, mi secreto más ferozmente guardado. Sé que, siendo una mujer de poderosos sentimientos, buena parte de mi vida está entretejida con la ira. Es un hilo eléctrico que recorre todos los tapices emocionales en los que dibujo lo esencial de mi vida, un manantial que bulle a punto de entrar en erupción y derramarse desde mi conciencia como un fuego sobre el paisaje. Disciplinar esta ira en lugar de rechazarla ha sido una de las principales tareas de mi vida.

Las otras mujeres Negras no son la causa original ni la fuente de este pozo de ira. Esto lo tengo claro, sea cual sea la situación particular en que me encuentro con otras mujeres Negras en cada momento. Entonces, ¿por qué la ira se desata reveladoramente, a la menor excusa, contra las mujeres Negras? ¿Por qué las juzgo con mayor severidad que a nadie y me enfurezco cuando no están a la altura de las circunstancias?

Y si detrás del objeto de mi ataque se escondiera el rostro de mi propio ser, ese rostro que no acepto, ¿qué podría apagar un fuego alimentado por semejantes pasiones recíprocas?

Cuando comencé a escribir sobre la intensidad de la ira que se desata entre las mujeres Negras, descubrí que apenas si había empezado a tocar una de las tres puntas de un iceberg cuya capa más profunda era el Odio, ese deseo de muerte que la sociedad dirige contra nosotras desde el momento en que naces mujer y Negra en Estados Unidos. A partir de entonces vivimos sumergidas en el odio; por nuestro color, por nuestro sexo, por la desfachatez de atrevernos a suponer que tenemos algún derecho a vivir. De niñas absorbimos el odio, nos impregnamos de él, y, en general, todavía hoy seguimos viviendo sin reconocer qué es realmente ese odio y cómo funciona. Y nos llegan sus ecos en forma de ira y de crueldad en el trato entre nosotras. Pues todas y cada una de nosotras somos portadoras del rostro que busca ese odio, y en nuestras vidas todas sobrevivimos a grandes dosis de crueldad porque nos hemos acostumbrado a ella.

Antes de poder escribir sobre la ira de las mujeres Negras es necesario que escriba sobre la venenosa inmersión en el odio que alimenta la ira y sobre la crueldad que ambos engendran cuando se unen.

He descubierto esto analizando mis propias expectativas con respecto a las demás mujeres Negras y siguiendo los hilos de mi ira contra el sexo femenino Negro hasta llegar al odio y al desdén que marcaron mi vida a fuego mucho antes de que supiera de dónde procedía ese odio o por qué lo acumulaban sobre mi persona. Los niños se atribuyen a sí mismos la causa de todo lo que les sucede. Así que, siendo niña, llegué a la conclusión de que en mí debía de haber algo terriblemente malo, ya que inspiraba tal sen-

timiento de desdén a los demás. El conductor del autobús no miraba a otras personas como me miraba a mí. La culpa debía ser de todas esas cosas que mi madre me había advertido que no hiciera ni fuera y que yo me había lanzado a hacer y ser.

La búsqueda de poder dentro de mí implica que debo estar dispuesta a atravesar el miedo para llegar a lo que hay tras él. Si examino mis puntos más vulnerables y reconozco el dolor que he sentido, podré eliminar del arsenal de mis enemigos la fuente de ese dolor. Entonces, mi historia no podrá ser utilizada para afilar las armas de mis enemigos y eso reducirá el poder que tienen sobre mí. Nada de lo que acepto sobre mi persona puede ser utilizado para menospreciarme. Soy quien soy y estoy haciendo lo que he venido a hacer, actuar en vosotras como una droga o un cincel para recordaros lo que de mí hay en vosotras a medida que os descubro a vosotras en mí.

La idea que de mí se tiene en Estados Unidos ha levantado una barrera en el camino hacia el desarrollo de mis capacidades. Fue una barrera que hube de analizar y desmontar dolorosamente, pieza a pieza, para poder emplear mis energías plena y creativamente. Es más fácil tratar las manifestaciones externas del racismo y del sexismo que los resultados interiorizados de estas distorsiones, tal como se reflejan en la conciencia acerca de nosotras mismas y de nuestras semejantes.

Pero ¿en qué se basa el rechazo a conectar entre nosotras sino es en lo más superficial? ¿Cuál es la fuente de la desconfianza y la distancia que separan a las mujeres Negras?

No me gusta hablar del odio. No me gusta recordar la aniquilación y el odio vistos en los ojos de muchas personas blancas desde que tuve la facultad de ver, tan duros

que deseaba morirme. Y esos sentimientos tenían su eco en los periódicos, las películas, los cuadros religiosos, los tebeos y los programas de radio de Amos y Andy. Yo carecía de las herramientas necesarias para analizarlos y del lenguaje preciso para nombrarlos.

La línea de metro de Harlem. Me agarro a la manga de mi madre, ella va cargada de bolsas, el peso de las Navidades. Olor húmedo de las ropas invernales, el vagón pega bandazos. Mi madre avista un sitio casi libre, empuja hacia él mi pequeño cuerpo enfundado en ropa para la nieve. A un lado tengo a un hombre que lee el periódico. Al otro lado, una mujer con sombrero de piel me mira fijamente. Sus labios se tuercen mientras me observa, luego baja su mirada, arrastrando la mía. Su mano enfundada en cuero tira de la zona donde se tocan mis pantalones azules nuevos y su elegante abrigo de piel. Con un movimiento brusco, se acerca el abrigo al cuerpo. Miro con atención. No veo esa cosa horrible que ella ve en el asiento, entre nosotras... una cucaracha, probablemente. Pero me ha contagiado su espanto. Por la manera en que me mira, deduzco que ha de ser algo muy malo, así que yo también tiro de mi anorak para retirarlo de allí. Levanto la vista y veo que la mujer continúa mirándome fijamente, con las fosas nasales y los ojos muy dilatados. Y de pronto me doy cuenta de que no hay ningún bicho arrastrándose entre nosotras; a quien no quiere que toque su abrigo es a mí. Las pieles me rozan la cara cuando la mujer se levanta recorrida por un escalofrío y se agarra a un asidero mientras el tren acelera. Reacciono como cualquier niña nacida y criada en la ciudad de Nueva York: me apresuro a hacerme a un lado para hacerle sitio a mi madre. No se ha pronunciado ni una sola palabra. Me da miedo decirle cualquier cosa a mi madre porque no sé qué he hecho. Dirijo una mirada furtiva a los costados de mis pantalones. ¿Tendrán algo raro? Está suce-

diendo algo que no comprendo, pero nunca lo olvidaré. Sus ojos. Las fosas nasales dilatadas. El odio.

Mis ojos de tres años de edad están doloridos después de que los examinen con una serie de aparatos. Me duele la frente. Se han pasado toda la mañana hurgándome los ojos, maltratándolos, observándolos. Me acurruco en el alto sillón de metal y cuero, asustada, triste, añorando a mi madre. En el rincón opuesto de la sala de la clínica oftalmológica, un grupo de jóvenes blancos de bata blanca hablan sobre mis extraños ojos. Sólo una voz ha permanecido en mi memoria. "Por su aspecto se diría que también es retrasada." Todos ríen. Uno de ellos se acerca y me dice pronunciando las palabras despacio y con cuidado: "Muy bien, niñita, ahora sal fuera a esperar". Roza mi mejilla. Me siento agradecida cuando me tratan bien.

La bibliotecaria de la Hora de los Cuentos está leyendo El negrito Sambo. Sus blancos dedos sujetan el pequeño libro alrededor de la figura de un niño de rostro comprimido, con grandes labios rojos, muchas trencitas y un sombrero lleno de mantequilla en la cabeza. Recuerdo que los dibujos del libro me herían y pensé una vez más que había algo raro en mí porque todos los demás se reían, y además la biblioteca del centro de la ciudad había concedido un premio especial a aquel libro, según nos contó la bibliotecaria.

¿PERO QUÉ PROBLEMA TIENES? ¡NO SEAS TAN SENSIBLE!

Sexto grado en un colegio católico donde llego como la primera alumna Negra. Las niñas blancas se ríen de mis trenzas. La monja envía una nota a mi madre diciendo que "las trenzas no son peinado adecuado para asistir al colegio" y que yo debería aprender a peinarme "con un estilo más favorecedor".

Estoy con Lexie Goldman en la avenida Lexington; la primavera y la carrera que nos hemos pegado desde el ins-

tituto enrojecen nuestros rostros adolescentes. Entramos en un bar a pedir un vaso de agua. La mujer de detrás de la barra sonríe a Lexie. Nos da agua. A Lexie en un vaso de cristal. A mí en un vaso de papel. Después bromeamos diciendo que mi vaso es portátil. Bromeamos en voz demasiado alta.

Mi primera entrevista para solicitar un trabajo a tiempo parcial que quiero simultanear con las clases. Una óptica de la calle Nassau ha llamado a mi colegio para pedir que le enviaran a una alumna. El hombre de detrás del mostrador lee mi solicitud y luego me mira, sorprendido por mi semblante Negro. Sus ojos me recuerdan la escena con la mujer del metro, cuando tenía cinco años. Luego aparece un ingrediente nuevo; el hombre me mira de arriba abajo, deteniéndose en mis pechos.

Mi madre, de piel clara, me mantuvo viva en un entorno donde mi vida no era una gran prioridad. Para ello recurría a todos los métodos que tenía a mano, que no eran muchos. Nunca hablaba del color de la piel. Mi madre era una mujer de gran valentía, nacida en el Caribe, que no estaba preparada para la vida estadounidense. Y me desarmaba con sus silencios. De alguna manera yo sabía que era mentira que los demás no se fijaban en el color. Mi piel era más oscura que las de mis dos hermanas. La de mi padre, la más oscura de todas. Sentía celos de mis hermanas porque mi madre las consideraba buenas chicas, mientras que yo era la mala, siempre metida en problemas. "Endemoniada", solía decirme. Ellas eran pulcras, yo desastrada. Ellas eran calladas, yo ruidosa. Ellas tenían buenos modales, yo era maleducada. Ellas asistían a clases de piano y ganaban premios por buen comportamiento. Yo robaba dinero de los bolsillos de mi padre y me rompí el tobillo tirándome en trineo. Ellas

eran guapas, yo era oscura. Mala, traviesa, alborotadora donde las haya.

¿Negra quería decir mala? Frotar y refrotar con zumo de limón las grietas y hendiduras de mi cuerpo en desarrollo, cada vez más oscuro; ¡Y, ay, qué pecados se alojaban en mis oscuros codos y rodillas, en mis encías y pezones, en los pliegues de mi cuello y en la caverna de mis axilas!

Las manos que me agarran desde detrás del hueco de la escalera son unas manos Negras. Manos de niño, manos que golpean, que restriegan, que pellizcan, que tironean de mi vestido. Lanzo al cubo de basura la bolsa con la que voy cargada, me aparto de golpe y corro escaleras arriba. Me persiguen sus gritos. "¡Haces bien en correr, asquerosa perra amarilla, ya verás lo que te espera!" Obviamente, el color era algo relativo.

Con su ejemplo, mi madre me enseñó a sobrevivir desde muy pequeña. Sus silencios me enseñaron además qué era el aislamiento, la rabia, la desconfianza, el rechazo de mí misma y la tristeza. Mi supervivencia dependía de que aprendiera a utilizar las armas que ella me dio y, además, a luchar contra aquellos sentimientos que llevaba dentro, todavía sin nombrar.

Y la supervivencia es el mayor regalo del amor. A veces es el único regalo que pueden hacer las madres Negras, y la ternura se pierde. Mi madre me trajo a la vida como quien graba un mensaje furioso en mármol. A pesar de todo, sobreviví al odio que me rodeaba porque, mediante referencias oblicuas, mi madre me hizo saber que, comoquiera que fuesen las cosas en nuestra casa, en el exterior no eran como debían ser. Pero puesto que en el exterior eran así, me movía en una ciénaga de ira no explicada que me aprisionaba y se derramaba sobre cualquier persona próxima que tuviera el mismo ser odioso que yo. Claro está que entonces no lo comprendía. La ira era un panta-

no de ácido alojado en mis profundidades, y siempre que tenía sentimientos profundos la palpaba, adherida a las parcelas más imprevistas de mi ser. Y también a aquéllos que estaban tan desvalidos como yo. Mi primera amiga preguntando: "¿Por qué siempre estás pegándome golpes? ¿No sabes llevar la amistad de otra manera?".

¿Qué otra criatura del mundo, aparte de la mujer Negra, ha tenido que asimilar tanto odio para sobrevivir y seguir adelante?

La guerra de secesión terminó hace poco. En un hospital de piedra gris de la calle 110 de la ciudad de Nueva York una mujer está gritando. Es Negra y saludable, y acaban de traerla del Sur. No sé cómo se llama. Su hijo está a punto de nacer. Pero le han atado las piernas por mera curiosidad camuflada de interés científico. Su hijo nace a la muerte contra sus huesos.

¿Dónde estás, Elizabeth Eckford de Little Rock, Arkansas, a tus siete años? Hace una mañana radiante de lunes y vas camino de tu primer día de colegio, cubierta de salivazos, el odio blanco se escurre por tu jersey rosa, la boca torcida de aquella madre blanca hace de las tuyas –salvaje, inhumana– sobre tus airosas trenzas prendidas con cintas rosas.

Numvulo ha caminado cinco días desde el desolado paraje donde la depositó el camión. Se detiene en Ciudad del Cabo, bajo la lluvia sudafricana, con los pies desnudos en las huellas del bulldozer que recorren el lugar donde antes se alzaba su casa. Recoge del suelo un trozo de cartón empapado que en tiempos cubría su mesa y tapa con él la cabeza del niño que lleva colgado a la espalda. No tardarán en detenerla y devolverla a la reserva, donde ni siquiera comprende la lengua que se habla. Nunca le darán permiso para vivir cerca de su marido.

Es el bicentenario del país, en Washington D.C. Dos fornidas mujeres Negras montan guardia junto a los efectos de una casa, amontonados de cualquier manera en la acera. Muebles, juguetes, hatillos de ropa. Una mujer balancea distraídamente un caballo de juguete con el dedo gordo del pie, adelante y atrás. Al otro lado de la calle, en el costado de un edificio, un cartel escrito con letras de la altura del edificio: DIOS OS ODIA.

Addie Mae Collins, Carol Robertson, Cynthia Wesley, Denise McNair. Cuatro niñas Negras, ninguna pasa de los diez años, cantan su última canción del otoño en una escuela dominical de Birmingham, Alabama. Una vez que se despeja el humo de la explosión, es imposible saber qué dominguero zapato de charol corresponde a qué pierna cercenada.

¿Qué otro ser humano sigue desempeñando sus funciones mientras absorbe una hostilidad tan virulenta?

Las mujeres Negras cuentan con una historia en la que han usado y compartido el poder, desde las legiones de Amazonas de Dahomey, pasando por la guerrera reina ashanti Yaa Asantewaa y la luchadora por la libertad Harriet Tubman, hasta las poderosas asociaciones comerciales de mujeres del África occidental actual. Poseemos una tradición de proximidad, apoyo y atenciones mutuas que se remonta a los tribunales de mujeres de las Reinas Madres de Benín y llega hasta la actual Hermandad de la Buena Muerte, una comunidad de ancianas de Brasil que, después de escapar de la esclavitud, ayudaron a escapar a otras mujeres esclavizadas y les ofrecieron refugio, y que ahora se cuidan mutuamente⁶⁰.

Somos mujeres Negras nacidas en una sociedad de arraigados desdén y aversión hacia todo lo que sea Negro y femenino. Somos fuertes y resistentes. Y tenemos pro-

fundas cicatrices. En su día, siendo mujeres africanas unidas, volvimos la tierra fértil con nuestras manos. Podemos lograr que la tierra dé frutos y también formar en primera línea de fuego para defender del Rey. Y habiendo matado, en su nombre y en el nuestro (el rifle de Harriet resuena, empuñado en el tétrico pantano), sabemos que el poder de matar es menor que el poder de crear, pues provoca un final en lugar del comienzo de algo nuevo.

Ira: pasión nacida del descontento que puede ser excesiva o inoportuna pero no necesariamente dañina. Odio: hábito emocional o actitud mental en los que a la aversión se une la voluntad de hacer daño. La ira, si se emplea, no destruye. El odio sí.

Racismo y sexismo son palabras de los adultos. La infancia Negra de Estados Unidos no puede esquivar estas distorsiones y, muy a menudo, carece de palabras para nombrarlas. Pero ambas son correctamente percibidas como odio.

Hacerse mayor a la vez que se metaboliza el odio como el pan de cada día. Porque soy Negra, porque soy Mujer, porque no soy suficientemente Negra, porque no respondo a una determinada idea imaginaria de mujer, porque SOY. A base de una dieta tan consistente, puede llegar un día en que se aprecie más el odio de los enemigos que el amor de los amigos, pues ese odio se convierte en fuente de ira, y la ira es un combustible poderoso.

Es cierto, a veces se diría que sólo la ira me mantiene viva; me alumbró con una llama luminosa y constante. Pero la ira, como la culpabilidad, es una versión incompleta del conocimiento humano. Más útil que el odio, pero todavía limitada. La ira es útil para esclarecer nuestras diferencias pero, a la larga, la fortaleza que sólo se alimenta de ira se convierte en una fuerza ciega incapaz de crear el futuro. Sólo puede destruir el pasado. Dicha fortaleza no se

basa en lo que tenemos delante, sino en lo que queda atrás, en lo que la generó: el odio. Y el odio es desear la muerte de lo odiado y no un deseo de que cobre vida algo nuevo.

Creer metabolizando el odio como el pan de cada día supone que, con el tiempo, toda interacción humana se impregna de la pasión negativa y la intensidad de los sub-productos del odio: la ira y la crueldad.

Somos mujeres africanas y sabemos, porque nos lo dice la sangre, de la ternura con que nuestras antepasadas se apoyaban unas a otras. Es esa conexión a la que aspiramos. Conocemos historias de mujeres Negras que se curaban las heridas unas a otras, que criaban a los hijos de unas y otras, que libraban las batallas de unas y de otras, que cultivaban la tierra de unas y otras y se facilitaban unas a otras el paso por la vida y la entrada en la muerte. Conocemos las posibilidades que ofrecen el apoyo y las relaciones que anhelamos y con las que soñamos tan a menudo. Contamos con una literatura femenina y Negra cada vez más amplia, intensamente evocadora de este potencial y estas relaciones. Pero las relaciones entre mujeres Negras no se establecen de manera automática en virtud de nuestras similitudes, y la posibilidad de entablar una comunicación auténtica entre nosotras no es fácil de llevar a la práctica.

Muchas veces nos limitamos a hacer propaganda de la idea del apoyo mutuo y las relaciones entre mujeres Negras porque aún no hemos cruzado las barreras que hay en el camino hacia esas posibilidades, ni tampoco hemos explorado a fondo las iras y los miedos que nos impiden convertir en realidad el poder de una auténtica unión entre hermanas Negras. Y reconocer cuáles son nuestros sueños supone en ocasiones darse cuenta de la distancia que aún nos separa de ellos. Una vez reconocidos, nues-

tros sueños pueden modelar la realidad de nuestro futuro, armados con el duro trabajo y el análisis de hoy. No podemos conformarnos con relaciones fingidas o parodias de egoísmo. No podemos seguir eludiéndonos unas a otras en las relaciones profundas por temor a nuestra mutua ira, ni continuar creyendo que respetarse significa no mirar nunca directamente ni con franqueza a los ojos de otra mujer Negra.

No era mi destino estar sola y sin ti, tú que comprendes¹.

I

Conozco la ira que albergo en mi interior como conozco los latidos de mi corazón y el sabor de mi saliva. Es más fácil enfadarse que hacer daño. La ira es lo que mejor se me da. Es más fácil estar furiosa que anhelante. Más fácil crucificarme en vosotras que competir con el amenazador universo blanco, reconociendo que nos merecemos amarnos unas a otras.

Como mujeres Negras hemos compartido muchas experiencias similares. ¿Por qué no nos acercan y nos unen, y en lugar de eso nos incitan a degollarnos con armas bien afiladas por el uso continuo?

La ira con la que reacciono cuando otra mujer Negra se desvía lo más mínimo de mis necesidades inmediatas, mis deseos o mi idea de lo que es una respuesta adecuada, es una ira profunda y dañina, una ira elegida sólo por desesperación, por esa desesperación que te vuelve temeraria. Esa ira enmascara mi dolor por estar separadas las que más unidas deberíamos estar —mi dolor— porque quizá ella no me necesite tanto como yo la necesito, o podría verme a través de los ojos afilados de los que odian, esos ojos que tan bien conozco por mis propias y distorsionadas imágenes de ella. ¡Aniquila o sé aniquilada!

Estoy en la biblioteca pública, esperando que la empleada Negra que está sentada un par de metros tras el mostrador se fije en mí. Hermosa en su juventud y su seguridad, parece embebida en la lectura. Me ajusto las gafas y, a la vez, muevo mis pulseras por si acaso no me ha visto, aunque en realidad sé que sí me ha visto. Sin cambiar de postura, vuelve lentamente la cabeza y levanta la vista. Su mirada se cruza con la mía reflejando una hostilidad espontánea de tal calibre que siento como si fuera a fulminarme. Detrás de mí entran dos hombres. Entonces, la mujer se levanta y se dirige hacia mí. "Sí", dice, sin la menor inflexión en la voz, desviando la vista cuidadosamente. Nunca en la vida había visto a esta mujer. Pienso para mí: "Esto sí es una actitud", y me doy cuenta de que la tensión se acumula dentro de mí.

El arte, más allá de la insolencia, en el rostro de esa chica Negra mientras me echa una elegante mirada de reojo. ¿Por qué sus ojos se desvían de los míos? ¿Qué ve que tanto la enfada, o la enfurece, o le repugna? ¿Por qué siento ganas de partirle la cara al ver que no me mira a los ojos? ¿Por qué su rostro es el de mi hermana? ¿Su boca la de mi hija, torcida hacia abajo, a punto de humedecerse los labios? ¿Los ojos de una amante rechazada y furiosa? ¿Por qué sueño con acunarte de noche? ¿Que reparto tus extremidades en los platos de los animales que menos me gustan? ¿Con velarte noche tras terrible noche, desconcertada? Ay, hermana, ¿dónde está esa tierra oscura y fértil por donde queríamos vagar en compañía?

Odio -dice la voz conectada en un compás de 3/4 impresa con caracteres sucios- el panorama es idóneo para matar, tú o yo, yo o tú. Y de quién era la imagen futura que hemos destruido -tu rostro o el mío- sin uno de los dos cómo podré volver a mirarlos -la ausencia de cualquiera de los dos es mi ausencia.

Y si confío en ti, ¿a qué pálido dragón alimentarás con nuestra carne morena, llevada por el miedo, por el deseo de sobrevivir? ¿o en qué altar de nuestro pueblo inmolarás a la que está desprovista de amor, sin lugar donde refugiarse, y por ello se convierte en otro rostro del terror o del odio?

Una fiera muda que registra incesantemente en su interior los venenosos ataques del silencio –carne podrida– ¿qué podría crecer en esa madriguera oscura y cómo es que la criatura que era la víctima del sacrificio se convierte en embustera?

Mi hermana de sangre, frente a mí, en la sala de su casa. Reposo en una silla mientras yo hablo con vehemencia, tratando de comunicarme con ella, tratando de modificar las percepciones que tiene de mí y que tanto dolor le infligen. Despacio, con deliberación, fríamente, para que no se me escape ni una de sus lacerantes palabras, me dice: "No me interesa comprender lo que estás tratando de decir... no me interesa escucharlo".

Nunca he superado la ira provocada porque no me quisieras como hermana, ni como aliada, ni siquiera como un entretenimiento ligeramente mejor que el que te proporcionaba el gato. Tú nunca has superado la ira provocada por el mero hecho de que yo llegara a existir. Y de que sea distinta, aunque no lo suficiente. Una mujer tiene los mismos ojos que mi hermana, la que nunca me perdonó que llegara al mundo antes de que ella tuviera la oportunidad de ganarse el amor de su madre, como si alguien pudiera. Otra mujer tiene los marcados pómulos de la hermana mía que quería dirigir; pero sólo le habían enseñado a obedecer, y ahora se dedica a mandar imponiendo obediencia, una visión pasiva.

¿Quién esperábamos que fuera la otra, ésa que aún no está en paz con nuestro ser? A ti no puedo silenciarte como

silencio a las demás, pero tal vez pueda destruirte. ¿Debo destruirte?

No nos amamos a nosotras mismas y, por tanto, no podemos amarnos las unas a las otras. Porque vemos en el rostro ajeno nuestro propio rostro, ése que nunca hemos dejado de desear. Pues hemos sobrevivido, y la supervivencia engendra el deseo de más y más ser. Es un rostro que nunca hemos dejado de desear y que, a la vez, tratamos de eclipsar.

¿Por qué no nos miramos a los ojos? ¿Esperamos ver una traición en la mirada de la otra, o mutuo reconocimiento?

¡Si por una vez al menos sintiéramos el dolor de la sangre de todas las mujeres Negras, desbordándose para ahogarnos! Yo me mantuve a flote sostenida por la boya de la ira que me causaba mi soledad, una ira tan honda que sólo me era dado seguir avanzando hacia la supervivencia.

Cuando una no puede influir en una situación, es un acto de sabiduría retirarse^a.

Toda mujer Negra de Estados Unidos ha sobrevivido a varias vidas de odio, pues hasta en la tienda de dulces de nuestra infancia había galletitas en forma de bebés negros que testificaban en contra nuestra. Sobrevivimos a los salivazos arrastrados por el viento hacia nuestros zapatos infantiles y nuestras cintas de pelo rosas como la piel, a intentos de violación en las azoteas y a los punzantes dedos del hijo del portero, a la visión de nuestras amigas desintegrándose en pedazos en la escuela dominical, y absorbimos el odio como si fuera un estado natural. Teníamos que metabolizar tal odio que nuestras células han aprendido a sobrevivirlo, porque teníamos que hacerlo o morir por ello. El antiguo rey Mitrídates aprendió a comer arsénico poquito a poco y así burló a quienes trataban de envenenarlo, ¡pero no me habría gustado nada tener que besarle los labios! Ahora negamos que ese odio existiera

porque hemos aprendido a neutralizarlo asimilándolo, y el proceso catabólico produce desechos de furia incluso cuando amamos.

Veo odio

estoy sumergida en él, ahogándome

casi desde el principio de mi vida

ha sido el aire que respiro

la comida que como, el contenido de mis percepciones;

el único hecho constante en mi vida

es su odio...

soy demasiado joven para tener tanta historia¹³

Y no es que las mujeres Negras derramemos la sangre psíquica de nuestras hermanas tan fácilmente, pero hemos sangrado muy a menudo, y el dolor del derramamiento de sangre casi se ha convertido en un tópic. Si he aprendido a devorar mi propia carne en la selva –famélica, plañidera, aprendiendo la lección de la loba que se arranca a mordiscos la zarpa para salir de una trampa–, si debo beber mi propia sangre, muerta de sed, por qué no devorarte a ti hasta que tus queridos brazos cuelguen exangües sobre mi pecho como guirnaldas marchitas y yo lllore por tu partida, ay, hermana mía, estoy doliente por nuestra muerte.

Cuando un descuido hace que una de nosotras evite la dosis completa de furia protectora y el aire de despectivo menosprecio, cuando se nos acerca sin que la desconfianza y la reserva manen a raudales de sus poros, o sin que sus ojos tiñan cada valoración que hace de nosotras con esa dureza y desconfianza implacables que reservamos las unas para las otras, cuando se acerca sin la suficiente cautela, entonces le lanzamos el epíteto burlón que primero acude a los labios: *ingenua*, con el que queremos decir que no está programada para defenderse atacando antes de

preguntar. Incluso más que *confusa*, *ingenua* es para nosotras el insulto por antonomasia.

Las mujeres Negras devoramos nuestros corazones para alimentarnos en una casa vacía un recinto vacío una ciudad vacía en una estación vacía, y a todas nos llegará el año en que la primavera no regresará... aprendimos a saborear el gusto de nuestra propia carne antes que el de ninguna otra porque no se nos permitía otra cosa. Y nos hemos vuelto increíblemente preciosas e inconmensurablemente peligrosas las unas para las otras. Estoy escribiendo sobre una ira tan inmensa e implacable, tan corrosiva, que ha de destruir precisamente lo que le es más necesario para solucionarse, para resolverse, para disolverse. Ahora estamos tratando de mirarnos directamente a los ojos. Aunque nuestras palabras sean tan cortantes como el filo de la voz de una mujer perdida, estamos hablando.

II

Una mujer Negra afanándose año tras año, comprometida con la vida mientras la vive, los hijos alimentados y vestidos y amados como puede con una fortaleza que no les permite enquistarse como frutos amargos; sabiendo todo el tiempo y desde el principio que o bien tendrá que matarlos, o bien llegará el día en que habrá de enviarlos al territorio de la muerte, al laberinto blanco.

Me siento a la mesa el día de Acción de Gracias, escuchando a mi hija hablar de la universidad y de los horrores de la decidida invisibilidad. Llevo años tomando nota de sus sueños de morir a manos de ellos, sueños a veces magníficos, otras veces insulsos. Mi hija me habla de los profesores que se niegan a comprender las preguntas sencillas, de que la miran como si fuera un tumor benigno -poco

importante— pero desagradable. Lloro. La abrazo. Le digo que no olvide que la universidad no lo es todo, que tiene un hogar. Pero le he permitido internarse en esa jungla de fantasmas habiéndole enseñado tan sólo a tener los pies ligeros, a silbar, a amar, a no salir corriendo. Cuando no es imprescindible. Nunca es suficiente.

Las mujeres Negras entregamos nuestras hijas al odio que arrasó nuestros tiempos jóvenes dejándonos desconcertadas, y lo hacemos con la esperanza de haberles enseñado algo que les valga para abrirse sendas nuevas y menos costosas hacia la supervivencia. Sabiendo que yo no les cercené la garganta cuando nacieron, que no les arranqué el minúsculo corazón palpitante con mis dientes, desesperada, tal como hicieron algunas hermanas en los barcos negreros, encadenadas a cadáveres, y, por ello, abocada a que me llegara este momento.

El precio que se paga por tener más poder es tener más enemigos⁴.

Escuchaba a mi hija que me hablaba del mundo torcido en el que estaba decidida a reintegrarse a pesar de lo que me contaba, porque considera que el conocimiento del mundo es parte del arsenal que puede usar para lograr un cambio global. Escuchaba ocultando mi dolorosa necesidad de volver a arrastrarla a mi pequeña red protectora. La observaba mientras ella averiguaba poco a poco, no sin dolor, lo que de verdad quería, y yo sentía cómo su ira llegaba al punto álgido y se iba desvaneciendo, la sentía cada vez más enfadada conmigo porque yo no podía ayudarla ni vivir por ella, ni ella me lo hubiera permitido.

Todas las madres ven marcharse a sus hijas. Las madres Negras ven esta partida como un sacrificio, y la ven a través del velo de odio que, como capas de lava, obstaculiza el camino de sus hijas. Todas las hijas ven marcharse a sus

madres. Las hijas Negras ven su partida a través de un velo de soledad amenazante que ningún fuego de confianza podrá rasgar.

El mes pasado tuve en mis brazos a otra mujer Negra que lloraba con dolor la pérdida de su madre. Su inconsolable pérdida, el vacío en el paisaje emocional que veía ante ella, hablaba por su boca desde un espacio de intocable soledad en el que nunca volvería a entrar otra mujer Negra, que no permitiría que ninguna se acercase lo suficiente para que importase. "En el mundo hay dos clases de personas", dijo, "quienes tienen madre y quienes no la tienen. Y yo ya no tengo madre." Comprendí que me estaba diciendo que ninguna otra mujer Negra la vería como era, ni confiaría en ella, ni podría ser objeto de su confianza. Oí en su grito de soledad el origen del romance entre las mujeres Negras y nuestras mamás.

Las niñas Negras, a quienes el odio ha enseñado a querer ser cualquier otra cosa. Le negamos la mirada a nuestra hermana porque en ella veríamos reflejado lo que todo el mundo, salvo mamá, parecía saber; que éramos seres odiosos o feos o inútiles, y, en todo caso, malditos. No éramos niñas ni éramos blancas, así que, salvo para nuestras mamás, no valíamos nada de nada.

Si logramos aprender a otorgarnos el reconocimiento y la aceptación que habitualmente sólo esperamos que nos concedan nuestras madres, las mujeres Negras seremos capaces de vernos unas a otras con mucha mayor claridad y tratarnos de una manera mucho más directa.

Pienso en la dureza que tan a menudo está presente en el menor contacto entre mujeres Negras, en el ánimo de criticar y valorar, en el cruel rechazo de la posibilidad de conectar. Sé que a veces siento que no vale la pena mostrarse en desacuerdo con otra mujer Negra. Mejor igno-

rarla, retirarse, eludirla, evitar su trato. No sólo porque me irrita, sino porque puede destruirme con la potente crueldad de su reacción ante lo que debe de considerar una afrenta, es decir, mi mera existencia. O porque, por el mismo motivo, yo puedo destruirla con la fuerza de mi reacción. Los miedos están equilibrados.

Si puedo absorber las condiciones particulares de mi existencia como mujer Negra, y multiplicarlas por mis dos hijos y por todos los días de nuestras Negras vidas colectivas, y no flaqueo bajo esa carga —¿qué mujer Negra no es alborozo, como el agua, como el sol, como la roca?—, ¿cómo extrañarse de que mi voz sea áspera? Lo que he de hacer es exigirme ser consciente, de manera que la aspereza no se dirija contra quienes menos la merecen, contra mis hermanas.

¿Por qué las mujeres Negras reservan una voz particular de rabia y desengaño para sus hermanas? ¿A quién creemos que debemos destruir cuando nos atacamos unas a otras con ese tono de aniquilación predeterminada y correcta? Nos reducimos unas a otras a nuestro mínimo común denominador, y, a continuación, tratamos de eliminar lo que más deseamos amar y palpar, el ser problemático, ése que ocultamos frenéticamente a la mirada de nuestras hermanas en lugar de reivindicarlo.

Esta crueldad que mostramos entre nosotras, esta aspereza, forma parte del legado de odio con el que fuimos inoculadas desde el momento en que nacimos por aquéllos que pretendían que fuera una inyección de muerte. Pero nos hemos adaptado, hemos aprendido a aceptar lo que nos dan y a utilizarlo, sin analizarlo. ¡Pero a qué precio! Con objeto de soportar la intemperie, tuvimos que volvernos de piedra, y ahora nos magullamos al rozarnos con la mujer Negra a quien tenemos más cerca.

¿Cómo puedo variar de rumbo para que el rostro de toda mujer Negra con la que me encuentro no sea el rostro de mi madre o mi asesina?

Te amaba. Soñaba contigo. Hablaba contigo durante horas y horas en mis sueños mientras, sentadas bajo un árbol de algodón, nos abrazábamos o nos trenzábamos mutuamente el pelo o nos aceitábamos la espalda la una a la otra, y cada vez que me encuentro contigo en la calle o en correos o junto al mostrador de la clínica quiero retorcerme el cuello.

En nuestras vidas se presentan innumerables ocasiones para sentir una rabia justificada, multiplicada y que nos separa.

- A las mujeres Negras se nos dice que podemos ser mejores y somos peores, pero nunca iguales. A los hombres Negros. A las demás mujeres. Que seres humanos.

- La académica feminista blanca que me dice que se alegra mucho de que exista *This Bridge Called My Back*⁴⁵, porque le da la oportunidad de abordar el racismo sin necesidad de enfrentarse a la dureza del Negro no diluido por otros colores. Lo que quiere decir es que le evita la necesidad de analizar su terror y su odio a lo Negro y tratar con la ira de las mujeres Negras. ¡Apartad de mí vuestras sucias y asquerosas caras, eternamente retorcidas!

- Un montador de cine racista al que creí haber manejado bien y con enorme paciencia. No destrocé su maldita máquina. Le expliqué cómo me hacía sentir su ceguera racial y cómo podía modificarse su película para que adquiriera sentido. Seguramente aprendió algo sobre cómo mostrar imágenes Negras. Luego volví a casa y estuve a punto de ponerlo todo patas arriba y de matar a mi

amante porque no sé qué invitaciones estaban mal impresas. Sin comprender de dónde procedía mi carga de rabia.

• Un preso Negro, torturador de mujeres y niños, entrenado para matar por el ejército, escribe en su diario, en la celda donde espera a que lo ejecuten: "Soy la clase de persona a la que se suele ver conduciendo un Mercedes o sentada en los despachos de dirección de cien grandes corporaciones". Tiene razón. Salvo por el detalle de que es Negro.

¿Cómo podemos evitar dar rienda suelta entre nosotras a la cólera que nos provocan ellos? ¿Cómo me libero de este veneno con el que me cebaron como a un ganso de Estrasburgo hasta el punto de que vomitaba cólera en cuanto sentía el olor de algo nutritivo?, *ay, hermana mía, tu beligerante encogimiento de hombros el aroma de tu cabello...* Todas y cada una de nosotras hemos aprendido el arte de la destrucción. Era lo único que podían permitirnos y, sin embargo, mirad cómo nuestras palabras vuelven a encontrarse entre sí.

Es difícil construir un modelo de salubridad estando rodeadas de sinónimos de inmundicia. Pero no es imposible. A fin de cuentas, si hemos sobrevivido por algo será. (¿Cómo defino mi influencia sobre esta tierra?) Comienzo por buscar las preguntas correctas.

Querida Leora:

Para dos mujeres Negras entablar una relación analítica o terapéutica, significa comenzar un recorrido inseguro y básicamente desconocido. No hay prototipos, ni modelos, ni un cuerpo de experiencias objetivamente accesible; sólo estamos nosotras para examinar la dinámica específica de nuestra interacción como mujeres Negras. Ahora bien, dicha interacción puede influir en el resto del material psíquico al que prestamos una atención profunda. Bus-

qué tu ayuda profesional precisamente para examinar esa interacción, y he llegado a darme cuenta de que para hacerlo debo abrirme camino a través de nuestras semejanzas y diferencias, así como a través de nuestra historia de premeditada desconfianza y deseo.

Este escrutinio, que no se ha hecho nunca y si se ha hecho no se ha documentado, es doloroso y lleva aparejada la vulnerabilidad propia de todo escrutinio psicológico y, además, el obstáculo derivado de ser mujeres Negras en un mundo de hombres blancos; mujeres Negras que han sobrevivido. Es un escrutinio que suele eludirse, o considerarse poco importante, superfluo. ejemplo: no sabría decirte cuantísimas blancas buenas, profesionales de la salud psicológica, me han dicho: "¿Qué más da ser Negra o blanca?", nunca pensarían en decirme: "¿Qué más da ser mujer u hombre?" ejemplo: No sé quién es tu superior en el trabajo, pero apuesto a que no es una mujer Negra.

Así pues, el territorio que hay entre nosotras se presenta nuevo y amedrentador, así como apremiante, armado de los dispositivos detonantes propios de nuestras historias raciales individuales, ésas que ninguna de las dos escogimos pero cuyas cicatrices portamos. Y cada una tiene sus cicatrices propias. Pero hay una historia que compartimos por el hecho de ser mujeres Negras metidas en un caldero sexista y racista, y eso significa que una parte de este recorrido también es en alguna medida tuyo.

En mí hay muchas áreas conflictivas que a ti, como profesional capaz y con experiencia, no te resultarán nuevas ni te darán problemas. Creo que eres una mujer valiente y te respeto por ello, pero dudo que tu aprendizaje haya podido prepararte para explorar la maraña de necesidades, miedos, desconfianza, desesperación y esperanza que bulle entre nosotras, y, ciertamente, no te habrá preparado para analizarla con suficiente profundidad.

Como no somos hombres ni blancas, pertenecemos a un grupo de seres humanos a quienes no se ha considerado merecedores de ese tipo de estudio. Así que sólo contamos con nosotras mismas, con o sin el valor de emplear nuestro ser para analizar y esclarecer más a fondo qué influencia tiene sobre nosotras y sobre nuestro trabajo conjunto todo aquello que se interpone entre nosotras por ser mujeres Negras.

Si no lo hacemos aquí y ahora, entre las dos, cada una de nosotras tendrá que hacerlo en algún otro lugar, en otro momento.

Conozco estos hechos, pero aún no sé qué hacer con ellos. Mas pretendo conseguir que encajen entre sí para ponerlos al servicio de mi vida y de mi obra, y no es una solución fácil la que busco. No sé cómo todo esto podrá enriquecer e iluminar tu vida y tu obra, pero sé que te servirá para ambas cosas. A veces, la maldición y la bendición de la poeta es percibir sin tener aún la capacidad de ordenar sus percepciones, y ése es otro de los nombres del Caos.

Y es del Caos de donde nacen nuevos mundos.

Espero que pronto estemos mirándonos a los ojos,

Audre

III

Últimamente me he visto rodeada de tantas muertes y pérdidas, sin metáforas ni símbolos redentores, que a veces me siento atrapada en una sola palabra: sufrimiento; y su corolario: soportar. Y tengo el mismo problema con la ira. La ira se cuele en mis principales tratos con el mundo porque, en los últimos tiempos, he tenido que procesar grandes dosis de ira, o tal vez porque la maquinaria con que la proceso se está volviendo más lenta o menos eficaz.

Tal vez por eso a las mujeres Negras a menudo les resulta más fácil interactuar con mujeres blancas, pese a que esas interacciones tiendan a ser un callejón sin salida emocional. Pues con las mujeres blancas existe un nivel intermedio de interacción posible y sostenible, un límite emocional a la relación entre dos seres que se reconocen.

Pero ¿por qué no me sucede lo mismo con Frances, que es blanca y es la persona con la que trato en un plano más profundo? Al hablar de Frances y de mí hablo de una relación que no sólo es muy profunda, sino también muy tolerante, es una globalidad de diferencias que no se han fundido. Hablo además de un amor modelado por nuestro compromiso compartido durante muchos años con el trabajo duro y la confrontación, pues ambas nos hemos negado a aceptar lo fácil, lo sencillo, lo aceptable y conveniente.

La relación medianamente profunda que se entabla con mayor facilidad entre mujeres Negras y blancas resulta menos amenazadora que la maraña de necesidades y rabia sin analizar a la que siempre se enfrentan dos mujeres Negras que tratan de comunicarse directamente, emocionalmente, sea cual sea el contexto de su relación. Es así tanto si las mujeres son compañeras de oficina, como activistas políticas o amantes. Pero desentrañar la maraña es el único medio para lograr que las mujeres Negras adquieran nuevas visiones del ser y de sus potencialidades. Estoy hablando, una vez más, de relaciones sociales, pues es crucial que analicemos el proceso que se desarrolla tanto entre mujeres que no son amantes como entre las que sí lo son.

Y me pregunto: ¿quizá empleo en ocasiones mi guerra contra el racismo para eludir otro dolor más difícil de resolver? Si es así, ¿la energía con que emprendo las batallas contra el racismo no se vuelve por ello más

tenue, más confusa, más sujeta a tensiones y desengaños imprevistos? Es imposible que el pueblo blanco nos dé verdadera legitimidad. Por ejemplo: si en este momento el racismo se erradicara por completo de las relaciones medianamente profundas que hay entre las mujeres Negras y las mujeres blancas, dichas relaciones quizá se volverían más profundas, pero seguirían sin satisfacer la necesidad que las mujeres Negras sentimos unas de otras, nacida de nuestros conocimientos, tradiciones e historia compartidos. Son dos luchas muy distintas las que se están librando. Una es la guerra contra el racismo del pueblo blanco, y la otra es la necesidad de que las mujeres Negras se enfrenten a la estructura racista que sustenta nuestra desposesión mutua y la superen. Y ambas batallas tienen muy poco que ver.

Pero en ocasiones nos parece que más vale la rabia justificada que el sordo dolor de la pérdida, la pérdida, la pérdida. Mi hija dejando atrás su época filial. Las amigas que se van de una manera u otra.

*...cuando quienes son aparentemente semejantes maduran, la naturaleza pone de relieve su singularidad y las diferencias se vuelven más evidentes**.

¿Cuántas veces le he exigido a una mujer Negra algo que yo no me atrevía a darme a mí misma: aceptación, confianza, espacio suficiente para plantear un cambio? ¿Cuántas veces le he pedido que saltara sobre las diferencias, la desconfianza, la suspicacia, el viejo dolor? ¿Cuántas veces he esperado que sólo ella diera un salto sobre el espantoso abismo de nuestro desprecio aprendido, como un animal entrenado a no mirar el precipicio? ¿Cuántas veces he olvidado hacerle esta pregunta?

¿Acaso no estoy tratando de comunicarme contigo en el único lenguaje que conozco? ¿Tratas tú de aproximarte a mí con la única lengua que has rescatado? Si yo trato de

escuchar la tuya a través de nuestras diferencias, ¿significa o significará eso que puedas escuchar la mía?

¿Analizamos estas preguntas o nos conformamos con el secreto aislamiento que ha significado esta tolerancia aprendida a base de desposeernos mutuamente—desposeernos del anhelo de la risa de la otra, de la oscura espontaneidad, del compartir y del permiso para ser nosotras mismas, permiso cuya necesidad no solemos reconocer porque sería admitir que no lo tenemos? ¿Nos conformamos con el dolor de lo que nos falta, persistente como una fiebre leve e igual de debilitante?

¿Representamos una y otra vez el crucificarnos entre nosotras, el evitarnos, la crueldad, los juicios, porque no se nos ha permitido tener diosas Negras, heroínas Negras? ¿Porque no se nos ha permitido ver a nuestras madres y vernos a nosotras mismas en su/nuestra grandeza hasta que ésta se ha convertido en parte de nuestra carne y nuestra sangre? Una de las funciones del odio es, sin lugar a dudas, enmascarar y distorsionar la belleza que nos otorga poder.

Tengo hambre de mujeres Negras que no me den la espalda, airadas y desdeñosas, antes de conocerme o de escuchar lo que quiero decir. Tengo hambre de mujeres Negras que no huyan de mí aunque no estén de acuerdo con lo que digo. A fin de cuentas, estamos hablando sobre diferentes combinaciones de los mismos sonidos prestados.

Hay ocasiones en que analizar nuestras diferencias es como marcharse a la guerra. Me lanzo ansiosa a la órbita de cada mujer Negra a la que quiero llegar, avanzo sosteniendo lo mejor que tengo para ofrecer en mis brazos extendidos... yo misma. ¿Ella ve lo mismo? Cuando yo estoy aterrorizada, esperando la traición, el rechazo, la reprobación de sus carcajadas, ¿también ella se siente juzgada por mí?

La mayoría de las mujeres Negras a quienes conozco opinan que lloro demasiado, o que no oculto mi llanto como debiera. Me han dicho que llorar me hace parecer frágil y, por tanto, poco importante. Como si nuestra fragilidad tuviera que ser el precio que pagamos por nuestro poder y no, sencillamente, con lo que se paga más a menudo y con mayor facilidad.

Batallo contra imágenes de pesadilla que llevo dentro, las veo, las poseo, sé que no me han destruido ni me destruirán ahora si las expreso, admito que me asustaban, que mi madre me enseñó a sobrevivir a la vez que me enseñaba a temer mi propia Negritud. "No confíes en los blancos porque no nos desean ningún bien y no confíes en quienes sean más oscuros que tú porque sus corazones son tan Negros como sus rostros." (¿En qué situación me dejaba eso a mí, la más oscura?) Incluso ahora me resulta doloroso ponerlo por escrito. ¿Cuántos mensajes como éste nos llegan a todas, y de cuántas bocas diferentes, por cuántos medios distintos? ¿Cómo vamos a eliminar esos mensajes de nuestras conciencias si antes no reconocemos qué significaban y cuán destructivos eran?

IV

¿Qué hace falta para ser dura? ¿La crueldad aprendida? Ahora resulta indispensable que se alce una voz diciendo que las mujeres Negras siempre nos hemos ayudado las unas a las otras, ¿no es verdad? Y ésa es la paradoja de nuestro conflicto interno. Contamos con una poderosa y antigua tradición de relaciones y apoyo mutuo, y las huellas de esa tradición viven en cada una de nosotras, oponiéndose a la ira y a la desconfianza engendradas por el odio a nosotras mismas.

Cuando el mundo avanzó contra mí con mirada de desaprobación/ Fue mi hermana la que puso suelo bajo mis pies⁴⁷.

Oír esta canción siempre ha provocado dentro de mí el más hondo y punzante sentimiento de pérdida por algo que deseaba sentir y que no sentía porque nunca me había sucedido. Algunas mujeres Negras sí lo han vivido. Para otras, esa sensación de poder confiar en un apoyo sólido como la roca prestado por nuestras hermanas es algo con lo que soñamos y por lo que trabajamos, sabiendo que es posible, pero también muy problemático a causa de la realidad del miedo y la desconfianza que se atraviesan entre nosotras.

Nuestra ira está templada sobre los fuegos de la supervivencia, encubierta tras los párpados entornados, o resplandeciendo en nuestros ojos en los momentos más extraños. Al levantar la vista entre las piernas de una amante, al alzar la mirada de mis notas durante una conferencia (y casi pierdo el hilo de mis pensamientos), al apilar la compra en un supermercado, rellenando un formulario tras la ventanilla de la oficina de desempleo, saliendo de un taxi en el centro de Broadway, del brazo de un hombre de negocios de Lagos, apresurándose a adelantarme para entrar en una tienda mientras yo abro la puerta, mirándonos a los ojos durante una sola fracción de segundo... rabiosas, cortantes, hermanas. Mi hija preguntándome todo el tiempo cuando era pequeña: "¿Estás enfadada por algo, mami?".

Como mujeres Negras hemos malgastado nuestras iras demasiado a menudo, las hemos enterrado, hemos dicho que eran de otros, las hemos arrojado furiosamente a los océanos del racismo y del sexismo, sin que resonara ninguna vibración, nos las hemos lanzado a los dientes unas a otras y luego nos hemos agachado para esquivar el golpe.

Pero por lo general, evitamos expresarla abiertamente o le ponemos límites con una cortesía rígida e inabordable. La cólera que se cree ilícita o injustificada se mantiene en secreto, sin nombre, y preservada para siempre. Estamos rebosantes de furia, contra nosotras mismas, contra las demás, con terror a analizarlas por miedo a encontrarnos señaladas y nombradas en letra gruesa tal y como siempre nos hemos sentido y a veces hemos preferido estar: a solas. Sin lugar a dudas, en nuestras vidas sobran las ocasiones para emplear la ira justificadamente, son tantas que llenan el cupo de varias vidas. Podemos evitar la confrontación entre nosotras muy fácilmente. Resulta mucho más sencillo examinar nuestra ira en situaciones relativamente bien definidas y sin carga emocional. Resulta mucho más sencillo expresar nuestra ira en esas relaciones medianamente profundas que no plantean la amenaza de que haya que destaparse de verdad. Y, sin embargo, siempre está presente el hambre de la sustancia que conocemos, el hambre de compartir auténticamente, de la hermana con quien compartir.

Es difícil mantenerse firme en las fauces de la agresión y el desdén blancos, del odio y los ataques de género. Y es aún mucho más difícil abordar de frente el rechazo de las mujeres Negras que tal vez ven en mi rostro el semblante que no han desterrado de sus espejos, y en mis ojos una figura que temen pueda ser la suya. Y el miedo que infesta las relaciones entre las mujeres Negras se recrudece aún más a causa del temor a perder al compañero varón, real o deseado. Pues también nos han enseñado que adquirir un hombre es la única medida del éxito, aunque los hombres Negros rara vez se quedan.

Una mujer Negra observa y juzga en silencio a otra: qué aspecto tiene, cómo actúa, qué impresión crea en los

demás. Ella misma es el contrapeso en el otro platillo de la balanza. Está midiendo lo imposible. Está midiendo ese ser que ella no desea del todo ser. No quiere aceptar las contradicciones, ni tampoco la belleza. Querría que la otra mujer se fuera. Querría que la otra mujer se convirtiera en otra persona, en cualquiera salvo una mujer Negra. Ser ella misma ya le causa bastantes problemas. “¿Por qué no aprendes a volar en línea recta?”, le pregunta a la otra mujer. “¿No te das cuenta de que tu torpeza nos pone en evidencia a todas? Si yo supiera volar, estoy segura de que lo haría mejor que tú. ¿No puedes ofrecer un espectáculo más convincente? Las chicas blancas saben hacerlo. Tal vez deberíamos traer a alguna para que te enseñara.” La otra mujer no puede hablar. Está demasiado ocupada tratando de no estrellarse contra el suelo. No derramará las lágrimas que van endureciéndose, convirtiéndose en piedrecitas afiladas que saltan de sus ojos y se clavan en el corazón de la otra mujer, quien enseguida cierra esas heridas y las identifica como el origen de su dolor.

V

Una serie de falacias sobre la manera de protegerse a una misma nos mantienen separadas y engendran dureza y crueldad donde más necesitamos dulzura y comprensión.

1. Que la cortesía y las buenas maneras exigen que no nos miremos directamente y sólo nos dirijamos disimuladas miradas para juzgarnos. Debemos evitar a toda costa la imagen de nuestro miedo. “Qué boca tan bonita tienes”, bien se podría escuchar como: “Mira qué labios tan grandes”. Mantenemos una discreta distancia entre nosotras también porque esa distancia me convierte menos en ti y te convierte menos en mí.

Cuando no existe conexión alguna entre las personas, la ira es una manera de aproximarlas, de establecer un contacto. Pero cuando existen fuertes vínculos que son problemáticos, amenazadores o que no se reconocen, la ira es un medio de mantener separadas a las personas, de poner distancia entre nosotras.

2. Que como a veces nos alzamos en defensa mutua en contra de los extraños, no nos hace falta analizar el menosprecio y el desdén que hay entre nosotras. Prestarse apoyo en contra de los extraños es muy distinto a cuidarse mutuamente. A veces la cuestión se plantea en términos de "quienes son iguales se necesitan". Lo cual no significa que debamos apreciar a nuestra *igual* ni nuestra necesidad de ella, aun cuando esa *igual* sea el filo que separa la vida de la muerte.

Porque si asimilo la valoración que el mundo blanco hace de mí: mujer-Negra-es-sinónimo-de-escoria, en mi fuero interno siempre creeré que no valgo para nada. Pero es muy duro mirar cara a cara el odio asimilado. Es más fácil verte como una inútil ya que eres como yo. Así que el hecho de que me apoyes porque somos iguales tan sólo confirma que tú también eres una nulidad, como yo. Es una postura con la que nadie puede ganar, una situación en que la nada sustenta a la nada y alguien tendrá que pagar las consecuencias, ¡y ese alguien no voy a ser yo! Cuando reconozco mi valía, estoy capacitada para reconocer la tuya.

3. Que la perfección es posible y es una expectativa adecuada con respecto a nosotras mismas y a las demás, y la única condición para la aceptación, para la humanidad. (¡Observemos cuán útiles para las instituciones externas nos hace esta idea!) Si tú eres como yo, una mujer Negra, tendrás que ser mucho mejor que yo para ser simplemente aceptable. Y nunca lo conseguirás, porque por muchas

virtudes que tengas seguirás siendo una mujer Negra, igual que yo. (¿Quién se habrá creído que es?) De manera que cualquier hecho o idea que yo estaría dispuesta a aceptar o cuando menos a examinar si procediera de cualquier otra persona, se vuelve inaceptable cuando procede de ti, mi imagen especular. Si tú no eres MI imagen de la perfección, y nunca podrás serlo ya que eres una mujer Negra, entonces no eres más que un reflejo de mí misma. Nunca somos lo bastante buenas las unas para las otras. Todos tus defectos se convierten en reflejos ampliados de mis propios y amenazadores fallos. Debo atacarte antes de que nuestros enemigos nos confundan a una con la otra. Aunque, en cualquier caso, nos confundirán.

Oh, madre, ¿por qué nos armaron para la lucha con espadas ceñidas de niebla y jabalinas de polvo? "¿Pero quién te has creído que eres?" Aquélla a la que por encima de todo temo (nunca) conocer.

VI

El lenguaje con el que nos han enseñado a desconfiar de nosotras mismas y de nuestros sentimientos es el mismo lenguaje que empleamos para desconfiar las unas de las otras. Demasiado guapa... o demasiado fea. Demasiado Negra... o demasiado blanca. Inútil. Eso ya lo sé. ¿Quién lo dice? Eres poco de fiar como para que te escuche. Hablas SU lenguaje. No hablas SU lenguaje. ¿Quién te has creído que eres? ¿Te crees mejor que las demás? Desaparece de mi vista.

Nos negamos a prescindir de la distancia artificial que nos separa y a analizar nuestras diferencias reales para establecer un intercambio creativo. Somos demasiado diferentes para comunicarnos. Lo cual quiere decir que debo definirme por oposición a ti. Y el camino de la ira está

pavimentado con los miedos inexpressados a que nos juzguen nuestras hermanas. A las mujeres Negras de Estados Unidos no se nos ha permitido tratarnos unas a otras con libertad; nuestro encuentro está envuelto en mitos, estereotipos y expectativas impuestos desde fuera, en definiciones que no son nuestras. "Sois mi grupo de referencia, pero nunca he trabajado con vosotras." ¿Cómo me ves? ¿Tan Negra como tú? ¿Más Negra que tú? ¿No suficientemente Negra? En cualquier caso, siempre me encontrarás alguna carencia...

Somos mujeres Negras, definidas como nunca-lo-bastante-buenas. Para superar esto, debo ser mejor que tú. Si me pongo muy alto el listón, tal vez pueda ser distinta de como dicen que somos, diferente de ti. Si llego a ser lo suficientemente diferente, quizá deje de ser una "perra negra". Si te vuelvo lo bastante diferente de mí, ya no te necesitaré tanto. Me haré fuerte, la mejor, sobresaldré en todo, seré la mejor porque no me atrevo a ser menos que eso. Es mi única oportunidad de ser lo bastante buena para convertirme en un ser humano.

Si soy yo misma, no puedes aceptarme. Pero si puedes aceptarme, eso significa que soy como a ti te gustaría ser y, por tanto, no soy "auténtica". Y tú tampoco, en ese caso. **POR FAVOR ¿PODRÍA LA VERDADERA MUJER NEGRA PONERSE EN PIE?**

Alimentamos nuestra secreta culpabilidad, sepultada bajo ropas exquisitas y maquillaje caro y cremas blanqueadoras (¡sí, todavía!) y productos que estiran el pelo dejándolo ondulado. El instinto asesino que actúa contra cualquier mujer Negra que se desvíe de la máscara prescrita es preciso y mortífero.

Actuar como quien ocupa su lugar a la vez que nos sentimos fuera, conservar el rechazo hacia nosotras mismas por ser mujeres Negras a la vez que lo superamos...

eso creemos. Y la actividad política no salvará nuestros espíritus, por muy correcta y necesaria que sea. Aunque, es cierto que sin actividad política no podemos confiar en sobrevivir el tiempo necesario para efectuar ningún cambio. Y adquirir un poder propio es la tarea más profundamente política que existe, y la más difícil.

Cuando no tratamos de identificar los sentimientos confusos que se alzan entre las hermanas, los expresamos de un centenar de maneras dañinas e improductivas. Sin hablar jamás del viejo dolor para poder superarlo. Como si hubiéramos establecido entre nosotras un pacto secreto de silencio, ya que la expresión de un dolor no analizado podría ir acompañada de otros padecimientos antiguos e inexpressados, incrustados en la ira acumulada a la que no hemos dado voz. Y esa ira, como bien nos enseñaron nuestros maltrechos egos infantiles, está armada con una poderosa crueldad, aprendida en la crudeza de tempranas batallas por sobrevivir. "No lo vas a soportar, ja." Las Docenas. Un juego de los niños Negros que consiste en lanzarse mutuamente epítetos con un supuesto ánimo de rivalidad amistosa; en realidad, es un ejercicio crucial para aprender a asimilar los insultos verbales sin desfallecer.

Nuestra infancia fue parte del precio que pagamos por la supervivencia. Nunca nos permitieron ser niñas. Los niños tienen derecho a jugar a vivir durante algún tiempo, pero cada acto de un niño Negro puede tener consecuencias tremendamente graves, y aún peores si es niña. Preguntemos, si no, a las cuatro niñas Negras a quienes volaron en pedazos en Birmingham. Preguntemos a Angel Lenair, a Latonya Wilson, o a Cynthia Montgomery, las tres niñas víctimas de los infames asesinatos de Atlanta, ninguno de los cuales ha sido resuelto.

A veces tengo la sensación de que si experimentara todo el odio colectivo que han dirigido en mi contra por

ser una mujer Negra, si tomara conciencia de sus implicaciones, esa carga desolada y espantosa me mataría. Quizá ése fue el motivo de que una hermana me preguntara en cierta ocasión: "Los blancos sienten, ¿y los Negros?".

Es cierto que, en Estados Unidos, la gente blanca dispone por lo general de más tiempo y más espacio para analizar sus emociones. Las personas Negras de este país siempre se han visto obligadas a entregarse en cuerpo y alma a la ardua y permanente tarea de sobrevivir en los planos más materiales e inmediatos. Resulta tentador deducir de este hecho que las personas Negras no necesitamos analizar nuestros sentimientos; o que no son importantes, puesto que se han empleado tan a menudo para estereotiparnos o infantilizarnos; o que estos sentimientos no son vitales para nuestra supervivencia; o, lo que es peor, que no sentirlos en profundidad es una virtud adquirida. Pensar así es como llevar una bomba de relojería conectada a nuestras emociones.

En mi vivir cotidiano, estoy empezando a establecer una distinción entre *dolor* y *sufrimiento*. El dolor es un hecho, una experiencia que se debe reconocer, poner en palabras, y después debe ser utilizada de manera que la experiencia se modifique, se transforme en algo diferente, en fuerza o conocimiento o acción.

Por otra parte, el sufrimiento es el espanto de volver a vivir el dolor que no se ha analizado ni metabolizado. Cuando experimento dolor y, conscientemente, hago caso omiso de él, me privo del poder que se derivaría de *utilizar* ese dolor, el poder de alimentar un cambio que me permita superarlo. Me condeno a revivir una y otra y otra vez ese dolor siempre que algo próximo lo desata. Y eso es el sufrimiento, un ciclo aparentemente ineludible.

Es cierto, experimentar dolores antiguos puede ser como lanzarse de cabeza contra un muro de hormigón.

Pero me recuerdo que ESTO YA LO HE VIVIDO Y HE SOBREVIVIDO.

A veces no se examina la ira que reside entre las mujeres Negras porque, en nuestro intento de protegernos y sobrevivir, nos desgastamos tanto analizando constantemente a los demás que no logramos reservar suficiente energía para analizarnos a nosotras mismas. A veces no analizamos esa ira porque lleva tanto tiempo en su sitio que no la reconocemos, o pensamos que es más natural sufrir que vivir el dolor. A veces no la analizamos porque nos da miedo lo que podamos hallar. A veces porque no creemos merecerla.

La repugnancia que refleja el rostro de una mujer que va a mi lado en el metro, mientras retira su abrigo de mí y yo creo que ha visto una cucaracha. Pero veo odio en sus ojos porque quiere que lo vea, porque quiere que me entere, de la única manera en que puede enterarse una niña, de que en su mundo no hay sitio para alguien como yo. Si yo fuera mayor, probablemente me habría reído, o habría refunfuñado, o me habría sentido dolida al comprender lo que pasaba. Pero tengo cinco años. Lo veo, me consta, pero no sé nombrarlo, de manera que la experiencia queda incompleta. No es dolor; se convierte en sufrimiento.

¿Y cómo podría decirte en voz alta que no me gusta la forma en que apartas de mí tu mirada si sé que voy a desatar todas las iras sin nombre que llevas dentro, engendradas por el odio que has sufrido sin darte cuenta?

Así pues, nos aproximamos unas a otras con cautela, exigiendo una perfección instantánea que nunca les pediríamos a nuestros enemigos. Pero es posible abrirse paso a través de esta agonía heredada, negarse a dar el visto bueno a esta amarga charada de aislamiento, ira y dolor.

En las cartas de las mujeres Negras encuentro muchas veces esta pregunta: "¿Por qué me siento tan maldita, tan

aislada?”. Oigo esta pregunta una y otra vez, planteada de innumerables formas encubiertas. Pero tenemos la capacidad de modificar esta situación. Podemos aprender a cuidarnos con cariño maternal.

¿Qué significa eso para las mujeres Negras? Significa que debemos darnos la autoridad para definirnos a nosotras mismas y poner nuestras esperanzas y nuestros esfuerzos en un crecimiento que será el comienzo de la aceptación que esperamos sólo de nuestras madres. Significa que afirmo mi valía al comprometerme con mi supervivencia, tanto en mi ser como en el ser de otras mujeres Negras. Por otro lado, significa que a medida que voy conociendo mi valía y mis auténticas capacidades, me niego a conformarme con algo inferior a la rigurosa búsqueda de mis capacidades, y, al propio tiempo, distingo lo que es posible de lo que el mundo exterior me impulsa a hacer para demostrar que soy humana. Significa que soy capaz de reconocer mis éxitos y de ser afectuosa conmigo misma, incluso cuando fracaso.

Comenzaremos a mirarnos unas a otras cuando nos atrevamos a empezar a vernos a nosotras mismas; comenzaremos a mirarnos a nosotras mismas cuando empecemos a mirarnos unas a otras, sin exaltación, sin desdén, sin recriminaciones, con paciencia y comprensión cuando no logramos dar la talla, y con reconocimiento y aprecio cuando lo logramos. Cuidarnos con cariño maternal significa aprender a amar aquello que hemos alumbrado al darle un nombre, aprender a ser a la vez amables y exigentes tanto en el fracaso como en el éxito, sin tomar ninguno de los dos por lo que no es.

Cuando llegas a respetar el carácter de la época, ya no tienes que encubrir la vacuidad con fingimiento⁴⁸.

Debemos reconocer y nutrir los aspectos creativos de nuestras hermanas sin necesidad de comprender en todo momento qué fruto darán.

Cuando nos tengamos menos miedo las unas a las otras y nos valoremos más, aprenderemos a apreciar el reconocimiento que reflejan tanto los ojos ajenos como los nuestros, y buscaremos el equilibrio entre estas visiones. Cuidarse con afecto maternal. Reclamar autoridad para definir quiénes queremos ser, y saber que esa autoridad es relativa y depende de la realidad de nuestra vida. Pero sin olvidar que sólo a través del uso de esa autoridad podemos cambiar con efectividad estas realidades de nuestras vidas. Cuidarse con afecto maternal significa dejar en reposo lo débil, lo tímido, lo dañado –sin menospreciarlos–, proteger y fomentar lo que es útil para la supervivencia y el cambio, y explorar conjuntamente las diferencias.

Recuerdo un hermoso y complejo grupo escultórico que representa la corte de la Reina Madre de Benín y lleva por título "El poder de las manos". La Reina Madre, sus cortesanas y sus guerreras forman un círculo que celebra la capacidad humana para lograr el éxito en las aventuras prácticas y materiales, la habilidad de crear algo de la nada. En Dahomey, ese poder es femenino.

VIII

Teorizar sobre la propia valía no sirve de nada. Ni tampoco fingir. Las mujeres que han vivido con un gesto inexpressivo en sus hermosos rostros pueden morir entre grandes tormentos. Yo me puedo permitir mirarme de frente, arriesgarme al dolor de experimentar lo que no soy y aprender a saborear la dulzura de quien soy. Puedo entablar amistad con las distintas parcelas de mi ser, tanto si me gustan como si no me gustan. Reconocer que la mayoría de los días soy más amable con el estúpido marido de mi vecina que conmigo misma. Puedo mirar al

espejo y aprender a amar a la pequeña y turbulenta niña Negra que en su día anhelaba ser blanca o ser cualquier cosa menos lo que era, ya que nunca le permitieron ser nada más que la suma del color de su piel y la textura de su pelo, la tonalidad de sus rodillas y sus codos, todos esos rasgos a todas luces inaceptables en un ser humano.

Aprender a amar nuestro ser de mujeres Negras no se limita a insistir de manera simplista en que "lo Negro es hermoso". Es algo más amplio y profundo que la apreciación superficial de la belleza Negra, si bien esta apreciación constituye un buen comienzo. Pero si nuestro intento de reclamarnos a nosotras mismas y a nuestras hermanas se queda sólo en eso, nos arriesgamos a adoptar otro patrón superficial de medida del ser, un patrón superpuesto al anterior e igual de dañino en tanto en cuanto se detiene en lo superficial. Ciertamente, no nos otorgará más poder. Y el resultado de nuestro empeño ha de ser la toma de poder, el fortalecimiento de nuestro ser en beneficio propio y de nuestras hermanas, en beneficio de nuestra obra y del futuro.

Debo aprender a amarme a mí misma antes de amarte o aceptar tu amor. Tú debes aprender a amarte a ti misma antes de amarme o aceptar mi amor. Antes de tendernos mutuamente la mano, hemos de saber que somos merecedoras de que nos acaricien. No debemos disimular la sensación de que no valemos para nada con frases como "no te necesito", "da igual", o "los blancos sienten, los Negros ACTÚAN". Y lograr esto es enormemente difícil en un entorno que fomenta por todos los medios el desamor y el fingimiento, en un entorno que nos advierte que silenciamos la necesidad que sentimos las unas de las otras, y califica de inevitables nuestras insatisfacciones y de inalcanzables nuestras necesidades.

Hasta el momento, apenas nos han enseñado a ser amables las unas con las otras. Con el resto del mundo, sí,

pero no entre nosotras. Hemos contado con escasos ejemplos externos de cómo tratar a otra mujer Negra con cariño, deferencia y ternura, que es posible dedicarle una sonrisa afectuosa y espontánea sencillamente porque EXISTE; o que hay que comprender las deficiencias de las demás porque las conocemos por experiencia propia. ¿Cuál fue la última vez en que piropeaste a una hermana y mostraste que apreciabas su singularidad? Debemos estudiar conscientemente cómo tratarnos con mutua ternura hasta que ésta se convierta en un hábito, pues nos han robado lo que originalmente nos pertenecía, el mutuo amor entre las mujeres Negras. Siendo dulces con las demás podemos aprender a tratarnos a nosotras mismas con dulzura. Y podemos aprender a tratarnos mutuamente con dulzura aprendiendo a ser tiernas con esa parte de nuestro ser que resulta más inabordable, aprendiendo a ser más generosas con la valerosa y maltrecha niña que llevamos dentro, aprendiendo a rebajarle el listón de los gigantescos esfuerzos que hace por sobresalir. Podemos amarla tanto en la oscuridad como bajo la luz, apaciguar su ánimo perfeccionista y favorecer sus intentos de realizarse. Entonces tal vez lleguemos a comprender mejor cuánto nos ha enseñado esa niña y cuán valiosa es su aportación para que el mundo siga en su órbita y avanzando hacia un futuro vivible.

Es absurdo creer que este proceso será rápido y fácil. No creer que sea posible es suicida. Al armarnos con nuestro propio ser y el de nuestras hermanas, podremos unirnos en el campo de ese riguroso amor y comenzar a hablar entre nosotras de lo imposible, o de lo que siempre nos ha parecido imposible. Es el primer paso hacia un cambio auténtico. Con el tiempo, si nos decimos mutuamente las verdades, el cambio para nosotras será inevitable.

Notas

¹Publicado originalmente en *Chrysalis: A Magazine of Female Culture*, nº. 3 (1977).

²De "Black Mother Woman", publicado originalmente en *From a Land Where Other People Live* (Broadside Press, Detroit, 1973), y recogido en *Chosen Poems: Old and New* (W.W. Norton and Company, Nueva York, 1982), pág. 53.

³Ponencia presentada en el "Encuentro sobre lesbianismo y literatura" de la Modern Language Association, Chicago, Illinois, 28 de diciembre de 1977. Publicada originalmente en *Sinister Wisdom*, 6 (1978) y en *The Cancer Journals* (Spinsters, Ink, San Francisco, 1980).

⁴Publicado originalmente en *The Black Scholar*, vol. 9, nº. 7 (1978).

⁵Iris Andreski, *Old Wives Tales: Life-Stories of African Women* (Shoken Books, Nueva York, 1970), pág. 151.

⁶Melville Herskovits, *Dahomey*, 2 vols. (Northwestern University Press, Evanston, Illinois, 1967), 1:320-322.

⁷Ponencia presentada en el Cuarto Congreso de Berkshire sobre la Historia de las Mujeres, Mount Holyoke College, 25 de agosto de 1978. Publicada en forma de folleto por Out & Out Books (disponible en The Crossing Press).

⁸Publicado originalmente, con el título "The Great American Disease", en *The Black Scholar*, vol. 10, nº. 9 (mayo-junio 1979), en respuesta a "The Myth of Black Macho: A Response to Angry Black Feminists" de Robert Staples, en *The Black Scholar*, vol. 10, nº. 8 (marzo-abril 1979).

⁹"The Myth of the Black Matriarchy", de Robert Staples, en *The Black Scholar*, vol. 1, nº. 3-4 (enero-febrero 1970).

¹⁰De *We Will Make a River*, poemas de Mary McAnnally (West End Press, Cambridge, Massachusetts, 1979), pág. 27.

¹¹*Gyn/Ecology: The Metaethics of Radical Feminism* (Beacon Press, Boston, 1978).

¹⁴En la primavera de 1979 fueron asesinadas doce mujeres Negras en la región de Boston.

¹⁵Publicado originalmente en *Conditions: Four* (1979).

¹⁶De "School Note", *The Black Unicorn* (W.W. Norton and Company, Nueva York, 1978), pág. 55.

¹⁷Esta entrevista, realizada el 30 de agosto de 1979 en Montague, Massachusetts, se editó a partir de tres horas de grabaciones. La entrevista se realizó por encargo de Marilyn Hacker, editora de *Woman Poet: The East* (Women-In-Literature, Reno, Nevada, 1981), donde se publicó parcialmente. Fue publicada íntegramente por primera vez en *Signs*, vol. 6, n.º. 4 (verano de 1981).

¹⁸*The First Cities* (Poet Press, Nueva York, 1968).

¹⁹*New York Head Shop and Museum* (Broadside Press, Detroit, 1974), págs. 52-56.

²⁰*Cables to Rage* (Paul Breman, Heritage Series, Londres, 1970).

²¹Publicado por primera vez en *Land Where Other People Live* (Broadside Press, Detroit, 1973), y recogido en *Chosen Poems: Old and New* (W.W. Norton and Company, Nueva York, 1982), págs. 39-40.

²²Mina Shaughnessy (1924-78), directora de Programa SEEK ("Búsqueda de Educación, Elevación y Conocimientos") del City College, Universidad de la Ciudad de Nueva York.

²³"Search for Education, Elevation and Knowledge". Era un programa de pre-bachillerato enmarcado en la enseñanza compensatoria de la Universidad de la Ciudad de Nueva York en el que participaron como profesores una serie de escritores en la década de 1960 y principios de 1970.

²⁴*Zami: A New Spelling of My Name*, publicado originalmente por Persephone Press en 1982 y editado de nuevo por Crossing Press en 1983.

²⁵*The Black Unicorn* (W.W. Norton and Company, Nueva York, 1978).

²⁶De "Need: A Choral of Black Women Voices", en *Chosen Poems*, pág. 115.

²⁷"Rascar la superficie: algunas notas sobre las barreras que se alzan contra las mujeres y contra el amor".

²⁸*The Black Unicorn*, págs. 108-110.

²⁹Véase "La transformación del silencio en lenguaje y acción" en este mismo volumen.

³⁰Comentarios presentados en el "Encuentro personal y político" del Congreso del Segundo Sexo, Nueva York, 29 de septiembre de 1979.

³¹Ponencia presentada en el Coloquio Copeland, Amherst College, abril de 1980.

³²"Rape: A Radical Analysis, An African-American Perspective", de Kalamu ya Salaam, en *Black Books Bulletin*, vol. 6, n.º. 4 (1980).

³³*The Pedagogy of the Oppressed*, Seabury Press, Nueva York, 1970.

³⁴De "Outlines", poema sin publicar.

³⁵Discurso de apertura del Congreso de la Asociación Nacional de Estudios sobre las Mujeres, Storrs, Connecticut, junio de 1981.

³⁶"Poems for Women in Rage". Un poema de esta serie se ha recogido en *Chosen Poems: Old and New* (W.W. Norton and Company, Nueva York, 1978), págs. 105-108.

³⁵ *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color*, editado por Cherrie Moraga y Gloria Anzaldua (Kitchen Table: Women of Color Press, Nueva York, 1984), primera edición: 1981.

³⁶ De "From Each of You", publicado por primera vez en *A Land Where People Live* (Broadside Press, Detroit, 1975), y recogido en *Chosen Poems: Old and New* (W.W. Norton and Company, Nueva York, 1982), pág. 42.

³⁷ Esta conferencia se dio durante el Fin de Semana de Malcolm X, Universidad de Harvard, febrero de 1982.

³⁸ En *Essence*, vol. 14, n.º. 6 (octubre de 1983), se publicó una versión abreviada de "Mirándonos a los ojos". Quiero dar las gracias a toda una serie de mujeres sin cuyo apoyo y conocimientos no habría podido terminar este ensayo: Andrea Canaan, Frances Clayton, Michelle Cliff, Blanche Wiesen Cook, Clare Coss, Yvonne Flowers, Gloria Joseph, Adrienne Rich, Charlotte Sheedy, Judy Simmons y Barbara Smith. Dedico esta obra a la memoria de Sheila Blackwell Pinckney, 1953-1983.

³⁹ De un poema de Gloria Joseph.

⁴⁰ Artículo de Samella Lewis.

⁴¹ De "Letters from Black Feminists, 1972-1978", de Barbara Smith y Beverly Smith, *Conditions: Four* (1979).

⁴² Del *I Ching*.

⁴³ Del poema "Nigger", de Judy Dothard Simmons, publicado en *Decent Intentions* (Blind Beggar Press, P.O. Box 437, Williamsbridge Station, Bronx, Nueva York 10467, 1983).

⁴⁴ Del *I Ching*.

⁴⁵ *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color*, editado por Cherrie Moraga y Gloria Anzaldua (Kitchen Table: Women of Color Press, Nueva York, 1984).

⁴⁶ Del *I Ching*.

⁴⁷ De "Every Woman Ever Loved A Woman", de Bernice Johnson Reagon, canción interpretada por Sweet Honey in the Rock.

⁴⁸ Del *I Ching*.

Retorno a Granada: un informe provisional*

La primera vez que fui a Granada iba en busca de un "hogar", era la tierra natal de mi madre y ella siempre me la había definido así. Conservé vívidas imágenes de lo que allí vi y de lo que podría llegar a ser.

- La playa Grand Anse se convertía en transitada vía pública a primera hora de la clara mañana. Los niños, vestidos de uniforme reglamentario y con zapatos, trataban de decidirse entre los atractivos de una aventura en los cocoteros y el delicioso mar matinal, mientras se les dirigía directamente a los pupitres desgastados y manchados de tiza.

- El remendado borde del vestido estampado de una delgada anciana que caminaba a buen ritmo por la playa, machete en mano. Las altas botas de goma que calzaba,

* Pasé una semana en Granada a finales de 1983, apenas doce meses después de que EE.UU. invadiera la isla Negra caribeña de donde mis padres se habían marchado unos sesenta años antes. Era mi segunda visita en cinco años. Este es un texto provisional, un informe escrito mientras el resto de *Sister outsider* ya estaba en la imprenta.

demasiado grandes para sus pies, no entorpecían en absoluto su decidido paso. Su sombrero blando deformado. Debajo, unos ojos penetrantes y calmos destacaban en la piel color chocolate salpicada de gris por los años.

- Otra mujer, más joven, con el cayado sujeto entre el codo y la cintura, pastoreaba a siete ovejas que habrían pasado por cabras si no fuera porque las cabras tienen la cola hacia arriba y las ovejas hacia abajo.

- La Mujer-Gorda-que-Frío-Pescado-en-el-Mercado, lo frió y estaba delicioso, servido sobre la barra de madera y acompañado de su fragante infusión de chocolate en tazones hechos con latas Campbell de cerdo con alubias a las que se habían pegado asas.

- La luna llena tiñendo de verde chillón la playa nocturna.

Mi primera visita a Granada tuvo lugar once meses antes de que el incruento golpe de estado del 13 de marzo de 1979, organizado por el Movimiento Nueva Joya, llevara al poder al Gobierno Popular Revolucionario (GPR) de Granada con el primer ministro Maurice Bishop como presidente. Así concluyeron los veintinueve años de gobierno de *Sir Eric Gairy*; un régimen derrochador, corrupto y sancionado por los Estados Unidos.

La carretera que arranca del minúsculo aeropuerto Pearl, situado en Grenville, asciende por la montaña Grand Etang y atraviesa Beauregard y Birch Grove, un arcoiris de niños gritando y corriendo detrás de nosotros por la única y estrecha carretera que comunica estas aldeas talladas en la montaña. Helechos arbóreos cubriendo las laderas a modo de tejas de madera. En 1978 sólo había una carretera asfaltada en Granada. En la época del Gobierno Popular Revolucionario todas las carreteras se ensancharon y mejoraron, y se estableció un servicio de autobuses que funcionaba y hacía algo

más que transportar a los turistas entre la ciudad y la dársena donde estaban ancladas las embarcaciones de recreo. Frondas de bananeros silvestres, llamados *bali-gey*, en matas al pie de la carretera. Bosquecillos diversos entre la maleza: frutos rojos de cacao, manzanas doradas, mangos, frutos del árbol del pan, nueces moscadas como melocotones maduros, plátanos. Muchachas por la carretera de Annandale, los cestos de la colada en equilibrio sobre la cabeza, las manos en las caderas, cimbreantes, reminiscencias de un centenar de carreteras africanas.

Granada, la minúscula isla de las especias, es la segunda productora mundial de nuez moscada. Su cacao contiene un 45 por ciento de materia grasa y se vende al precio del cacao de mejor calidad en el mercado mundial. Pero los granadinos deben pagar ocho veces más si desean tomar chocolate, porque todo el cacao procesado es de importación.

La segunda vez que fui a Granada iba embargada de tristeza y miedo a que aquella tierra que estaba conociendo hubiera sido atacada, invadida, y su pueblo manipulado para que diera las gracias a sus invasores. Sabía de las mentiras y distorsiones derivadas del secreto que rodeó la invasión de Granada por los estadounidenses el 25 de octubre de 1983; de las justificaciones que se hundieron bajo el peso de los hechos; hechos a los que todavía hoy se puede tener acceso a través de las últimas páginas del *New York Times*.

1. *Que los alumnos de la Escuela de Medicina St. Georges corrían peligro.* Los directivos de la escuela niegan este extremo¹. Los alumnos también lo niegan². El general Hudson Austin del Consejo Militar Revolucionario se comprometió ante el gobierno de EE.UU. a garantizar la seguridad de los alumnos. Garantías que no se tuvieron en cuenta³.

2. *Que la intervención estadounidense se hizo a requerimiento de los firmantes de la Organización del Tratado de los Estados del Caribe Oriental.* Dicho requerimiento sólo habría tenido validez según el derecho internacional si Granada hubiese invadido otra isla⁴. La decisión de invadir Granada fue adoptada por cuatro de los siete signatarios del Tratado. Y fue el Departamento de Estado estadounidense quien hizo el borrador del requerimiento en cuestión y lo envió a los países del Caribe Oriental⁵.

3. *Que Granada amenazaba la seguridad estadounidense porque estaba construyendo un aeropuerto militar y almacenando un arsenal de armas modernas.* El nuevo aeropuerto de Granada es un aeropuerto civil construido con vistas al turismo. Responde a un proyecto que se inició hace más de veinticinco años y que ha sido parcialmente financiado por diversos países europeos y por Canadá. Según Plessey, la empresa británica que aseguró el proyecto, el aeropuerto fue construido siguiendo los criterios aplicables a una instalación civil, no militar⁶. Todos los informes estadounidenses sobre Granada subrayan ahora que este aeropuerto es necesario para la industria turística⁷. El "arsenal" de armas ni siquiera llenaba dos naves. De un total de 6.300 rifles almacenados, unos 400 eran bastante modernos; el resto eran muy viejos y algunos auténticas antigüedades⁸.

El propio Arthur Schlesinger, hijo, comentó: "Lanzamos un ataque sorpresa contra una pobre isla de 110.000 habitantes desprovista de ejército, de armada y de fuerzas aéreas, y nos vanagloriamos de la victoria"⁹.

Delante de nosotros, un grupo de hombres y mujeres reparan la carretera usando azadones, machetes, carretillas y otras herramientas manuales. Se apartan para dejarnos paso. Una mujer se seca el sudor del rostro con el borde de su pañuelo, apoyada sobre el mango de una gua-

daña. Otra mujer va descalza, es joven, pero cuando sonrío veo que le faltan todos los dientes delanteros. El GPR implantó la asistencia médica gratuita en Granada y también hizo gratuitos los colegios. La mayoría de los jornaleros y de los campesinos de las aldeas visitaron al dentista por primera vez en su vida. El índice de alfabetización aumentó gracias a la educación formal y a un programa para las zonas rurales en el que las personas alfabetizadas se comprometían a enseñar a otras.

La revolución. Un país decide por sí mismo lo que necesita. Y la mejor manera de obtenerlo. Alimentos. Dentistas. Médicos. Carreteras. Cuando visité Granada por primera vez, en 1978, un tercio de las tierras cultivables no producían porque estaban en manos de terratenientes que no las trabajaban. El GPR dispuso que se trazaran planes para cultivar las tierras, para entregárselas a quienes sí las trabajaran o para transferirlas al Estado. Se pusieron en funcionamiento pequeños colectivos para el cultivo de plátanos. Cooperativas de pesca. Una industria agraria incipiente. El Banco Mundial destacó la pujanza de la economía granadina, que se situaba por encima de las demás economías caribeñas en cuanto a tasa de crecimiento y a estabilidad a pesar de la oposición de EE.UU. El desempleo descendió del 40 al 14 por ciento. Hoy día, vuelve a faltar el trabajo.

Hace cuatro años, actuando a través del Fondo Monetario Internacional, EE.UU. se aseguró de que no hubiera dinero occidental al servicio de la economía granadina, y mucho menos al de la protección de sus costas contra la amenaza de una invasión por parte de las fuerzas de Gairy, quien operaba desde San Diego, California, donde había solicitado asilo político. En 1979, el GPR pidió ayuda a EE.UU. para reconstruir la infraestructura de un país que había quedado sumido en una situación desesperada tras

veintinueve años del régimen de Gairy. ¡La respuesta estadounidense fue ofrecer la insultante cantidad de 5.000 dólares del fondo a libre disposición del embajador! Ahora es 1983, la invasión ya ha ocurrido, y los conquistadores prometen a Granada bienestar, la segunda en importancia de las sustancias adictivas que exportan. Hasta el momento, se han invertido en Granada tres millones de dólares, administrados a punta de fusil estadounidense y siempre que se humillen quienes los van a recibir.

Si el dinero que esta invasión nos ha costado en impuestos se hubiera prestado al GPR hace cinco años, cuando solicitó ayuda económica a EE.UU., la gratitud de los granadinos habría sido auténtica y se hubieran salvado centenares de vidas. Pero, entonces, Granada podría haber decidido su destino, ser independiente; y eso era lo último que podía permitirse. Qué mal ejemplo, qué peligroso precedente habría sido una Granada independiente para los pueblos de Color del Caribe, de Centroamérica, para el pueblo Negro aquí en Estados Unidos.

La invasión de Granada y la tenebrosa implicación de Estados Unidos en los acontecimientos que llevaron al asesinato del primer ministro Maurice Bishop, fueron aceptadas por la mayoría de los ciudadanos de unos Estados Unidos cuya moral y cuyo carácter ético están tan debilitados por el racismo como lo está la madera con raíces secas. Los Estados Unidos blancos han sido bien adoctrinados en la deshumanización del pueblo Negro. ¿Un país isleño Negro? ¿Por qué? ¡No digas tonterías! Si *ellos* no fueran tan arrogantes, *nosotros* tendríamos trabajo y no habría recesión. Si se lincha a jóvenes Negros y se tirotea a las mujeres Negras, si el 60 por ciento de adolescentes Negros están desempleados y se van convirtiendo en imposibles de emplear, si se desmantela la Comisión de Derechos Civiles por orden presidencial, y si hoy el número de familias

Negras que viven bajo la línea de la pobreza es mayor que hace veinte años... si estos datos sobre la vida estadounidense y el racismo pueden considerarse desdeñables, ¿por qué no la violación y la anexión de la minúscula y Negra Granada?

El Pentágono llevaba mucho tiempo buscando una batalla que pudiera ganar; la última fue la batalla de Inchon en los años cincuenta. ¿Qué mejor manera de borrar el amargo recuerdo de las derrotas en Vietnam a manos del pueblo amarillo que restablecer su dominio a la vista del público estadounidense con la imagen de los marines chapoteando en un charco de sangre Negra? "... para mantener limpio nuestro honor", dice el himno de los marines. Así, la atención del público estadounidense se desvió de la recesión, del desempleo, del desastre de Beirut, de la locura nuclear, de los océanos moribundos y de una insatisfacción y una desesperación crecientes, mediante el bombardeo de un hospital psiquiátrico en el que perecieron cincuenta personas. Esta gloriosa noticia se mantuvo oculta durante una semana mientras se urdían diversas justificaciones. Pan y circo.

Si Estados Unidos está remotamente interesado en que la democracia florezca en el Caribe, ¿por qué continúa apoyando a Haití y a la República Dominicana, dos de los gobiernos más corruptos y represivos de América? El racismo que arropa las mentiras del gobierno estadounidense sobre Granada es el mismo racismo que tapó los ojos estadounidenses ante la visión de los rostros Negros de los 131 haitianos que fueron arrastrados por la corriente a las costas de Miami después de morir en un intento de escapar del régimen de Duvalier. Es el mismo racismo que hace que la mirada de los estadounidenses se desvíe del corrosivo régimen del apartheid que destruye como un ácido el rostro de la Sudáfrica blanca y del gobierno de Reagan, que hace frente común con ella con la excusa del "com-

promiso constructivo". La Sudáfrica blanca es el país que tiene el nivel de vida más elevado del mundo, mientras el 50 por ciento de los niños Negros sudafricanos mueren antes de cumplir los cinco años. Una estadística. La tasa de mortalidad infantil de los estadounidenses Negros prácticamente duplica la de los estadounidenses blancos; y esto en el país más industrializado del mundo. Los Estados Unidos blancos han sido bien adoctrinados para aceptar la destrucción de los Negros. Así, ¿qué importancia pueden tener la Granada Negra y sus 110.000 vidas Negras?

En Granada, el desempleo descendió en un 26 por ciento en cuatro años¹⁰. El 25 de octubre de 1983, misiles Corsair y proyectiles de la armada y morteros estadounidenses cayeron sobre las colinas que hay a espaldas de Grenville, St. Georges y Gouyave. Los marines invadieron casas y hoteles en busca de "cubanos". Ahora los ministerios guardan silencio. Las granjas estatales están en punto muerto. Las cooperativas paradas. La fábrica de conservas de True Blue está en ruinas, silenciada por los bombardeos. Un día después de la invasión, el desempleo volvió a subir hasta el 35 por ciento. Una reserva de mano de obra barata y sumisa hace las delicias de la vertiente del mercado dedicada a la oferta. Un mes después de la invasión, la Agencia para el Desarrollo Internacional visitaba Granada. Este organismo estadounidense hizo un informe sobre el papel del sector privado en el futuro de Granada y recomendó que se modificaran los impuestos para favorecer a la empresa privada (por lo general extranjera), que se creara un código laboral que garantizase la sumisión del movimiento obrero y que las empresas del sector público se vendieran al sector privado¹¹. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que las mujeres granadinas empiecen a quedarse ciegas montando chips electrónicos, a 80 centavos la hora, para las grandes empresas internacionales? "Yo trabajaba

en una emisora de radió", dice encogiéndose de hombros una joven que pasea por la playa. "Pero eso se acabó con la guerra."

Esta guerra no declarada, breve e hipócrita contra Granada no supone un giro de la política extranjera estadounidense. No es más que un ejemplo flagrante de lo que la denominada Doctrina Monroe ha venido haciendo durante 160 años. En su nombre, Estados Unidos ha invadido pequeños países del Caribe y Centroamérica una y otra vez desde 1823, disfrazando las invasiones con diversos nombres. Treinta y ocho de dichas invasiones se produjeron antes de 1917, cuando aún no existía la Unión Soviética. Así, por ejemplo, en 1897 los marines estadounidenses desembarcaron en Puerto Rico para librar una guerra contra España. Y, continúan allí desde entonces.

Estados Unidos comenzó a ensayar públicamente la invasión de Granada en 1981. El ensayo consistió en un juego bélico simulado de nombre "*Aventura oceánica*" en el que se bombardeaban las islas Vieques portorriqueñas, a las que se puso el nombre "Ámbar de los ambardinos" (Granada de los granadinos). Durante este tenebroso simulacro, se supone que varios estadounidenses fueron tomados como rehenes. Ya sabemos que ésta fue la primera excusa con la que se justificó la invasión de Granada. Con respecto a la alegación de que los estadounidenses corrían peligro hay que decir que más de 500 residentes de nacionalidad estadounidense optaron por quedarse en Granada durante la invasión y después de la misma. Pero si "*Aventura oceánica*" parecía ser el guión que se siguió, hemos de recordar que requería el asesinato del Primer Ministro de Ámbar. ¿Cómo vamos a creer que EE.UU. y la CIA no estuvieron implicados, directa o indirectamente, en la muerte del primer ministro Maurice Bishop? ¿Pudo el golpe de estado que sirvió de apertura en la "*Aventura*

oceánica" llegar a ser realidad por una desafortunada coincidencia en una intriga personal, o fue un suceso bien orquestado por hábiles manipuladores?

En una serie de sesiones informativas celebradas a puerta cerrada en el Congreso, el Pentágono reconoció que tuvo noticia de que se planeaba un golpe contra Bishop dos semanas antes de que se llevara a cabo¹². La unidad de los Rangers que participó en la invasión había dedicado seis días, del 23 de septiembre al 2 de octubre de 1983, a practicar la toma de un aeropuerto y la liberación de un grupo de rehenes, una maniobra que el Pentágono solicitó no se hiciera pública¹³. Un senador reveló que varios agentes de la CIA acompañaron a los setenta estudiantes a los que se evacuó de Granada por avión el 26 de octubre, un día después de la invasión¹⁴.

La búsqueda de las respuestas a estas preguntas será larga y dificultosa.

La P.S.Y.O.P.S., la unidad de operaciones psicológicas de las fuerzas de ocupación estadounidenses –unidad que hasta entonces no había entrado en combate–, se apresuró a cubrir St. Georges y el resto de Granada con carteles de Bernard Coard y el general Hudson Austin, desnudos y con los ojos vendados, presentándolos como objeto de burla y desprecio por ser los asesinos del amado por los granadinos, Maurice Bishop. De todos es sabido que si Bishop hubiera estado vivo, Granada habría rechazado cualquier invasión hasta el último de sus hijos. Era esencial imputar su asesinato a unos chivos expiatorios. Las luchas de poder que ocurrieron dentro del Partido del Movimiento Nueva Joya –si es que las hubo– aún están por conocerse, y seguramente fueron complicadas. Meses después, estos hombres continúan incomunicados en la cárcel de Richmond Hill, St. Georges, custodiados por "fuerzas de seguridad" que no son de Granada. En el momento

de escribir estas líneas no se les ha llevado ante los tribunales ni se han presentado cargos en su contra, y los cuarenta y tantos granadinos que siguen detenidos con ellos se hallan en la misma situación.

Ya no se oye el menor comentario sobre los dos estado-unidenses involucrados en los sucesos de los últimos días del régimen de Bishop, uno de los cuales está en busca y captura en EE.UU. por posesión ilegal de armas, mientras el otro tiene pasaportes de dos nacionalidades¹⁵. ¿Para quién trabajaban y en qué bando? Su identidad no ha llegado a ser divulgada, una táctica empleada habitualmente para encubrir las operaciones de desestabilización, y su existencia sólo quedó atestiguada por una línea en las últimas páginas del *New York Times*. Lo mismo cabe decir con respecto a las declaraciones hechas en la televisión pública por el embajador francés, Evan Galbraith, en el sentido de que EE.UU. actuó en Granada "semanas antes de la muerte de Bishop"¹⁶.

Regina Fuchs, una enfermera de la República Federal Alemana que trabajaba en Granada, ha asegurado que fue encarcelada y sometida a duros interrogatorios después de ser falsamente acusada de esconder a unos fugitivos; la acusación fue lanzada por dos estadounidenses, uno de los cuales, llamado Frank Gonzales, se identificó ante ella como miembro de la CIA¹⁷.

La acción llevada a cabo en Granada cumplió varios objetivos que interesaban a EE.UU., proporcionando el escenario para realizar pruebas diversas. Una de las principales fue comprobar si una preocupación a la que el Pentágono venía dando voz desde hacía mucho tiempo estaba fundada: si se podría conseguir que los soldados Negros estadounidenses disparasen contra una población Negra. Esta pregunta se ha vuelto crucial en una época en que el complejo militar-industrial de Estados Unidos opta cada

vez más por dar soluciones militares a la precaria situación que ocupa este país en el Tercer Mundo, donde siguen sistemáticamente la política de o bien hacer caso omiso de las luchas de liberación de los pueblos oprimidos, o bien alinearse con el bando erróneo. También se realizaron otras pruebas de menor importancia. Además de ensayar nuevos tipos de armamento, se averiguó si a los marines les gustaban sus nuevos cascos de estilo nazi. No les gustaban porque no les permitían afeitarse llevándolos puestos. Y también si los uniformes militares nuevos eran demasiado pesados para usarlos cómodamente en los trópicos. Como, en efecto, se comprobó¹⁸.

Veamos el lenguaje que utilizó el Pentágono, un lenguaje fabricado por los expertos en la guerra psicológica que actuaron en Granada.

- *Llegamos allí justo a tiempo.*
- *No ha sido una invasión, sino una misión de rescate.*
- *Limpieza del territorio.*
- *Era nuestro terreno. Teníamos todo el derecho.*
- *Matones armados (la milicia granadina).*
- *Un personaje del estilo de Idi Amin, capaz de tomar rehenes (el general Austin).*
- *Encarcelado por incitar a la población a la hostilidad.*

Este lenguaje está calculado para rebajar las aspiraciones de un país Negro ante los ojos y los oídos de los estadounidenses blancos, quienes secretamente están ya aterrorizados por la Amenaza Negra, encolerizados por los mitos sobre el Progreso Negro, y, al mismo tiempo, son alentados por la acción del gobierno a no tomar en serio la vida de ninguna persona Negra.

Incluso muchos estadounidenses Negros, amenazados por el fantasma de un socialismo que en su mejor acepción es mítico e impreciso, han hecho suya la consigna gubernamental de “ellos” contra “nosotros”. Pero ¿cuántos

de nosotros como americanos Negros nos hemos preocupado por examinar la amenaza del socialismo y compararla con la destructiva realidad del racismo que impera en nuestras vidas? Sometidos a la constante manipulación de los medios, muchos estado-unidenses Negros están sinceramente confundidos y defienden "nuestra" invasión de la Granada Negra, bajo la ilusión engañosa del patriotismo.

Mil novecientos ochenta y cuatro ya está aquí, y el pensamiento ambiguo es una realidad que nos nubla el cerebro y ahoga nuestras protestas.

Además de ser una demostración destinada a que la comunidad caribeña sepa lo que sucederá a cualquier país que se atreva a asumir la responsabilidad de su propio destino, la invasión de Granada también sirve de clara advertencia para los treinta millones de estadounidenses Negros. Cuidado con lo que hacéis. Lo hicimos allí abajo y no dudaremos en hacértelo a ti. Campos de concentración. Cubículos para interrogatorios. Celdas de aislamiento construidas a toda prisa por las fuerzas de ocupación estadounidenses. Prisioneros desnudos y con los ojos vendados. Registros domiciliarios en busca de fantasmas cubanos. Presiones para que los vecinos se denuncien entre sí. Nada de dioses extraños. Soldados estadounidenses en los controles de las carreteras y los aeropuertos, apoyados por antiguos miembros de la infame Banda de las Mangostas de Gairy, provistos de cuadernos con listas de los simpatizantes de Bishop y del GPR¹⁹. Son las tácticas para sojuzgar a un pueblo conquistado. Ni tribunales, ni cargos, ni procesos legales. Bienestar, pero sin indemnizaciones por los daños causados a las empresas, por los hogares destruidos y las vidas perdidas. Pases para circular por la calle. Encarcelamiento de los "alborotadores". La nueva emisora de radio emitiendo a todas horas la música del grupo de rock The Beach Boys.

¿A quién pertenecía Granada?

Centenares de cadáveres de granadinos en tumbas anónimas, parientes desaparecidos de quienes nada se sabe, supervivientes aturridos y reducidos al silencio por miedo a ser encarcelados y acusados de "incitar a la población al desorden". Sin reconocimiento y por tanto ninguna ayuda para las hermanas, madres, esposas e hijos de los muertos, para las familias desplazadas y las vidas destrozadas por la brutalidad consciente de una guerra programada y no declarada. Ninguna atención para los cuerpos de los granadinos que, metidos en bolsas de plástico, son llevados y traídos de las Barbados a Granada, de allí a Cuba y otra vez de vuelta a Granada. A fin de cuentas, no hay quien los distinga, y, además, si los paseamos por el mundo durante bastante tiempo tal vez acaben por desaparecer, o por volverse invisibles, o por convertirse en el sacrificio de otro pueblo.

"Mi hermano murió en Calliste cuando tirotearon la casa", contaba Isme, "porque pensaron que allí vivían cubanos. Mi padre perdió un brazo y una pierna. Lo llevaron a un hospital de las Barbados y falleció allí. Han traído su cuerpo al aeropuerto de Pearl, pero tengo que pedir dinero prestado para traerlo a casa y enterrarlo".

Semanas después de la invasión, los granadinos continúan localizando por el hedor los cadáveres que yacen por toda la isla y dándoles sepultura. No se ha hecho ningún recuento de bajas civiles. Ni siquiera han sido identificados con seguridad los cadáveres de Maurice Bishop y sus ministros asesinados, sin duda para evitar que el pueblo que lo amaba haga un intento de conservarlo en un lugar de honor, sin duda para facilitar la labor de difamar su popular recuerdo. Labor que ya ha comenzado.

Por primera vez en una guerra estadounidense, la prensa fue mantenida al margen hasta que se hubo preparado el escenario. Es un precedente que amplía el alcance

de la censura militar en este país. Al mismo tiempo, sirvió para desviar la atención sobre cómo se desarrolló la invasión. La misión llevada a cabo con "precisión quirúrgica", significaba un intento de ocultar el bombardeo y la destrucción de viviendas, así como la de un hospital, una emisora de radio y un cuartel de la policía; un intento de ocultar los transportes pesados estadounidenses que habían quedado hechos trizas en las cunetas, abandonados por los soldados no entrenados para conducir por la izquierda, así como los vehículos civiles contra los que habían chocado. Significaba apropiación, uso y destrucción de casas, almacenes y otros locales sin ofrecer ninguna indemnización. Cuando al fin se permitió el acceso a la prensa estadounidense tras el lavado de cara, a los lectores se nos ofrecieron fotografías de sonrientes granadinos dando la bienvenida a los conquistadores (mira lo que has comprado con tus impuestos). Pero no vimos ninguna fotografía de los carteles donde se solicitaba información sobre los vecinos. Ni fotografías de los carteles que por todo el país exigían el fin del imperialismo yanqui. SIN BISHOP NO HAY REVOLUCIÓN.

¿Qué significaba la Revolución en Granada? Significaba la inauguración de una industria agrícola que por primera vez en la historia de la isla procesaba la producción nacional de fruta y de café con una marca propia: Spice Isle Foods. La venta de productos enlatados de la tierra en las tiendas. La puesta en marcha de una industria pesquera y de procesamiento del pescado. En un país con una gran riqueza en frutas tropicales y en cuyas aguas abundan los peces, ¿por qué el zumo de naranja de Florida debía ser el zumo de frutas más vendido, y el pescado seco importado de Canadá el pescado que más se consumía?

Significaba que el número de médicos de la isla prácticamente se duplicó, pasando de veintitrés a cuarenta, y

que en todos los distritos se abrió un centro de salud por primera vez, y una clínica dental. Significaba que la Organización Nacional de la Juventud organizó una campaña pública sanitaria para erradicar los mosquitos con la que se consiguió proteger a Granada del brote de dengue que azotó al resto del Caribe en el verano de 1981²⁰.

Significaba que Lyndon Adams, de doce años de edad, residente en L'Esterre, Carriacou, enseñaba a leer y a escribir a una mujer de setenta y tres años dentro del programa cada-uno-enseña-a-otro contra el analfabetismo funcional que fue llevado a cabo por el Centro de Educación Popular. Este programa, que alcanzó un gran éxito, contó con la colaboración de uno de los mejores educadores de todos los tiempos, Paulo Freire, director del programa de alfabetización del Consejo Mundial de Iglesias. Cuando los ecos de la "Aventura oceánica" reverberaron por el Caribe en 1981 y la amenaza de una invasión estadounidense se cernió sobre los montes, desde Gran Etang hasta Harvey Vale, se dice que Lyndon, uno de los profesores más jóvenes del programa del CEP, dijo: "Antes de la revolución no éramos nadie. No me rendiré nunca. Prefiero que me maten antes que tener que trabajar para ellos si vienen a quitarnos nuestras tierras y a tratar de oprimirnos otra vez". Su vecina y alumna de setenta y tres años comentaba: "Creo que las cosas han mejorado mucho en L'Esterre y aún están mejorando más. ¡Y mire cómo se educan los niños y qué bien les va! ¡Para ser un chaval tan pequeño lo está haciendo bastante bien!"²¹.

Una estudiante de medicina estadounidense que fue testigo de la primera muerte de un marine estadounidense, tiroteado al desembarcar en Granada, no le sigue el juego a su entrevistador de la televisión cuando éste habla de: Bolsas de resistencia extranjera. *Cubanos escondidos en los montes*, "Qué va, no lo mataron los cubanos. Fue-

ron un viejo y su hijo, que disparaban desde su casa". Lyndon Adams y su vecina no son cubanos. El viejo y el hijo que defendían su casa no eran cubanos. Eran granadinos que se atrevieron a creer que tenían derecho a definirse a sí mismos y al futuro de su país, con independencia de Estados Unidos.

Granada es una sociedad muy estratificada compuesta por una gran masa, extremadamente pobre, de jornaleros y campesinos propietarios de pequeñas tierras, un grupo reducido pero en expansión de empleados de servicios de las ciudades, y una minúscula clase media acomodada, formada por funcionarios y grandes propietarios rurales, que tradicionalmente se han dedicado más a la exportación-importación que a promover la producción nacional. El gobierno de Bishop estaba tendiendo un puente entre los diversos grupos. Los problemas de discriminación por el color y la clase social son la compleja herencia, muy arraigada y de amplio alcance, que han dejado los sucesivos gobiernos coloniales. Los granadinos se oponen, muy acertadamente, a cualquier propuesta externa que pretenda dar una solución superficial a sus problemas. La Revolución había aunado los objetivos de los diversos grupos y, por eso mismo, se había convertido en una amenaza mayor para EE.UU.

Para el ciudadano granadino medio, los Estados Unidos son una presencia grande pero imprecisa, un lugar donde vive algún pariente querido. Antes de que el GPR llevara a cabo campañas informativas, la falta de cobertura de las noticias internacionales mantenía a la mayoría de los granadinos en la ignorancia con respecto a la posición ocupada por EE.UU. en la política mundial y a su historia de racismo y clasismo institucionalizados. Se pensaba que Ronald Reagan era una estrella de cine paternal sin relación alguna con la política de sistemática opresión econó-

mica y militar de los pueblos de Color de todos los países en desarrollo del mundo.

Pero la ciudadana y el ciudadano granadino medio también están muy implicados en los asuntos políticos de su país, siempre que los problemas de la supervivencia se lo permiten. Los acontecimientos de octubre afloran una y otra vez en las conversaciones, ya sea de una manera franca o solapada, fortuita o intencionada.

Los conflictos del Movimiento Nueva Joya, el arresto domiciliario de Bishop, la posterior manifestación de diez mil granadinos, la marcha de menores dimensiones que tuvo como resultado la liberación y el asesinato de Bishop, de algunos de sus ministros y de centenares de granadinos en Richmond Hill, y el toque de queda de cuatro días decretado por el ejército que siguió a estos hechos, dejaron terror en sus corazones. En aquel momento, cualquier final era preferible.

La misma tarde del día de la invasión, los estadounidenses pusieron en funcionamiento la emisora Spice Island Radio, y la mayoría de los granadinos no pudieron informarse de los hechos más que a través de los carteles y octavillas repartidos por todo el país por la P.S.Y.O.P.S. La gente trataba de explicarse lo inexplicable y se propagaron todo tipo de rumores. La dependiente de una tienda de St. Georges me dijo que había oído que el ejército disparó contra los civiles en Fort Rupert porque "los rusos les habían echado en la leche pastillas que les obligaron a disparar contra cualquiera que se les pusiera a la vista".

Aún está por ver si los futuros planes de EE.UU. para Granada justificarán la imagen de los Estados Unidos salvadores que tienen muchos granadinos. Incluso ahora esta imagen no está tan extendida como a los medios estadounidenses les gustaría que creyéramos. Un trabajador de diecinueve años de St. Georges que se ha quedado en el paro comenta: "Pueden llamarlo misión de rescate todo lo

que quieran, pero yo no he sido rescatado aún". Bajo la aparente capa de gratitud hay mucho dolor: demasiados padres, tíos, hermanos e hijas heridos o muertos porque "los estadounidenses creían que allí vivían cubanos". En las conversaciones sobre la guerra que oí en toda Granada percibí los efectos devastadores del horror y la incredulidad, muchas veces ocultos tras una animación superficial.

Fui a Granada por segunda vez seis semanas después de la invasión, queriendo saber si la isla aún estaba viva, quería analizar qué postura era legítima para mí como granadina-estadounidense consciente, con respecto a la invasión militar de este minúsculo país Negro por los poderosos Estados Unidos. Miré a mi alrededor, hablé con los granadinos en la calle, en las tiendas, en las playas, en los porches a la luz crepuscular del solsticio. Granada es su país. Yo soy sólo una pariente. Debo escuchar mucho y con atención, y meditar sobre las implicaciones de lo que he oído, si no caeré en la misma arrogancia precipitada del gobierno estadounidense, que ha creído posible dar soluciones externas al futuro de Granada.

Con mi visita también pretendía tranquilizarme, ver si Granada había sobrevivido al arrollador ataque del país más poderoso de la Tierra. Y ha sobrevivido. Granada está magullada pero muy viva. Los granadinos son un pueblo afectuoso y resistente (oigo la voz de mi madre diciendo: "Las isleñas son buenas esposas. Pase lo que pase, siempre se las han visto en peores situaciones"), y han sobrevivido a otras colonizaciones. Estoy orgullosa de pertenecer al linaje del país que organizó la primera Revolución Popular Negra y angloparlante de este hemisferio. En Granada se han producido terribles pérdidas, pero no se ha perdido todo... no se ha perdido el espíritu del pueblo. Siempre hacia delante, nunca hacia atrás²⁹ es algo más que un simple grito en la presente oscuridad.

Notas

- ¹ D. Tyler, *Washington Post*, 10 de octubre de 1983, pág. A14.
- ² A. Cockburn, *Village Voice*, 8 de noviembre de 1983, pág. 11.
- ³ B.D. Ayers, *New York Times*, 22 de octubre de 1983, pág. A5, y J. McQuiston, *New York Times*, 26 de octubre de 1983, pág. A20.
- ⁴ Texto del Tratado, *New York Times*, 26 de octubre de 1983, pág. A19.
- ⁵ S. Taylor, *New York Times*, 26 octubre de 1983, pág. A19.
- ⁶ A. Lewis, *New York Times*, 3 de noviembre de 1983, y A. Cockburn, *Village Voice*, 8 de noviembre de 1983, pág. 10.
- ⁷ S. Mydans, *New York Times*, 15 de enero de 1984, pág. 9.
- ⁸ *Christian Science Monitor*, 7 de noviembre de 1983.
- ⁹ A. Schlesinger, hijo, *Wall Street Journal*, 26 de octubre de 1983.
- ¹⁰ C. Sunshine, comp., *Grenada - The Peaceful Revolution* (E.P.I.C.A., Washington, D.C., 1982).
- ¹¹ C. Sunshine, *The Guardian*, 28 de diciembre de 1983.
- ¹² E. Ray y B. Schaap, "U.S. Crushes Caribbean Jewel", *Covert Action Bulletin*, n° 20, invierno de 1984, pág. 11.
- ¹³ *Ibid.*, pág. 13.
- ¹⁴ *Ibid.*, pág. 5.
- ¹⁵ S. Taylor, *New York Times*, 6 de noviembre de 1983, pág. 20.
- ¹⁶ *Ibid.*
- ¹⁷ *Washington Post*, 21 de noviembre de 1983.
- ¹⁸ Informativo vespertino de la CBS, 18 de diciembre de 1983.
- ¹⁹ *The London Guardian*, 4 de noviembre de 1983.
- ²⁰ *Grenada - The Peaceful Revolution*, pág. 87.
- ²¹ *Carriacou - In the Mainstream of the Revolution* (Feldon Publishers, St. Georges, Grenada, 1982), págs. 54-57.
- ²² Consigna de la Revolución granadina.

Apuntes de un viaje a Rusia*

Desde que regresé de Rusia hace unas semanas he estado soñando mucho. Al principio soñaba con Moscú noche tras noche. En algunos sueños mi pareja y yo volvíamos a estar en Moscú, en otros me encontraba en lugares conocidos y agradables que había visitado y en otros recorría ciudades distintas, desconocidas, lugares fríos, blancos, ajenos. Soñé que estaba haciendo el amor con una mujer tras un estante de ropa de los grandes almacenes Gumm de Moscú. La mujer se sintió mal, así que fuimos a la planta de arriba y me dirigí a la supervisora: "Tenemos que llevarla al hospital". Ella respondió: "Muy bien, llévela usted y dígales que tienen que hacerle una ecografía de riñones y un encefalograma...". Y repliqué, "Pero no me van a hacer caso". Y la supervisora me lanzó una mirada de extrañeza y dijo:

* Este diario está basado en el diario que escribí durante un viaje a Rusia realizado en 1976 con motivo de la celebración de la Conferencia de Escritores Africanos y Asiáticos, patrocinada por el Sindicato de Escritores Soviéticos, y a la que fui invitada en calidad de observadora, en representación de EE.UU.

"Claro que le harán caso". Y entonces me di cuenta de que estaba en Rusia y que allí los médicos, las pruebas y todo lo demás eran gratuitos.

Esos sueños ya no me visitan todas las noches, pero parece que se han ido haciendo cada vez más profundos, me despierto sin recordar de qué trataban exactamente y sabiendo tan sólo que una vez más he soñado con Rusia. Durante una época, en mis sueños Rusia se convirtió en una representación mítica del socialismo que aún no existe en ninguno de los lugares que he visitado. Las posibilidades de vivir en Rusia parecen muy diferentes en muchos aspectos y, sin embargo, salvo en Tashkent, la gente se siente europea (demasiado estadounidense, de hecho). Y, en Moscú, las tardes son lóbregas y melancólicas.

I

El vuelo a Moscú duró nueve horas, y, por lo que pude observar en el avión, el trato entre los rusos es tan antipático como entre los estadounidenses e igual de poco servicial.

Había una magnífica mujer de unos setenta y tantos años, de rostro abrupto y cansados ojos azules, que llevaba un pañolón a la cabeza y un enorme abrigo. Todos los pasajeros, menos yo, iban provistos de gruesos y enormes abrigos. Cuando salí del avión al frío de Moscú comprendí por qué. Aquella mujer ocupaba el asiento delante de mí. Viajaba sola y su baja estatura le dificultaba la labor de manejar el abrigo. Lo intentó una vez, y otra, y al final me levanté y la ayudé. El avión iba lleno hasta los topes, nunca había visto una cabina tan atestada. La anciana se volvió y me dirigió una mirada. Era evidente que no hablaba inglés, porque antes yo había murmurado algo sin obtener respuesta. En sus ojos vi una mirada desprovista de todo ren-

cor. Pensé sobresaltada que en las relaciones entre los estadounidenses Negros y blancos se da por hecho un cierto grado de tensión. En los ojos de la mujer tampoco había agradecimiento, pero sí una sencilla reacción humana ante mi persona. Luego, mientras se daba la vuelta para sentarse de nuevo, prendidas del jersey que llevaba bajo una chaqueta muy raída, vi por lo menos tres medallas de aspecto militar, con sus galones y todo. Medallas de heroína de la República, supe después. Concedidas por el trabajo duro.

Esto es algo que advertí en todas partes: los rusos de edad muy avanzada tienen un sello distintivo que confío en adquirir y no perder nunca, una pragmática capacidad de adaptación y un sentido de cuál es su lugar en el mundo muy poderoso y tranquilizador.

Aterricé el 10 de septiembre sobre las tres y media de la tarde, hora moscovita, y al salir del avión me envolvió una atmósfera grisácea, desapacible y familiar. Había un olor a invierno en el aire, casi nostálgico. Los árboles tenían aspecto de Día de Acción de Gracias y un color como de pavo y calabaza gris teñía el cielo. Tres mujeres corpulentas, de rostro cuadrado, se acercaban por la pista cogidas del brazo, bromeando y riendo. Eran a todas luces trabajadoras que habían terminado su turno; vestían traje de faena y chaqueta gris, y llevaban gorras de mecánico y sendas tarteras en la mano. Se detuvieron junto a un camión que había hecho un alto y empezaron a tamborilear sobre la ventanilla cerrada para llamar la atención de otra mujer que estaba dentro, medio saludando a la conductora, medio gastándole una broma; evidentemente era su amiga, porque todas empezaron a señalarse con el dedo y estallaron en sonoras carcajadas en medio de la pista de aterrizaje, bajo la sombría luz del atardecer, balanceando las tarteras y haciendo payasadas.

La guía turística que me habían asignado se llamaba Helen, una mujer joven de huesos grandes, muy agradable y atractiva, que andaría por la treintena. Había nacido en el este, cerca de Japón, de padre militar ya fallecido. Ahora vivía con su madre y me contó que ambas habían tenido que aprender a hacer muchas cosas por sí mismas, ya que en estos tiempos tienen pocos hombres cercanos y les resulta muy difícil encontrar ayuda.

En Rusia llevas tu propio equipaje en los aeropuertos y los hoteles. Al principio aquello me agobió, porque, por supuesto, no es nada divertido subir siete tramos de escaleras cargada con una maleta a rebosar porque el ascensor no funciona. Pero a medida que pasaban los días me pareció más justo, pues se diría que en Rusia todo se mide en función de los alimentos. Es decir, el trabajo manual se valora por la cantidad de alimentos que produce, y, sobre esa base, se compara su importancia con el valor de otros trabajos. Por ejemplo, hay hombres y mujeres que dedican toda su vida a aprender y realizar la infinita, lenta y laboriosa tarea de relocalar los azulejos persas de Samarkanda para restaurar los antiguos mausoleos. Se considera un trabajo muy valioso. Y es que las antigüedades poseen un valor especial, mientras que cargar con el equipaje ajeno no lo tiene porque no resulta muy productivo ni desde el punto de vista de la belleza ni del valor. Que uno mismo no esté en condiciones de llevar su propio equipaje es otra cuestión. En todo caso, encuentro muy interesante esta concepción de las cosas.

El aeropuerto está a unos cincuenta kilómetros de Moscú, y la carretera y los árboles y los conductores me podrían haber parecido habitantes de Northern Westchester a finales de invierno, si no hubiera sido porque no entendía ningún cartel. De vez en cuando dejábamos atrás antiguas casas de estilo ruso ortodoxo, descuidadas e

increíblemente hermosas, con la madera pintada de preciosos colores y ornamentadas ventanas con ribetes. Algunas estaban a punto de derrumbarse. A pesar de todo, el paisaje y la arquitectura de las afueras de Moscú poseían una magnífica opulencia, incluso en el gris invierno, y aquello me indicaba que no estaba en mi país.

Me alojé en el hotel Younnost, uno de los hoteles internacionales de Moscú. La habitación era una especie de estudio cuadrado con camas al estilo Hollywood y un enorme ventanal que ofrecía una panorámica del Estadio Nacional, un puente ferroviario y una vista imponente de los edificios universitarios recortados contra el horizonte. Pero todo me recordaba tanto a Nueva York en invierno, que incluso cuando me senté a escribir después de la cena, a las nueve y media de la noche, mientras contemplaba el paisaje a través de las cortinas, se oyó el sonido de un tren y la luz brillaba en el horizonte, y de tanto en tanto los faros traseros de un coche giraban entre el puente ferroviario y el hotel. Y parecía una más de las cientos de noches que recuerdo cerca de Riverside Drive, aunque justo al borde de la imagen se viera la cúpula dorada en forma de cebolla de una iglesia ortodoxa rusa.

Antes de cenar di un breve paseo. Estaba oscureciendo, pero al fondo de la calle del hotel divisé la estación de metro del Estadio. Me dirigí hacia allí y entré en la estación, y me detuve un rato frente a las escaleras mecánicas, observando las caras de la gente que iba y venía. Me sentí transportada a la calle 14 de mi infancia, antes de que los Negros y los latinos pusieran una nota de color en Nueva York, aunque el metro moscovita estaba mucho menos atestado y había menos barullo. Lo que más me extrañó en los diez minutos que estuve allí parada fue que no había personas Negras. Y que la taquillera y la jefa de estación eran mujeres. La estación era muy grande, muy hermosa y

estaba muy limpia... tanta limpieza era chocante, sorprendente, agradable. Aquel lugar parecía el vestíbulo de un teatro: bronce rutilante, mosaicos, relumbrantes lámparas de cristal. Aun cuando se mueven con prisa, y en Moscú siempre parece haber cierta premura, los moscovitas no tienen el aire frenético de los neoyorquinos. Lo que caracterizaba a todas aquellas personas era la amabilidad de sus expresiones, la voluntad de sonreír, al menos a mí, una extranjera. Esto creaba un curioso contraste con el tiempo atmosférico.

En las cercanías del hotel había algunos Negros y le pregunté a Helen sobre la Universidad Patrice Lumumba. Esta es una universidad para estudiantes de países africanos ubicada en Moscú. Al regresar de la estación de metro vi a muchos africanos en el hotel y sus alrededores, creo que la mayoría debía estar allí para asistir a la conferencia. Resultaba curioso que la mayoría de ellos hablaran ruso y yo no. Al bajar al comedor a cenar, las dificultades lingüísticas estuvieron a punto de acobardarme, porque no era capaz de descubrir dónde debía sentarme o si tenía que esperar a que alguien me condujera a mi sitio. Ante un alfabeto desconocido, es imposible desentrañar una lengua extranjera. Un joven Negro pasó por mi campo visual contoneándose de esa manera con que se contonean los Negros jóvenes y guapos que quieren llamar la atención; le pregunté: "¿Habla inglés?". "Sí", repuso, y echó a andar muy deprisa alejándose de mí. Volví a abordarle y traté de preguntarle si tenía que sentarme o esperar a que alguien me dijera dónde, y entonces me di cuenta de que el pobre chico no entendía ni una palabra de lo que le estaba diciendo. A partir de ese momento decidí sacar mis dos fieles libritos de frases sencillas y procedí a pedir una cena deliciosa: vino blanco, una sopa de pescado que tenía un regusto a limón y rezumaba aceite de oliva, caballa fresca,

un delicado esturión a la parrilla con salsa de escabeche, pan e incluso un vaso de té. Todo esto fue posible gracias a mis grandes dosis de tenacidad y osadía, y a la sonriente paciencia de un camarero muy atento que hizo salir de la cocina a un cocinero para que le ayudase en la tarea de descifrar mis deseos.

II

En Moscú hace mucho frío. El día que llegué nevó por la mañana, y hoy ha vuelto a nevar, aunque estamos a 16 de septiembre. Mi guía, Helen, hizo un comentario muy acertado al respecto. Dijo que la vida en Moscú es una lucha constante contra el frío y que vivir es una victoria sobre la muerte por congelación. A causa del frío, o quizá por la escasez de alimentos en los años de la guerra, todo el mundo come muchísimo. Esta noche, debido a un pequeño error cometido por la camarera, a Helen le han servido dos cenas, y no ha puesto el menor reparo en dar cuenta de todo. Y nadie está desproporcionadamente gruoso, lo que supongo que de alguna manera se explica por el clima. Esta noche hemos bebido vino con la cena; por lo visto, se recurre mucho al vino para soltar la lengua. Casi se diría que es una prescripción. Siempre hay tres vasos por cabeza en la mesa dispuesta para cenar: uno para agua, otro para vino y el tercero para vodka, que corre como el agua, y según parece con escasos efectos en los rusos.

Un grupo de asistentes a la conferencia hemos salido hoy a hacer turismo acompañados de nuestros guías. Resulta difícil creer que es domingo porque la ciudad entera, centrada en sus objetivos, desborda vida como cualquier otro día y se diría que la semana laboral se ha alargado un día. Hemos visto el Museo del Convento Novagrodski, cuyas audaces y brillantes torres en forma de cebolla hicieron que

se desvaneciera de golpe la sensación de estar en Manhattan. Hemos ido a ver la universidad y, por supuesto, muchas placas para muchos héroes, pero no he visto ninguno que me conmoviera tanto como la curtida anciana que viajó conmigo en Aeroflot. Y el Teatro del Ballet Bolshoi. Bajo el cielo encapotado y gris y lluvioso –como un día de diciembre en Nueva York– resultaba imponente a la manera en que el Grand Concourse de la calle 161 del Bronx puede resultar imponente en pleno diciembre, o Columbus Circle. Las torres doradas en forma de cebolla de algunos edificios más antiguos son muy hermosas y tienen, incluso con este tiempo, un resplandor permanente que las hace parecer alegres promesas en el paisaje, o palacios de cuento de hadas, y las preciosas tonalidades verdes, blancas, amarillas y naranjas que decoran y enmarcan las ventanas ponen un maravilloso toque de color en el gris ambiental. Confío en tener la oportunidad de visitar el Museo Pushkin.

Me ha entrevistado una mujer maternal, dulcemente astuta, que pertenece al Sindicato de Escritores Soviéticos. Según dijo, está haciendo un estudio sobre la "política Negra" y, como es lógico, le interesaban mucho las mujeres estadounidenses. Charlamos durante dos horas largas y, en el curso de la conversación, le hablé de la anciana del avión cargada de medallas y le pregunté si sabía qué podían ser. Me respondió que probablemente esa mujer era una vieja campesina a la que habían condecorado y nombrado "Heroína de la República". Por lo general, comentó, se concedían esas medallas a la gente que trabajaba mucho. Ese detalle me pareció interesante porque un poco antes, durante la comida, había visto una faceta de Helen, mi intérprete, que me sorprendió. Helen estaba bastante molesta con una camarera que no la atendía con la debida rapidez, y es verdad que tardan en atenderte. Helen comentó que los trabajadores gobiernan el país, y se diría

que eso le desagradaba o, cuando menos, la desconcertaba. Creo que Helen se sentía discriminada, o en desventaja, por ser una "intelectual", una traductora e intérprete. Lo cual se me antojó un tipo de esnobismo bastante extraño, ya que Helen trabajaba tanto o más que cualquier camarera, corriendo a mi zaga y viviendo mi vida además de la suya. Porque siempre se pegaba a mí como la blancha al arroz.

Estábamos en la universidad y nuestro guía nos hablaba en inglés sobre los edificios, construidos en tiempos de Stalin. Se habían traído materiales desde Ucrania para embutirlos en la tierra y construir encima los edificios, porque Moscú, a diferencia de Nueva York, no se ha erigido sobre un lecho de roca. Me resulta chocante que una ciudad de edificios de piedra mastodónticos y grandiosos no tenga sus cimientos en un lecho de roca. Es como si se sustentara sobre la voluntad humana. Mientras charlábamos sobre esto junto a un luminoso estanque, un chico con el pelo como estopa se me acercó sigiloso con un aire de lo más internacional, a sus diez añazos, se paró delante de mí y con un gesto oblicuo y furtivo, extendió la mano. En medio de su pequeña palma descansaba un botón decorado con una estrella roja y un soldado en el centro. Me quedé pasmada sin saber qué quería el chico y se lo pregunté a Helen, quien le dijo que se fuera y lo espantó tan deprisa que no tuve oportunidad de impedirselo. Luego me explicó que lo que pretendía era cambiar su botón por un botón estadounidense. El chaval se había detenido a observar a la muchedumbre de extraños Negros y se las había arreglado para identificarme como estadounidense, porque claro, los estadounidenses son los únicos que llevan tantísimos botones, y él quería hacer un trueque con su botón de la estrella roja. Me conmovió aquel chico, en parte porque, no pude dejar de pensar que, aprovechando

el domingo, debía de estar haciendo un recorrido por los lugares turísticos. Estoy segura de que sus padres no sabían dónde estaba y me intrigó qué habría hecho su madre si lo hubiese sabido.

La mujer del Sindicato de Escritores que estaba escribiendo sobre la política Negra me pareció un poco mayor que yo, con algo más de cincuenta años, y un marido que había muerto en la guerra. No tenía hijos. Me explicó todo esto en cuanto nos sentamos, hablando de un modo extrovertido sobre su vida, como aparentemente todo el mundo hace aquí. Y digo aparentemente porque las cosas nunca llegan más lejos. Y esa mujer, como mi guía y la mayoría de las mujeres aquí, jóvenes o mayores, parecen lamentar la escasez de hombres. Pero, a la vez, se diría que en sus relaciones con ellos se han deshecho de muchos de los mecanismos del rol tradicional femenino. Casi todas las mujeres a las que conocí habían perdido a alguien en lo que denominan la "Gran Guerra Patriótica", nuestra segunda guerra mundial.

Esa noche me entrevistó Oleg, uno de los funcionarios del Sindicato de Escritores Soviéticos, el organismo que me ha invitado a Rusia y que va a pagar mis facturas. Me enteré durante la entrevista con Oleg de que el hotel donde nos alojamos era originariamente un albergue juvenil, y se disculpó porque no fuera tan "civilizado", como otros hoteles moscovitas. Ya me había topado antes con el adjetivo "civilizado", y me pregunté si sería una palabra que se usaba con los estadounidenses o si quería decir a la altura de los criterios estadounidenses. Se va consolidando mi impresión de que los criterios estadounidenses son una especie de norma no escrita, de manera que tanto si los rechazas como si los adoptas, siempre hay que tenerlos en cuenta. Es un poco decepcionante. Pero al regresar al hotel, observo que los accesorios están bastante desgasta-

dos, aunque funcionan, y que las camas son de tamaño adolescente, pero cómodas. Para ser un albergue juvenil es mucho mejor de lo que cabría esperar. Por supuesto, no puedo evitar preguntarme por qué los asistentes a una Conferencia Afroasiática tienen que estar alojados en un albergue juvenil; es más, en un albergue "incivilizado", aunque supongo que nunca hallaré respuesta para esto. En la Unión Soviética las habitaciones de hotel tienen un precio fijo. Y, según deduje de la conversación que mantuve con Helen mientras nos dirigíamos en metro a enviar un cable, los servicios públicos son bastante baratos. El gas para cocinar cuesta dieciséis copecs al mes, es decir, menos de un rublo (alrededor de 3 dólares), y al decir de Helen, cuando en invierno se dedica a traducir todo el día, su consumo máximo de electricidad asciende a tres rublos al mes. Y eso es una factura muy elevada, según dice. El apartamento de dos habitaciones que comparte con su madre les cuesta ocho rublos al mes.

Oleg no habla inglés, o no conversa en inglés. Como tantas otras personas que iba a conocer durante mi estancia en Rusia, comprende el inglés pero no se suelta a hablar. Oleg me dijo por mediación de Helen que quería que supiera que era muy importante que los escritores nos conociéramos y que el objetivo de la conferencia era proporcionarnos un lugar de encuentro. Le di las gracias por los veinticinco rublos que me habían entregado nada más llegar a Moscú, que, según me dijeron, era dinero de bolsillo que se nos daba por cortesía del Sindicato de Escritores Soviéticos. Hablé de los pueblos oprimidos del mundo entero, encontrándose para entrar en contacto y compartir, hablé de Sudáfrica y su lucha. Oleg dijo algo muy curioso: "Sí, lo de Sudáfrica es terrible. Es como una herida abierta en el cuerpo que nunca se cura". Me sonó a frase hecha y no comprometida. Poco clara. Willy, mi amigo

poeta de Sudáfrica, vive ahora en Tanzania y podría venir a la conferencia, la posibilidad me entusiasma.

III

Para asistir a la conferencia viajamos hacia el sur hasta Uzbekistán, un viaje de cinco horas que se convirtieron en siete debido a los retrasos. Ya era de noche cuando llegamos a Tashkent, tras un vuelo agotador. Como ya he comentado, los aviones rusos están increíblemente abarrotados, los asientos ocupan hasta el último centímetro disponible. Los rusos aprovechan al máximo su espacio aéreo. Incluso el viaje de Nueva York a Moscú fue una especie de desplazamiento aéreo de masas. Y el vuelo de Moscú a Tashkent ciertamente lo fue, ya que los pasajeros eran 150 asistentes a la Conferencia de Escritores Africanos y Asiáticos, yo misma, un observador, los intérpretes y el personal de prensa. En conjunto, un grupo de unas 250 personas, toda una multitud a la hora de desplazarse por un país al menos cuatro o cinco veces mayor que los Estados Unidos (y en un avión común y corriente, no particularmente amplio).

Hacía un calor delicioso cuando descendimos del avión en Tashkent, y olía como en Accra, Ghana. Al menos esa fue la impresión que me dio durante el corto trayecto del aeropuerto al hotel. La carretera de la ciudad estaba rodeada de árboles y anchas avenidas de blanco mármol, y brillantes farolas. La ciudad entera de Tashkent había sido reconstruida después del terremoto de 1966. Llegamos cansados y acalorados a un recibimiento de los que te dejan el corazón en suspenso y luego lo llenan de regocijo. ¿Puedes imaginarnos, 250 personas exhaustas, agarrotadas, sedientas, desorientadas, hartas de hablar y mal alimentadas? Había caído la noche. Salimos del avión y

vimos frente a nosotros a más de cien personas, cámaras de televisión, focos, y doscientos o trescientos niños vestidos con trajes típicos y llevando ramos de flores que recibimos mientras descendíamos por la rampa del avión. "¡Sorpresa!" Desde luego, fue toda una sorpresa. Una auténtica sorpresa que me dejó anonadada. Me sorprendió aquel gesto, tal vez de gusto dudoso, y también la masiva participación. Ante todo, me sorprendió mi reacción; me sentí verdaderamente bien acogida.

Nos dirigimos al hotel y, por primera vez en Rusia, tuve la clara sensación de encontrarme entre personas de sangre caliente; porque no se eludía el contacto, los deseos y emociones eran posibles, y yo tenía la impresión de estar en un lugar inquietantemente conocido —no por el aspecto de la ciudad, diferente a todo lo que había visto hasta entonces, la noche y los minaretes— sino porque el ritmo de la vida parecía más intenso, más animado que en Moscú; y en lugar de la enérgica amabilidad de los moscovitas, las personas mostraban una calidez contagiosa. Tashkent está poblada por gente asiática. Uzbecos. Parecen descendientes de Gengis Khan, y probablemente lo son en algunos casos. Son asiáticos y son rusos. Prácticamente piensan y hablan y se consideran a sí mismos rusos, y me pregunto cómo se las arreglan. Por otra parte, mientras fue pasando el tiempo fui notando las tensiones personales entre los rusos del norte y los uzbekos, de tipo nacional y a veces racial.

Sólo cuatro hermanas asistimos a la conferencia. En el vuelo hacia Tashkent me senté con las otras tres mujeres africanas, y durante cinco horas y media estuvimos charlando sobre nuestros respectivos hijos, nuestros ex maridos, todo muy, muy "hetero".

IV

Tashkent está dividida en dos partes. La parte vieja que sobrevivió al enorme terremoto de 1966 y la parte nueva, situada en torno al núcleo de la vieja Tashkent. Es muy nueva y muy moderna, fue reconstruida en un plazo muy breve después de que el terremoto prácticamente arrasara la zona. En su reconstrucción participaron trabajadores de toda la Unión Soviética. Vino gente de Ucrania, de Bielorussia, de cada una de las regiones, y entre todos reconstruyeron la ciudad. Y hay muchos estilos arquitectónicos en la parte nueva, pues cada grupo que acudió construyó a su manera. Es casi un monumento conmemorativo a lo que un gran grupo de personas puede hacer cuando une sus esfuerzos. Fue uno de los detalles que más me impresionó durante mi estancia en Tashkent. La parte vieja, que es realmente el centro de Tashkent, se parece mucho, muchísimo, a una ciudad de Ghana o de Dahomey, como Kumasi o Cotonou. A la luz del día, su parecido con algunos lugares de África occidental es tan grande que apenas podía dar crédito a lo que veía. De hecho, si Moscú es Nueva York en otro espacio, con otros matices —porque tanto Nueva York como Moscú tienen una población que supera los ocho millones de habitantes y aparentemente deberían compartir los mismos problemas, pero Moscú parece haberlos afrontado de una manera muy distinta—, si Moscú es Nueva York, Tashkent es Accra. Es africana en muchos aspectos: los puestos callejeros, la mezcla de viejo y nuevo, los ondulados tejados de hojalata sobre las casas de adobe. El olor a trigo de las plazas, aunque éstas eran más modernas que las de África occidental. Incluso algunos árboles y flores, como las calas. Pero el aroma a laterita roja de la tierra era distinto.

Los pobladores de Tashkent, que está bastante cerca de la frontera iraní, son muy diversos, y me sorprende su apa-

rente unidad, la manera en que el pueblo ruso y el asiático son capaces de funcionar en una atmósfera multinacional que les exige llevarse bien, sean o no gente que se gusten entre sí. Y no es que no haya nacionalistas, o racistas, sino que el Estado, al tomar postura contra el nacionalismo y el racismo hace posible que una sociedad como ésta funcione. Y, por supuesto, el siguiente paso de este proceso debe ser una elección personal. Sin embargo, no veo a nadie que trate de llegar a esta fase, ni por aproximación, lo cual es problemático, pues mientras no se da este paso el socialismo permanece a merced de una visión incompleta, impuesta desde fuera. Nuestros deseos son internos, los controles externos. Pero al menos aquí hay un clima que parece favorecer este tipo de reflexiones. Pregunté a Helen sobre los judíos y se mostró bastante evasiva, creo, limitándose a decir que en el gobierno había judíos. Se diría que la postura de fondo es dar la igualdad por sentada, si bien hay ocasiones en que un abismo separa las expectativas de la realidad.

Visitamos un estudio cinematográfico y vimos varios cortos de animación infantil que abordaban los temas con belleza y profundidad, con un gran sentido del humor y, lo que es más destacable, sin el tipo de violencia que hemos llegado a asociar al cine de animación. Un verdadero encanto.

Después de dos intensos días de reuniones en Tashkent, una mañana hacia las siete y media salimos en autobús rumbo a Samarkanda, la fabulosa ciudad del Gran Tamerlán. Tras una breve siesta en el autobús empecé a sentirme un poco más humana y a mirar a mi alrededor, contemplando el paisaje. Nos dirigimos hacia el sureste de Tashkent, que está a su vez al sureste de Moscú. El campo es muy hermoso. Resulta al mismo tiempo extraño y familiar. Son tierras algodóneras. Kilómetros y kilómetros de

algodonales, y trenes cargados de estudiantes procedentes de Moscú que iban a pasar un par de semanas cosechando el algodón y divirtiéndose. Nos rodeaba un ambiente festivo. Atravesamos aldeas en las que divisé mercadillos donde las mujeres, sentadas en la tierra desnuda con las piernas cruzadas, vendían unas cuantas coles o una pequeña cesta de frutas. Y tapias, tras las que podías ver casas de adobe. Incluso las tapias me recordaban mucho a África occidental, construidas con ladrillos de adobe y surcadas de grietas que formaban ese tipo de dibujos que había visto hasta la saciedad en Kumasi y al sur de Accra. Pero aquí el barro no es rojo sino de un beige claro, y eso me recuerda que esto es la URSS y no Ghana o Dahomey. Y los rostros son blancos, claro está. Hay otras diferencias que saltan a la vista. Las ciudades y los pueblos están en muy buen estado y una excelente vía de tren corre paralela a la carretera. Trenes largos, de aspecto eficaz, y vagones cisterna, y trenes de pasajeros de diez vagones pasan de largo junto a nosotros y a las casetas donde se hace el cambio de agujas, decoradas con azulejos blancos y azules y con los tejados pintados, todas ellas atendidas por mujeres. En Rusia todo parece mayor, enorme. Las carreteras son más anchas, los trenes más largos, los edificios mayores. Los techos son más altos. Se diría que todo está hecho a mayor escala.

Nos detuvimos a comer en una granja colectiva donde se estaba celebrando la fiesta de la cosecha y cumplimos con el simpático trámite de hacer las presentaciones interculturales mientras el vodka corría generosamente. Después todos bailamos y cantamos junto con el tropel de estudiantes llegados para la cosecha del algodón. Más tarde junto a las carreteras vi auténticas montañas de algodón que estaban siendo cargadas en trenes.

Cada pequeña ciudad que cruzamos tiene un café donde pueden acudir los paisanos a pasar la tarde, a charlar, a hablar o a ver la televisión o a escuchar propaganda, quién sabe, pero donde pueden reunirse. Y, por todas partes, entre las aldeas de aspecto vetusto, hay nuevos edificios de cuatro plantas en construcción, fábricas, nuevos bloques de apartamentos. Pasan de largo trenes cargados de planchas y otros materiales de obra, de carbón, piedras y tractores, e incluso uno con una fila tras otra y otra de pequeños automóviles. Hay tres tipos distintos de coches rusos. Éste es el más barato, y el más popular; centenares y centenares de coches apilados, todos del mismo amarillo limón. Evidentemente era el color que tocaba producir ese mes en la fábrica.

Con tanta industria pasando a mi lado en aquel viaje en autobús a Samarkanda se me ocurrió la idea de que esta tierra no es tan industrial, sino más bien industriosa. Daba la sensación de que allí se trabajaba duro y siempre se estaban haciendo cosas, una sensación muy atractiva. Además me enteré de que la región entre Tashkent y Samarkanda fue conocida en su día por el nombre de "Desierto hambriento", porque a pesar de que es fértil, nunca llovía y estaba cubierta por un manto de sal. Mediante la tecnología diseñada para eliminar la sal, y gracias al trabajo de muchas manos y cerebros, se ha conseguido que la región florezca, y ciertamente florece. Se han desarrollado cultivos, en especial el del algodón. Hay gente viviendo aquí y enormes canales y tuberías de irrigación que permiten que en los pueblos y granjas colectivas haya árboles. La sensación de haber ganado al desierto un terreno que rinde grandes frutos es constante en todo Uzbekistán. Cuando más tarde nos paramos en un oasis, mientras seguíamos el viaje hacia el sur después de la gran fiesta, cogí algunas florecitas del desierto: minúsculas flores esmirriadas que

crecían en la arena. Probé una, y así como la madreelva es dulce, aquella flor era salada. Era como si la tierra misma siguiera produciendo sal o añadiéndola a sus productos.

Hay un mármol muy bello por todo Uzbekistán. Las escaleras de los hoteles y a veces las calles tienen un bonito mármol rosado y verde. Así era en Tashkent, que significa "Ciudad de piedra" Pero en el viaje de Tashkent a Samarkanda no vi piedras o rocas de ningún tipo cerca de la carretera. No se me ocurre ninguna razón, excepto que se trata de un territorio ganado al desierto. Las carreteras parecían muy buenas, y eran muy anchas porque estaban continuamente recorridas arriba y abajo por maquinaria pesada y tractores.

Nos dieron otra entusiasta bienvenida en Gulstan, que significa "Desierto Hambriento". Ahora es el pueblo de las rosas. Visitamos una granja colectiva, entramos en una casa particular, vimos una guardería. La casa en la que entramos, propiedad de una mujer, me pareció impresionante, como le dije a alguien que me preguntó durante la comida. "Vive mejor que yo", y en ciertos aspectos era cierto. También la granja colectiva de Gulstan, llamada Colectivo Leningrado, es una de las más prósperas de la región. Nunca sabré cómo se llamaba la joven que tan amablemente me abrió las puertas de su hogar, pero nunca la olvidaré. Me ofreció hospitalidad en su casa y, aunque no hablábamos la misma lengua, sentí que era una mujer que, como yo, desea que sus hijos puedan vivir en paz en su propia tierra, haciendo provechoso de algún modo el esfuerzo de sus manos. Por mediación de Helen, la mujer habló de sus tres hijos, uno de ellos todavía un bebé, y yo de mis dos hijos. Yo hablaba en inglés y ella en ruso, pero tuve la inequívoca sensación de que nuestros corazones hablaban el mismo idioma.

La recordé unos días después en Samarkanda, al ir de compras al mercado con Fikre, una estudiante etíope de la Universidad Patrice Lumumba. Una mujer musulmana se me acercó y, mostrándome a su hijo pequeño, me preguntó a través de Fikre si yo también tenía algún niño. Dijo que era la primera vez que veía a una mujer Negra, había visto a hombres Negros pero nunca a una mujer Negra, y le había gustado tanto mi aspecto que sintió deseos de mostrarme a su niño y enterarse de si yo también era madre de un pequeño. Luego nos despedimos con buenos deseos, cruzamos unas palabras amables y se marchó.

Tratamos también con una culta y muy elocuente joven asiática, estudiante de antropología, que fue nuestra guía en las visitas a los museos de Samarkanda y compartió con nosotros su gran bagaje de conocimientos históricos. Tanto la noche que llegamos a Samarkanda como al día siguiente mientras recorríamos los museos, me dio la impresión de que había muchas cosas que no estábamos viendo. Pasamos, por ejemplo, junto a una vitrina con monedas que reconocí como antiguas monedas chinas, porque solía usarlas para echar el I Ching. Le pregunté a la guía si venían de China. Reaccionó como si hubiera oído una palabrota. Y respondió: "No, son de aquí mismo, de Samarkanda". Sin embargo, era obvio que habían sido traídas para comerciar y ahí estaba el problema, pero yo no podía leer la explicación del rótulo, que evidentemente estaba en ruso, y ella se había tomado a todas luces muy mal que pronunciara la palabra *China*. En todas las mujeres que he conocido aquí siento un aire de seguridad y una confianza muy afirmativa en su capacidad como mujeres, productoras y seres humanos. Pero también veo una rigidez pétrea, una resistencia a cuestionar las cosas que me asusta y me entristece, porque parece destructiva para una idea de progreso que esté en continua construcción.

Llegamos a Samarkanda sobre las nueve y media de la noche, bastante agotados tras un día muy completo. Tuvi- mos tiempo de ver el último espectáculo de luces sobre la tumba de Tamerlán en la plaza mayor. Cuanto menos se diga al respecto mejor. Al día siguiente, Helen, Fikre y yo nos escapamos de la visita a un mausoleo, cruzamos la calle a la carrera y fuimos al mercado. Había un ambiente tan bueno y tranquilizador como es habitual. La gente en los mercados siempre sabe cómo ir al grano; yo tengo esto, tú lo quieres; tú tienes eso, yo lo quiero.

Las sepulturas de azulejos y las madrasas (antiguas escuelas superiores) de Samarkanda son bellas, intrincadas y apacibles. Se está llevando a cabo una labor increíble para restaurarlas. Al caminar por esos lugares, consciente de que allí había sepultada tanta historia, sentía que la quietud se instalaba en mis huesos. Encontré dos plumas de ave en la sepultura de Bebe, la mujer favorita de Timor, y sentí como si hubiera ido allí para encontrarlas. La sepul- tura de Bebe posee hermosos minaretes, pero la tumba en sí misma no llegó a usarse. Ni tampoco la mezquita. Se cuenta que Bebe era la favorita de Tamerlán y que él "la amaba con todo su corazón". Pero Tamerlán estaba siem- pre buscando viajes que emprender y la dejaba sola tan a menudo que terminó por romper el corazón de Bebe y ella murió. A su regreso, al descubrir que había muerto, Tamer- lán se disgustó enormemente pues la amaba mucho; juró construir para ella el mayor mausoleo del mundo y la mez- quita mejor ornamentada, y así lo hizo. Pero entonces, justo antes de que concluyeran las obras, se derrumbó. Según se cuenta fue debido a un error del arquitecto, pero la cuestión es que no llegó a usarse. Un punto para el fan- tasma de la dama.

Las sepulturas de azulejos y las madrasas son fasci- nantes, pero a mí me cautivaron los mercados. Esa misma

tarde acudimos a otro acto en solidaridad con el pueblo oprimido de Algún Lugar. Lo único que sabía a ciencia cierta es que no era el pueblo Negro oprimido de EE.UU., sobre cuya situación yo había planteado una serie de interrogantes días atrás y cuya respuesta todavía aguardaba. Reunidos en la fábrica de porcelana, bajo un sol calcinante que a punto estuvo de derretirme el cerebro, pensé en muchas cosas. Me da la impresión de que en muchos aspectos los pueblos de la Unión Soviética aún no se pueden permitir la honestidad. Cuando puedan permitírsela, se volverán de mármol puro o bien se hundirán en la decadencia. Lo que me molesta de los Estados Unidos es que su honestidad es falsa y así no deja mucho espacio para avanzar hacia la esperanza. Creo que Estados Unidos tiene sus problemas y Rusia los suyos, pero en definitiva un pueblo que parte de una posición en que lo esencial son los seres humanos, y otro pueblo para el que lo esencial son los beneficios, encontrarán soluciones necesariamente distintas. Me pregunto cómo se resolverán problemas humanos similares en ambos lugares. Por otro lado, no estoy del todo convencida de que aquí se considere que los seres humanos son lo principal, pese a que sí se dé más propaganda a esa idea que en EE.UU.

Al día siguiente tuve una reunión con la señora Izbalkhan, presidenta de la Sociedad de Amigos de Uzbekistán. La reunión fue el resultado de mi solicitud de que se clarificase mi posición en la conferencia. A fin de cuentas, ¿por qué no se celebraba ningún acto en favor de los pueblos oprimidos de la América Negra? Me pareció que con eso había dicho suficiente. La señora Izbalkhan habló durante dos horas y en esencia vino a decir, "vale, esto es lo que nuestra revolución ha hecho por nosotros". Y tuve la impresión de que eso implicaba, "cuando quieran ustedes hacer la suya, adelante, háganla, pero no esperen nuestra colaboración".

Pero la señora Izbalkhan también habló conmovedoramente de la historia de las mujeres de Uzbekistán, que merece ser comentada con mayor extensión de la que aquí podré dedicarle. Es una historia de cómo, a partir de 1924, las mujeres de la región batallaron para liberarse de los velos que las cubrían de pies a cabeza, para salir del enclaustramiento musulmán al siglo veinte. De cómo entregaron sus vidas por ir con la cara descubierta, por tener derecho a leer. Muchas lucharon y muchas murieron trágicamente en esta batalla, a manos de sus propios padres y hermanos. Es una historia de auténtico heroísmo femenino y de persistencia. Recordé las protestas de 1956 de las mujeres sudafricanas, que prefirieron morir antes que tener que llevar salvoconductos. Para las mujeres uzbekas, la revolución significaba tener derecho a mostrar el rostro y a asistir a la escuela, y entregaron su vida por esa causa. En una plaza de Samarkanda se alza una estatua de bronce que conmemora a las mujeres caídas y su valentía. La señora prosiguió hablando de las mujeres del Uzbekistán moderno y de que hoy día existe plena igualdad entre los sexos. De cuántas mujeres están al frente de granjas colectivas y cuántas son ministras. Aseguró que las mujeres ejercían su poder de maneras muy diversas; en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas actual no había diferencias entre hombres y mujeres. Estos datos numéricos me impresionaron, es cierto, pero a la vez me daba la sensación de que el asunto tenía más trasfondo. Parecía demasiado sencillo, demasiado correcto. La señora habló de los centros infantiles, las guarderías donde se atendía a los niños de las granjas colectivas. Las guarderías son gratuitas en las grandes ciudades como Moscú y Tashkent. Pero en Samarkanda se cobra una cuota simbólica de unos dos rublos al mes, que, a decir de la señora, es muy poco dinero. Le hice una pregunta: "si se anima a los hombres a

trabajar en las guarderías para poner a los niños en contacto con una figura masculina agradable desde que son pequeños". La señora Izbalkhan dudó por un momento. "No", repuso; "nos gusta pensar que al ir a la guardería los niños ganan una segunda madre".

La señora Izbalkhan era una mujer notablemente fuerte, hermosa y rotunda, muy dueña de sus actos, una mujer de gran presencia; regresé de mi entrevista colmada de datos y uvas.

Las uvas de Uzbekistán son una fruta increíble. Parecen dotadas de vida propia. Se les llama "meñique de dama de honor" y más o menos ése es su tamaño. Son muy largas, y verdes, y realmente deliciosas.

Salí de allí con las mujeres revolucionarias en mi cabeza. Pero ahora me parece que nosotras, las estadounidenses Negras, estamos más solas en la boca del lobo. Como siempre había sospechado, dejando de lado la retórica y las proclamas solidarias, no contamos con más ayuda que la que nos prestamos a nosotras mismas. Cuando pregunté directamente sobre la actitud de la URSS con respecto al racismo estadounidense, la señora me replicó en tono reprobatorio que, como es natural, la URSS no puede interferir en los asuntos internos de otro país. Ahora pienso que ojalá le hubiera preguntado sobre los judíos rusos.

Helen y yo salimos a buscar un mercado de fruta en Samarkanda. Ella pidió indicaciones a un hombre que iba acompañado de una niña pequeña, su hija o su nieta, yo me inclino a pensar que era su hija porque en Uzbekistán hay montones de adultos que aparentan muchos más años de los que tienen. Debe ser un efecto de la sequedad atmosférica. La cuestión es que Helen se detuvo a preguntarle cómo se iba al mercado y esto le dio pie a ponerse a charlar de otras cosas, como suele suceder en Rusia. El hombre quería saber si yo era africana, y cuando Helen le

dijo que era estadounidense, se mostró muy interesado en hablar del pueblo Negro de EE.UU. Por lo visto, los rusos tienen un gran interés en los estadounidenses Negros, pero es un interés en cierto modo trivial. A Fikre, mi compañera etíope y estudiante universitaria, la interrogaban muchas veces sobre mi persona. Y, a esas alturas, yo me había habituado suficientemente al ruso como para darme cuenta. Muy a menudo, Fikre no decía que yo era estadounidense. La mayoría de las personas que conocí en Tashkent y en Samarkanda pensaban que era africana o cubana, y Cuba también suscita un gran interés. Esta fascinación con todo lo americano se dejaba notar una y otra vez.

Este hombre quería saber si a los estadounidenses Negros se les permitía ir al colegio. Dije que sí, y Helen le dijo que sí, él quiso saber si se nos permitía dar clases, y le respondí que sí, que yo era catedrática en la Universidad de Nueva York. Esto le sorprendió. Comentó que en cierta ocasión había visto un programa televisivo sobre los Negros de EE.UU. Que no teníamos trabajo. Helen comenzó a responderle pero el hombre la detuvo. Me explicó enfadada que quería que hablase yo porque deseaba mirarme a la cara para ver cómo respondía. Le pedí a Helen que le dijera que el problema no era que los Negros no pudieran ir a la universidad, sino que aun teniendo estudios universitarios, muchas veces no encontrábamos trabajo. Que conseguir un empleo o cualquier forma de ganarse la vida era más difícil para los Negros, y que el porcentaje de desempleo era considerablemente más elevado en la población Negra estadounidense que en la blanca.

Reflexionó un momento sobre esto y preguntó: ¿la gente Negra tiene que pagar también por ir al médico? Eso es lo que habían dicho en el programa de televisión. La pregunta me hizo sonreír un poco; le expliqué que no

sólo los Negros tienen que pagar por las consultas y la atención médica; todos los estadounidenses pagan. Ah, dijo él. ¿Y si no se tiene dinero? Le contesté que cuando no se tiene dinero, a veces mueres. Y, aunque hubo de esperar a que Helen le tradujera la respuesta, el gesto con que la acompañé fue inequívoco. Nos separamos dejándolo sumido en la mayor perplejidad, parado en medio de la plaza, con la boca abierta, la mano bajo la barbilla, siguiéndome con la mirada, como incapaz de dar crédito al hecho de que un ser humano pudiera morir por falta de atención médica. Son este tipo de cosas las que me hacen seguir soñando con Rusia mucho tiempo después de haber regresado.

Creo que, hoy día, los rusos dan por sentadas muchas cosas. Me parece que dan por sentado la hospitalización y la atención médica gratuitas. Dan por sentado las universidades y los colegios gratuitos, que todo el mundo tiene derecho al pan, incluso una rosa o dos, aunque no a la carne. Estamos más ciegos ante lo que tenemos que ante lo que no tenemos.

Una día, pasada la medianoche, mientras Fikre y yo paseábamos por un parque de Tashkent, se nos aproximó un ruso con el que Fikre mantuvo una conversación breve y cortante; después el hombre se inclinó ante nosotras y se alejó. Fikre no quiso decirme de qué habían hablado, pero tuve la clara sensación de que el hombre había tratado de ligar con una de las dos. En algunos aspectos, Tashkent es para los rusos una especie de parque recreativo. Le pregunté a Fikre cuál era la postura soviética con respecto a la homosexualidad, y ella respondió que no había ninguna postura pública al respecto porque no se trataba de una cuestión pública. Por supuesto, sé que las cosas no son tan sencillas pero dispongo de muy escasos medios para averiguar la verdad, y Helen es demasiado convencional para

abordar con ella cualquier tema relacionado con la sexualidad.

V

Ya de vuelta en Moscú, durante los últimos días, conocí a una mujer que me había llamado la atención durante toda la conferencia. Era esquimal. Se llamaba Toni y pertenecía al grupo de los chukwos. Estos esquimales habitan en la región de Rusia más próxima a Alaska, la región que los rusos no vendieron, al otro lado del estrecho de Bering. Toni no hablaba inglés y yo no hablaba ruso, pero la última noche tuve la sensación de que estábamos haciendo el amor a través de nuestras intérpretes. No sé si ella se daría cuenta de lo que estaba sucediendo, pero sospecho que sí.

Su ponencia, presentada aquel día, me había conmovido profundamente. A la hora de la cena compartimos mesa, junto con otras diez personas, y Toni entabló conversación conmigo por mediación de nuestras intérpretes. Dijo que mientras hablaba en público no había dejado de buscar mi mirada entre la multitud porque sentía que estaba hablándole a mi corazón. Y que la pequeña canción que entonó había sido un canto de esperanza a un amanecer para nuestros pueblos. Y aquella mujer, no lo dudes, lanzó un hechizo muy poderoso. Hoy día sólo sobreviven cuatro mil personas del pueblo chukwo. Toni dijo durante su charla: "Es muy triste que un pueblo entero deje de existir". Y a continuación entonó aquella canción, diciendo que su pueblo la cantaba cuando sucedía algo nuevo. Sus oscuros ojos redondos y su espesa cabellera de criatura marina destellaban y se mecían al ritmo de la música. En aquel momento me recorrió un escalofrío, porque aunque los estadounidenses Negros sumemos una población de 21 millones de personas, yo también tengo la sensación de

que somos una especie en peligro, y es muy triste que nuestras culturas mueran. Me sentía como si, de todos los asistentes a la conferencia, sólo Toni y yo compartíamos ese conocimiento y esa amenaza. Durante la cena, Toni no cesó de piropear mi belleza, ni de decir que no sería sólo mi belleza lo que recordaría sino también mis palabras, y que deberíamos compartir nuestras alegrías además de nuestras penas, y que algún día nuestros hijos podrían hablar con libertad entre ellos. Hizo un brindis tras otro por las mujeres y por su fuerza. Todo esto a través de las intérpretes. Cuando yo aún trataba de decidir cómo reaccionar, Toni se levantó, cambió de sitio y se sentó a mi lado. Me tocó la rodilla y me besó, y así nos quedamos durante toda la cena. Nos cogíamos de la mano y nos besábamos, pero cuando hablábamos, siempre era a través de las intérpretes, rubias muchachas rusas que sonreían afectadamente al traducir nuestras palabras. Supongo que Toni y yo conectamos en algún lugar de las Aleutianas.

Antes de levantarse, besó el retrato que aparece en mi libro, nos dio las gracias por la cena y se alejó con el delegado letón de Riga.

VI

Otra vez en Moscú, todavía frío y lluvioso. Por encima de los tejados bañados de lluvia, Moscú es una visión más o menos tan deprimente como Nueva York, con la diferencia de que el horizonte está cruzado por enormes grúas. Al parecer, en Moscú hay muchísimas obras en marcha. Lo mismo sucede en Nueva York, pero no se nota tanto al contemplar el horizonte. Aquí no se construyen bloques que ocupen manzanas enteras como en Nueva York. Puede haber un par de grandes edificios de apartamentos por manzana, situados en ángulos diferentes, y

entre ambos mucho verde y tal vez un parque. Dicho de otro modo, se diría que se ha meditado mucho sobre la planificación urbana y sobre lo que a la gente le gusta o necesita tener en su entorno. Nueva York y Moscú cuentan ambas con una población de unos ocho millones de habitantes, y en Moscú es posible y agradable pasear de noche sin miedo. Al parecer, la delincuencia callejera no constituye un problema. Las razones oficiales que lo explican y las razones reales tal vez difieran mucho, pero ahí está el hecho. Me asombró la cantidad de gente, niños incluidos, que paseaban por los parques después del anochecer.

Al llegar a Moscú por primera vez desde el aeropuerto, había reparado en el tráfico continuo y bastante denso, pero no observé que hubiera embotellamientos ni grandes retrasos pese a que era la hora en que la mayoría de la gente regresaba a casa del trabajo. Me pareció un gran logro para una ciudad de ocho millones de habitantes, y pensé que Moscú debía de estar resolviendo los problemas de transporte urbano de una manera nueva y creativa. Después, al ver el metro, lo comprendí. No sólo las estaciones están inmaculadamente limpias, sino que los trenes son rápidos y cómodos; nunca hubiera imaginado que usar el metro pudiera ser un placer.

VII

Necesitaré mi tiempo y muchos sueños para digerir todo lo que he visto y sentido en estas dos agitadas semanas. Ni siquiera he comentado la gran afinidad que sentí con algunos escritores africanos y lo difícil que resultaba conocer a otros. No tengo motivos para pensar que Rusia sea una sociedad donde se vive en libertad. No tengo motivos para pensar que Rusia sea una sociedad sin clases. Pero el pan cuesta unos cuantos copes por barra y a nadie

parece faltarle. Claro está que no vi Siberia, ni un campo de prisioneros, ni un hospital psiquiátrico. Pero ahí queda ese hecho, y en un mundo donde la mayoría de la gente —desde luego, la mayoría de los Negros— tienen que preocuparse por el pan de cada día, se diría que eso ya es mucho. Una vez superado el problema del pan, al menos se tiene la oportunidad de examinar los demás problemas.

Así pues, pese a los mensajes ambiguos que recibí (que fueron muchos, debido a los lugares donde me alojé, a esa mezcla de deferencia y antipatía con que me trataban por ser estadounidense, y debido a que, por mucho que se diga y se haga, los Estados Unidos aún parecen ejercer una atracción mágica sobre numerosos países), a pesar de los fallos, la gente que conocí en Rusia eran personas entusiastas, sobre todo las que conocí en Uzbekistán. No me pasan inadvertidos algunos de sus problemas y contradicciones. Me inspiran una profunda desconfianza los mensajes ambiguos que no cesaba de recibir y el hecho de que una vez que ya no les interesas (me refiero al gobierno), a partir de ese mismo momento se desentienden por completo de ti y de lo que pueda sucederte. ¿Es eso una novedad? También me intriga la cuestión de que haya escritores a los que se paga por ser escritores, y que sobrevivan, y que detenten un poder considerable. También tengo muy presente que si lo que escriben no es aceptable, nadie llega a leerlo o no llega a publicarse. ¿Es eso una novedad?

Pero Rusia es el país que tiene la población lectora mayor del mundo, donde se hacen ediciones de 250.000 ejemplares de los libros de poesía y las ediciones se agotan en tres meses. Allá donde vayas, incluso en las enormes extensiones de terreno donde se cosecha el algodón bajo el sol uzbeko, siempre hay gente leyendo, y por mucho que se pueda decir sobre la censura, el caso es que la gente lee, y lee mucho. Algunos libros se piratean de occidente,

porque Rusia no respeta las leyes internacionales sobre derechos de autor. En Samarkanda, el libro más vendido en los últimos tiempos era *Autobiografía de Miss Jane Pittman*, de Ernest Gaine. ¿Cuántas traducciones de novelas rusas hemos leído nosotros en el último año?

**Este libro segundo de la colección
"La cosecha de nuestras madres"
se acabó de imprimir el 10 de diciembre de 2003,
ochenta y tres años después
del nacimiento de Clarice Lispector.**



Colección La cosecha de nuestras madres



8487715931 (399732)

La hermana, la extranjera

9 788487 715938



horas y HORAS la editorial